LIBRARY
UNIVERSITY OF MIAMI

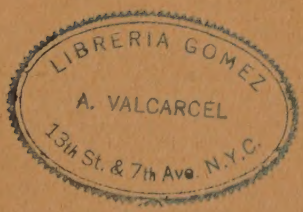
UNIVERSITY OF MIAMI
LIBRARY

THIS BOOK
PRESENTED BY
MR. & MRS.
MEYER GOLD

LIBRARY
UNIVERSITY OF MIAMI

652

LOS CÁRMENES DE GRANADA



OBRAS DE PALACIO VALDÉS

4 PESETAS TOMO

El Señorito Octavio, un tomo.
Marta y María, un tomo. Traducida al francés, al inglés, al sueco, al ruso y al tcheque.
El Idilio de un enfermo, un tomo. Traducido al francés y al tcheque.
Aguas Fuertes (novelas y cuadros, un tomo). Traducidas al francés, al inglés, al alemán, al holandés, al sueco y al tcheque. Edición española con notas y vocabulario en inglés.
José, un tomo. Traducida al francés, al inglés, al alemán, al holandés, al sueco, al tcheque, al danés y al portugués. Edición española con notas en inglés para el estudio del español en Inglaterra y E. U. A.
Riverita, un tomo. Traducida al francés.
Maximina (segunda parte de *Riverita*), un tomo. Traducida al inglés.
El cuarto Poder, un tomo. Traducida al francés, al inglés y al holandés.
La Hermana San Sulpicio, un tomo. Traducida al francés, al inglés, al holandés, al ruso, al sueco y al italiano. Edición española con notas y vocabulario en inglés.
La Espuma, un tomo. Traducida al inglés.
La Fe, un tomo. Traducida al francés, al inglés y al alemán.
El Maestrante, un tomo. Traducida al francés y al inglés.
El origen del pensamiento, un tomo. Traducida al francés y al inglés.
Los Majos de Cádiz, un tomo. Traducida al francés, al holandés, al noruego y al portugués.
La alegría del Capitán Ribot, un tomo. Traducida al francés, al inglés, al sueco, al holandés y al italiano. Edición española con notas y vocabulario en inglés.
La aldea perdida, un tomo.
Tristán o el pesimismo, un tomo. Traducida al francés y al inglés.
Semblanzas literarias *(Los oradores del Ateneo, Los novelistas españoles, Nuevo viaje al Parnaso)*, un tomo.
Papeles del Doctor Angélico, un tomo. Traducidos al alemán.
Años de juventud del Doctor Angélico, un tomo.
La novela de un novelista, un tomo. Traducida al francés.
La hija de Natalia, un tomo.
Santa Rogelia, un tomo.

ARMANDO PALACIO VALDÉS

LOS CÁRMENES DE GRANADA

NOVELA

MADRID
LIBRERÍA DE VICTORIANO SUÁREZ
PRECIADOS, NÚMERO 48
1927

PQ
6629
.A5C3
1927

ES PROPIEDAD DEL AUTOR

LIBRARY
UNIVERSITY OF MIAMI

Imprenta Helénica. Pasaje de la Alhambra, núm. 3, Madrid.

PRIMERA PARTE

—

EL IDILIO

38558

I

La Universidad de Granada era todavía, al dar comienzo la presente historia, un noble, viejo y artístico edificio, amenazado como todo lo noble, viejo y artístico que existe en la antigua corte de los reyes islamitas, de la piqueta demoledora. Por sus patios venerables discurría, o por mejor decir bullía y gritaba cierta mañana del mes de mayo la parte menos venerable de la ciudad. Y el sujeto menos venerable y acaso el más feo de aquella frívola juventud, un muchacho vestido con la ropilla de vueltas verdes del colegio de Santiago, chillaba desaforadamente agitando en su mano derecha un periódico.

—¿Dónde está Alfonsito Aguilar? ¿Dónde está el gran poeta? ¡Dejadme que le dé un abrazo!

—¿Qué pasa?—preguntaron varios chicos.

—Algo estupendo, algo magnífico, algo honorífico para nuestra clase. *El Defensor de Granada* publica hoy unos versos maravillosos de nuestro compañero Alfonsito Aguilar.

—¡Que se lean!—gritaron varias voces.

—Sí, que se lean—apuntó uno—. Súbete a un banco, Quasimodo.

El colegial quedó repentinamente triste, dejó caer el brazo que agitaba el periódico y dirigió una mirada de amarga reconvención al que así le había nombrado.

¿Y por qué le había nombrado así? Sencillamente porque el colegial tenía un hombro más alto que otro y recordaba por lo feo al héroe de Víctor Hugo.

—Robledo, no pienso haberte dado motivo para que me insultes—expresó con acento irritado.

—Tienes razón, Ordóñez—gritó otro con energía—. ¡Tienes muchísima razón!—Y volviéndose hacia sus compañeros con acento dramático: —Es una indignidad lo que se hace con nuestro compañero Ordóñez. Viene uno y dice: «Quasimodo me ha dicho que mañana no tenemos cátedra.» Viene otro y pregunta: «¿Habéis visto a Quasimodo?» Otro dice: «Estos apuntes me los ha prestado Quasimodo.» Y Quasimodo para aquí, Quasimodo para allá, Quasimodo de un lado, Quasimodo de otro, ¡siempre Quasimodo! Es un escándalo tanto Quasimodo.

El colegial murmuró amoscado:

—Bueno, bueno, Ricardito, haz el favor de callar.

Los demás reían a carcajadas.

—Está bien — manifestó Robledo—, que los lea Ordóñez.

Pero éste, ofendido, se negó a hacerlo. Entonces otro de los chicos montó sobre un banco y en voz alta, casi gritando, comenzó a leer.

—*El Mirador de Lindaraja.*

—¡Bravo, bravo!

Un aplauso estrepitoso acogió el título.

—*El Mirador de Lindaraja*—repitió el lector cuando se hubo calmado el entusiasmo.

—¡Bravo, bravo!

Otro aplauso cerrado.

—*El Mirador de Lindaraja.*

—¡Bravo, bravo!

No fué posible ir más adelante. El lector, despechado, tiró el periódico al suelo. En aquel instante el autor de la poesía, el mismo Alfonso Aguilar, apareció en el fondo del patio. Todos los estudiantes se lanzaron hacia él gritando:

—¡El autor, el autor!... ¡Que salga el autor!... ¡Viva Alfonsito Aguilar!... ¡Viva *El Mirador de Lindaraja!*... ¡No se ha escrito nada mejor! ¡Ha concluído con Zorrilla!... ¡Y con Lagartijo!... ¡Es un barbián!

Y cercado por todos le aprietan, le sacuden, le zarandean, le estrujan, le pellizcan, le abrazan. Uno le da un beso; otro le toca en la frente con el dedo y después se lo chupa.

—¡Alzarlo sobre el pavés!... ¿Dónde está el pavés? ¡Llevarlo al palacio de Carlos V! ¡Llevarlo al pico del Mulhacem!... ¡Llevarlo a la cama!... ¡Que le corten la oreja!

Y casi en volandas le sacan en triunfo de la Universidad con vivas atronadores.

—¡Hay que coronarlo!

—¡Sí, que se le corone!

Inmediatamente uno corrió al jardín botánico, que está detrás del edificio, y vino con unas ramitas de laurel. Se improvisó con ellas una corona.

—No, nosotros no debemos coronarle. Tiene que ser por manos de una bella... ¡Aquí viene lo que nos hace falta!

En aquel momento acierta a pasar por delante de la Universidad una modistilla morena, vivaracha, de ros-

tro hechicero. Los estudiantes, con gran algazara la cercan impetuosamente. La joven, al verse de aquel modo asaltada se asusta, se pone pálida.

—No tenga usted miedo, jirón de cielo, que no somos moros.

—¡Pero están ustedes borrachos!—profirió la chica con acento irritado.

—Tampoco estamos borrachos, lucero. Solamente queremos que nos preste usted un gran servicio. Este amigo que ve usted aquí, guapo, delgadito, aunque no de hambre, mejor trajeado que todos nosotros, acaba de publicar una poesía maravillosa en *El Defensor de Granada*. Naturalmente nosotros, sus compañeros, nos sentimos orgullosos y pretendemos ceñir su frente con una corona de laurel. Pero nos juzgamos indignos de hacerlo; queremos que sean las manos de una mujer hermosa las que operen. Y nos hallábamos angustiados, deshechos, pidiendo al cielo una mujer hermosa cuando ha cruzado usted por aquí.

—¡Ya lo creo que es hermosa!—gritó uno.

—¡Divina!

—¡Una estrellita del cielo!

—¡El asombro de Granada!

—¡Una virgen de Murillo!

—¿Virgen?... Responde por ti, Quasi... digo, Ordóñez.

—¡La Giralda de Sevilla!

—¡La madre de Dios!

Con tal lluvia de piropos, la modistilla, dulcificada, sonreía graciosamente.

—Tome usted esta corona, prenda, y colóquela sobre la inspirada frente del vate.

La joven se dispuso a hacerlo, pero era bajita y el poeta alto.

—Que se ponga de rodillas—gritó uno.

—Eso es, de rodillas—asintieron todos.

Y casi a la fuerza obligaron al poeta a hincar la rodilla sobre la acera.

La chica, riendo a carcajadas, le puso la corona sobre la cabeza.

—Ahora que le bese la mano.

—Sí, que le bese la mano.

No hubo más remedio que hacerlo. La modistilla, tan roja como satisfecha, se alejó entre los aplausos y aclamaciones de la juventud estudiantil.

Alfonsito Aguilar también estaba satisfecho; sentía que bajo aquella aparente burla existía un real afecto. Sus compañeros le amaban, estaba seguro de ello; pero sobre todo no cabía en sí de gozo al verse por vez primera en letras de molde.

Trabajo le había costado. Hacía más de un mes que los enviara al *Defensor* y sus versos no acababan de publicarse. Ya casi había perdido la esperanza de verlos impresos, cuando aquella mañana al comprar el periódico, como hacía siempre antes de entrar en la Universidad, recibió la grata sorpresa. El placer le hizo subir la sangre al rostro. No pudo pensar en otra cosa mientras duró la clase. Se hallaba en el último año de la carrera de Jurisprudencia y sólo le faltaban algunos meses para graduarse de licenciado.

Era Alfonso Aguilar un joven de veintidós años aun no cumplidos, de estatura algo más que regular, la figura esbelta y elegante, la tez morena, las facciones correctas, los ojos negros y negro el cabello y el naciente bigote.

Cuando pudo desasirse de sus camaradas se alejó con la misma prisa que la modista. Siguiendo la antigua calle de Mesones entró en la famosa plaza de Bibarrambla y de allí en el Zacatín. Por esta calle tradicional de Granada, que según los historiadores fué centro de su comercio en tiempo de los árabes, cruzaba mucha gente. En aquellos remotos siglos cuenta que se vendían en ella toda clase de objetos nuevos y viejos, principalmente arreos para los caballos. Ahora ennoblecida era la vía de las tiendas más lujosas y elegantes de la ciudad. Y delante de la más lujosa y elegante, una joyería abierta no hacía muchos meses, se detuvo nuestro joven y quedó apoyado en la pared de enfrente con los ojos fijos en los balcones del piso primero de la casa. No tardó mucho en alzarse el visillo de uno de ellos y apareció detrás del cristal una cabecita blonda, un rostro fresco, nacarado, sonriendo de un modo celestial. Alfonsito sonrió igualmente de un modo más terrestre y durante unos minutos se cambiaron entre la calle y el balcón innumerables señas y sonrisas. La cabecita blonda hizo un movimiento preguntando; la cabecita negra hizo otro asintiendo. Unos dedos sonrosados señalaron una hora: otros más oscuros una diferente. Entonces la cabecita blonda se agitó enojada y la carita nacarada expresó tristeza. Para contentarla el índice de la mano derecha del joven se colocó formando cruz sobre el índice de la mano izquierda. Estaba partida la diferencia; vendría a las ocho y media. La carita nacarada sonrió complacida y los dedos del joven se acercaron a la boca con ademán de enviar un beso, aunque ningún cronista de Granada lo ha afirmado hasta ahora.

Al retirarse y antes de emprender nuevamente su ca-

mino el joven echó una mirada a la tienda y sus ojos tropezaron con otros que allá en el fondo se clavaban en él lucientes y agresivos. Alfonso se puso serio, hizo una mueca de desdén y se alejó con resuelto paso. Antes de llegar al fin de la calle torció a la derecha y entró en la de los Reyes Católicos. Hacia el promedio de ésta, cerca ya de la Plaza Nueva, había una casa vieja cuya planta baja ocupaba un almacén donde se hacinaban grandes cajas de azúcar, pilas de bacalao, sacos de harina, de arroz, de cacao y maíz. Del techo colgaban jamones enfundados. En este almacén penetró y como siempre no pudo menos de hacer un gesto de repugnancia al sentir en la nariz el tufo nauseabundo que todos aquellos comestibles más o menos añejos despedían. Siguiendo por el estrecho sendero que los sacos y las cajas dejaban libre llegó hasta el fondo del almacén donde se hallaba el escritorio. Delante de la puerta se detuvo escuchando dentro agria disputa.

—¡Siempre lo mismo!—profería una voz colérica—. ¿Te figuras que en esta casa en vez de sacos de arroz y maíz tenemos sacos de onzas de oro y que no hay más que venir y meter las manos dentro y sacarlas llenas y marcharse alegremente a correr juerguecitas?

Alfonso reconoció esta voz, que era la de su íntimo amigo Paco Garrido. Estuvo por volverse discretamente, pero pudo más en él la curiosidad y permaneció quieto.

—¡Juerguecitas!—respondía otra voz con acento amargo—. ¡Si supieses, Paco, las que se corren en mi casa con la mujer enferma y mis cinco niños que andan casi descalzos, algunas veces sin un duro para enviar la criada a la plaza, recibiendo la visita del sastre y el panade-

ro que quieren ser pagados! Ayer mismo vino el carbonero y encontró a mi niño mayor en la escalera y quiso arrancarle la medallita de oro que le regaló su madrina. La criada se lo estorbó, pero nos puso a todos como un trapo sucio, nos insultó de un modo escandaloso. Si acierto a hallarme en casa pienso que a estas horas estaría en la cárcel.

—Todo eso te lo has buscado tú. Te ha gustado un lindo palmito y te has apresurado a adquirirlo. Pero los hermosos palmitos cuestan caros y tú no has reparado en el precio. Ya lo creo que es agradable comerse un tocinillo de cielo; pero los demás que sudamos tinta trabajando y nos privamos de esos bocados exquisitos no debemos pagar las indigestiones de los golosos.

—¿Eres tú sólo el que trabaja, Paco? Yo trabajo lo mismo que tú por unos miserables ochavos. Tú tienes mayor recompensa. ¿Cómo ando yo vestido? ¿Cómo andas tú? Tú tienes una onza de oro en el bolsillo para gastarla cuando se te antoja y yo debo mirarme para comprar una cajetilla de cigarros.

—Repito que eso te lo has buscado y que no hay razón para que un día y otro vengas a explotar a mi pobre madre que no sabe dónde tiene la mano derecha y a quien engañas como a un chino. El otro día te he visto en el paseo de la Bomba sentado con tu mujer y teníais vuestra botellita al lado.

Alfonso escuchó una carcajada sardónica.

—¡Una botellita! Sí, la botellita del vino quina ferruginoso que le ha recetado el médico a mi pobre mujer para su anemia. En cambio tú bebes botellas de champagne en el Hotel de Siete Suelos con una de las tiples de la compañía de zarzuela.

—¡Mientes, mientes!

—No miento, porque todo el mundo lo sabe en Granada.

—Es una grandísima mentira. Ya sé que me andas siguiendo los pasos para traer cuentos a mi madre y sacarle de ese modo los cuartos.

—Pero tú los sacas de la caja, que es más cómodo.

—¡Ya lo creo! ¡Como que no hay más que sacar dinero de la caja en una casa de comercio! Eres un desdichado que no entiendes una palabra de negocios, ni la entenderás nunca. Por eso se te ocurren semejantes disparates... ¡Sacar dinero de la caja! ¡Tiene muchísima gracia!

—Pues si no lo sacas de la caja lo robas, porque tú lo gastas.

—¡Me estás insultando, Juan!

—Tú me has insultado primero diciendo que vengo a engañar a mi madre.

La disputa se iba agriando de tal modo que Alfonso temió que los hermanos viniesen a las manos y parte también por la vergüenza que le ocasionaba el hallarse escuchando llamó a la puerta y preguntó en voz alta:

—¿Se puede?

—Adelante—respondió la voz de Paco, quien por sí mismo vino a abrirle la puerta del escritorio.

Nada más pobre, más feo, más sórdido que este escritorio. Una exigua pieza polvorienta y sucia con tres o cuatro sillas desvencijadas, una caja de hierro de caudales y una mesa mugrienta atestada de papeles cercada por enrejado de madera. La luz le venía del patio por una puerta de cristales, que por las señas no se habían lavado desde tiempo inmemorial.

Tenía su amigo las mejillas inflamadas, los ojos inyec-

tados, las manos temblorosas. Su hermano Juan se hallaba igualmente rojo y confuso. Ambos le saludaron con visible turbación. Pero Alfonso quedó estupefacto cual si viese un aparecido percibiendo detrás del enrejado y sentado a la mesa al viejo don Crispín, su padre, trazando números sobre un libro de comercio, completamente abstraído y extático como un fakir en medio del desierto.

Y lo era este hombrecillo a su modo. En el desierto del mundo no había hallado más que un oasis: el dinero. El hogar, la familia, la ciudad y sus habitantes, la campiña, las montañas, los bosques, la tierra y el mar no eran otra cosa que el cortejo obligado de este dios omnipotente. El mar estrellando sus olas en la playa le hablaba de los giros a treinta y sesenta días, el río deslizándose entre guijas le ponía al corriente de la cotización, los pájaros trinando en el bosque le anunciaban el alza de las mieles, y los astros centelleando en el firmamento le revelaban la dulzura de las primeras hipotecas.

Don Crispín Garrido, natural de Orgiva en el riñón mismo de la Alpujarra y avecindado desde hacía años en Granada, descendía de una familia de judíos. Esto por lo menos se decía en Granada. Es posible que tan grave aseveración no fuese más que una conjetura, tal vez una calumnia a la cual se prestaba ciertamente su temperamento moral y su contextura física. Porque don Crispín, a semejanza de sus presuntos ascendientes, era bajito, enjuto, encorvado y poseía una nariz puntiaguda genuínamente israelita; la barba entrecana y rala, los ojos hundidos que miraban vagamente distraídos cual si se hallase en contemplación extática de un futuro dividendo aún no cuajado de las acciones de una compa-

ñía minera. Seco y nervioso, su rostro estaba surcado por centenares de arrugas, cada una de las cuales significaba una preocupación financiera, una alza o una baja de los valores comerciales. Su fisonomía parecía sumergida, anonadada bajo el peso de incesantes cálculos; había en ella algo de filósofo, algo también de gato. El contorno de la frente y la seriedad de su entrecejo eran de un pensador metafísico; pero los ojos, el hocico, la barba acusaban un animal felino. Esta cabeza filosófica había perdido los cabellos hacía largo tiempo y su calva relucía amarillenta cual si aspirase a transformarse en oro. Sus labios eran cortos, pálidos, secos y sólo se habían plegado con una sonrisa unas cuantas veces en su vida.

Don Crispín Garrido prestaba su dinero al 12, al 14, al 16; nadie más que el pobre deudor sabía hasta qué tanto por ciento, y no poseía ni tierra ni casas. Su gran fortuna se hallaba en numerario, en créditos y valores, como si temiese verse expuesto a un éxodo forzado. Por todo lo cual no estaba tan desprovista de fundamento la opinión de los que afirmaban que descendía de un judío, el cual, gracias a la hipocresía o al soborno, había logrado escapar de los furores de Torquemada.

Su historia era la de todos los hombres de genio. Una idea, una inspiración le habían llevado a lo alto. He aquí cómo:

El padre de don Crispín era pastor y el mismo don Crispín pastor también a los diez y siete años. En la madrugada de un día de setiembre, acabando de llevar el ganado al campo, tres grandes señores de Granada, uno de ellos marqués, le requirieron para que les guiase en la excursión de caza que tenían preparada. El joven Crispín tuvo un presentimiento; lo Invisible llamó a las puer-

tas de su corazón. Dejó encomendado el hato a otro pastor compañero suyo y siguió a aquellos señores como los reyes Magos siguieron la estrella que les guiaba hacia el Mesías. A la caída de la tarde, cuando los cazadores regresaron a Orgiva y le despidieron pusieron en su mano una onza de oro. Esta onza de oro fué el camino, la luz y la vida de don Crispín. Por súbita inspiración al día siguiente subió al pueblecillo de Trévelez, perteneciente al partido judicial de Orgiva, de donde irradian con esplendor no superado ni aun igualado los jamones más famosos del mundo civilizado. Compró una docena de ellos entregando la onza de oro y prometiendo pagar el exceso del precio en breve plazo. Agarró el borriquillo de su padre, puso sobre él los jamones y se fué a Granada. De aquella arriesgada expedición vino con lucida ganancia. Repitió inmediatamente el viaje un mes y otro mes; logró comprar un mulo, luego otro mulo y sus correrías se extendieron no sólo a Granada sino que con increíble audacia llegó cargado de jamones a Córdoba y Málaga. Los gastos de viaje no eran cuantiosos. Crispín seguía generalmente a pie a sus mulos, calzando alpargatas y llevando en las alforjas algunas libretas de pan, chorizos y bacalao. A los diez y nueve años se casó con una joven de Trévelez de su misma edad, una alpujarreña corpulenta, gigantesca, que formaba notable contraste con el exiguo consorte. Todo el mundo sabe que la naturaleza ama estos contrastes. De la misma época data otro acontecimiento aún más interesante en la historia de nuestro héroe. Don Crispín comenzó a prestar dinero a los labradores de Orgiva. No queramos averiguar el tipo del interés. Vale más dejarlo sepultado en la oscuridad y el misterio.

No mucho después don Crispín trocó la vida nómada por la sedentaria. Abrió una tienda de comestibles en Orgiva. Siguió prestando dinero a réditos. Dos años más tarde trasladó la tienda a Granada. Siguió prestando dinero a réditos. Desde entonces la vida de don Crispín fué absolutamente contemplativa. Cuando Dios amanecía bajaba al escritorio y cuando oscurecía subía a la cama. De este modo al cabo de algunos años llegó a perder el uso de las piernas y casi el de la palabra. Pero no el de la pluma. Los guarismos que aquel hombrecillo trazaba diariamente abrumarían a un astrónomo. En veinticinco años había logrado amasar una gran riqueza; mas tal riqueza no debía atribuirse a la venta del azúcar, el arroz, el trigo, el bacalao y los jamones. Estos comestibles servían de pretexto y amparaban el verdadero manantial, que era la usura y últimamente la especulación bursátil.

Siguiendo las tradiciones de su presunta raza, don Crispín vivía con sórdida apariencia aunque realmente con gran comodidad y aun pudiera añadirse con lujo. La fachada de la casa, propiedad suya, era modestísima, el almacén sucio, el escritorio mezquino, pero allá arriba había ricos muebles y tapices, y la mesa con fina vajilla provista como pocas lo estarían en Granada. La esposa de don Crispín, doña María, aquella famosa moza de Trévelez que ahora era una vieja con los cabellos grises, erguida y vigorosa aún, vestía humildemente, casi como una menestrala, pero en su armario guardaba espléndidas joyas, encajes y mantones soberbios de la China, aunque jamás se los ponía. Don Crispín, que en su escritorio (porque a la calle no salía jamás) parecía un viejo mendigo, comía los mejores bocados de

la plaza y dormía en colchón de pluma y finas sábanas de batista.

Habían tenido dos hijos: el primero Juan, que a la hora actual contaba veintisiete años, era el retrato físico de su padre, delgadito, menudo, aguileño, y el moral de su madre, esto es, de cortos alcances, cándido, honrado y terco. Por el contrario Paco, con la estatura y la aparente robustez de su madre, guardaba toda la astucia y la ambición de su padre. El pobre Juan se había enamorado a los veinte años de la hija de un alguacil del Ayuntamiento, una preciosa niña, una espléndida rosa; tuvo la fortuna o la desgracia de seducirla, y aunque lo mismo en casa que fuera le empujaban a que la abandonase, se empeñó honradamente en casarse con ella. Don Crispín, a quien todo le tenía sin cuidado menos el dinero, no hizo gran oposición, su madre menos todavía y el mancebo pudo realizar aquella boda espiritualmente muy plausible pero desastrosa desde el punto de vista temporal. No hay para qué decir, porque debe suponerse, que don Crispín se negó a proporcionar recurso alguno al joven matrimonio. Juan consiguió un modesto empleo en la secretaría del Ayuntamiento y con gran trabajo pudo subvenir a las más perentorias necesidades en los primeros tiempos; más tarde ni aun éstas podía satisfacer y se vió obligado a tomar a préstamo secretamente algunas cantidades sobre su futura herencia, firmando el doble de lo recibido. Su madre algo le ayudaba con escándalo y rabia de Paco, pero era poquísimo, pues no disponía de más dinero que el de la alimentación. Cierto que si quisiera vender o empeñar las riquísimas joyas que guardaba en su armario podría hacerle vivir algunos años desahogadamente, mas en

ésto no debía pensarse. Doña María tenía el culto de aquellas alhajas, las adoraba y las servía como si fuesen divinidades; la idea de enajenarlas le horrorizaba como a un fervoroso sacerdote el vender el sagrado cáliz a un mercader impío.

Paco puso una mano sobre el hombro a Alfonso y le invitó a subir con él a casa, sin hacer un signo de adiós a su hermano. Ascendiendo por una vieja escalera de altos peldaños, llegaron hasta el piso primero y le introdujo en un gabinete. Allí la decoración variaba por completo. Era una pieza lujosamente alhajada: muebles modernos y flamantes, cortinas de seda, cuadritos de marco dorado en las paredes, muchos adornos y chucherías sobre la chimenea y las mesas, aunque todo ello demasiadamente hacinado, adivinándose un deseo vehemente de lujo más que refinado gusto y elegancia.

Todavía alterado por la reyerta con su hermano abrió impetuosamente un gran armario de tres lunas, sacó de él alguna ropa y se fué al dormitorio con ánimo sin duda de cambiar de traje. Alfonso se dejó caer sobre una butaca. Al cabo de un rato de silencio Paco le dió en voz alta y colérica la siguiente noticia:

—Lo peor de este mundo, querido Alfonso, es tratar con gente egoísta.

Alfonso, haciéndose de nuevas, le preguntó:

—¿Por qué dices eso, Paco?

Este volviendo sobre sí y reprimiéndose contestó secamente:

—Por nada... ¿Dónde has estado ayer que no te he visto en el Salón?

—Pues estuve con mi padre en la *Alquería del Laurel*.

—¿El coto de Atarfe que compró don Manuel Sarabia?

—El mismo. Hicimos el viaje en el coche de don Manuel y pasamos allí la tarde con la familia.

Paco no volvió a preguntar más. Al cabo de un rato salió en mangas de camisa y colocándose delante del espejo se puso a anudar la corbata.

Era un mocetón corpulento, de cara redonda, lampiña, los ojos a flor de ella grandes y saltones, una fisonomía vulgar que denotaba no obstante profunda obstinación y confianza en su propio mérito. Su amistad con Alfonso databa de la infancia. Se habían educado juntos en el colegio del Sacro-Monte: tenía dos años más que él y esta circunstancia, que en la infancia siempre origina superioridad, unida a un temperamento más firme y resuelto, había engendrado y afianzado aquella amistad que se prolongaba en la juventud. Tan notable como el contraste de las figuras, esbelta, delicada y elegante en Alfonso, ordinaria, burda y campesina en Paco, era el de sus espíritus. Paco, hombre positivo, naturaleza de mercader, reservado, astuto, frío, calculador, ejercía sobre Alfonso el ascendiente que sobre la imaginación ejerce el frío entendimiento. No decimos la *razón* porque este nombre debe reservarse a una facultad más alta de la cual estaba privado Paco Garrido. Alfonso Aguilar por el contrario, soñador, inocente, de corazón tierno y compasivo, muchísimo más inteligente que su amigo, por un sentimiento verdaderamente cómico no sólo le respetaba sino que le admiraba, le consultaba en sus menudos contratiempos y aceptaba sus consejos. Constantemente se les veía juntos en el paseo, en el teatro y en las excursiones de placer.

Paco se había despojado del traje usado que vestía en el almacén y se había puesto otro flamante. Era una de

sus pasiones más vivas la indumentaria. Le vestía el sastre más caro y reputado de Granada: mas aunque él pensase lo contrario, se hallaba lejos de ser modelo de elegancia; la ropa más costosa no lograba dar a su figura distinción; debajo del frac y la levita aparecía el gañán alpujarreño. Su amigo Alfonso, más negligente que él por lo que tocaba al atavío de su persona, era siempre el caballero, hijo de caballeros.

Dada la extrema avaricia y su horror a la ostentación, ¿cómo don Crispín consentía y facilitaba el lujo y los gastos excesivos de su hijo? La explicación es sencilla. Paco, a la hora presente, era el alma de la casa; se había revelado como un genio financiero. Don Crispín, debilitado por la edad y el trabajo, ya no conducía con fortuna los negocios; su timidez excesiva había ocasionado serias pérdidas a la casa. En cambio Paco, activo, vigoroso, con la resolución y la audacia de la juventud unidas a una admirable vista y a un singular conocimiento de la especulación, había logrado dar nuevo empuje a la banca, inyectar sangre roja en aquel cuerpo anémico. Dos o tres golpes audaces realizados sobre los valores públicos con feliz resultado le habían alzado en la estimación de don Crispín, que en estos momentos le admiraba con toda su alma, aunque desde luego se guardaba de manifestarlo. Y como se hallaba seguro de su poder y comprendía que era necesario, usaba y abusaba sin aprensión alguna. Una vez que a propósito de tales abusos disputaron agriamente padre e hijo, éste amenazó con embarcarse para Cuba, donde con la protección de un rico fabricante de tabacos amigo suyo tenía seguridad de hacer fortuna. Don Crispín, aterrado, no volvió a hacerle más observaciones acerca de sus gastos. Mas

aun en éstos era Paco el hombre sagaz, el mercachifle tacaño que la naturaleza le había hecho; gastaba, pero siempre buscando la ventaja; corría aventuras galantes, pero se arreglaba para que otros pagasen: se contaba que una vez había invitado a varios amigos para una excursión a la Sierra y a los pocos días de efectuada les pasó a cada uno la cuenta de lo gastado.

Alfonso ardía en deseos de preguntarle si había leído su poesía; pero como Paco no tenía afición a las bellas letras y hablaba con desdén de los que las cultivaban, vacilaba en hacerlo. Al fin, adoptando una manera oblicua se decidió a interpelarle.

—¿Cuándo se inaugura la compañía de opereta, Paco? ¿Has visto hoy *El Defensor?*

—Sí, el martes de la próxima semana.

—Supongo que habrás leído mis versos; ¿qué te han parecido?

Paco tardó unos instantes en contestar.

—Me parecen muy bien... Ya sabes, chico, que entiendo poco de literatura, pero me han parecido muy bonitos.

Guardaron ambos silencio. Paco seguía frente al espejo del armario haciendo y deshaciendo el nudo de la corbata, que no quería adaptarse a su gusto. Dejó escapar un leve resoplido de impaciencia.

—*El Defensor* me ha dado hoy un disgusto.

—¿Pues?

—¿No has leído la cotización?

—No—respondió secamente Alfonso.

—Pues las acciones del Banco de España han pegado un bajón de quince enteros... Precisamente hace ocho días habíamos comprado nosotros ciento.. Desde luego

yo supongo que esto es eventual. Para mí se trata de una jugada de Bolsa como otras veces. El ministro habrá amenazado con una reforma perjudicial; las acciones bajan, pero luego suben, ya verás.

Arreglada la corbata se fué de nuevo a la alcoba y salió al instante enteramente vestido. Se colocó de nuevo frente al espejo y empezó a mirarse y remirarse con verdadera complacencia.

—¿Qué te parece este traje?

—Muy bien—respondió con mayor sequedad Alfonso.

—Cincuenta duros me ha llevado el amigo Ramírez por él. El género es inglés legítimo. No ha traído de Madrid más que dos cortes iguales, y probablemente se quedará con uno, porque en Granada no hay quien se gaste ese dinero.

Alfonso permaneció silencioso y enfoscado.

Paco se hizo cargo de lo que pasaba en su interior, y dejando el espejo vino hacia él y poniéndole una mano sobre el hombro le dijo con afectada amabilidad:

—¡Muy bien, chico, muy bien! Tus versos son preciosos. ¿Qué te ha dado *El Defensor* por ellos?

—¿Qué me han dado?

—Sí, ¿qué te han dado?

—A los colaboradores no se les paga en los periódicos sino cuando se les pide algún trabajo; pero mucho menos tratándose de versos.

—¿De modo que trabajáis de balde?—manifestó con asombro.

—Querido Paco, el escribir versos no es un trabajo, sino un placer.

—¿Pero dejarás de haber estado ocupado algún tiem-

38558 LIBRARY

po? Ese tiempo has podido emplearlo en otra cosa que te produjera utilidad.

—La utilidad aquí no es material, sino espiritual. Los poetas se sienten indemnizados de su trabajo, no pocas veces doloroso, pues deben luchar con el idioma rebelde, por el agrado y el deleite que ocasionan a los lectores. La más dulce recompensa del poeta es saber que el alma de los otros ha vibrado al unísono de la suya, descubrir al mundo indiferente o aturdido el tesoro de la belleza, hacer olvidar a los hombres por un momento sus cuidados y disgustos, los miserables tropiezos de la vida, tenerlos en suspenso, libres y dichosos algunos minutos y prestarles de este modo aliento para seguir su trabajosa peregrinación por la tierra.

—Todo eso está muy bien, Alfonso, pero si el poeta no tiene que comer, nada puede alzar porque está muy débil. Y si realmente, como tú afirmas, proporciona un placer, presta un servicio, este servicio debe ser pagado. Será muy agradable el verse aplaudido, que los periódicos publiquen su nombre y su fotografía, que las niñas bonitas le envien sus abanicos para escribir sobre ellos algún piropo en verso... pero, francamente, es triste el verse sin una peseta en el bolsillo... ¡A ti no te pasará eso, tunante!—añadió pellizcándole cariñosamente la cara—. Tú vas a ser rico, muy rico. La niña de don Manuel Sarabia te va a traer un buen montón de pasta.

Alfonso se sintió molesto por aquella alusión y no pudo reprimir un gesto de disgusto.

—Vamos, niño, no hagas ascos, que a nadie le amarga un dulce. La fortuna de Sarabia es mucho más grande de lo que se suponía cuando llegó a Granada. Es una fortuna hipócrita, que se ha ido descubriendo poco a

poco. La alquería y el coto de Atarfe le han costado, según parece, ciento veinte mil duros: el Carmen de los Angeles le ha salido barato, pero lleva gastado en él un capital. Dicen que ha comprado dos casas en Madrid y que tiene algunas en Buenos Aires. Es posible que pase ese hombre de cinco millones de pesetas.

A Paco se le hacía la boca agua. Alfonso alzó los hombros con gesto de indiferencia.

—Nada sé de eso, pero me parece que hay exageración. Si fuese tan rico no habría abierto una tienda en el Zacatín.

—¡Alto allá, amigo!—exclamó Paco poniéndose serio—. Cuando un hombre ve en perspectiva un negocio seguro, sea pobre o rico, si tiene sentido común lo aprovecha. En Granada no existen más que algunos comercios raquíticos de alhajas mezcladas con relojes y bisutería. Hacía falta una verdadera y elegante joyería. Sarabia lo vió claramente y ha hecho muy bien en dotar a la población con ella.

Alfonso guardó silencio unos instantes.

—Supongo, Paco—dijo al fin—, que no pensarás que yo quiero a la hija de Sarabia por el dinero.

—Hombre no, porque la niña es una preciosidad. Pero cuando las niñas bonitas no tienen dinero, si uno se casa con ellas le suele pasar lo que a mi hermano Juan... ¿Cuándo se pone de largo tu novia?

—Pues de mañana en quince días. Tenemos una fiestecita en los Angeles.

—Pues chico, te doy por anticipado la enhorabuena. Quédate a almorzar hoy conmigo.

—No puede ser, muchas gracias—respondió el joven alzándose de la butaca y tomando el sombrero.

—Pues hasta la tarde en el Salón.

Le llevó a la escalera pasándole cariñosamente el brazo por detrás de la espalda. Un mozo del almacén subía y le entregó un telegrama. Paco lo abrió.

—Es de nuestro agente de Madrid. ¡Lo que yo me presumía se ha realizado! Las acciones han subido en un día los quince enteros. ¡Una jugada afortunada!

—Una canallada, debieras decir.

—¡Bah!—replicó alzando los hombros y riendo—, si yo fuese ministro haría lo mismo.

II

Cruzó la Plaza Nueva y siguió la Carrera del Darro, el famoso río de las arenas de oro, tan celebrado por los poetas. Antes de llegar al ameno y frondoso *Paseo de los Tristes* entró por una de las estrechísimas calles húmedas y sombrías que allí desembocan. No lejos, a unos trescientos pasos, se alzaba su casa. Era ésta un grande y sólido edificio que databa del siglo XVI, construído como casi todos los palacios de aquella época sobre casas o palacios de los árabes. Aunque bastante deteriorado su exterior el aspecto era suntuoso. La entrada principal se abría, tapándola, sobre la calle que directamente venía de la Carrera del Darro: la puerta de medio punto, estilo Renacimiento, de roble ennegrecido, con tableros tallados y adornada con enormes clavos de bronce; por encima de esta puerta una gran ventana enrejada y sobre ella un amplio balcón de varios metros igualmente con rejas de hierro forjado, como la ventana, y grandes bolas de bronce en sus extremos. Y sobre este balcón se alzaba todavía una torre cuadrada con tres balconcitos de medio punto.

Nada más se veía viniendo de la Carrera del Darro, pero torciendo a la derecha la casa tenía otra fachada de

mayor extensión con tres balcones, semejante al de la principal, aunque de menor tamaño. Esta fachada miraba a otra calle más estrecha aún que la primera. El resto del edificio, esto es, los otros dos lados se hallaban guarnecidos por un frondoso carmen, cuyos árboles se veían de lejos apenas se entraba en la calle que a esta casa conducía.

Los llamados cármenes en Granada no son jardines propiamente tales, ni huertos, ni parques, aunque participan de estos tres aspectos. Unas veces semejan más huertos que jardines y otras viceversa. El de la casa que estamos viendo era un hermoso y dilatado vergel, en cuyos extremos, de un lado y de otro, había algún terreno dedicado a huerta. En una de las fachadas de este edificio, todo él de piedra tallada que daba sobre el carmen, había una escalinata que el musgo manchaba de verde. Por este lado la casa pierde un poco de su empaque feudal. Tiene ventanas de sabor morisco provistas de celosías; hay una puerta de cristales que se abre sobre la escalinata; una mata de jazmín y madreselva crece pegada al muro de la fachada y envuelve rodeándola una de las ventanas. El austero edificio presenta aquí una apariencia familiar que le hace más amable.

La puerta claveteada de la calle sólo se cerraba por la noche. En el fondo del portal había otra mucho más moderna, que se abría levantando un pestillo.

Alfonso abrió esta puerta y entró en un gran patio mal empedrado y sombrío, donde había una escalera de piedra que se partía en dos, conduciendo uno de los tramos a la trasera de la casa y otro a las habitaciones principales. Estos tramos no eran ya de piedra, sino de madera encerada. Subió hasta el piso primero, dirigiéndose a

las habitaciones vecinas del jardín, que eran aquellas donde se hallaba el comedor y la cocina que con él se comunicaba por una puertecita estrecha.

Nuestro joven entró apresurado en el comedor pensando que su padre podía hallarse ya en él. No era así. El comedor era una gran pieza con tres ventanas, de cuyos muros colgaban enormes cuadros, tan oscurecidos por el tiempo que apenas se percibía lo que representaban. El techo era un rico y artístico artesonado que tal vez había pertenecido a la antigua mansión morisca; el zócalo, hasta la mitad del muro, de madera de castaño; la enorme chimenea, de piedra esculpida con morillos de hierro forjado; los muebles, de roble, oscuros y relucientes, acusando su gran antigüedad; dos grandes armarios-aparadores en los testeros; las sillas macizas y talladas con asientos de cuero repujado.

En el medio estaba ya servida la mesa con dos cubiertos solamente, el uno frente al otro.

Una mujercita con los cabellos blancos vestida de forma que ni parecía señora ni doméstica, salió por la puertecita que comunicaba con la cocina y al verle vino hacia él con los brazos abiertos.

—Déjame darte un beso, Alfonsito. He leído en *El Defensor* tus versos.

Y diciendo y haciendo le estampó en la mejilla no uno sino varios besos.

—¡Son preciosos! Los he leído a Ramón, a Soledad, a Eulogia y los tres se hacían cruces asombrados de tu talento; pero cuando les dije que no los habías copiado de ningún libro sino que los habías sacado de tu cabeza, quisieron volverse locos. «—No puede ser, doña Angustias, no puede ser—decía Ramón—. El señorito tiene

muchos libros, de alguno de ellos lo habrá sacado.» «—¡Que no, Ramón, que no! Tú no sabes todavía quién es el señorito Alfonso. Cuando tenía seis años decía el *Misterio de la Encarnación* sin equivocarse en una palabra.» Luego vino el panadero y se los leí, y me dijo que se parecían a la historia de Carlo-Magno y los doce pares de Francia. «—Remigio—le dije yo—, eres un burro. Todo eso que tú dices ha pasado en otra provincia, pero lo de Alfonsito ha pasado aquí mismo en Granada... ¡Ay, si viviera tu pobre mamá, Alfonsito, ella que dejaba de comer para leer las novelas de Pérez Escrich! ¡Si te hubiera visto de niño, como yo, el día de la repartición de premios en el Colegio del Sacro Monte decir unos versos que había compuesto el cura de San Pedro! Si te hubiera visto abriendo y cerrando los brazos, volviendo la cabeza a un lado y a otro. Apetecía comerte. Tu tía Eugenia lloraba a lágrima viva...

Alfonso, impaciente, le interrumpió preguntando:

—¿Y papá los ha leído, Angustias?

—Sí; estaba yo arreglando su cuarto cuando le vi con el periódico en la mano.

—¿Y qué ha dicho?

—Ni una palabra.

—¿Qué cara puso?

—La de siempre. Bien sabes que tu padre no hace muecas ni dice palabras en balde. Es lo mismo que yo. Hablar cuando hace falta y nada más. «De toda palabra ociosa darás cuenta rigorosa.» Así estaba puesto en un cartel de la escuela de doña Gertrudis, que gloria haya, y lo he aprendido cuando no tenía más de cinco años. La escuela estaba en la calle de Elvira. ¡Figúrate lo que esta pobrecita tenía que andar cuatro veces al día desde

la plaza de San Agustín donde vivíamos! Doña Gertrudis era coja, pero enseñaba muy bien. Verdad que tenía siempre en la mano una caña muy larga con la cual nos alcanzaba a todas. En cuanto daba una voz todas callábamos como muertas. Así aprendí yo a no ser una inaguantable charlatana como Eulogia la costurera... Pero tu padre siempre ha sido de pocas palabras, bien dichas, bien aplomadas, en fin, un gran caballero, como todo el mundo sabe. Me acordaré toda la vida de un día de su santo, hace ya cinco años, sí, cinco años, porque estabas tú todavía en Segovia en el Colegio de Artillería y no viniste hasta el mes de marzo bien malito; todos creímos que te morías... Pues estaban por la tarde en casa a tomar chocolate una porción de señores, don Ventura y doña Filomena su señora, don Leopoldo el juez con su hermana doña Engracia, el cura de San Pedro, el señor Deán de la Catedral y otros. Había mucha conversación, sobre todo doña Engracia no cerraba boca, como siempre, porque es tan charlatana como Eulogia. Tu padre, como de costumbre, estaba callado, y hete aquí que doña Engracia de repente deja de dar la lengua y se encara con él y le dice: «—¡Pero usted, don Enrique, no habla una palabra!»—. Entonces el señor Deán de la Catedral le dice con mucha sorna: «—Pues don Enrique, señora, sabe hablar..., ¡y sabe callar!» Qué gracia, ¿verdad, tú? Sabe hablar y sabe callar. ¡Qué cosa más graciosa! Es muy chistoso el señor Deán, muy llano y siempre está de broma. En cuanto me ve me pregunta: «—Y qué, doña Angustias, ¿se le ha vuelto a cortar la crema?—, porque el día del Corpus estando haciendo una mayonesa se me cortó la crema y me encontró llorando en la cocina...

—Bueno, Angustias—interrumpió Alfonso—, cuando venga papá avísame.

El joven salió del comedor por la puerta principal y doña Angustias por la estrecha de la cocina.

Esta doña Angustias, o Angustias solamente en otro tiempo, entró muy niña al servicio de la casa de Aguilar; había visto nacer a Alfonso y casi a su padre. Entró niña y a fuerza de años llegó a ser ama de gobierno cuando la madre de Alfonso desapareció de este mundo. Era un ejemplar de doméstica fiel y simple. Sus años no habían logrado infundirle experiencia ni juicio. Creía cuantas patrañas venían a contarle al oído las comadres del barrio y se resistía tenazmente a dar crédito a las verdades de las personas formales. Era un archivo viviente de cuantas absurdas y ridículas leyendas corrían por Granada, de todos los disparates referentes a moros y cristianos que la plebe aceptaba como buenos. Se hallaba enterada de los amores de todas las Fátimas y Zoraidas que habían florecido en el recinto de la Alhambra, como si hubiera sido su confidente, y describía todos los desafíos y asesinatos de los Tarfes y los Zaides como un testigo de vista. Pero donde se recalentaba su imaginación hasta convertirse en horno era al tocar el asunto de los tesoros escondidos. Estaba convencida de que los árabes de Granada no tenían otra ocupación más urgente y perseverante que la de enterrar sus joyas y dinero, que se pasaban todo el día abriendo huecos en las paredes y cavando hoyos en los sótanos para esconder piedras finas y piezas de oro. Por consiguiente todo el Albaicín estaba minado de tesoros que sólo por la apatía inconcebible de los vecinos no se habían descubierto todavía. Inútil es añadir

que donde particularmente se cifraban sus anhelos, y su confianza y su fe se mostraban más ciegas era en la propia casa de sus señores. Porque, como ya se ha dicho, esta casa se hallaba construída sobre otra casa o palacio morisco. En los sótanos se encontraban vestigios de la antigua mansión; pedazos de capiteles, piedras labradas, por las cuales podía inferirse que allí habían existido baños, argollas de hierro, etc. Basta esto para que la buena Angustias estuviese persuadida a que allí había un tesoro escondido; un día u otro esperaba descubrir la escalerita que a él condujese. Sin dar cuenta a sus señores ni pedirles la venia había hecho algunas rudimentarias excavaciones; mas cuando aquéllos tuvieron noticia le prohibieron terminantemente que bajase al sótano temiendo, no sin razón, que pusiese en peligro los cimientos de la casa. Fué uno de los mayores disgustos de su vida. Poco a poco, no obstante, fué olvidando su ambicioso empeño, que al cabo recobró nueva fuerza al observar que Alfonsito, único hijo y heredero de la familia, se ocupaba mucho de los moros y gustaba de las leyendas y recuerdos que habían dejado en Granada. Concibió la esperanza de que cuando fuese dueño de su casa mandaría ejecutar los trabajos necesarios para descubrir el tesoro que sin género de duda se hallaba allí oculto.

Alfonso fué avisado de que su padre estaba en el comedor. Apresuradamente se presentó delante de él. Le halló sentado ya a la mesa.

Don Enrique Aguilar y Pimentel era un caballero que frisaba en los cincuenta años; alto, corpulento, casi atlético parecía aún en la plenitud de la vida y de la fuerza; los cabellos grises, el rostro sin arrugas de un vivo color

sonrosado acusando un temperamento sanguíneo, los ojos grises, la barba blonda y crecida con hebras de plata, fisonomía abierta, atractiva, donde podía leerse claramente la lealtad, la intrepidez y también la indomable energía.

Había desplegado ya la servilleta sobre las rodillas cuando Alfonso se acercó a él sonriente y le besó en la mejilla.

¡Qué contraste físico entre padre e hijo! Este, delgado, morenito, pálido con grandes ojos negros soñadores parecía el retrato de Boabdil último rey de Granada; aquél, ancho, robusto, vigoroso, con ojos grises penetrantes y altivos debía de semejar a su homónimo el heroico guerrero de la conquista de Granada, aquel famoso don Alonso de Aguilar, formidable campeón que, según se decía, montado a caballo y vestido de todas piezas parecía un modelo de acero, aquel que en los encuentros no había arnés que resistiera la cuchillada de su brazo armado.

Comenzó el almuerzo en silencio. Alfonso esperaba que su padre le hablase de los versos, puesto que los había leído. De vez en cuando levantaba hacia él los ojos y le dirigía una rápida y tímida mirada queriendo escrutar en su rostro señales de aprobación o desaprobación. Pero don Enrique permanecía callado, impasible, cual si estuviese distraído pensando en algo remoto.

—Papá, cuando salí de la Universidad me detuve en casa de don Crispín para ver a Paco—se resolvió a decir el joven para entablar conversación.

—Le encontrarías estudiando, como siempre, metafísica—respondió el padre gravemente sin levantar los ojos

Alfonso rió y se puso a contarle lo que había presenciado o por mejor decir escuchado, la viva disputa de los dos hermanos por cuestión de intereses.

—Pero lo que me ha sorprendido al entrar fué el ver a don Crispín detrás del enrejado del escritorio haciendo números, como si aquella disputa le tuviese sin cuidado ni le molestase el ruido.

—¡Oh, oh!—exclamó don Enrique riendo—, a Samuel Leví no le sobresalta más que el ruido del dinero.

Don Enrique llamaba siempre al banquero don Crispín Garrido con el nombre del judío que había tenido por tesorero el rey don Pedro el Cruel.

Agotada esta conversación reinó de nuevo el silencio. Por fin Alfonso se decidió a hablar. Y temblándole un poco la voz:

—¿Papá, has leído en *El Defensor* la composición mía que hoy publica?

Don Enrique tardó en contestar.

—Sí, la he leído—respondió al cabo gravemente.

No dijo más. Alfonso no se atrevió a insistir.

Hubo un silencio prolongado. Alfonso, rojo, confuso, engullía sin masticar los bocados.

Don Enrique se dignó al cabo pronunciar lentamente, espaciando mucho las palabras:

—Pss... yo entiendo poco de literatura... Los versos no me entusiasman. Te he de confesar que me ha parecido siempre un poco infantil el escribir renglones cortos y largos y buscar palabritas que terminen de un modo igual para expresar lo que puede decirse con más desahogo y naturalidad... Pero, en fin, puesto que siempre ha habido quien lo ha hecho y el mundo admira esa habilidad, no hay más que resignarse y aplaudir... Tus

versos no me han parecido mejores ni peores que los demás. Veo que has estudiado el arte de hacerlos. Aunque no quisiera tener un hijo coplero, si no te distrae demasiado de los estudios serios, allá tú... Solamente debo advertirte que me desagrada enormemente el tema que has elegido, que veo con pena el entusiasmo y la admiración que manifiestas por los moros, como si no hubiese entre nosotros los cristianos asuntos mucho más hermosos, mucho más grandes y sublimes, dignos de ser cantados en verso y en prosa.

—Pero papá—repuso sonriendo el joven poeta—, la vida de los árabes en los tiempos antiguos es un verdadero manantial de poesía donde los más ilustres vates han bebido.

—Lo comprendo... una vida muelle, voluptuosa, dirigida solamente a los placeres más bajos de la naturaleza animal; en una palabra una vida depravada, eso es lo que al parecer entusiasma a los poetas y a la juventud del día. ¿Sabes por qué? Porque la juventud ahora marcha por los senderos de la corrupción y le gusta ir acompañada... ¡Los árabes, los árabes! ¡Ah los árabes¡ Ahora se os llena la boca de azúcar pronunciando este nombre, evocando esa raza infame que nos ha esclavizado durante siete siglos y que no pocas veces nos ha infiltrado el veneno de su corrupción.

—Los árabes, papá, han sido grandes artistas: su arquitectura es todavía la admiración del mundo, su industria ha superado en aquel tiempo la de todos los pueblos cristianos; es una raza que ha llegado en poco tiempo al más alto grado de civilización—se atrevió a insinuar tímidamente el joven.

—Todavía hay mucho que hablar acerca de ese arte y

esa civilización. Su arquitectura es de muñecas, de odaliscas, arquitectura de serrallo. Compara ese palacio de la Alhambra, que es un nido de algodón, una linda chuchería, con nuestras grandes catedrales góticas, donde el pecho se ensancha y el alma se eleva a las altas regiones del ideal. El mismo palacio de Carlos V, que está cerca, sin terminar, avergüenza por su grandeza y sublimidad a ese otro afeminado que tiene a sus pies. ¿Y en las demás artes, qué han hecho en pintura, en escultura, en música? Absolutamente nada que tenga importancia. En literatura unos cuantos versos conceptuosos y ridículos. Yo abomino de esa pretendida civilización que tanto exalta al loco de tu tío Perico, porque le ha faltado siempre la virtud, la nobleza, la espiritualidad. Ha sido y será una raza de traidores y lujuriosos, porque su mismo profeta Mahoma, el jefe de su religión, lo era también. ¡Un profeta de Dios que cuando le estorbaba un enemigo enviaba secretamente un sicario para asesinarle! ¡Un santo que le birló la esposa a su hijo adoptivo porque un día la vió y le apeteció! En esa raza maldita, contra la cual hemos luchado siempre los españoles y yo mismo he combatido, no hay otro sentimiento vivo y eficaz más que el odio; nos odian a nosotros los cristianos, pero se odian tanto a sí mismos. Su historia en Granada es la historia del odio. Esos reyes y príncipes de la Alhambra, los ricos que habitaban aquí en el Albaicín, y los menestrales esparcidos por los barrios de la ciudad se mordían sin cesar como lo que eran ¡como unos perros!

El señor de Aguilar se había ido exaltando con sus palabras, y como Alfonso conocía demasiado su carácter tomó la resolución de no contradecirle y callar. Un

poco avergonzado sin duda de su exaltación, no bien motivada, el caballero, al cabo de unos minutos comenzó a decir con tranquilo acento:

—No se puede leer la conquista de Granada por nuestros Reyes Católicos sin sentirse conmovido. Es una página tan gloriosa de nuestra historia, que no hay otra que se la pueda comparar. ¡Qué hombres aquellos los que la llevaron a feliz término, el marqués de Cádiz, el de Villena, don Antonio de Aguilar, su hermano Gonzalo de Córdoba, el conde de Tendilla, el de Cabra, el de Ureña, qué caballeros sin tacha, qué intrépidos guerreros! ¡Pero sobre todo qué reina aquella la que fué el alma, la vida, el soplo divino que encendió los corazones! Esa reina sí que merece ser cantada por los poetas, y no vuestras Lindarajas y Zoraimas. Mujer singular como ha habido pocas en el mundo, tesoro de caridad, de firmeza, de inteligencia, de actividad, de nobleza, de prudencia, de dignidad se cierne sobre nuestra nación como una nube radiante, al lado de la cual palidecen todas nuestras glorias. Ella fué la que conquistó a Granada, la que realizó la unidad nacional, la que dió a Europa un nuevo mundo, la reina heroica y justiciera que puede servir de modelo a todos los monarcas de la tierra...

Quédó silencioso unos instantes; dejó el tenedor sobre la mesa y cerró los ojos cual si evocara con la imaginación los lances de aquel acontecimiento glorioso. Sin abrirlos comenzó a hablar en voz baja:

—Era el 2 de enero de 1492. Al salir el sol resonaron por la vega de Granada tres cañonazos disparados en la Alhambra. Era la señal convenida para que los reyes de Castilla y Aragón saliesen de Santa Fe a tomar posesión de nuestra ciudad. El ejército español, vestido de gala,

avanzó grave, silencioso, con la alegría en el corazón, por la Vega hasta llegar a las puertas de Granada. Sin entrar en ella, porque la caridad de la reina quiso excusar a sus afligidos habitantes esta gran tristeza, allí se detuvo. El Cardenal Mendoza con tres mil infantes y algunos escuadrones de caballería se destacó del ejército, atravesó el Genil y subió por la Cuesta de los Molinos a la explanada de los Mártires. Allí le esperaba el rey Boabdil a pie rodeado de numerosa servidumbre. Apeóse el Cardenal, hablaron ambos unos instantes y éste le ofreció su magnífica tienda en el Real de Santa Fe para que en ella se alojase el tiempo que estuviere. Los dos reunidos bajaron después a la margen del Genil donde les esperaba el rey Fernando. Triste y conmovedora ceremonia cuando el rey moro entregó las llaves de la ciudad. Boabdil avanzó después adonde estaba nuestra incomparable reina, que le recibió con semblante bondadoso y señales de emoción, entregándole el hijo que teníamos en rehenes hasta el cumplimiento del compromiso y ordenando que una lucida escolta de caballería escoltase al desgraciado moro hasta los reales de Santa Fe, donde se le había preparado espléndido hospedaje. Mientras tanto el Gran Cardenal y su comitiva entraron en la Alhambra y ocuparon el palacio y la fortaleza. Se tardó en esta ocupación más de lo que se presumía. La reina Isabel, con los ojos puestos en las torres de la Alhambra, esperaba impaciente la apetecida señal. Vivo recelo atormentaba su corazón. ¿Habría ocurrido algún suceso que retardase la entrega? Por fin la cruz de plata brilló en lo alto de la torre de la Vela. ¡Momento sublime como no ha habido otro en la historia de España! La reina cayó de rodillas y lágrimas de alegría surcaron sus me-

jillas. Todo su acompañamiento cayó también y las lágrimas bañaron igualmente aquellos rostros atezados por la intemperie y los trabajos. España estaba libre. La raza maldita no volvería a dominar en ella.

El rostro del señor de Aguilar había enrojecido al pronunciar las últimas palabras y en él se advertían señales de emoción. En el de su hijo también podrían leerse claramente aunque por muy diversa causa motivada. No le inflamaban a Alfonso las hazañas gloriosas de nuestra reconquista; al contrario las consideraba como una calamidad, casi como una señal de barbarie, pues habían concluído con una civilización espléndida, muy superior a la cristiana. Su corazón se hallaba todo del lado de la raza vencida, más culta, más refinada y más poética. Los caballeros cristianos que tanto admiraba su padre se le antojaban hombres ásperos, incultos, pagados de su fuerza muscular.

Pero conocía demasiado bien a su señor padre para osar contradecirle en aquella ocasión. Don Enrique, aunque poco expresivo, era un hombre bondadoso, recto, de trato llano y afable. Rarísima vez montaba en cólera, mas cuando esto sucedía temblaban hasta los cimientos de la casa; en aquellos momentos de pasajera locura, cuando la sangre se le subía a la cabeza, sería bien capaz de arrojarse a cualquier acción funesta. Por eso el joven poeta, aparentando que se hallaba de acuerdo con las ideas de su padre y las aplaudía siguió comiendo silenciosamente, cambió poco después de conversación y cuando el almuerzo hubo terminado se despidió cariñosamente para retraerse a su habitación.

Don Enrique de Aguilar y Pimentel pertenecía a una de las familias más nobles de Granada; una familia de

militares desde tiempo inmemorial. Su abuelo había sido general, su padre también, y él lo hubiera sido seguramente si un accidente fatal no le hubiera cortado la carrera. Se había criado en un ambiente heroico de guerra y aventuras. De niño metido entre las rodillas de su abuelo le había oído narrar sus trabajos y peligros en la guerra de América cuando aquellas colonias se hicieron independientes. ¡Qué lances temerosos, cuántas penalidades y tormentos en aquella lucha cruel por los desiertos! En una ocasión la pequeña columna que él mandaba cayó en una emboscada; casi todos sus soldados fueron sacrificados; él logró escapar y pudo refugiarse en el pajar de una estancia; allí sepultado entre la yerba oía los pasos, las idas y venidas de un insurrecto que le perseguía; cuando éste entró en el pajar y comenzó a atravesar la yerba con una lanza se creyó muerto. Por favor especial de la Providencia el arma pasó rozándole pero sin herirle. Morían de hambre algunas veces, otras de sed. Cuando los soldados lograban lazar una vaca salvaje era para la compañía un verdadero festín; se la desollaba rápidamente, se cortaban los mejores pedazos para los oficiales y éstos atravesándolos con el sable los asaban en una hoguera. Tanta era su hambre en ocasiones que no podían aguardar a que estuviesen asados y medio crudos aún les hincaban los dientes quemándose los labios. ¡Y cuando esto sucedía tenía su mochila llena de onzas de oro y piedras preciosas! ¿De que le servía entonces aquella riqueza?

Cuando joven su padre le contaba las batallas a que había asistido en la guerra carlista allá en Cataluña y las provincias Vascas, la lucha en el Maestrazgo contra el feroz Cabrera. Este, después del fusilamiento de su ma-

dre, no daba cuartel a ningún prisionero. Con refinada crueldad cuando caían algunos oficiales en su poder los sacaba varias veces al campo para fusilarlos y los volvía a la prisión. Les hacía así sufrir varios días hasta que al fin uno les daba la muerte. Por eso se peleaba rabiosamente, sabiendo lo que les esperaba si caían prisioneros.

Tales historias infundían en el corazón del joven Aguilar el culto del valor, el gusto de las aventuras y el amor a la milicia. Fuera del ejército y de la guerra todo era para él vulgar y desabrido. En el colegio de Caballería, donde su padre le envió, crecieron y se fortificaron sus instintos guerreros. Fué un alumno arrojado y temerario más que aplicado. Por una de sus intempestivas proezas estuvo a punto de ser expulsado. Fué por consideración a su padre, general de gran prestigio, que se le perdonó. Falleció éste poco después que Enrique saliera alférez. Su madre no tardó en seguirle al sepulcro. Se encontró muy joven solo y dueño de una fortuna, no cuantiosa pero mayor de la que suelen disponer los hombres a su edad. Usó de ella con liberalidad, contrajo deudas que al salir de la tutela hubo de pagar. La guerra con Marruecos, que estalló poco después, vino felizmente a interrumpir sus calaveradas y derroches. Allí se condujo heroicamente; fué herido dos veces; perteneció a la división del general Prim y combatió en la célebre batalla de los Castillejos. Al terminar la guerra era teniente coronel, cuando aún no había cumplido veintiséis años. Tan rápida y brillante carrera no podía menos de excitar su amor propio. En Madrid, donde vino de guarnición, se hizo notar pronto por su carácter quisquilloso y pendenciero. Tuvo varios duelos. Como

sucede casi siempre, el orgullo fué su perdición. Un día en el cuartel replicó sin mucho respeto a las observaciones que le dirigió el general Sánchez Rojas. Este, que era tan impetuoso como él le arrojó de la estancia bruscamente y con palabras destempladas en presencia de varios oficiales. Aguilar con tal humillación quiso enfermar de rabia. No podía desafiar al general, pero se arregló para que éste no tuviese más remedio que desafiarle a él. Dondequiera que ambos se encontraban, en el paseo, en el café, en el teatro, Aguilar no apartaba los ojos de él un punto. Esto, naturalmente llamó pronto la atención del general y también la de los que le acompañaban. Sánchez Rojas comprendió que no podía rehuir el duelo con su subordinado y le envió los padrinos. El desafío se realizó a sable con punta, lejos de Madrid. Don Enrique, dotado de fuerza y agilidad excepcionales y que había adquirido prodigiosa habilidad en la esgrima, dió pronto buena cuenta de su adversario. Poco después de empezar el combate le hundió la punta del sable en la garganta dejándole muerto en el acto.

Este acontecimiento impresionó mucho a los militares y no poco también a los civiles. En Madrid se comentó con viveza en todos los círculos. Como el desgraciado accidente había sido en el campo del honor y se habían cumplido todas las formalidades que en tales lances se exigen, Aguilar no fué perseguido, pero reunidos los generales en activo que había en Madrid le exigieron que pidiese la licencia absoluta.

Salió del ejército y perdió la carrera que prometía llevarle al más alto grado de la milicia más joven que lo había alcanzado su padre. Este golpe de la adversa fortuna unido al escozor que le producía en la conciencia

el funesto desafío, pues en el fondo del alma no podía menos de confesarse que estaba seguro de su superioridad y había abusado de ella, le causaron una fatal pasión de ánimo. En Granada, adonde se retiró, vivió durante largo tiempo una vida retraída, solitaria. El joven alegre, calavera, alborotado, se trocó en taciturno y silencioso; no iba al casino, ni a los cafés, ni al teatro; no tenía amigos; se le veía poco por las calles. Mas como su naturaleza exuberante pedía ejercicio y a la vez su cerebro apetecía reposo, se dedicó un poco a la caza; cuando ésta se hallaba vedada hacía grandes excursiones a pie por la sierra, de las cuales llegaba deshecho pero con el espíritu más tranquilo. Su temperamento estaba creado para la fatiga: estas agotadoras excursiones le salvaron quizá de la muerte. Su fortuna, que como se ha dicho había sido mermada se rehizo bastante, pues sus gastos eran insignificantes; desempeñó varias de sus fincas que estaban hipotecadas. Aquella vida solitaria restableció en pocos años el equilibrio físico, el moral y también el económico.

Otro acontecimiento imprevisto vino a devolverle la perdida alegría. Después del almuerzo y cuando había bebido el café, acostumbraba a fumar un cigarro en el balcón, unas veces frente al jardín otras frente a la calle. Por esta vía estrecha observó un día el paso de dos mujeres, una joven y otra vieja. Esta que desde luego parecía doméstica, llevaba colgada del brazo una sillita de tijera. La señorita a quien acompañaba era una joven extremadamente pálida con señales evidentes de hallarse enferma. Caminaban con extrema lentitud, deteniéndose a menudo. Una de las veces don Enrique observó que la doncella ponía la silla en el suelo, la señorita se

sentaba y después de algunos momentos de reposo seguían de nuevo el paseo. Le interesó aquella jovencita doliente con grandes ojos negros que se posaban en él distraídos un instante y se bajaban de nuevo con expresión de fatiga. Uno de los días la vió pasar y como otras veces detenerse un poco más lejos y sentarse. Pero repentinamente oyó un grito de la criada. La señorita había sufrido un desmayo. Aquélla vino corriendo hasta la casa y poniéndose delante del balcón donde se hallaba don Enrique le gritó:

—Señor, por compasión, mi señorita se ha desmayado. ¿Me hace el favor de enviar una persona a nuestra casa por el frasco del éter y avisar a mi amo?

—Bajo yo inmediatamente—respondió Aguilar.

En dos saltos se plantó en la calle.

—No hay necesidad de alarmar a su amo. Aquí la atenderemos con la mejor voluntad.

Y tomando la silla con la enferma en sus robustos brazos la transportó delicadamente a la casa; llamó a sus criadas y la acostaron en la cama donde había dormido siempre su madre y que no se había usado desde que ésta había fallecido. Largo tiempo enferma antes de morir, tenía un botiquín en su habitación que don Enrique por respeto había dejado intacto. De él sacó el frasco de sales, se lo hicieron oler a la enferma, la rociaron las sienes con colonia y al fin recobró el conocimiento. Grande fué el susto de la joven al hallarse en aquella casa desconocida frente al caballero que a menudo había visto en el balcón; mas el caballero sonreía tan amablemente, manifestaba por ella tan cariñoso interés que se tranquilizó al instante.

—Señorita—le dijo su criada—, se ha puesto usted

mala de repente, y aquí este señor la trajo él mismo en brazos hasta su casa.

—¡Oh, gracias, gracias!—dijo la joven tendiéndole la mano—. Dios se lo pague.

Don Enrique no consintió que saliese de casa hasta hallarse completamente repuesta. Después no solamente la llevó hasta la puerta, sino que salió a la calle y la acompañó largo trecho; se mostró, en fin, tan galante que la joven no encontraba palabras para darle las gracias.

Al día siguiente un caballero ya maduro se presentó en casa de Aguilar a dárselas también. Era don Pedro Venegas, hermano de la joven enferma. Vivían ambos hermanos en el mismo barrio, bastante más arriba, en la calle de la Yedra; vivían solos porque sus padres habían fallecido hacía ya largo tiempo. Don Pedro los había reemplazado cerca de su hermana, pues contaba veinte años más que ella. Luisa, que así se llamaba la joven, tenía diez y ocho años y don Pedro se acercaba a los cuarenta.

Venegas, que conocía de nombre y de vista a don Enrique, pero que no lo trataba, le dió las gracias efusivamente y le informó acerca de la enfermedad que su hermana padecía. Era una lenta consunción producida por un trastorno orgánico; ni los tónicos ni los alimentos nutritivos lograban detenerla; don Pedro se mostraba extremadamente afligido: aquella niña más que hermana era una hija adorada.

Desde aquel día don Enrique no dejaba nunca de asomarse al balcón cuando Luisita pasaba en dirección del *Paseo de los Tristes*, donde solía permanecer una gran parte de la tarde en compañía de su doncella. Desde el balcón la dirigía la palabra preguntándole por su salud. Eran unas cuantas palabras las que se cambiaban, pero

Aguilar las pronunciaba cada vez más afectuosas y la enfermita le respondía con una sonrisa cada día más dulce y agradecida. Una tarde Aguilar bajó a la calle, se acercó a la joven, la hizo sentarse en la sillita de tijeras y departió con ella familiarmente algunos minutos. Otro día no se contentó con esto sino que bajando con el sombrero puesto la acompañó hasta el *Paseo de los Tristes* y allí se estuvo sentado a su lado largo rato. Se iba estableciendo entre ambos una corriente de simpatía que a don Enrique sin saber cómo le devolvía la alegría y a Luisita la salud. Se mostraba más animada la joven, se cansaba menos, y cuando don Enrique al saludarla le apretaba la mano una ola de carmín subía a sus pálidas mejillas y entonces parecía realmente hermosa. Porque lo era aquella triste criatura: un rostro suavemente oválado, unos ojos negros de largas pestañas humildes y melancólicos, una linda cabecita de negros ondeados cabellos, figura menuda pero esbelta y bien torneada, manos primorosas, pies de hada.

Una y otra vez la acompañó al paseo. Hablaban mucho y el tema de la conversación principalmente era la enfermedad de Luisita. Don Enrique se informaba tan prolijamente de todos los síntomas, que un doctor en consulta no lo haría mejor. Pero los que él mismo ofrecía no eran muy tranquilizadores. Debajo de la medicina latía el amor. Cuando le preguntaba por los vértigos que de vez en cuando experimentaba la joven, la estaba comunicando sin darse cuenta: «—Yo los siento igualmente cuando la veo a usted asomar por la calle.»—Al informarse del estado de su corazón parecía decirle: «—El mío me está dando mucho qué hacer desde hace algún tiempo.»

—El carmen de su casa debe de ser muy hermoso. Ahí desde lo alto se ven sus árboles—le dijo una tarde Luisita al tiempo de saludarse.

—Sí, es bastante grande y frondoso. ¿Quiere usted verlo?

La joven quedó un instante suspensa.

—Voy a molestar a usted.

Don Enrique, naturalmente, expresó lo mismo con la boca que con los ojos que lejos de producirle molestia consideraba esta visita como uno de los momentos más felices de su existencia.

Entraron en la casa. La doncella se quedó charlando con Angustias. Aguilar y la enfermita caminaron lentamente por el jardín y llegaron hasta el paraje y deleitoso donde había una glorieta con un banco de madera y en él se sentaron.

—¡Qué hermoso, qué hermoso!—exclamaba la joven bebiendo el aire embalsamado con delicia.

El sol de la tarde no lograba penetrar en aquella espesura. Entre el follaje cantaba un ruiseñor. Luisita guardaba silencio, inmóvil, extática con los ojos clavados en la bóveda verde de los árboles. Aguilar la contemplaba extasiado sin atreverse a turbar su éxtasis delicioso.

—¿Le agrada a usted esto?—le preguntó al cabo suavemente.

—¡Oh, sí!... Me pasaría aquí toda la vida.

—Pues en su mano está el hacerlo.

La joven le miró sin comprender.

—En el caso de que usted me quiera un poquito...

—Pero yo le quiero a usted muchísimo—exclamó la joven impetuosamente.

Avergonzada inmediatamente de su ligereza una ola

de rubor enrojeció sus mejillas, se llevó las manos al rostro.

—¡Dios mío, qué tonta soy!

—No es usted tonta—replicó Aguilar apartando una de aquellas manos y besándola tiernamente—. Es usted la más discreta, la más buena y la más hermosa de las mujeres. Desde que la he visto, desde que tuve el honor y la dicha de llevar a usted entre mis brazos hasta esta casa puede usted creer que la adoro... Sí, te quiero Luisa, te quiero, te adoro con toda mi alma—expresó con arrebato el caballero poniendo una rodilla en tierra—. Hace ya muchos días que no sueño más que contigo. Mi vida, hasta ahora tan triste, se ha convertido en una gloria. Desde que puedo hablarte todas las tardes mis pesares han huído como fantasmas de la noche que el sol disipa. Y si quieres vivir conmigo, si quieres ser mi esposa, jamás volverán a parecer por esta casa. Tú serás en ella como ese ruiseñor que canta sobre nuestra cabeza, la alegrarás, la convertirás en un paraíso. Tuya será esta casa, tuyo este jardín, tuya toda mi vida...

—¡Por Dios, no hable usted más, que me mata!—exclamó la joven llevándose la mano al pecho y respirando con angustia.

No murió aquella dulce criatura; por el contrario cada día fué adquiriendo más vida y más fuerza. Sus mejillas se tiñeron de color. Sin embargo, cuando Aguilar fué a pedir su mano a don Pedro Venegas, éste pareció sobrecogido.

—¡Pero don Enrique, no ve usted que mi pobre hermana está condenada a morir muy pronto!

—El tiempo que viva procuraré hacerla feliz—respondió sencillamente el caballero.

Venegas consultó el caso con el viejo médico que la asistía, quien se opuso resueltamente al matrimonio. Si se casa no concebirá, si concibe no podrá dar a luz, y si da morirá en el parto; tal fué la sentencia del galeno.

Como sucede con harta frecuencia, esta sentencia no se verificó. El amor, poderoso tónico, logró dar fuerzas a la enferma. Tres meses después se casaron; al poco tiempo quedó embarazada y al fin sin dificultad alguna dió a luz un niño que se llamó Alfonso.

Pero su dolencia pertinaz continuó minándola. Aguilar se constituyó en su hermana de la caridad. La mimaba, velaba su sueño, la conducía al jardín, allí la sentaba y cubría sus pies con una manta; compró un cochecito para sacarla de paseo; cuando era posible la llevaba al teatro; cuidaba de su alimento con exagerada atención. Fué dichoso sin embargo durante tres años. La pobre Luisa, cuando le veía tan solícito, tan tierno y amoroso, lloraba de gratitud. Aquella dicha terminó al fin. Todo el mundo lo preveía menos Aguilar. Estaba tan acostumbrado a verla enferma que se forjaba la ilusión de que seguiría de este modo sin concluir jamás. Sin embargo su hermosa mujer declinaba a ojos vistas. Ella lo comprendía, pero se esforzaba por ocultarlo a su marido.

Una noche aciaga le despertó llamándole con angustiada voz.

—¡Enrique, Enrique!

Este se levantó sobresaltado y se acercó a su lecho.

—¡Me muero, Enrique, me muero! ¡Siento ya la muerte dentro de mí!

—¡No te mueres, no!—exclamó aterrado Aguilar—. Voy a llamar al médico. Es una crisis de las que ya has tenido varias.

—No llames a nadie... Para mí ya no hay remedio. Te lo ocultaba, pero lo sabía... Antes de morir quiero decirte que me has hecho la mujer más feliz de este mundo, que los tres años que llevamos unidos han valido por una eternidad, que muero dichosa porque sé que me quieres y que no has de querer a ninguna mujer tanto como a mí... Que Dios te bendiga y que bendiga también a nuestro hijo...

Aguilar, perdido, sollozando como un niño la cubría de besos. No muchos momentos después expiraba aquella angelical criatura que había surcado el cielo de su vida como una estrella filante.

Una noche tenebrosa volvió a caer sobre el noble y desgraciado caballero granadino.

III

No bien humorado se retiró el poeta a su habitación, que era por el día casi siempre, la torre de la casa. La divergencia de gustos y opiniones que entre su padre y él existía turbaba un poco sus relaciones, por lo demás afectuosísimas. Don Enrique amaba a su hijo entrañablemente por ser suyo, pero más aún por ser de aquel ángel que tan pronto había sido arrebatado a sus brazos. El cariño de Alfonso, menos vivo y absorbente, como lo es generalmente el de los hijos a sus padres, era, no obstante, sincero aunque impregnado excesivamente de respeto. El valor intrépido, la entereza, el silencio de su padre le infundían admiración por lo mismo que él estaba muy lejos de poseer estas cualidades, pero al mismo tiempo le cohibían y alguna vez le amedrentaban.

La poca atención que había prestado a sus versos no pudo menos de impresionarle desagradablemente. No tardó en tranquilizarse, sin embargo, reflexionando que nada tenía que ver con su mérito y sólo dependía de la enemiga y desprecio que los antiguos señores de Granada le inspiraban.

La torre de la casa no constaba más que de una sola habitación cuadrada. Hacía ya tiempo que Alfonso había

hecho de ella su cuarto de estudio, por mejor decir el solitario gabinete de sus meditaciones poéticas, el deleitoso retiro de sus melancólicos ensueños. Era su *torre de marfil*, aunque muy otra su apariencia. Porque aquella gran pieza cuadrada estaba desmantelada y todo respiraba en ella vetusted y abandono; el techo tenía las vigas y tirantes al descubierto; el piso de madera desigual y en algunos sitios carcomido, los muros de largo tiempo enjalbegados, los cristales de los tres balconcitos tampoco limpios. Se parecían algunos viejos baúles por los rincones, varias sillas desvencijadas y una gran mesa de nogal. Pero Alfonso vivía contento en aquel viejo y sucio rincón, cual si estuviese en una cámara suntuosa. Había hecho subir un viejo sofá y tendido con un libro en la mano se consideraba dichoso. Allí pasaba su vida, casi todo el tiempo que le dejaban libre sus clases. Don Enrique decía riendo a sus amigos que si en la Alhambra estaba la *Torre de la Cautiva,* en su casa había la *Torre del Cautivo.*

Aquella pieza miserable y sórdida poseía no obstante una gran riqueza. Tenía la vista más deleitosa, más poética y fascinadora que puede hallarse en parte alguna. Desde sus balconcitos de medio punto se dominaba, teniéndola a sus pies, la cuenca del Darro y el frondoso *Paseo de los Tristes* y enfrente el cerro donde se alza el palacio de la Alhambra, la sublime cortina, el tajo grandioso que tantas veces han reproducido en sus lienzos los pintores nacionales y extranjeros.

Alfonso abrió uno de estos balcones y sacando la petaca de cigarrillos que delante de su padre aún no osaba descubrir, se puso a fumar apoyado en la barandilla de hierro. Miraba el paisaje como si no lo hubiera visto

nunca, al igual de los viejos marinos que siempre hallan algo nuevo en el mar. No se hartaba jamás de aquel panorama que acaloraba su fantasía y removía el fondo romántico de su espíritu. Por aquel tajo, tapado por los árboles que formaban una espesa masa de verdura, bajaban los reyes de Granada hasta el río, lo atravesaban por el famoso puente llamado del *Alcalde*, cuyos restos aún se ven y se comunicaban con su otro palacio de la Alcazaba Gidida, en el mismo barrio donde él se hallaba. Por aquel tajo bajaron despeñados los soldados del almoravide Ben Amusco, a quienes había sorprendido la caballería de los Almohades. En aquel tajo, apostados los caballeros Abencerrajes bajo la enramada del bosque cerca de la torre de Comarech, aprovechando el silencio y la oscuridad de la noche, recibieron en sus brazos al príncipe Boabdil, que su madre la sultana Aixa descolgó para salvarle del odio de su padre Muley Hacem, engreído con los amores de la hermosa cristiana doña Isabel de Solís; y cabalgando en corceles prevenidos lo trasladaron a Guadix. ¡Cuántos recuerdos trágicos y poéticos guardaba aquella misteriosa cortina de verdura que frente a él tenía!

Y allá en lo alto del cerro se columbraban las torres del palacio de la Alhambra con su exterior austero y enigmático, como todos los palacios árabes, guardando misterios de amor y deleite, estancias maravillosas labradas con mármoles y maderas de alerce, alcobas con techos de oro, aguas cristalinas corriendo por artísticas tazas de mármol, suspiros y risas, músicas y perfumes. Y él se la representaba, no como ahora, solitaria y deslucida, techada con groseras tejas de barro en vez de las brillantes esmaltadas que tenía, sino como era en tiem-

po de la dinastía nazarita, «recreación de los ojos y satisfacción de las almas», como la llamaba el historiador árabe Aben-Aljathit. En aquellos tiempos la Alhambra no era solamente un palacio, sino una pequeña ciudad amurallada. «Domina la ciudad de Granada—dice aquel historiador contemporáneo—por su parte meridional la población de la Alhambra, corte del reino, coronándola con sus brillantes almenas, sus eminentes torres, sus fortísimos baluartes, sus magníficos alcázares y otros edificios suntuosos, que con su brillantísimo aspecto arrebatan los ojos y el ánimo. Hay allí tal abundancia de agua que, desbordándose a torrentes de los estanques y albercas, forma en la pendiente arroyos y cascadas cuyo murmullo se escucha a larga distancia. Rodean el muro de aquella población dilatados jardines, propiedad del Sultán, y arboledas frondosísimas, brillando como astros al través de su verde espesura las blancas almenas. No hay, en fin, en torno de aquel recinto espacio alguno que no esté poblado de jardines, cármenes y huertos.» Dentro de sus muros alzábanse también muchos y fastuosos palacios, donde vivían los magnátes de la corte, entre ellos el que habitaban los Abencerrajes, familia que tanto influyó en los destinos del Imperio granadino.

Todo lo veía el joven poeta y todo lo hacía vivir su ardiente fantasía. Se había acalorado ésta desde la infancia con los cuentos disparatados de su niñera Angustias y con las palabras más sabias y concertadas de su tío Perico, amante exclusivo y ardoroso de la antigüedad arábiga. Pero en la adolescencia la lectura de historias y novelas contribuyeron más aún a exaltarla. Las romancescas descripciones de las fiestas, torneos, desafíos y amorosas empresas de Zegríes, Abencerrajes y Gome-

les, que tan prolijamente y con brillante estilo narra Pérez de Hita, se le antojaban tan verídicas como los sucesos más recientes de Granada. Fué su manía en aquella época de la vida el ir todos los días a la Alhambra y vagar por sus patios y salones largo rato, evocando las escenas y personajes que allí vivieron. Saltando sobre los siglos, quería alternar con ellos. Iban sus pasos de una estancia a otra de aquel maravilloso palacio, que su fantasía vestía y adornaba como debiera estarlo. Por el corredor que hay delante de la *Sala de las Dos Hermanas* subía la escalera que conduce al piso llamado de la *Daz-Axa o Casa de la Señora,* se acercaba a los aljimeces y miraba el *Patio de los Leones,* después se asomaba al balconcito del *menacor* y desde allí contemplaba el mágico espectáculo de la *Sala de las Dos Hermanas,* y al través de ésta y del *Mirador de Lindaraja* los jardines del palacio, el bosque, las márgenes del río y los huertos del Haxaris. Recorría los hoy abandonados aposentos altos del *Mexuar* y *Cuarto Dorado,* que en la época del Imperio granadino estaban cerrados por artísticas vidrieras de colores; sus pisos, ahora desnudos, vestidos con espesas alfombras; sus paredes con ricos tapices; por doquiera blandos divanes; los incensarios de oro y los pebeteros exhalando sin cesar los perfumes más delicados del Oriente. ¡Oh, quién hubiera vivido en aquel siglo y en aquel palacio encantado; quién hubiera alternado en aquella corte de amor; quién hubiera dormido las tardes de estío en aquellas atarteas pobladas de flores y fuentes oreadas por la fresca brisa de la montaña, respirando los aromas campestres que al través de las sombrías arboledas les enviaba el río de las arenas de oro, escuchando los sones de la guzla

tañida por las hermosas manos de alguna Fátima o Zoraya!

Su tío Perico le había descifrado las inscripciones de que están llenas las paredes y fuentes del palacio, y él las leía y releía siempre con emoción respetuosa. «Bendito sea aquel que concedió al Imán Mohamed mansiones embellecidas con espléndidos adornos. ¿Por ventura este jardín no nos ofrece una obra cuya hermosura no quiso Dios que tuviera igual?» «La salud de Dios sea contigo; por siempre prolónguense tus festines y disípense tus enemigos.» «Sólo Dios es vencedor.»

Pero sobre todo, las que se leen en la *Sala de las Dos Hermanas* le producían entusiasmo indecible. «Yo soy el jardín que se ostenta cada día con un nuevo adorno: contempla mi hermosura y observarás esta mudanza patente.» Sí; también él, como lo insinuaba el poeta, hallaba cada día en el recinto de la Alhambra nuevos motivos de admiración y contento. «¡Cuántas bellezas encuentran aquí los ojos!» «Nunca hemos visto un palacio de más elevada techumbre, de más claro horizonte, de más espaciosas estancias.» «El Alcázar se ostenta más hermoso que la espléndida bóveda de los cielos.»

Los aposentos y jardines de aquel alcázar, que parece creado de una vez por la varita de un mago más que fabricado por las manos de los hombres, despertaban en su corazón de adolescente diversas y contrarias emociones, unas veces placer dulce y apacible, otras terrores fantásticos, otras anhelos de místicas voluptuosidades, deseos vehementes de algo inefable, ansias de vivir y de morir al mismo tiempo. Las leyendas a él unidas bullían en su imaginación como añoranzas de su misma vida en una existencia anterior: se representaba con

terror la historia del *Caballo Descabezado,* que en las noches oscuras galopa sin que se le sienta por los adarves de la fortaleza; veía los tesoros que se ocultan en la *Torre de los Siete Suelos;* creía firmemente que las manchas rojas que se observan en la *Sala de los Abencerrajes* procedían de la sangre de éstos, la noche en que fueron sacrificados por los celos del Sultán.

Placíale igualmente mucho en aquellos años de adolescencia recorrer los jardines del Generalife en las tardes estivales. Era el carmen que para su placer y descanso tenían los reyes de Granada. Aún conserva, después de infames restauraciones, su sello característico. Los setos de arrayán, los naranjos, los cipreses y laureles le prestan sabor y encanto completamente árabe. El rumor de sus acequias cristalinas infundía en el alma del poeta languidez invencible y en su cuerpo apetito de reposo. ¡Cuántas intrigas de amor anudadas y deshechas en aquellos deleitosos jardines donde se recreaban las damas y caballeros de la corte nasirita! Aquellos jardines habían sido el escenario del drama sentimental que había terminado con el suplicio de los caballeros Abencerrajes. Sostenían éstos con los Zegríes enconada lucha en los últimos tiempos del reino granadino. Los Zegríes acusaron a uno de aquéllos de haber manchado el trono del monarca sosteniendo adúlteras relaciones con la Sultana. Un zegrí denunció a Aben-Hamet, abencerraje. Se apoyaba en el testimonio de dos caballeros de su linaje y de cuatro Gomeles. «El día del desafío del Maestre con Muza, cuando después se efectuaba una zambra en el Generalife—afirmaron—, paseándonos yo y este caballero gomel por la huerta vimos en una calle de arrayanes, debajo de un rosal, en deshonestos deleites

a la Reina y al adúltero Aben-Hamet, y estaban tan embebidos que no nos sintieron, con estar tan cerca. Yo se los mostré a Mahandin Gomel y admirados del atrevimiento nos apartamos un poco para ver el atrevido fin; y a poco espacio salió la Reina y se fué hacia la *Fuente de los Laureles* y de allí donde estaban sus damas. Pasado gran rato vimos salir al alevoso Aben-Hamet cogiendo rosas blancas y rojas y con ellas tejió una guirnalda y se la puso en la cabeza. Nosotros nos llegamos con disimulación hacia él y le preguntamos en qué se entretenía, a lo cual nos respondió: —En ver esta deleitosa huerta que tiene mucho en que se recrea la vista—y dióNos dos rosas a cada uno y nos vinimos todos paseando hasta donde estaba Vuestra Majestad con los caballeros. Quisimos avisar entonces y no osamos por no alborotar la corte con caso tan inaudito. Mirad, Señor, por vuestra persona. Muera el adúltero y aleve y con sus deudos la deshonesta Reina...» Ciego de furor el Rey volvió a su palacio de la Alhambra y de acuerdo con los Zegríes dispuso que los Abencerrajes fuesen degollados.

Creía con fe ciega el mancebo Aguilar estas y otras historias semejantes. Su imaginación se iba excitando cada día más y hubiera terminado quizá por sobreponerse a la razón y enajenarle como había sucedido a Don Quijote si la fría y áspera realidad no hubiera venido a sostenerle.

Había cumplido quince años y don Enrique, enamorado siempre del noble ejercicio de las armas, aunque en él había encontrado su desgracia, quiso que fuese militar. Alfonso no se hallaba de ninguna manera inclinado a esta profesión, pero aceptó sin replicar la orden de su padre. Aunque éste hubiera preferido el arma de caba-

llería donde él había servido, considerando la salud no muy firme de su hijo, que era obstáculo a los violentos ejercicios corporales, le envió a Segovia para prepararse a entrar en el Colegio de Artillería. Entró al cabo de un año de preparación y siguió los cursos y semestres con bastante aprovechamiento.

Las imaginaciones de la Alhambra y de sus caballeros Zegríes y Abencerrajes fueron huyendo de su espíritu. La disciplina del colegio, la cruel novatada, el ambiente enteramente distinto en que ahora respiraba apagaron sus ardores poéticos y disiparon sus ensueños románticos. No obstante, estas imaginaciones, más bien aletargadas que muertas le producían alguna vez recaídas dolorosas que agitaban su espíritu, le hacían odioso el colegio y le inclinaban a la rebeldía; pero al fin, pasadas estas crisis, descendía a su corazón la calma dulce y triste que infunde la melancolía.

Cuando se hallaba en el cuarto semestre de la carrera y parecía que ésta iba a terminar felizmente, un desgraciado accidente vino a cortarla. Hallándose en formación con el batallón de cadetes sufrió repentinamente un vómito de sangre. Se le trasladó a la enfermería y se avisó a su padre. Llegó éste rápidamente y no vaciló un punto en llevarlo consigo a Granada. Aquí los médicos le hicieron comprender que si su hijo no estaba perdido aún, aquel accidente era la voz de alarma que la naturaleza daba, o mejor aún, su grito de angustia y que urgía reparar inmediatamente el desorden y dar a aquel cuerpo lo que con vivas instancias pedía: reposo, aire puro, alimentos sanos y nutritivos. En vista de ello don Enrique resolvió enviarle a la Alpujarra, donde poseía una alquería, no lejos del pueblo de Cadiar.

Ningún sitio más adecuado para restaurar y vigorizar una salud vacilante. Era un valle deleitoso, regado por un río cristalino, un lugar apacible, risueño, donde la vegetación, resguardada de los vientos maléficos, crecía vigorosa llenándolo de verdes praderas y frondosas arboledas que rodeaban el histórico pueblo de amplios vergeles. La alquería a corta distancia de la población, tenía una casa acomodada tan sólo para las necesidades de los labradores arrendatarios, esto es, era de una exagerada modestia que rayaba en la pobreza. Don Enrique eligió la pieza menos mala, la hizo restaurar con decencia y trayendo algunos muebles de su casa de Granada la transformó en una estancia medianamente cómoda, donde dejó alojado a su hijo.

La vida del campo mejoró su salud rápidamente. En los primeros tiempos, sentado a la sombra de la casa contemplando los trabajos domésticos de las mujeres; más tarde paseando unas veces a caballo otras a pie por aquellos rientes parajes, deteniéndose a la orilla del río y durmiendo allí bajo los árboles en las horas calurosas de la tarde, bebiendo la leche recién ordeñada, asistiendo a las faenas de la labranza y escuchando con placer los cantos de los trabajadores; por último, cuando su cuerpo hubo cobrado vigor dedicado enteramente a la caza, logró en menos de un año restablecerse tan por completo que parecía otro hombre. El muchacho endeble, flaco y pálido se transformó, si no en un atleta en un gallardo mancebo ágil y fuerte, de rostro atezado, de firme mirada y ademanes resueltos.

Mas he aquí que durante su estancia en aquellos lugares, donde se guardaba el recuerdo de la rebelión y castigo de los moriscos, se encendió otra vez su fantasía,

tornó a poblarse de las imágenes que tanto habían fascinado su infancia y adolescencia. En aquellos parajes que él pisaba diariamente se efectuó el desenlace de la tragedia dolorosa donde sucumbió para siempre una raza desdichada que él amaba y admiraba. Allí mismo, en el pueblo de Cadiar, fué coronado como rey un día el desgraciado joven don Fernando de Valor, llamado desde entonces Aben-Humeya. Conocía los pormenores de su historia, pero volvió a leerla y con esta segunda lectura se afirmó por él su admiración.

Este mancebo, descendiente en línea directa de los califas de Córdoba, había sido bautizado con el nombre de don Fernando de Valor. Su padre, don Antonio de Valor y Córdoba, caballero ilustre y rico, era uno de los veinticuatro regidores de Granada. Habiendo sido insultado en una junta tuvo la imprudencia de llevar la mano a la espada. Procesado por este ademán fué condenado nada menos que a la pena, tan cruel como infamante de galeras. La envidia y el odio habían logrado tal iniquidad. A los pocos días comenzaron a amanecer asesinados en las calles de Granada algunos de los sujetos que habían acusado o juzgado al infeliz caballero. Su hijo Fernando vengaba secretamente la afrenta de su padre.

Por aquel entonces los moriscos, vejados y oprimidos hasta un punto difícil de expresar, por los inquisidores y las autoridades de Granada, que violando abiertamente las capitulaciones firmadas por los Reyes Católicos los sometían a los más duros tratamientos, a las injusticias más atroces, se habían sublevado y en las fragosidades de la Alpujarra se defendían con desesperado ardimiento. Estos árabes, aprovechando el despecho y la

ira del joven don Fernando y conociendo su resolución y su prestigio lo eligieron como caudillo y muy luego le hicieron rey.

Fué coronado en Cadiar al aire libre, para que la multitud pudiera presenciar la ceremonia. Debajo de un grande y frondoso olivo—dicen los cronistas—se colocó un estrado con un rico sillón y sobre él un dosel de seda, reliquia de los antiguos reyes de Granada. Allí se sentó el valeroso mancebo y en torno de él, de pie, muchos nobles y ricos árabes de los contornos. Se le puso en la cabeza una enorme corona de plata dorada y la muchedumbre prorrumpió en gritos de entusiasmo: ¡Viva el rey de Granada! ¡Viva Aben-Humeya! Juró después sobre el Alcorán que los defendería hasta la muerte, y comenzaron a sonar las chirimías y dulzainas, un gran ruido de música y aclamaciones. Luego, de muchos lugares vinieron a darle obediencia y a besarle las manos.

La descripción de esta solemnidad despertaba honda y placentera emoción en el joven Aguilar. Por ventura se veía él con la imaginación colocado en el mismo sitial y se embriagaba con los aplausos y se proponía reconquistar el trono de sus antepasados. Veíase como él al frente de un puñado de indómitos guerreros, menospreciador de la muerte, escalando la sierra, bajando al llano para desbaratar las tropas castellanas, viviendo por el día en las cuevas, durante la noche en Valor, su pueblo natal o en Mecina de Bombarón, el de su primo Aben-Aboo.

Una noche el marqués de Mondéjar, general de los cristianos, reunió secretamente seiscientos soldados que rodearon la casa donde el joven rey dormía tranquilamente. Algunos de los muchos moros que allí se halla-

ban lograron huir arrojándose por las ventanas; a él no le dieron tiempo. Entonces con admirable sangre fría bajó hasta la puerta, que ya los soldados golpeaban para echarla abajo, y abriéndola él mismo se quedó detrás oculto. Los soldados penetraron tumultuosamente sin verle. Con tal astucia logró salir y arrojándose por unos peñascos que había en la parte trasera de la casa se puso en salvo.

Había hecho de aquel valeroso joven su ídolo. Los más fanáticos escritores cristianos no pueden menos de rendir tributo a su figura gallarda y poética. Además Fernando de Valor era un enamorado y esta cualidad, para muchos despreciable, se le antojaba el colmo de la perfección por lo mismo que él lo era, aunque todavía sin objeto definido.

El amor perdió a Aben-Humeya. Tenía un amigo llamado Diego Alguacil, morisco, natural de Ugíjar en la Alpujarra. Un día departiendo ambos sobre amoríos, le confió éste que se hallaba en relaciones amorosas con una prima suya, viuda de otro morisco llamado Vicente Roxas. «Era—según afirma el historiador Hurtado de Mendoza — mujer de mucha gracia y buena razón en cualquier propósito, ataviada con más elegancia que honestidad, diestra en tocar el laúd, cantar y bailar a su manera y a la nuestra, amiga de recoger voluntades y conservarlas.» Esta viuda se llamaba Zahara. Pérez de Hita asegura también que era muy hermosa. «Hermosa a la maravilla—escribe—gran música, de voz y de tañer a la morisca y a la castellana... y danzaba extremadamente. Y tanto le supo decir—continúa el mismo—que Aben-Humeya de oídas quedó de ella muy amartelado y con encendidos deseos de verla y así disimulando le

rogó (sin mandar como pudiera) que la trujere a su casa porque la quería ver y que en ello le haría gran servicio. Diego Alguacil, arrepentido ya de haber alabado tanto a su dama, sufriendo su pena, aquella noche la llevó a casa del reyecillo, adonde a su ruego danzó y tocó.»

Naturalmente, Aben-Humeya se enamoró de ella. A Alfonso le hubiera sucedido otro tanto. El resultado fué que Zahara no volvió a salir de las habitaciones de Aben-Humeya.

Despechado Alguacil y ardiendo en deseos de venganza, resolvió asesinarle del modo que mejor pudiera. Por medio de una carta falsificada en que Aben-Humeya ordenaba que fuesen degollados todos los turcos que de Constantinopla habían venido a favorecerle, logró que éstos, enfurecidos contra el ingrato rey decidieran asesinarlo. Como así se verificó.

Dormitaba Aben-Humeya a eso de las tres de la madrugada en su casa de Andarax, donde residía. La hermosa viuda, prima y amada de Diego Alguacil, le acompañaba. Entre tanto, los conjurados de Cadiar avanzaban en medio de las sombras de la noche, seguidos de cuatrocientos hombres, mitad turcos, mitad moriscos. Al frente de ellos caminaba Diego Alguacil y Aben-Aboo, el primo traidor que aspiraba a sucederle en el trono. «—Aseguraron la centinela como personas conocidas—dice Hurtado de Mendoza—, entraron en la casa, quebraron las puertas del aposento.»

Al despertar el joven rey se encontró frente a sus implacables enemigos. Diego Alguacil, el amante celoso y despechado, el traidor Aben-Aboo, que aspiraba al trono, y los feroces capitanes turcos irritados con la apócrifa carta en que se ordenaba su degollación.

El intrépido joven no se intimidó. «Les habló como rey»—dice Pérez de Hita. Fué preso y le ataron las manos. Juntáronse en su presencia los enemigos para juzgarle: le mostraron la carta apócrifa que con indignación él negó. De nada le valió su enérgica negativa. Aquellos traidores codiciosos le condenaron a muerte, saquearon la casa, repartiéronse las mujeres, dineros y ropas. La ejecución se realizó al amanecer de aquel mismo día. «Ahogáronle dos hombres, Diego Alguacil y Aben-Aboo, uno tirándole de una parte y otro de otra de la cuerda que le cruzaron en la garganta.» Pérez de Hita afirma «que lo ahogaron con una toca y que él mismo se dió la vuelta como le hiciesen menos daño; concertó la ropa; cubrióse el rostro.»

El infortunado y último rey de los árabes granadinos acababa de cumplir veintitrés años.

Con estas encendidas impresiones de guerra en el alma y otras no menos rojas en el rostro, señal de floreciente salud, tornóse Alfonso a Granada al cabo de casi un año. Su padre tuvo compasión de él. No quiso enviarle de nuevo al Colegio de Artillería temiendo, no sin fundamento, que perdiese la salud ganada en la Alpujarra y cerciorado al mismo tiempo de la poca o ninguna afición que el mancebo sentía por la carrera militar. Decidióse que seguiría la de Jurisprudencia sin salir de Granada. A la hora que comienza la presente historia la estaba terminando.

Tiró la punta del cigarro, apartóse del balcón, tomó un libro y se dejó caer en el viejo sofá, donde después de leer un rato no tardó en adormecerse. Unos golpecitos discretos en la puerta le despertaron de su sueño. Era la inevitable Angustias portadora de una carta.

—Alfonsito, toma esta esquela que acaba de traer un criado del Casino..., es decir, yo no estoy segura que sea del Casino. Tenía unas letras amarillas en la gorra, pero no sé lo que significaban. Con esto de vestir a los criados con gorras de galones no es posible hacerse cargo si son criados o militares. En tiempo de tu abuelo (que gloria haya), los criados se vestían como criados, un pantalón viejo y una blusa de percal los días de trabajo; los domingos un pantalón de pana y una chaqueta de paño negro y sombrero grande de fieltro para ir a misa. Al volver de misa se quitaban la chaqueta para no ensuciarla y luego, a la tarde, se la ponían otra vez cuando les tocaba salir de paseo... Pero los criados son unos puercos, ¿sabes tú? Cuando venían a casa traían el pantalón lleno de manchas. ¡Cuántas veces se las habré limpiado a Pepe Sarabia el jardinero (que en gloria esté) con un poco de amoníaco y agua caliente! Pepe me decía: «Angustias, por favor, tú que tan bien sabes arreglarte, límpiame, por Dios, estos pantalones, que he manchado de grasa en la *Venta del Colorado*.» Y yo tomaba un paño y con el amoníaco le quitaba las manchas y de paso se los planchaba. El pobre Pepe quedaba siempre admirado. ¡Pero, Angustias, me los has dejado nuevos! Eres un estuche...

Alfonso, sin oir poco ni mucho lo que la vieja relataba, había roto el sobre, y leyó lo que sigue:

«Mi distinguido amigo: Sus versos, hoy publicados, han gustado mucho. Tengo la satisfacción de comunicárselo, darle la enhorabuena y a la vez de poner a su disposición las columnas de este periódico que se honrará publicando lo que usted se sirva enviarme.»

Firmaba la carta el director de *El Defensor de Granada*.

Las mejillas del joven poeta se tiñeron de carmín. Una ola de placer y de orgullo hizo vibrar a un tiempo su cuerpo y su alma. Angustias lo advirtió.

—Buenas noticias, ¿verdad, Alfonsito?

—¡Excelentes!

Le leyó la carta y acometido de un rapto de alegría abrazó a su vieja niñera. Después, ganoso de aliviar su pecho, rebosante de orgullosa satisfacción, decidió ir a ver a su tío Perico, con quien le ligaba aún más que el afecto las aficiones islámicas y la extrema admiración por el antiguo Imperio de los árabes granadinos.

IV

Alfonso salió de casa y subiendo por las angostas callejuelas del Albaicín llegó hasta la de su tío Perico, situada, como sabemos, en la calle de la Yedra. La calle y la casa se hallaban lejos de ofrecer magnífico aspecto. Nada allí hacía recordar el esplender de los tiempos pasados cuando aquel barrio estaba habitado por los magnates de la corte granadina. Un zaguán toscamente empedrado y bastante sucio conducía a un recinto abierto entre jardín y patio, donde en feo desorden se acumulaban algunos pedruscos, trozos de columna, piedras con inscripciones, capiteles, argollas, eslabones herrumbrosos, restos informes viejos de madera labrada. Don Pedro Venegas, propietario de la casa, había ido transportando allí con pertinaz esmero cuantos testimonios pudo hallar y adquirir de la riqueza y magnificencia de los antiguos señores de Granada. Estos preciosos recuerdos no eran bastante respetados, hay que confesarlo con tristeza, por su cuñado don Enrique Aguilar, quien llegaba a calificarlos nada menos que de *porquerías*.

Sobre este patio o jardín se abría un amplio balcón enrejado, sostenido por pilares de madera, y a este balcón, que realmente era una gran pieza cuadrilonga, se

subía por una estrecha escalera de piedra. Este era el único acceso que por aquella fachada tenía la casa, grande, pobre, destartalada, infinitamente vieja. En la parte trasera existía un carmen de mediano tamaño y grata apariencia donde crecían arrayanes, cipreses, cedros, sauces, granados, naranjos y limoneros, árboles todos que en los siglos pasados adornaban los jardines de los árabes granadinos.

Cuando Alfonso penetró en el patio lo primero que vió en la solana a través de sus rejas de madera fué a un moro que leía tranquilamente sentado y fumando por una larga pipa. Al sentir pasos en el patio, el moro alzó la cabeza, se levantó presuroso, se llegó al antepecho y abriendo los brazos y doblando el cuerpo con una zalema verdaderamente islamita exclamó:

—¡Sobrino del alma! Ven que te dé un abrazo.

En efecto, aquel moro no era otro que su tío Perico, el cual dentro de casa se disfrazaba siempre de aquel modo con chilaba y turbante o blanco albornoz de capucha cuando salía al jardín para manifestar, sin duda, que protestaba contra la imperante dinastía castellana y no reconocía otros señores en Granada ni otra dinastía que la de los reyes nasiritas.

Rápidamente Alfonso subió por la estrecha escalera de piedra, entró en la solana y se dejó abrazar por su tío, sin que le sorprendiese poco ni mucho el disfraz en que le hallaba, pues de largo tiempo atrás le había visto de aquel modo siempre que iba a visitarle. En la gran pieza o balcón donde le recibía se acumulaba, sobre mugrientas mesas, otra cantidad numerosa de aquello que don Enrique Aguilar calificaba de modo tan poco respetuoso: fragmentos terriblemente envejecidos

y sucios de las porcelanas, lámparas, azulejos, copas de filigrana y otros utensilios y adornos de que se servían los árabes en los tiempos de su dominación.

—Divinos tus versos, Alfonsito, verdaderamente divinos, dignos de los mejores tiempos del califato, cuando en Córdoba florecía la poesía con tal profusión que los poetas brotaban como las naranjas y de todos los parajes del mundo habitado venían los hombres más eminentes a presenciar aquellos certámenes esplendorosos de la corte de Abderramán III... Pero siéntate, querido, siéntate. Voy a leerlos otra vez, porque me deleitan.

Alfonso se sentó en un viejo sillón (todo allí era viejo) y acomodándose en otro don Pedro desplegó el periódico y con voz engolada y enfático acento comenzó a declamar *El Mirador de Lindaraja*. Cuando hubo terminado se levantó vibrante de emoción y volvió a abrazar estrechamente a su sobrino.

—Repito que divinos, Alfonso, del más puro sabor arábigo. Bien se echa de ver que corre por tus venas la sangre de los Venegas, de aquel ínclito don Pedro a quien los árabes llamaban el *Tornadizo* porque fué cristiano en su niñez.

Alfonso no pudo menos de sonreír porque dudaba, como todo el mundo en Granada, de que la pretensión de su tío tuviese fundamento. Guardó silencio unos instantes y al cabo se aventuró a decir con timidez:

—Pero tío, ¿está usted bien seguro de que descendemos realmente de don Pedro Venegas? Todos los historiadores afirman que los descendientes de este caballero son los marqueses de Corvera y Campotejar.

Don Pedro hizo rodar por las órbitas sus ojos saltones con señales de espanto e indignación.

—¿También tú, sobrino?... ¿También tú, que eres el último representante de nuestra ilustre familia?... Has de saber que los marqueses de Corvera no descienden precisamente de don Pedro Venegas, sino de su cuñado Yusef, que fué rey de Granada. En cuanto a los de Campotejar cierto es que descienden de él aunque por línea femenina. Don Pedro, hijo de los señores de Luque, fué cautivado a la edad de ocho años en una entrada que los árabes hicieron por tierras de Córdoba cuando ésta ya pertenecía a los castellanos. El caballero granadino que le había cautivado, Jahie Abrahem Almayar, uno de los principales magnates de la corte le educó con esmero le adoptó como hijo y no satisfecho con esto le casó con su misma hija, la hermosa princesa Cetimerien. Hermano de esta princesa fué Yusef, que con la ayuda de nuestro abuelo don Pedro, hombre tan noble como inteligente y valeroso, logró sentarse en el trono de Granada. Tuvo don Pedro con la princesa Cetimerien dos hijos: Abul Cacin Venegas, que fué gran visir del sultán Muley-Hacem, y Reduan Venegas, general de sus ejércitos, más una hija que se llamó como su madre Cetimerien, la cual se casó con el famoso Cid-Hiaya, heroico y caballeresco defensor de Baza. De ésta descienden los marqueses de Campotejar. Nosotros descendemos de Reduan, como voy a probarte inmediatamente.

Fué a su cuarto, trajo una carpeta y sacando de ella un gran papelote lo desplegó con solemne aparato ante los ojos de su sobrino. Era el árbol genealógico de la familia, por el cual se probaba sin género de duda que Alfonso y su tío descendían del hijo segundo de don Pedro Venegas el *Tornadizo*.

—Pero tío—se atrevió a decir Alfonso—, ¿cómo ha venido a sus manos este árbol genealógico?

—¿A mis manos?—preguntó con sorpresa el tío Perico—. Naturalmente, como que son mis manos las que lo han hecho.

—¡Ah!

No dijo más Alfonso. Fué bastante para que su tío le echase una mirada colérica, cerrase la carpeta con enfado y la llevase de nuevo a su cuarto.

Toda Granada conocía las pretensiones de don Pedro y sus aficiones muslímicas, y toda Granada se reía inconsideradamente de estas pretensiones. Desde que una noche en cierta fiesta literaria habida en el teatro *Cervantes* tuvo la arrogancia de afirmar que él descendía en línea recta del *Tornadizo* no se le volvió a conocer por otro nombre. El lo sabía, pero no le producía molestia; parecía, al contrario, que hallase honroso el remoquete.

Era don Pedro un hombre que pasaba un poco de los sesenta años, más bajo que alto, más grueso que delgado, vivo de color, ojos grandes a flor de la cara, fuerte nariz, barba luenga y ya casi blanca. Aunque inteligente y culto, nunca había trabajado. Vivía atenido a una modestísima renta heredada de sus padres. Cuando su hermana casó con don Enrique Aguilar quiso cumplir la obligación de entregarle la mitad de la herencia, pero éste, bien al tanto de la estrechez con que ambos hermanos vivían, le cedió generosamente la dote de su esposa. Era, pues, un ejemplar de hidalgo pobre y holgazán como tantos otros. Sin embargo había leído mucho y estudiado con particular diligencia lo referente a la historia de los árabes en España y principalmente la del

reino de Granada. Impulsado de su amor apasionado a la antigua civilización arábiga, se empeñó en aprender el árabe, asistió como oyente varios cursos a la cátedra de esta lengua que existe en la Universidad y logró conocerla lo bastante para leer con facilidad sus libros y descifrar sus inscripciones y manuscritos.

—Bien, sobrino—le dijo con amable serenidad, ya disipado el enfado, al poner de nuevo el pie en la solana—. Vuelvo a decirte que eres un gran poeta. ¿Quieres que demos una vuelta hasta Puerta Real y bebamos allí tú una copita, yo un refresco para celebrar tu triunfo?

Cedió gustoso Alfonso. El tío Perico entró de nuevo en sus habitaciones para quitarse el disfraz mahometano y salió al poco rato transformado en un caballero cristiano de lo más castizo que pudiera verse jamás, luenga levita de paño negro, cuello alto aplanchado, chalina sujeta por alfiler de diamantes, pantalón abotinado, enorme sombrero afelpado de copa alta y bastón de caña de India con puño de plata.

Salieron emparejados y a los pocos pasos se encontraron en medio de la plazoleta de San Nicolás. Ambos quedaron inmóviles y suspensos en contemplación extática del grandioso paisaje que ante su vista se desplegaba. Allá enfrente, en el cerro opuesto al que ellos pisaban, se columbraba la Alhambra. Don Pedro clavó los ojos en ella y su frente se arrugó con dolorosa expresión de disgusto.

—Mira aquella torre, Alfonso—profirió al cabo con voz sorda—. Mira a la *Torre de las Damas*. De uno de aquellos ajimeces salió una noche fatal la ruina del Imperio granadino. Cuando la sultana Aixa, aquella mujer nefasta, descolgó por medio de una cuerda improvisada con

los almaizares y tocas de sus doncellas a su hijo el imbécil y traidor Boabdil, firmó la sentencia de muerte de una civilización espléndida. Los Abencerrajes, esa familia maldita, enemiga eterna de la nuestra, le recibieron en sus brazos, lograron soliviantar este mismo barrio del Albaicín y encendieron la guerra civil que causó la ruina de Granada. A esa sultana Fátima que los palaciegos llamaron Aixa, esto es *La Casta*, se debe la perdición de esta gran ciudad... *¡La Honesta, la Casta!*—añadió después de una pausa rechinando los dientes—. ¿No es verdad que una mujer puede ser muy casta y sin embargo una mala persona? Pienso y opino que la castidad es una virtud artificial; no es virtud oponerse a lo que la naturaleza reclama. ¿Por qué llamar virtud, querido sobrino, lo que en el fondo no es más que cuestión de latitud geográfica o de temperamento? A un ser humano nacido y criado entre los hielos de Islandia no se le debe llamar virtuoso porque use con parsimonia de los placeres genésicos, ni tampoco vicioso a un árabe de Damasco nacido y criado bajo los rayos de un sol ardoroso porque sienta más vivo el encanto de la mujer. Hay también aquí y en todas partes temperamentos refractarios al amor sexual, a los cuales no debe contarse por mérito lo que es resultado de una naturaleza deficiente. Particularmente en el sexo femenino existen muchos ejemplares de frialdad congénita. Es muy posible que la sultana Fátima fuese uno de ellos. Los celos que tenía de nuestra hermosa compatriota doña Isabel de Solís no estaban engendrados por el amor, sino por la envidia y el orgullo. Su cólera rabiosa fué la que ha perdido a nuestra ciudad y la despeñó desde un grado de esplendor nunca visto a la más triste vulgaridad... Tú, sobri-

no, no tienes ojos más que para la Alhambra y, en efecto, la Alhambra era el florón de una rica corona, pero esta corona tenía también joyeles de subido precio. Esta nuestra ciudad que hoy ves insignificante como cualquiera otra capital de provincia española, contaba antes de ser conquistada por los castellanos setenta mil casas y quinientos mil habitantes; sus murallas, que flanqueaban mil torres, medían tres leguas de longitud. Asentada como una hermosa sultana en las pendientes de ese cerro de la Alhambra que baja hasta el Genil y sobre el que ahora pisamos nosotros, contemplaba la vega maravillosa, que hoy existe despojada de sus mayores atractivos. Porque esa vega en aquellos tiempos estaba sembrada de innumerables huertas de recreo, haciendas de labor, bosques frondosos, espléndidas praderas como aquella que llamaron los árabes del *Sueño*, cantada por los poetas; más de trescientos caseríos, de los cuales cincuenta tenían mezquita, ciento treinta molinos, jardines maravillosos, palacios de mármol, estanques que surcaban lindos empavesados barquichuelos. Este mismo barrio del Albaicín, hoy con sus callejuelas sucias y sus mezquinas viviendas, era morada de los más ricos y encumbrados personajes del reino; estaba todo él poblado de espléndidos palacios, parques y jardines, surcado por cristalinos arroyos y cascadas que fluían de los gigantescos estanques, donde la nobleza se divertía con naumaquias y fiestas nocturnas, ceñido ahí abajo en la cuenca del Darro por bosquecillos de nogales e higueras. La aristocracia granadina habitaba aquí con refinamiento de lujo que no ha vuelto a verse desde entonces... ¡Qué civilización aquélla! Cuando el resto de Europa yacía envuelto en las tinieblas de la ignorancia, en Anda-

lucía se estudiaba, se investigaba y se enseñaba con el mayor empeño. En Persia y en Bizancio habían recogido los árabes el caudal de la cultura helénica y lo trasladaron a nuestra tierra, lo vivificaron, lo fortalecieron y le dieron nuevo esplendor. Por doquiera establecimientos científicos y literarios que ofrecían albergue a los sabios de todos los países huídos del fanatismo y barbarie reinantes en Europa; certámenes, bibliotecas, laboratorios, academias y liceos. ¿Y qué decir de la agricultura, que hoy mismo, a pesar de tantos adelantos, no ha podido ser sobrepujada? ¿Y qué también de su industria? Más de diez mil telares fabricaban en Granada los tejidos más preciosos que se exportaban a todos los países y constituían la gran riqueza de este reino: sargas, tafetanes, terciopelos como no han vuelto a verse jamás... ¡Todo pasó, sobrino; todo pasó!... ¡Todo se desvaneció como el humo!

Don Pedro se llevó la mano a la frente con abatimiento, dejó escapar un suspiro y se puso a caminar seguido de su sobrino por las estrechas calles que en desigual pendiente conducían a la ciudad.

Hay que advertir, como caso extremadamente curioso, que este caballero, defensor de la molicie y voluptuosidad, era el sujeto menos voluptuoso de Granada. Nadie le había conocido querida, ni siquiera novia. Todo su harem se componía de una vieja criada tuerta, que aderezaba sus comidas y ordenaba la casa. Tan sólo seguía las huellas de sus admirados árabes en el horror a las bebidas alcohólicas, que no probaba jamás, y en la afición al baño que todos los días tomaba; aunque nada de camarín dorado con zócalos ajedrezados y preciosas labores, cincelados capiteles y alberca de mármol; nada tam-

poco de esencias olorosas, pebeteros y pomadas refrigerantes; una modestísima bañera de cinc, que la tuerta tenía cuidado de llenar todas las noches, era todo lo que servía al buen hidalgo para imitar de lejos las costumbres voluptuosas de los magnates de la corte de Muley-Hacem.

No muchos pasos habían dado, cuando don Pedro, volviendo sobre los suyos y acercándose cuanto pudo a su sobrino le dijo misteriosamente echando antes una mirada recelosa en torno para cerciorarse de que nadie les escuchaba:

—¿Quieres que te diga algo muy verdadero, pero que nadie osa decir en España?... Pues que aquellos nobles caballeros que conquistaron a Granada, el marqués de Cádiz, el conde de Tendilla, el comendador de Calatrava, Hernán Pérez del Pulgar, el conde de Ureña, eran unos rústicos que apenas sabían leer y no se lavaban jamás.

Pronunciadas estas severas palabras se alejó con paso rápido. Pero no tardó en volverse y agarrando por la muñeca a su sobrino y mirando con más recelo aún en torno, le dijo al oído con voz de falsete:

—¡Qué mucho que aquellos caballeros fueran unos sucios si la misma reina les daba el ejemplo! Ya habrás leído que hizo voto de no mudarse la ropa interior hasta que Granada fuese conquistada. ¡Cómo estaría aquel cuerpecito al cabo de algunos meses!... Y hay historiadores, querido Alfonso, que se entusiasman con semejante porquería.

Desahogado su pecho con la revelación de estos secretos diplomáticos, siguió caminando cogido del brazo de su sobrino.

Bajaron por la calle del Huerto y otras míseras callejuelas que don Pedro se abstenía de designar por su nombre castellano.

—Nos hallamos en la Alcazaba Cadima—decía—. Aquí estaba *Bib-Cieda,* la Puerta de la Señoría. Aquí la mezquita *Cachara,* aquí la *Dar Albaida,* la casa Blanca, aquí *Rabad-Almudafar*, barro del Victorioso. Ya entramos en la Alcazaba Gidida...

Y de esta guisa iba nombrando en voz baja, tanto los parajes como los edificios que los antiguos árabes habían poblado. Al fin se encontraron delante del convento de Santa Isabel la Real.

—Este es el alcázar de Dar-al-Horra, el alcázar donde tú sabes que el sultán Muley-Hacem alojó algún tiempo a su favorita doña Isabel de Solís... ¡Excelsa mujer que lo mismo para ti que para mí debe ser de venerada memoria! Ella fué siempre la amiga y protectora de nuestra familia. Por eso los infames Abencerrajes la odiaban de muerte. Los árabes la llamaban la *Romia,* esto es, la Cristiana, porque como cristiana había sido bautizada en Bezmar, donde su padre, Sancho Jiménez de Solís, era comendador. Cautiva en sus primeros años, como nuestro ascendiente, fué educada por un magnate de la corte entre señoras y princesas. Su hermosura era tan singular que no teniendo comparación con ninguna otra dama la llamaron *Zoraya,* que significa «lucero de la mañana». Llegó a ser la sultana favorita de Muley-Hacem, quien la amó con pasión que degeneraba en idolatría. Pero ella, aunque pudiera hacerlo, no abusó de este dominio: nadie le ha reprochado acto alguno de despotismo. Dicen los historiadores que era tímida, dulce, incapaz de abrigar en su corazón sencillo odios ni pasio-

nes ruines. ¡Qué contraste con la altanera y rencorosa Aixa! Por eso fué el encanto y la admiración de la corte y sólo tenía por enemigos a los Abencerrajes, que no le perdonaban la amistad con que honraba a los Venegas...

Todo esto lo sabía Alfonso tan bien o mejor que su tío. La figura de doña Isabel de Solís había sido siempre la que con preferencia evocaba su fantasía en el palacio de la Alhambra. Vivió enamorado de ella. Se placía en imaginarla en medio de aquella corte de amor como reina adorada y festejada por todos los caballeros. ¡Oh, él hubiera sido uno de sus más rendidos adoradores! Sabía que la vida de esta princesa ideal se deslizaba como un sueño placentero. Si se celebraban justas en Bibarrambla disponía el rey que Zoraya fuese la reina del torneo y que sus manos premiasen al vencedor. Alfonso soñaba ser el guerrero vencedor y recibir el premio de aquellas preciosas manos. En los certámenes poéticos ella era la que ceñía de laurel la cabeza del poeta. Y naturalmente Alfonso se veía coronado por la sin par Zoraya. Si estaba triste Zoraya, músicos y cantantes venían a divertirla y alegrarla con suaves melodías. Y Alfonso imaginaba ser uno de aquellos músicos o cantantes que lograba desarrugar la frente y encender de nuevo la alegría en los ojos de la bella. Sueños felices de la adolescencia que alguna vez se prolongaban en la juventud.

Miró al convento, suspiró y siguió caminando del brazo de su tío. Al pasar por delante de la famosa *Casa de la Lona* dijo aquél:

—Claro está que no debe compararse el palacio que los reyes ziritas construyeron sobre los cimientos de este feo caserón con el de la Alhambra, pero de todos

modos los historiadores árabes están de acuerdo en que era suntuoso y que dentro de sus subterráneos guardaban los sultanes inmensas riquezas en oro y piedras preciosas. Angustias, tu ama de gobierno, está segura de que aún existen. Yo no lo creo. El almoravide Yusef, que despojó del trono al rey Abdalá, se encargó de buscarlos y repartirlos entre sus capitanes.

Bajaron hasta la calle de Elvira y atravesándola siguieron por aquellas estrechas vías hasta dar en la de la Cárcel Baja. Don Pedro quiso echar una mirada a la *Casa de los Príncipes.* Era su piadosa costumbre siempre que acertaba a pasar por aquellos sitios.

—Esta casa, hoy tan cercenada, tan profanada que no da idea de su antigua magnificencia, querido Alfonso, fué el palacio encantado donde vivió nuestra ilustre abuela la princesa Cetimerien. Largos corredores a manera de laberinto, jardines, maceteros y estanques conducían a templetes calados y a salones de estuco y oro. Aquí, en este alcázar misterioso, moraba la princesa rodeada de una servidumbre de esclavas y dueñas, solícitas en satisfacer sus caprichos y escogidas para velarla como un tesoro. Fué su abuelo materno el rey Abu-Said-Alhamar, llamado el *Bermejo,* a quien el rey de Castilla, don Pedro el Cruel, asesinó traidoramente en Sevilla. Era tal el recato de esta doncella, dicen los historiadores, que muy pocos habrán podido gozar la vista de su rostro hechicero. A pesar de que muchos nobles caballeros y hasta príncipes vinieron a Granada atraídos por la fama de su beldad y rompieron lanzas en Bibarrambla para obtener su mano, fué nuestro abuelo don Pedro Venegas, cautivo de su padre, quien llegó a poseerla. Tan grande era el amor y la predilección que el egregio

caballero Jahie Abrahem Almayar sintió siempre por nuestro ascendiente, que no vaciló en darle por esposa a su misma hija... ¡Qué tristeza, querido Alfonso! ¡Contempla sobre estos que fueron encantados jardines un horno de pan y unas míseras casuchas!...

Don Pedro permaneció unos instantes abstraído y silencioso frente aquel deteriorado edificio. Luego siguió caminando cada vez más taciturno.

Llegaron al Zacatín. Al pasar por delante de la casa de Sarabia, Alfonso escrutó sus balcones. Ninguna mano alzó los visillos para saludarle como hacía algunas horas. En cambio, al fijarse en la tienda tropezaron de nuevo sus ojos con los mismos insolentes y agresivos.

—¡Me parece que esto va a concluir mal!—murmuró con rabioso acento.

Al entrar en la plaza de Bibarrambla, don Pedro profirió con énfasis:

—Este ha sido el teatro de los recreos de aquel gran pueblo que vivió en Granada. Aquí las justas y torneos, aquí las iluminaciones, aquí las vistosas carrozas, aquí las carreras de cintas, aquí las músicas y las danzas...

Calló un instante, y añadió con temblorosa voz:

—Y aquí también la hoguera, donde el cardenal Jiménez de Cisneros entregó a las llamas un millón de libros árabes... Barbarie igual a la del califa Omar en Alejandría, tan recriminada por los historiadores. ¡Y sin embargo a Cisneros se le erigen estatuas!

Al pasar por delante de la calle de Salamanca, en el sitio en que desemboca en Bibarrambla, acertaron a ver unos cuantos obreros ocupados en demoler el famoso *Arco de las Orejas*, que se llamó por los árabes Bib-Alfarás (Puerta del Caballo).

Don Pedro quedó clavado al suelo estupefacto, aterrado cual si tuviese delante una visión pavorosa.

—¡Qué estáis haciendo, desgraciados!—gritó al cabo con voz estentórea que sonó como el rugido de un león en toda la plaza—. ¿Estáis destruyendo uno de los pocos monumentos que aún quedan de aquella nuestra ciudad, la más bella que ha habido y habrá sobre la tierra? ¿No es bastante que la pesadumbre de los siglos y el fanatismo o la incuria de los hombres hayan dejado derrumbarse a casi todos ellos? ¿Es preciso que las preciosas reliquias que aún nos restan desaparezcan bajo la piqueta profanadora?

—¿Quién es? ¿Quién es?—preguntaron algunas voces entre los mismos que presenciaban la demolición del arco—. ¿Es un loco?

Alfonso, avergonzado, tiró de la manga de la levita a su tío queriendo llevárselo; pero éste, sofocado, trémulo, continuó vociferando dirigiéndose a los albañiles que en lo alto del arco, con las herramientas en la mano, le contemplaban inmóviles con asombro.

—¿Quién es el renegado, el hijo desnaturalizado de Granada que os ha enviado a destruir el monumento que los siglos, más piadosos que vosotros, han respetado? ¿Quién es el vándalo que se goza en arrasar los recuerdos preciosos de la historia de nuestro pueblo?

Un caballero correctamente vestido se acercó presuroso.

—Perdone usted, caballero, aunque esos obreros están ahí bajo mis órdenes, no soy un vándalo ni siquiera hijo de Granada, porque no he nacido en ella. Soy el arquitecto del Municipio, y como tal dirijo las obras de demolición de este arco, porque así me lo ha ordenado el

señor alcalde... Pero aquí llega el concejal de la comisión, encargado de inspeccionar la obra. A él puede usted dirigirse.

Un sujeto pequeño, gordo, de rostro colorado, apoplético, con grandes bigotes salientes que le tapaban la boca, se acercaba bufando, resollando como un buey fatigado.

—¿Qué es lo que ocurre? ¿Qué pasa?—preguntó con voz ronca, estridente, como el pito de una locomotora cuando empieza a silbar.

—Nada, que este señor pregunta quién es el vándalo que ha ordenado la demolición del arco—manifestó el arquitecto sonriendo maliciosamente.

El rostro bermejo del concejal se puso instantáneamente morado, sus ojos llamearon, su bigote se erizó; y atropellándose, tartamudeando, presa de un furor insano, se encaró con Venegas:

—¿Y usted, quién es? ¿Quién le da vela en este entierro?

—¡Entierro es, tiene usted razón!—respondió sonriendo con amargura el Tornadizo—. Entierro del amor patrio, del buen gusto y hasta del sentido común. Yo soy un hijo de esta noble ciudad, que no puede menos de contemplar con indignación cómo la barbarie se enseñorea de ella, cómo los representantes del pueblo, que debieran ser los primeros en velar por la conservación de sus monumentos, de las preciosas reliquias que dan testimonio de nuestra pasada grandeza, son precisamente los que se ensañan contra ellos y se esfuerzan en destruirlos.

—¡Usted no es nadie!—exclamó furioso el concejal—. El excelentísimo Ayuntamiento, al cual tengo el honor

de pertenecer, ha decretado la demolición de este arco porque así conviene a los intereses del vecindario. Y usted no sabe lo que se dice.

—Y usted no sabe lo que se hace, que es peor. Altamente vergonzoso es lo que está ocurriendo en Granada. Unos cuantos sujetos ignorantes, que no conocen la historia de esta ciudad ni les importa han logrado hacerse dueños de ella, y la pisotean y la arrasan como en otro tiempo los vándalos...

El bermejo concejal se puso de repente pálido.

—Tenga usted la bondad de callar y largarse de aquí al instante. Está usted escandalizando. Si no se va inmediatamente le hago detener y dormirá usted hoy en la cárcel.

Alfonso comprendió que aquello iba a parar mal. Su tío se estaba extralimitando y en peligro, en efecto, de ir a la cárcel. Le tomó por el brazo y tiró de él con todas sus fuerzas, hasta que logró sacarle del corro que los curiosos habían formado en torno de ellos.

Al fin don Pedro se dejó arrastrar, no sin continuar vociferando. Cuando ya estaba lejos se volvió hacia el irritado concejal y le gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Abencerraje!

Desahogado su pecho con este insulto, que a su parecer resumía ventajosamente todos los que pudieran inventarse, quedó tranquilo, y apoyándose en el brazo de su sobrino siguió caminando hasta Puerta Real.

V

Cuando después de haber tomado descanso y refresco en uno de los cafés de Puerta Real Alfonso dejó a su tío en la Plaza Nueva ya era llegada la noche. Tío y sobrino se encaminaron cada cual a su casa. Alfonso, sin esperar a su padre, pidió la cena, que siempre era frugal, la tragó con premura, y después de dar un toque de atención prolongado a su traje, a su corbata y a sus cabellos, bajó a la calle y se dirigió lentamente hacia el Zacatín. Lentamente marchaba, aunque deseaba lo contrario, porque temía hallar cenando todavía a la familia que iba a visitar. Por eso se detuvo algún rato mirando los escaparates de la calle de los Reyes Católicos y después los del Zacatín. Al fin, sacando el reloj y viendo que las ocho y media eran bien pasadas, se acercó a la puerta de la joyería de Sarabia.

Don Manuel estaba ya en ella. Era su costumbre, después de cenar, bajar a hacer las cuentas con el único dependiente que tenía, escribir allí algunas cartas y por fin a las diez cerrar por completo la tienda, que desde las nueve sólo tenía media puerta abierta. Minutos antes el dependiente subía al piso los estuches con las joyas de más valor.

La casa tenía entrada por el portal, pero Alfonso en-

traba siempre en la tienda antes de subir a las habitaciones. Esta tienda era lujosísima, la más elegante que existía en Granada en aquella época: el techo pintado al óleo con figuras alegóricas por un artista acreditado, el suelo tapizado con una alfombra venida de la fábrica de tapices de Madrid, dos magníficas arañas de cristal tallado, los muebles de caoba charolada, otros dorados, las lunas de los armarios biseladas lo mismo que la grande del escaparate, todo espléndido, todo flamante.

Don Manuel, que escribía delante de una linda mesita allá en un rincón, levantó la cabeza al sentir los pasos de Alfonso, sonrió y le tendió la mano.

—Buenas noches, Alfonsito. Tu padre me ha dicho en el casino que has publicado hoy unos versos en *El Defensor*. Yo no los he leído y no puedo darte mi opinión. ¿Y qué importa mi opinión? Yo soy un hombre rudo, sin estudio alguno, y lo que te dijese no valdría la pena de tenerlo en cuenta.

—No, don Manuel—se apresuró a decir Alfonso—, está usted en un error. Para juzgar las obras de arte, el buen gusto, el sentido común y sobre todo el corazón, valen más que la ciencia.

—Bien, bien. De todos modos, las niñas tienen allá arriba el periódico. Hasta luego.

Era don Manuel Sarabia un hombre de la misma edad que don Enrique Aguilar, padre del poeta, pero mucho más envejecido. El rostro cetrino y con precoces arrugas, los ojos negros, el corto bigote más blanco que negro, la cabeza con pocos cabellos. Pero aquella fisonomía, casi siempre seria, era atractiva, porque respiraba franqueza, rectitud y modestia. Y tal era el joyero Sarabia. Su padre Pepe Sarabia, que Angustias, la vieja ni-

ñera de Alfonso, había recordado aquella misma tarde, fué muchos años jardinero de la casa de Aguilar. Cuando el niño tenía doce años le envió a Buenos Aires recomendado a un zapatero pariente suyo. Este zapatero logró colocarle en una joyería. Primero barrió la tienda, hizo recados, después fué dependiente subalterno, más tarde principal. Por fin, al retirarse el dueño de la joyería, se la traspasó mediante una cantidad que debía abonarle en seis plazos anuales. No necesitó los seis años para liquidar la deuda. Incansable trabajador, honrado, económico, humilde con la clientela, hizo pronto una fortuna, compró la casa donde se hallaba la tienda, compró otra adyacente, ensanchó el local, logró elevar su comercio a la altura de los principales de la capital argentina.

Toda aquella prosperidad quedó oscurecida repentinamente por una nube bien negra. Su esposa, a quien adoraba, falleció después de una enfermedad dolorosa que duró algunos meses. Se había casado, antes de cumplir los treinta años, con una joven argentina de humilde familia. Fué un matrimonio feliz. Tuvieron primero una hija que se llamó Julia, diez años más tarde otra, llamada Ana María. Al morir su esposa la primera contaba ya veintitrés años y la segunda trece. El golpe fué tan rudo que le dejó casi paralizado, presa de negra tristeza que le impedía trabajar libremente en sus negocios. Así lo comprendió, y poco después resolvió traspasar el comercio, retirarse y trasladar su residencia a España. Vino a ésta con sus hijas, trayendo en el mismo buque el cadáver embalsamado de su esposa, para el cual hizo construir, así que llegó, un magnífico panteón en el cementerio de Granada.

Al comenzar la presente historia sólo haría año y medio que se hallaba en su ciudad natal. Su primera visita fué para don Enrique Aguilar, el señor de la casa donde su padre había servido y donde él mismo había vivido los años de la infancia. Durante ellos fué más que servidor o hijo de servidor: el amigo íntimo, el camarada inseparable de don Enrique. Por eso, cuando éste le vió en su casa y pudo reconocerle le abrazó afectuosamente.

—¡Manolo, no sabes cuánto me alegro de verte! Viejos somos tú y yo, pero con la ayuda de Dios aún nos queda algún camino que andar y espero que nos hemos de ver con frecuencia.

Sarabia le respondió tratándole de usted respetuosamente. Don Enrique levantó la cabeza indignado.

—¿Cómo *usted?* ¿No te acuerdas, mamarracho, de las manzanas verdes que me traías a escondidas de mi padre y el tuyo, de las pedradas que cambiamos con unos pillastres ahí camino de Sacro-Monte; tú viniste sangrando por la frente y yo le dije a tu padre que te habías caída? ¿Y de los baños en el río? ¿Y de las trampas que armábamos para cazar gorriones?

Sarabia, conmovido hasta saltársele las lágrimas, le apretó la mano con todas sus fuerzas. Volvieron a ser amigos íntimos. Se veían en el casino, jugaban allí al tresillo y al billar, paseaban a veces juntos por la ribera del Genil o por el camino del Avellano, y cuando Sarabia abrió hacía algunos meses su joyería don Enrique solía venir allí a descansar un rato y fumar un cigarro en compañía del joyero.

El primero que se enteró de la gran riqueza que el hijo del jardinero había traído de la Argentina fué don Enrique. Sarabia no se presentó sonando la trompe-

ta como otros ridículos indianos. Por el contrario, comenzó a vivir primero en una casa alquilada, después en la que compró en el Zacatín con toda comodidad pero sin aparato alguno. Vestía modestamente, sus hijas con mayor elegancia pero sin lujo; no tenía coche; sólo tres muchachas a su servicio. Era un hombre que en vez de dar en rostro con su dinero semejaba poner empeño en ocultarlo. Cuando al cabo de algún tiempo reveló en confianza a su amigo el gran capital que en valores y en cuenta corriente tenía en los Bancos, éste le aconsejó que emplease una parte en bienes inmuebles. El fué quien le impulsó a comprar la alquería y el coto de Atarfe y quien gestionó la adquisición del carmen de los Angeles. Entonces fué cuando la sociedad de Granada averiguó que aquel modesto indiano que caminaba a pie medianamente trajeado por las calles, que jugaba al tresillo en el casino a cinco céntimos el tanto y bebía un bock de cerveza por las tardes en el café de Colón era un millonario. Algo sorprendió, no obstante, que abriese una joyería en su casa del Zacatín. Es difícil comprender que un hombre harto de trabajar trabaje todavía. Mas así era; Sarabia, viviendo en el comercio desde los doce años, no conociendo otro mundo más que el de la compra-venta se aburría fuera de él. No por avaricia, pues, sino por una tendencia invencible de su naturaleza, por hábito, por necesidad de ocupación, se dedicó nuevamente al comercio de joyas.

No poco contribuyó a decidirle en este paso el único dependiente que tenía, el cual cuando entró Alfonso se volvió de espalda y así se estuvo mientras su principal y él cambiaron los saludos. Este dependiente era casi un hijo de la casa. Una cocinera de raza china que don

Manuel tenía fué seducida por un obrero italiano. Se la envió a la casa de maternidad y falleció al dar a luz un niño. Sarabia, siempre caritativo, aunque no estaba aún sobrado de dinero, se encargó de la crianza de este niño. Lo envió al campo y cuando tenía cinco años lo trajo a casa. Su hija Julia tenía casi la misma edad. Aunque realmente fué un criadito en la casa, lo mismo Sarabia que su esposa le trataban con tanto mimo que parecía miembro de la familia. Cuando tuvo la edad suficiente Sarabia le empleó en la tienda y no tardó en ser el mejor sostén de ella, pues desde muy joven mostró felices disposiciones para el comercio. Era inteligente, vivo de genio, un poco voluntarioso, pero mostrando un afecto ilimitado a Sarabia y su familia, por lo cual se le perdonaban ciertos arrebatos y caprichos extravagantes. Vivió siempre en casa de su principal, quien desde tiempo atrás le había asignado un sueldo sobre el cual había hecho algunas economías que aquél se encargó de beneficiar. Al trasladarse a España se le dejó en libertad de quedarse, facilitándole una lucrativa colocación. Quelito (diminutivo de Ezequiel, como se le nombraba) prefirió seguir a la familia, que ya para él era la suya.

Su tipo físico se acercaba mucho al de su madre: la tez cobriza, los cabellos lacios, los ojos oblicuos donde ardía esa luz misteriosa que se observa casi siempre en los de su raza. Bajo de estatura pero ágil y fuerte, brusco de movimientos, unas veces humilde, otras altivo, pronto a encolerizarse y pronto también a volver sobre sí y abatirse. En Buenos Aires había tenido algunos disgustos, ocasionados por la violencia de su temperamento, de los cuales pudo salvarle el interés paternal de Sarabia. Era a la sazón el único dependiente y el alma,

puede afirmarse, del negocio. A sus instancias, en gran parte, como hemos dicho, se había abierto aquella tienda que al cabo, cuando Sarabia se fatigase, terminaría por ser suya. Habitaba como siempre dentro de la casa, ocupando un cuarto detrás de la joyería no muy confortable pero elegido por él mismo para vigilar el establecimiento expuesto a los robos como todos los de su clase.

Alfonso subió la escalera, tiró del llamador metálico. Una joven, o más propiamente, una niña, salió inmediatamente a abrir la puerta.

—¡Son las nueve menos cuarto! — exclamó bruscamente.

—Son las ocho y media—replicó Alfonso.

—Tu reloj anda mal.

—Es el tuyo el que adelanta.

—Igual que mi corazón. El tuyo siempre con retraso— profirió soltando una fresca carcajada.

Era una niña y era una joven a la vez la hermosa criatura que el poeta tenía delante de sí. Por la frescura de su tez, por la cándida expresión de sus ojos aparentaba catorce o quince años, mas por la estatura, por la corpulencia, por la amplitud de su pecho, por la fortaleza de sus hombros, por el vigor arrogante de su cuello era una mujer en la plenitud de la edad y de la fuerza. Dorados sus cabellos, cayendo en bucles como una cascada de luz a lo largo de la garganta, que era blanca y sonrosada, deliciosa de frescura y suavidad: la frente un poco abombada, como las de las vírgenes en los cuadros de los primitivos pintores flamencos; la cara redonda, con hoyuelos en las mejillas, la nariz pequeña, los labios espesos, los dientes menudos, los ojos de un azul claro con expresión infantil de bondad y de inocencia, el cutis

transparente, dejando adivinar un tesoro de salud y de pureza. Amplia de caderas, opulenta de carnes, parecía una figura escapada de un cuadro de Rubens.

—Venga usted acá, señor poeta—sonó una voz melodiosa en el salón—, venga a que le dé la enhorabuena.

El salón era una pieza cuadrada con dos balcones a la calle, amueblada con negligencia burguesa y lujo de gusto atrasado: una consola estilo Imperio y encima un espejo de marco tallado, las sillas y el sofá tapizadas de damasco rojo, las cortinas de la misma seda, en las paredes algunos grabados copias de Rafael y Ticiano; encima del sofá un gran cuadro al óleo, copia de una de las vírgenes de Murillo. Esta sala, que era la estancia más lujosa de la casa, revelaba la modestia negligente de su dueño y asimismo la poca o ninguna vanidad de sus hijas. Estas, educadas allá en Buenos Aires en un ambiente no de estrechez pero sí recatado y humilde, no habían tenido tiempo ni deseo tal vez de imitar el lujo y la elegancia de las damas principales de Granada y colocarse a la altura de su brillante situación. Para los hombres de negocios el lujo suele ser indiferente y si lo emplean es como parte del negocio. Por eso Sarabia, lo mismo en Buenos Aires que en Granada, tenía su morada guarnecida con modestia y el comercio con esplendidez. Sus hijas habían heredado esta indiferencia, por lo menos hasta el momento en que las hallamos.

En medio de la sala había una mesa de caoba cubierta con un tapiz de terciopelo labrado. Sobre esta mesa ardía un elegante quinqué, y cerca de esta mesa, trabajando labor de ganchillo, estaba Julia, la hija mayor de don Manuel Sarabia. Como ya sabemos, esta joven tenía diez años más de edad que su hermana Ana María y for-

maba con ella singular contraste. Delgada, de rostro pálido, rubia también, pero de un rubio ceniciento, distinto del brillante de su hermana, los ojos azules, grandes y tristes, no se la podía tachar de fea, pero tampoco se la podría llamar hermosa.

—Venga usted acá, gran poeta—repitió cuando Alfonso entró en la sala, alargándole la mano sin levantarse de la silla—. ¿Por qué lo tenías tan calladito?

—¡Toma!—respondió alegremente el joven—, porque hacía ya más de un mes que había enviado esos versos al periódico y temía que los hubieran echado al cesto de los papeles rotos.

—¿Al cesto de los papeles rotos?—exclamó Ana María aterrada.

Alfonso miró a sus ojos espantados y se echó a reír.

—No—dijo Julia—, nadie que tenga un poquito de gusto podría despreciar esos versos y menos el director de un periódico, que ha de ser hombre de gran talento.

—No siempre.

—En este caso lo es.

—Muchas gracias: me favoreces mucho.

—Vamos, niño, no empieces a darte tono. Déjalo para cuando te coronen en la Alhambra.

Alfonso se sentó a la mesa frente a Julia; Ana María a su lado. La conversación siguió versando acerca de la poesía. Julia era una joven instruída, de rara discreción, y sus comentarios y observaciones revelaban criterio acertado, aunque en este caso, como era natural, sobrado de benevolencia. Pero esta conversación era más bien un diálogo. Ana María no despegaba los labios: inmóvil, con los ojos fijos constantemente en su novio parecía ajena a lo que se decía. Sin duda el poeta le inte-

resaba más que su obra. Por eso al cabo de algún tiempo empezó a tirarle disimuladamente de la manga y a señalarle con los ojos el sofá. Alfonso no le hizo caso las primeras veces: la conversación, al revés, le interesaba muchísimo. Sin embargo, al fin no tuvo más remedio que ceder a sus apremiantes instancias: se levantó de la silla y se trasladó al sofá, adonde le acompañó inmediatamente la niña. Una vez allí todavía siguió unos instantes dialogando con Julia, pero no tardó en dirigirse exclusivamente y en voz baja a su novia. Julia calló entonces y sin levantar los ojos siguió trabajando en silencio con su aguja de marfil mientras los dos jóvenes mantenían coloquio íntimo en voz de falsete que no llegaba a sus oídos. En la gran sala burguesa sólo se oía un dulce cuchicheo mezclado con risas reprimidas.

Transcurrió un cuarto de hora. Julia levantó la cabeza, miró al reloj, que descansaba sobre la chimenea, y poniéndose en pie y tirando la labor sobre la mesa:

—¡Ea!, voy a rezar el rosario con las chicas. Si al terminar, papá no ha subido, os acompañaré un rato todavía.

Era su costumbre de todas las noches desde que Alfonso venía allí de tertulia. Julia semejaba una madre para su hermana. La gran diferencia de edad y su carácter tan serio y a la vez tan afectuoso le impulsaba generosamente a ello. Desde la muerte de la madre puede afirmarse que Ana María era su hija, que vivía exclusivamente para ella. Ninguna madre tuvo jamás una pasión más decidida, más solícita y abnegada que aquella excelente joven. Ella no se preocupaba mucho de sus trajes y adornos: en cambio todo lo referente al atavío de su hermana le llegaba al corazón. Julia no era bonita,

pero tal vez podía interesar a un hombre más pagado de la belleza espiritual que de la plástica. Este hombre lo halló cuando tenía veinte años. Era un ingeniero español que había llegado a la Argentina para la construcción de caminos de hierro. Los amores duraron cerca de un año, amores de rara intensidad por ambas partes. Si ella estaba prendada del joven español, éste no lo estaba menos de ella. Durante aquel año Julia fué casi bonita; sus pálidas mejillas se colorearon; sus ojos, hermosos y tristes, se animaron; su figura encogida adquirió gracia y soltura. Aquel ingeniero perdió la vida cuando estaba ya fijada la fecha de su boda. Quedó muerto en la estación misma del ferrocarril, aplastado por los topes de dos vagones que se juntaron en el momento mismo de cruzar él la vía.

El dolor de Julia fué tan intenso que se temió por su vida. Desde entonces no volvió a pisar un teatro ni menos un salón de baile. Se vistió de luto riguroso, y como éste se enlazó con el de su madre, todavía a la hora presente vestía de negro. Aunque no le faltaron después pretendientes, atraídos quizá más por el cebo de la riqueza que por el atractivo de la persona, a ninguno quiso dar oídos. Su vida desde que llegó a Granada fué casi conventual: por la mañana a la iglesia, por la tarde muchos días también. Si salía de paseo era tan sólo por acompañar a su hermanita. El luto de su madre, que guardaban todavía, les obligaba a permanecer alejadas de los recreos y lugares concurridos. Sarabia temía, no sin fundamento, que el día menos pensado le declarase su intención de hacerse monja. Sin embargo, el peligro no era tan inminente como suponía, gracias al amor apasionado que profesaba a su hermana. La idea de sepa-

rarse de aquella hermosa criatura que maternalmente tenía agarrada a sus entrañas, no le había asaltado todavía. Cuando se case ya veremos—se decía interiormente.

Salió Julia de la estancia dejándoles solitos y sentados en el sofá, mostrando una confianza hija de la rectitud y pureza de su carácter. ¿Abusaban los chicos de esta confianza? Seamos indiscretos; un poquito.

Al desaparecer la hermana los novios cambiaron un beso. Alfonso la tomó de la mano.

—¿Por qué has tardado tanto, di?—preguntó de nuevo la niña.

—Ya sabes que no quiero subir mientras tu papá no baje a la tienda.

—Papá ya había bajado lo menos hacía diez minutos.

—¡Una eternidad!

—Para mí lo es.

Alfonso rió estrechando tiernamente la mano.

—Eres mi amor, Ana María, eres mi amor. Esa palabra suena en mi corazón como un toque de gloria. Eres, vida mía, un ángel brillante que me descubre la perspectiva del cielo.

—¡No tanto, zalamero, no tanto!

—Sí tanto, porque el amor es el cielo. Los corazones que no lo sienten son como los ciegos de nacimiento, que nunca han gozado de la luz. La noche cae sobre mis ojos en el instante en que tú los apartas de los míos, y sólo cuando allá en mi torre solitaria evoco tu imagen encantadora, penetra en mi alma la alegría. Pero esta alegría es pálida, como los sueños. Cuando entro aquí, cuando te veo, cuando estrecho tu mano y pongo mis labios sobre tu mejilla, es cuando esta alegría anémica en-

rojece, adquiere color y vida, se desborda como un torrente por todo mi ser y lo inunda y lo transforma. El mundo adquiere entonces para mí otra significación: todo se hace bello, esplendoroso, como si la vara de un mago lo tocase.

La niña le miraba sorprendida, extasiada.

—No entiendo bien esas cosas tan bonitas, Alfonso, pero saco en limpio de ellas que me quieres, y esto me basta.

—Quisiera, ángel mío, para conquistarte haber luchado como los héroes de las leyendas, haber sufrido, haber sangrado, haber matado el dragón como San Jorge o haber atravesado a nado el Helesponto, como Leandro.

—Eso sí que lo entiendo menos. Yo no quiero que sangres ni que mates a nadie. Tú me has enamorado sin molestarte mucho. Es más cómodo, ¿verdad?

Alfonso no pudo reprimir un leve gesto de compasión, pero volviendo sobre sí dijo sonriendo:

—Es que yo quisiera haber merecido tu amor, porque me parece que no lo merezco.

—Sí lo mereces, y lo merecerás mucho más si vienes a las ocho y media en punto.

El joven rió de buena gana, mas al instante se puso de nuevo sentimental.

—Quisiera merecerlo, te repito, Ana María, quisiera luchar y sufrir por él, porque sólo se ama de veras cuando se sufre. La felicidad debe llegar como un premio. Mi felicidad hoy eres tú, eres mi alma y mi vida; no podría vivir sin ti. Verte, adorarte, este es mi presente y quiero que sea mi porvenir. Desde el primer día que te he visto comprendí que había nacido para ti y tú para mí.

—Eso no es verdad. Has estado bastante tiempo sin decirme una palabra amable.

—Pero te la decían mis ojos.

—Tampoco. Me mirabas con la misma indiferencia que a una muñeca.

Así era la verdad: la niña estaba en lo cierto. Cuando llegaron de Buenos Aires y don Enrique le presentó a Sarabia se fijó muy poco en las hijas: en la primera porque carecía de atractivos físicos, en la segunda porque la tomó por lo que era realmente, una chiquilla. Alfonso tenía veinte años, y en esa edad no nos atrae la inocencia, todos nos creemos seres superiores, incomprensibles, hastiados de la vida. Además, aquello no tenía aspecto de novela, y Alfonso necesitaba una novela.

Comió algunos días en casa de Sarabia, vinieron a comer otros a la suya éste y sus hijas, pero la relación con ellas permaneció durante varios meses fría, de una indiferencia cortés, sazonada con unos granitos de desdén. Desde luego, debe entenderse por parte del joven Aguilar. En cuanto a las niñas argentinas, le admiraron desde el primer momento. Era agraciado, elegante, distinguido, tenía la palabra fácil, unas veces brillante, otras ingeniosa. No necesitaba tanto para que las niñas de Sarabia le admirasen. Porque su padre les había revelado lo que aquellos señores de Aguilar habían sido para él en otro tiempo. Alfonso era, pues, un príncipe de la sangre, y los príncipes están dispensados de tener talento. Pero Alfonso lo tenía.

Un día al salir de la Universidad, pasando por el Zacatín, los visillos del balcón de la casa de Sarabia se alzaron discretamente y una cabecita rubia le dirigió un tímido saludo. Alfonso correspondió con otro más fami-

liar y expresivo. No volvió a pasar por el Zacatín en varios días, porque no era ésta la calle que acostumbraba a seguir para encaminarse a su casa. Pero otro día que por casualidad acertó a cruzar por allí, la misma maniobra volvió a ser ejecutada. Esto no pudo menos de llamarle la atención. Al día siguiente volvió a pasar y los sucesivos lo mismo. Los saludos se iban haciendo cada vez más expresivos. La niña perdía su timidez, le sonreía, le decía adiós con la mano. El joven, por su parte, se mostraba singularmente amable, volvía dos o tres veces la cabeza para saludar de nuevo.

Al fin, cuando tuvo un pretexto, en vez de pasar de largo entró en la casa, subió al piso y llamó a la puerta. La misma Ana María salió a abrirle. Al verle se puso roja como una cereza.

—Papá me encarga os diga que si queréis venir a comer mañana con nosotros después iremos a La Cartuja, que, al parecer, todavía no habéis visto... ¿Está tu papá en casa?

Demasiado sabía él que no estaba. La niña, toda azorada, temblándole la voz y las manos, respondió que en cuanto llegase le daría el recado. Así que pronunció estas palabras cerró bruscamente la puerta.

Alfonso, confuso y molesto, comenzó a bajar la escalera.

Inmediatamente se abrió la puerta de nuevo.

—¡Perdón, perdón!

—De nada—replicó el joven, riendo interiormente.

Los jóvenes se tuteaban desde la llegada de Buenos Aires por mandato expreso de los padres. Puesto que ellos se tuteaban, era ridículo que los hijos no hiciesen lo mismo.

Comieron las niñas, en efecto, al día siguiente en la mansión de Aguilar, acompañadas de su padre. Alfonso, que se arregló para sentarse al lado de Ana María, le hizo beber, mostrando disimulo, un poco más de lo debido. Después bajaron a tomar café al jardín. Don Enrique, don Manuel y Julia se sentaron en un banco. Alfonso y Ana María dieron algunas vueltas entre los árboles. Aquél la llevó hasta la glorieta enramada de jazmín y madreselva, donde tantos años antes su padre había conducido a su madre el día memorable en que le declaró su amor.

—¡Qué hermoso! ¡Qué hermoso!

Las mismas palabras que la angelical Luisa dejó escapar al sentarse en ella.

Alfonso la contempló lleno de alegría.

—Oye, Ana María—le dijo de pronto atrevidamente—. ¿Quisieras ser mi novia?

—¡Ya lo creo!—respondió la niña sin vacilar.

—Pues desde hoy lo somos.

—¡No!... Te estás burlando de mí porque soy una chiquilla. Tu novia debe ser mi hermana, que es una mujer y más hermosa que yo.

Alfonso admiró tanta ingenuidad y modestia.

—Aunque sea más hermosa tú me gustas más.

—¿Me lo dices de veras?

—Con todo mi corazón.

—¿Vamos a ser novios de verdad?

—De verdad y muy formalmente.

—¡Oh Dios mío, qué alegría—exclamó juntando las manos y alzando los ojos al cielo—. Me cuesta trabajo creerlo. Y sin embargo lo he soñado más de una vez. Sobre todo desde hace unos días, cuando has comenzado

a pasar por delante de casa. ¿Pasará por verme?—me preguntaba—. ¿Por qué viene ahora todos los días y antes no? ¿Será que quiera ver a Julia? ...En fin, no sabes el lío que me traía en la cabeza. Y qué ratos más largos me has hecho pasar de pie detrás de los cristales, quietecita como un santito de piedra. Julia me preguntó un día: «—¿Por qué miras tanto a la calle?» «—Es que quiero saber cómo está el tiempo» le respondí. Pero otra vez se llegó de puntillas, me tocó en el hombro y me preguntó riendo: «—¿Llueve o hace sol?» ¡Vaya un susto que me dió! Luego miró a la calle con gran curiosidad y como no vió nada se marchó sin saber lo que yo esperaba.

Alfonso la escuchaba embelesado. Aquella aventura, aunque no era como las que él había soñado, no carecía de originalidad. Luego, el meloso acento argentino, más suave y más dulce todavía que el andaluz, le causaba deleite.

—¿Y qué te figurabas que iba a suceder después de todos esos paseos?

—No lo sé... Es decir, sí lo sé. Esperaba que el día menos pensado me escribieras una cartita como la que me escribió en Buenos Aires Carlitos, un chico, hijo de un diputado nacional, que me esperaba todos los días a la puerta del colegio, donde me decía: «—Ana María eres muy linda, me gustas mucho, yo te quiero y si tú me quieres seremos novios y me darás un ricito de tu pelo para hacer una sortija.»

—No soy tan elocuente.

—¡Vamos, no te rías! Aquel pobre chico torcía los renglones al escribir.

—Yo también me tuerzo alguna vez... Pero tú me enderezarás ¿no es cierto?

—Eres muy burlón, Alfonso... Desde luego que nadie sabrá que somos novios.

—Absolutamente nadie, ni las moscas que vienen a picarte en la cara cuando duermes.

—Ya ves tú... me moriría de vergüenza si Julia llegase a averiguarlo, porque soy una chiquilla todavía.

—¿Cuántos años tienes?

—Catorce y siete meses.

—¡Anda!, ¡pues si eres una viejecita! Beatriz, la novia del Dante, no tenía más que doce.

—¿Y se casaron?

—En la tierra no, pero según mis noticias se casaron en el cielo.

—Nosotros no iremos tan lejos, ¿verdad?

En aquel momento se oyó la voz de Julia llamándoles.

—Vámonos, Alfonso. ¡Cuidado que Julia lo sepa!

—Pierde cuidado.

Y en efecto, aquella misma tarde al regresar de la visita a la Cartuja Ana María se lo dijo al oído.

—Ya lo sabía.

—¿Lo sabías?—preguntó estupefacta la niña—. ¿Cómo lo sabías si a nadie se lo hemos dicho?

—Lo habéis dicho a todo el mundo. Después de la serie de muecas y arrumacos que te has permitido mientras visitamos la Cartuja, ¿piensas que nadie pudiera dejar de enterarse? Al entrar en el patio le diste un golpecito con la sombrilla en la cabeza: cerca de la verja de la iglesia le empujaste contra ella; en la sacristía le sacaste la lengua... Vamos, niña, que no sé cómo papá y don Enrique no lo advirtieron. Acaso se hayan hecho los tontos.

—¡Quién había de pensar!

—Tú eres la única que no lo ha pensado.

Después de aquel día, las relaciones amorosas de los jóvenes se fueron haciendo más estrechas y más públicas. Alfonso principió por ir alguna vez a casa de Sarabia, conversar un rato ceremoniosamente con éste y subir «un momento a saludar a las niñas». Luego fué con más frecuencia y el rato dedicado a don Manuel se fué acortando y a la vez alargando el «momento del saludo a las niñas». Por fin asistió todos los días y se pasó allí más de una hora de tertulia con éstas, mientras don Manuel hacía sus cuentas en la tienda como acabamos de ver.

Sarabia se puso al tanto de aquellas relaciones inmediatamente. Julia era demasiado sensata para no darle cuenta de ellas. El joyero, pensando que aquel noviazgo era prematuro, se mostró no obstante halagado. Cierto que su hija podía aspirar a un hombre de más fortuna, pero la perspectiva de que la nieta del jardinero llegase a ser la señora de la casa, despertaba su orgullo, todo el orgullo que podía sentir aquel hombre tan modesto. Don Enrique, por su parte, se enteró también pronto. La vieja Angustias se lo reveló con el mayor misterio un mes después de que él ya lo sabía. Algún escozor le produjo en el alma. El nacimiento de la novia era tan humilde que no podía menos de arañar su orgullo aristocrático, el cual, por sencilla y llana que sea la persona, no se extingue jamás por completo. Pero el dinero ejerce en el día tanta influencia, que ni los señores feudales dejan de sentirla. Digámoslo, sin embargo, en su honor, no fué el dinero lo que decidió su aquiescencia, sino la afectuosa amistad que profesaba a su compañero de la infancia y más aún el interés que desde el primer momento le ins-

piraron aquellas huerfanitas, sobre todo la última. Mientras Alfonso se mantuvo por varios meses frío, por no decir orgulloso, con ellas, su padre las trataba con la mayor familiaridad, las acariciaba, las traía confites y regalitos. Particularmente Ana María le tenía hechizado. No es necesario, pues, apelar maliciosamente a motivos sórdidos para explicar su aprobación.

Al cabo de cinco meses de relaciones, Ana María ya no era la ingenua que cuando empezaron. Sin haber perdido su encantadora candidez, se había hecho más avisada. El amor la había transformado. Aunque no alcanzaba las exquisiteces románticas de su novio, penetraba en los sentimientos, comprendía el humorismo y tenía la réplica pronta y oportuna.

Después de las frasecillas adornadas del joven poeta quedaron ambos un momento silenciosos. Ana María estaba pensativa.

—Hablemos de nuestro asunto, Alfonso—dijo al cabo.

—¿Qué asunto?—preguntó el poeta.

—¿Es que quieres que te regale el oído, zanguango?—replicó ella dándole un golpecito en la cara con el dorso de la mano.

Alfonso cogió aquella mano al vuelo y la besó con entusiasmo.

—Pues bien, ya que te has hecho el tonto, en castigo vas a decir tú mismo cuál es el asunto de que quiero que hablemos.

—¿Nuestra boda?

—¡Qué perspicacia!... Sí, nuestra boda, mono.

—No deseo otra cosa con más ardor, Ana María. Ese día feliz centellea delante de mis ojos como el lucero de la mañana, es la nube luminosa de los israelitas, es

la corona del vencedor, es el oasis en el desierto, es...

—¡Basta! No quiero que sea oasis, ni nube, ni lucero, sino una bonita ceremonia en la iglesia, un banquete y un viaje a París. Tú lo deseas tanto como yo, ¿verdad?

—Lo deseo con tanta ansiedad como el viajero sediento y fatigado una fuente de agua cristalina... Pero, Ana María, sospecho que vamos a encontrar algunas dificultades.

—¡Tanto mejor! ¿No decías hace un instante que querías matar al dragón como San Jorge? Pues el dragón aquí es mi hermana Julia.

—¿Julia?

—Sí, Julia. Papá lo ve todo por sus ojos. Si ponemos a Julia de nuestra parte, papá ya no dirá que soy una chiquilla, ya no dirá nada, todo marchará sobre ruedas.

—¿Pero cómo ponerla de nuestra parte?

—¡Ahí de tu talento! ¿No dicen que lo tienes? ¿Cuándo mejor ocasión de emplearlo?

Alfonso quedó pensativo.

—¿De modo que tú quieres que sea yo quien le pida su apoyo?

—Desde luego. Si yo le hablase me mandaría con viento fresco a jugar con las muñecas. Pero a ti te respeta, dice que tienes mucho talento, que serás con el tiempo un poeta notable.

Alfonso volvió a quedar pensativo. Ambos guardaron prolongado silencio.

—¿Sabes lo que se me está ocurriendo?—exclamó la niña con los ojos brillantes de maliciosa alegría—. Pues que cuando venga dentro de un instante tú le comunicas nuestro deseo, le pides su ayuda y protección para que convenza a papá y nos dé su consentimiento. Ella,

desde luego, se resistirá; estoy segura de ello. Tú insistirás y al fin si no logras convencerla, tú y yo caemos de rodillas delante de ella y le pedimos, como si fuese un santo, que interceda por nosotros.

Ana María encontró tan gracioso lo que se le había ocurrido, que empezó a batir las palmas, se levantó del sofá y dió saltos por la sala como una chiquilla. Lo que era, en efecto.

Julia no tardó en aparecer.

—¡Es largo tu rosario, Julia!—le dijo Ana María.

—No seas hipocritilla, Ana María—respondió su hermana tomándole cariñosamente la barba con la punta de los dedos—. Tú quisieras que fuese más largo.

—¡Mala, mala, mala!—exclamó aquélla rechazándola con gesto mimoso.

Julia estaba en pie frente a ellos.

—Prepárate, Julia—dijo Alfonso—, porque voy a darte un susto.

—¿Un susto?

—Sí, un susto.

—Pues no me lo des. Estoy nerviosa estos días.

—No tengo más remedio. Prepárate que allá va... Ana María y yo queremos casarnos, y esperamos que tú nos prestes tu apoyo para obtener el consentimiento de tu padre.

Julia quedó estupefacta: tardó unos instantes en contestar.

—¿Pero estás loco, Alfonso?... Tú no sabes que Ana María es una niña, que no ha cumplido aún quince años.

—Los cumpliré el día veintiséis—se apresuró a decir la interesada.

—¿Cómo es posible que papá consienta semejante locura?

—Sí consentirá, si tú se lo pides y le convences.

—Yo no puedo prestarme a semejante disparate.

—Vamos, Julita—exclamó su hermana tomándole una mano y elevando hacia ella los ojos suplicantes—. Has de ser buena.

—Sería mala si contribuyese a llevar a cabo tal atrocidad.

—¡Vamos, Julita, por Dios!

—Os digo y os repito que no contéis conmigo para este paso ridículo.

Ana María y Alfonso se dirigieron una rápida mirada de inteligencia y al mismo tiempo se dejaron caer de rodillas a sus pies.

Julia dió un salto atrás.

—¿Qué hacéis, tontos?... ¡Levantaos ahora mismo, majaderos!

Y al mismo tiempo soltó una alegre carcajada.

—No nos levantaremos hasta que tú nos des tu bendición y prometas interceder por nosotros.

—¡Levantaos, os digo!

—¡Que no! No nos levantamos mientras no nos des tu bendición.

—¡Tontos!, ¡tontos!, ¡retontos!—exclamó la joven retorciéndose de risa—. Tomad la bendición.

Y les dió una bofetada a cada uno.

—¿Nos prometes?

—Sí prometo, lo que queráis.

—¿Palabra de honor?

—Sí, palabra de honor... Levantaos.

—¿Palabra de Julia?

—Sí, palabra de Julia... ¡Pero levantaos, os digo!

Ana María se levantó la primera, la abrazó y la besó repetidas veces con efusión. Julia, que reía convulsivamente, concluyó por llorar.

Los tres se sentaron en el sofá, Julia en medio de los novios.

Dejémoslos cuchicheando en dulce coloquio. Respetemos aquel momento dichoso de risas, besos y lágrimas.

VI

Era un hermoso y brillante día de mayo. Por la cuesta de Gomerez subían a los bosques de la Alhambra don Enrique Aguilar con su hijo Alfonso. El bosque en aquella hora del día (las once de la mañana) se mostraba tan verde, tan fresco, tan alegre que al pecho de ambos comunicaba su alegría y frescura. El sol penetraba con trabajo entre la fronda espesa y sus hilos de oro dibujaban arabescos en los caminos arenosos. Corrían las aguas al borde de éstos en arroyos cristalinos, rumorosos, ensordeciendo el ambiente con su música parlera, con ruido dominante que apagaba la voz de los paseantes y les obligaba a gritar para entenderse. Pero aquel esfuerzo no les molestaba; por el contrario, cuanto más gritaban parecían más gozosos. El rumor de las aguas les causaba una excitación placentera que daba brillo a sus ojos y viveza a sus movimientos.

Don Enrique se detuvo un instante, aspiró con delicia una bocanada de aire oxigenado y dijo:

—No sé quién ha llamado a Granada «la ciudad del agua». ¿Verdad que estaba en lo cierto?

—Es la música de la Alhambra, es su voz melodiosa que la brisa envía a la ciudad y la consuela en los días del verano.

Alfonso sintió impulsos de añadir: «Pero este gran consuelo deleitoso se debe a los árabes, no a nosotros los castellanos.» Tuvo la prudencia de reprimirlos.

—Sentémonos en este banco—dijo el señor de Aguilar—, respiremos unos instantes este aire tan puro, tan sano. No almorzaremos hasta las doce y son poco más de las once. Deja esa caja y descansa.

Era el día memorable en que la hija menor de don Manuel Sarabia, al cumplir quince años, debía «ponerse de largo». Ahora que las damas de sesenta se cortan la cabellera y llevan la falda a media pierna, se concibe difícilmente la importancia que en aquella época tenía en la vida de la mujer este acontecimiento. Las niñas, que llevaban los cabellos partidos en trenzas, los recogían a lo alto de la cabeza formando un moño; las faldas, que sólo llegaban hasta el tobillo, se alargaban desmesuradamente arrastrando una majestuosa cola, que las damas alzaban con su mano izquierda al marchar por la calle. Era un ademán elegante, exquisito, que es lástima se haya perdido por siempre. Para las niñas de diez y seis o diez y siete años (pues muy pocas lograban antes este triunfo) constituía tal solemnidad, lo mismo que para los antiguos romanos la *toga viril,* el paso formidable de la adolescencia a la juventud. Las niñas que iban al colegio dejaban de asistir a él; las domésticas se abstenían de llamarlas por su nombre simplemente y menos de tutearlas; frecuentaban los teatros y los bailes, y lo que es más importante que todo esto, se les consentía que el novio las acompañase en el paseo y aun que entrase en casa cuando era del gusto de los padres.

Ana María Sarabia se anticipaba excepcionalmente a esta grata ceremonia. Su desarrollo físico, también ex-

cepcional lo explicaba, pero más aún aquellos amores prematuros aprobados por la familia.

Desde hacía unos días ésta habitaba en el carmen de los Angeles. Don Manuel se proponía pasar allí todo el verano. Cediendo a los consejos de su amigo Aguilar, había comprado aquel hermoso recreo, y arrastrado luego por las mismas circunstancias había ido montando su casa a la altura de su fortuna. Tenía ya dos elegantes carruajes: un familiar y una carretela, dos troncos de caballos, cochero, jardinero y algunos criados más. Tales signos de opulencia habían ido apareciendo poco a poco silenciosa y recatadamente, pues Sarabia, como ya sabemos, era un hombre que parecía avergonzado de su dinero. Para festejar aquel grato acontecimiento había invitado a almorzar a don Enrique y su hijo, y también al único tío carnal de éste don Pedro Venegas, llamado el *Tornadizo,* a quien don Manuel estimaba y respetaba porque se sabía de memoria todos los reyes que habían existido en Granada desde la fundación de la ciudad.

—Angustias debe de estar allí lo menos hace dos horas—dijo don Enrique.

—¿Cómo Angustias?—preguntó sorprendido Alfonso—. ¿Es que Angustias asiste a la fiesta?

—A la fiesta no, pero ha querido ir a vigilar la cocina y a confeccionar uno de sus platos favoritos.

—¡Qué idea!—exclamó el joven riendo—. ¡Pero si don Manuel tiene una de las mejores cocineras de Granada!

—¡Qué quieres, hijo mío! Todos necesitamos alguna ilusión en este mundo y todos vivimos por ella y para ella. Tú tienes la ilusión de tus versos y Angustias la de sus platos.

No le pareció a Alfonso honrosa la comparación, pero

se abstuvo de manifestarse ofendido. Se levantaron después de un corto reposo y continuaron ascendiendo por el bosque, dejaron el palacio de la Alhambra a su izquierda y siguieron hasta los *Angeles*. Este hermoso jardín se hallaba ya en lo alto del cerro, dando vista a la ribera del Genil y a la Vega. Una gran puerta de hierro macizo se abría sobre el estrecho camino. Padre e hijo la abrieron por sí mismos y siguieron una larga calle arenosa guarnecida por setos de boj y sombreada por altos árboles. La casa se hallaba al final de esta calle. Era un antiguo edificio que Sarabia había transformado por completo prestándole todas las comodidades y bellezas de las construcciones modernas. Después de un elegante peristilo de arquitectura arábiga se entraba en una gran pieza, que era el salón de la casa, amueblado ya con lujo. Allí les esperaba don Manuel Sarabia, que les había visto entrar desde una de las ventanas del piso alto. Cambiados los saludos y sentados los tres en un diván, don Enrique preguntó:

—¿Y las niñas?

—Arriba están.

—¿Ocupadas en la gran transformación de Ana María?

—Así debe de ser—respondió el padre sonriendo.

Al cabo de unos instantes don Enrique volvió a preguntar:

—¿Y mi cuñado Perico, no ha venido aún?

—Allá le veo—respondió Sarabia después de echar una ojeada al jardín.

—Sí, allí viene... ¿Pero qué diablo trae ese hombre debajo del brazo? Si es una caja de bombones parece seis veces mayor que la nuestra—añadió mirando a la que Alfonso había depositado sobre el mármol de la chimenea.

—¡No es posible!—profirió Alfonso—. ¡Si apenas puede con ella!

Todos salieron a recibirle. El *Tornadizo* llegó jadeando, dejó en el suelo la supuesta caja de bombones envuelta en papeles, se quitó el enorme sombrero de copa, sacó un pañuelo de los llamados de *hierbas* no menos grandioso, se limpió el sudor de la frente y exclamó con tristeza:

—¡Voy perdiendo las fuerzas, amigos míos!

—Y las perderás más pronto si continúas cargando con paquetes como ese—manifestó don Enrique.

—¡Este paquete no es para vosotros!—exclamó con misterioso y alegre acento de malicia.

—Desde luego. Ya suponemos que será para las niñas. ¡Pero, querido, vas a hacerles pillar una indigestión!

—¿Una indigestión?—preguntó con asombro.

—A juzgar por el volumen de esa caja de bombones...

—¡No es eso!—prorrumpió con impaciencia—. Es otra cosa mejor.

Y arrancando los papeles que envolvían el paquete apareció a la luz del día un enorme ladrillo.

Don Enrique soltó una estrepitosa carcajada.

—¡Perico, para ese bombón no tienen dientes las niñas!

—Este azulejo, don Manuel—expresó con énfasis Venegas dirigiéndose al dueño de la casa—, pertenece a la cerámica primitiva, antes de la construcción de la Alhambra. Ha sido uno de los hallazgos más felices de mi vida hace ya bastantes años, lo he guardado largo tiempo como una verdadera joya y hoy, para conmemorar la fiesta íntima que usted celebra, quiero hacerle este regalo que usted puede incrustar en el pabellón que, según

me han dicho, se propone usted construir copiando en pequeño el Patio de los Leones.

—Muchas gracias, muchas gracias—expresó Sarabia con amable sonrisa de condescendencia.

Aguilar se volvió de espalda porque le ahogaba la risa.

—Esta gran placa vidriada—continuó Venegas—, tiene un dibujo de ataurique matizado de azul; por la parte inferior hay labores en relieve con hojas y flores...

Sarabia y Alfonso miraban y remiraban el artefacto sin lograr ver lo que decía.

—Pero tío, ahí no se ve nada.

—En efecto, no se ve porque el tiempo y la humedad a que ha estado expuesto lo ha borrado, pero existían y aun se observan las señales con bastante claridad.

—Bueno, bueno, Manuel—profirió resueltamente Aguilar—, incrusta ese pedrusco donde te parezca, pero incrústanos ahora a nosotros en el estómago algo más blando.

—Vamos al comedor—respondió Sarabia.

—¿Y Quelito, dónde está? ¿No viene a la fiesta?

—No ha querido venir pretextando que no es posible dejar la tienda sola. Yo le dije que podían quedar los criados guardándola como otras veces, pero se negó terminantemente a ello. Siempre ha sido caprichoso y tozudo.

—Sí, sí, ya sabemos que es un muchacho difícil—replicó don Enrique mirando a su hijo, que se puso temerosamente serio y fruncido.

El comedor era una suntuosa estancia donde Sarabia había puesto toda su atención; el techo, alicatado, imitación de los de la Alhambra; los muros, revestidos de ricos tapices; las puertas de cristales, en color; los apara-

dores, de palisandro, luciendo gran servicio de plata. Se abría sobre una espaciosa terraza alzada en el declive del collado a cuyos pies corre el Genil. Los invitados atravesaron la estancia y salieron a esta terraza, desde la cual se oteaban las márgenes del río y una gran parte de la famosa vega. Los cuatro permanecieron inmóviles y silenciosos algunos instantes. Aquel panorama, que no tiene muchos rivales en el mundo, produce siempre impresión hasta en los mismos que lo contemplan a diario.

El sol bañaba con luz radiosa de mediodía el espléndido paisaje. La vega se extendía varias leguas flanqueada por ásperas montañas que allá a lo lejos ofrecían tonalidades azules y moradas. Con sus acequias cristalinas corriendo entre plantíos y olivares, sus blancos caseríos rodeados de frescas alamedas, ofrecía seductor espectáculo que alegraba la vista y suspendía el ánimo. Y allá arriba a su izquierda, en alturas inaccesibles, la sierra majestuosa con sus picachos envueltos de nieve parecía el temeroso fantasma de la soledad y el misterio.

—Esta vega—murmuró Alfonso con emoción—riente y fecunda, es pintura, es poesía y es música; es el maravilloso pebetero con que la madre naturaleza dotó a Granada, donde se quema el incienso que la perfuma.

—Allí a la derecha—respondió Venegas con la misma emoción señalando con el dedo—estaba el *Jaraguí* que Góngora ha cantado con versos inmortales. Más abajo estaba la *Pradera del Sueño* y más lejos la *Caria Roma* con sus prodigiosos jardines... Hoy no hay más que dehesas, pasturajes, ruines caseríos, trigos y cebadas... Pero aún quedan en Granada cármenes regalados como este en que nos hallamos. Tú, querido sobrino, serás el

poeta que ha de cantar estos rincones deliciosos; tú serás el Góngora de los cármenes de Granada.

Alfonso se puso rojo y echó una rápida y tímida mirada a su padre, que hizo un gesto desdeñoso y cortó bruscamente aquellos arrebatos poéticos.

—¿Pero dónde está la nueva señorita? ¿Por qué no baja?

—Ahora mismito—respondió la voz de Julia, que entró en la terraza precediendo a su hermana.

Apareció ésta graciosamente transformada, bella, risueña, con los ojos brillantes y vivos colores en las mejillas, luciendo un rico traje azul de cola, el cabello recogido, pendientes de diamantes en las orejas y collar de perlas. Don Enrique se adelantó para abrazarla, su padre la besó tiernamente varias veces y Venegas y Alfonso le estrecharon la mano. Hubo un diluvio de plácemes, de frases lisonjeras que la joven escuchó ruborizada.

—Llama a los criados, quiero que la vean—ordenó Sarabia.

Julia salió un instante y no tardaron en llegar la cocinera, las doncellas y un criado. Angustias, que venía con ellos, prorrumpió en exclamaciones de entusiasmo:

—¡Madre mía de las Angustias, qué cosa más hermosa! ¡Es la Virgen del Carmen, es la Purísima! ¡Si apetece arrodillarse!

—En efecto—apuntó Venegas—, esta niña se parece ahora a la Inmaculada rubia que pintó Murillo.

—¡Basta, basta!—interrumpió Sarabia con impaciencia—. No la llenemos la cabeza de viento.

—¡Pero, don Manuel, déjeme su merced que le bese las manos!

—No; bésela usted en la cara; tiene derecho para ello.

La vieja Angustias no se lo hizo repetir, le aplicó una razonable cantidad de besos que la nueva señorita recibió con benévola sonrisa de agradecimiento.

Sarabia ordenó que sirvieran el almuerzo. La mesa se había colocado en la terraza, porque lo hermoso y templado del día convidaba a hacerlo. Angustias llamó aparte a Alfonso y le dijo con misterio:

—Alfonsito, voy a decirte una cosa: tengo el presentimiento de que la paella no ha salido bien. No se me puede quitar esta idea de la cabeza. Victoria la cocinera echó la grasa muy tarde. Además me parece que el pollo y el jamón están crudos. Todo lo hace de prisa esa mujer, y lo que se hace corriendo sale mal. Mi padre (que en gloria esté) decía: el que va despacio no tropieza. ¿No es verdad, Alfonsito, que es una palabra de oro? ¡Ah! mi padre tenía la cabeza en su sitio; estuvo dos años en el seminario de Jaén y era el tercero de su clase. Se hubiera ordenado de sacerdote si no llega a enamorarse de mi madre (que Dios haya). ¡Cuántas veces el cura de San Pedro, al entrar en el taller que teníamos ahí en la plaza de San Agustín, le decía a mi madre riendo: ¡Carlota, tú tienes la culpa de que Ruperto no sea obispo! Mi padre, como el tuyo, no era un charlatán sin sustancia. Tú no sabes, Alfonsito, lo que habla esa mujer mientras está guisando. No cierra boca, no deja meter baza a nadie. Yo creo, así Dios me perdone, que es más charlatana todavía que Eulogia. ¡Y luego, qué pretenciosa! Nadie sabe guisar como ella...

—Bueno, bueno, Angustias—interrumpió Alfonso—. Me parece que ya están sentados a la mesa. Hasta luego.

Así era en efecto. Contra las siniestras predicciones de Angustias, la paella, que era la avanzada en descubierta del almuerzo, estaba excelente, y el apetito de todos lo mismo, pero en particular el de Ana María, que se comió sin ceremonia dos platos colmados.

—¡Bien, hija mía; bien por ti!—exclamaba riendo don Enrique—. Comes firme, pero lo luces, ¡qué diablo! No me gustan esas señoritas rezumadas a quienes se les transparentan los huesos, que comen como los gatos, haciendo remilgos, sacando la lengüecita y escogiendo con el tenedor los pedacitos como si fueren topacios.

—No crea usted que come de todo igual—se apresuró a decir Julia, defendiendo a su hermana.

—Pues lo siento. Me alegraría que comiese mucho de todo.

—No le gustan más que los platos ordinarios, las judías, las coles, el arroz, las patatas, el bacalao...

—¡Qué le voy a hacer, si he nacido así!—articuló la niña, sonriendo humildemente.

—Yo digo siempre que mi hermanita ha nacido para pobre—continuó Julia—. No le gustan más que los alimentos de los trabajadores, no le gustan los trajes ricos, ni las joyas, ni los teatros, ni las novelas, ni la música. En cambio se perece por lavar y planchar, por guisar, por barrer y frotar los muebles. Una institutriz francesa que papá nos puso en Buenos Aires no logró enseñarle la historia de Francia, pero Ana María aprendió de ella a fabricar licores con las nueces, los madroños y otras frutas.

—¡Y qué le voy a hacer, si he nacido así!—repetía la niña bajando los ojos ruborizada.

—Has nacido como debías nacer—pronunció don En-

rique con energía—. Vale más ser rica y tener instintos de pobre, que ser pobre con aficiones de rica.

Ana María levantó los ojos y le pagó con una afectuosa mirada aquellas generosas palabras.

Así departiendo, llegaron a los postres. Se destapó una botella de *champagne*. Don Enrique alzó la copa.

—Brindo por la salud de todos vosotros, pero brindo principalmente en este momento, Ana María, por tu felicidad, que para mí es tan cara como la de mi hijo.

Los demás chocaron las copas y bebieron con alegría. Sólo Venegas se abstuvo de hacerlo, pues ya sabemos el horror islámico que le inspiraban las bebidas alcohólicas.

—¡Cómo! ¿No bebes?—exclamó su cuñado—. Vamos, hombre, echa un trago, que Mahoma te lo ha de perdonar en gracia de la fiesta que celebramos.

—¡Sí, que beba, que beba!—exclamaron todos a la vez.

No hubo más remedio. El *Tornadizo* bebió una copa, y cuando se destapó nueva botella Ana María le sirvió otra y después otra. En suma, bebió cuanto le dieron, y al poco tiempo aquel hombre no era hombre, sino la fuente Castalia; lloraba a chorros y suspiraba como una noche de viento. Se levantó de la silla, se acercó a la balaustrada de la terraza y contemplando la vega y la pendiente del collado que bajaba hasta el Genil comenzó a ejecutar tan desordenados movimientos de brazos, piernas y cabeza, que los comensales temieron que le diese un accidente. Al mismo tiempo, con voz lúgubre y cavernosa, exclamaba:

—¡Mirad, mirad! ¿Qué es lo que queda de aquella joya incomparable que se llamó Granada? Mirad a esta pendiente escueta, cubierta de maleza. Aquí sobre esta

mustia ladera se alzaban innumerables fincas de recreo, espléndidos palacios y jardines deliciosos. Allí estaba la llamada *Fuente de las Torres,* un poco más allá el *Jardín de la Palma Alta*, después la *Fuente del Nogal* y el *Hara del Almés* y después el *Jardín de la Palma Baja* y la *Escalinata de la Loma* y la *Almanchara,* el suntuoso palacio propiedad de los sultanes. Aquí estaba enclavado aquel soberbio alcázar de mármol llamado los *Alixares,* construído por los más hábiles artífices del tiempo, los cuales, según la tradición, ganaban cien doblas cada día. Quizá este carmen donde ahora nos hallamos se encuentre en el sitio mismo que ocupaba el palacio de los sultanes.

—Perico—le gritó Aguilar—seguramente en los *Alixares* ningún moro ha pillado una *merluza* como la tuya.

Diciendo esto se levantó y vino hacia él y lo mismo hicieron Alfonso y Ana María para escuchar sus lamentos jeremíacos. El *Tornadizo* describía suspirando aquellas soberbias mansiones de la nobleza muslímica que cinco siglos antes embellecían las márgenes del Genil cual si hubiera habitado en ellas; recordaba las fiestas y los saraos que allí se efectuaban; se representaba los alardes militares, las luchas de fieras, las fastuosas procesiones en que marchaban los xeques y los caballeros de la aristocracia granadina desplegando un lujo esplendente en sus trajes y armas y en los arneses de sus caballos.

—Era una vida feliz la de nuestra ciudad en aquella época que precedió a la conquista, mejor diríamos a la ola de barbarie que cayó sobre ella. ¡Qué fiestas brillantes, qué pintorescos torneos! Mujeres hermosas, artistas y poetas incomparables, mansiones rodeadas de jardi-

nes y bosquetes de laureles, perfumadas por los incensarios, engalanadas con mármoles y tapices. ¡Qué belleza irresistible la de aquellas damas de la corte granadina! El poeta Ibn-Said decía en una de sus *gacelas:*

Con el fuego amoroso de sus tiernas miradas
hacen las granadinas una herida mortal,
y disparan sus ojos mil flechas inflamadas
y sus pestañas matan como mata un puñal.

—Sin embargo, Perico, ésta que aquí ves, no es mora, sino cristiana; no es granadina, sino argentina, y por mi parte no la cambiaría por ninguna Fátima o Zoraya de las que han vivido hace quinientos años—dijo don Enrique acariciando la mejilla de Ana María.

—Esta niña rubia es digna de ser morena y de haber figurado en la corte de Mohamed V—respondió sentenciosamente Venegas.

Julia y su padre se habían quedado sentados a la mesa. Cuando éste trató de levantarse, Julia le retuvo.

—Papá, tengo que hablarte.

Sarabia la miró sorprendido.

—Sí, tengo que hablarte de un asunto serio—siguió bajando mucho la voz—. Acércate más.

Sarabia obedeció, cada vez más sorprendido.

—El asunto de que se trata, aunque serio, no por eso es triste. Te lo voy a hacer saber en dos palabras... Ana María y Alfonso quieren casarse.

Sarabia permaneció inmóvil sin despegar los labios. Julia aguardó en vano que respondiera algo.

—No atreviéndose a dirigirse a ti directamente, me han rogado que te hablase yo en su nombre, y lo hago sin reparo alguno, pues dado el tiempo que llevan de re-

laciones, que tú has aceptado gustoso, me parece que no pondrás obstáculo a su unión...

Sarabia permaneció callado, con la cabeza baja mirando al mantel. Julia tenía clavados en él sus ojos inquietos.

Hubo un largo silencio. Sarabia murmuró al fin sin levantar la cabeza:

—Es muy niña.

—Cierto que es muy niña por la edad, pero no lo es por su desarrollo físico, ni tampoco por su juicio. Es una verdadera mujer, papá; tú lo has visto ahora mismo; parece una joven de veinte años. Yo, a su edad, era un arrapiezo y naturalmente, hubiera sido un crimen el casarme. Pero Ana María es otra cosa; dada su figura, sus ideas y su disposición para regir una casa, a nadie ha de sorprender tal matrimonio.

Sarabia repitió en voz baja sin levantar la cabeza:

—Es muy niña.

Julia siguió defendiendo su tesis con vehemencia, repitiendo y agotando con ardor creciente los mismos argumentos. Al fin, haciendo una pausa dijo:

—Pero en fin, papá, esto no es puñalada de pícaro: yo no digo ni te pido que se casen inmediatamente. Pueden casarse, por ejemplo, dentro de tres meses.

—Es muy pronto—murmuró su padre.

—Pues que sean cuatro.

—Es muy pronto todavía.

—Bueno, pues pongamos seis y no se hable más del asunto.

Sarabia se alzó de la silla.

—A mí me parece todavía muy pronto; pero, en fin, haced lo que queráis.

Julia, loca de alegría, corrió a acercarse a su hermana, le dió un pellizco y le dijo al oído:

—Te casarás dentro de seis meses.

Ana María se puso roja como una amapola, y volviendo la cabeza al sitio donde se hallaba Alfonso, le hizo tantas señas y su fresco rostro se arrugó con tales visajes, que aquello parecía que no iba a tener fin. Y las manos se agitaban y los dedos señalaban una y otra vez el número seis. Alfonso, sorprendido, se fué acercando con disimulo. Ana María le metió los labios por el oído.

—Que nos casamos dentro de seis meses.

Se puso igualmente rojo, y acometido del afán de asegurarse, de que aquel anuncio llegaría a tener realización, y queriendo desahogar su pecho se acercó a su padre, le tiró de la manga y le dijo en voz baja:

—Papá, necesito hablar contigo unas palabras.

—Habla.

—No; aquí no; vamos un poco más lejos.

Bajaron ambos de la terraza y se internaron por una de las calles del jardín.

—Papá, Ana María y yo deseamos casarnos.

—Lo creo.

—Es que vamos a dar los pasos conducentes para que eso se realice.

—Pues tropezaréis en cuanto deis los primeros.

—No tropezaremos, porque ya está andado más de la mitad del camino. Don Manuel consiente en que nos casemos dentro de seis meses.

Don Enrique se detuvo mirándole estupefacto.

—¿Pero es cierto lo que dices?

—¡Y tan cierto! Julia acaba de comunicármelo.

—¡Qué atrocidad!—exclamó santiguándose—. Parece mentira que Manuel consienta tamaño absurdo. ¡Dos bebés! Va a ser un matrimonio de muñecas. Tú un estudiantillo, ella una mocosa que debiera estar jugando a las muñecas. ¡Linda pareja vais a hacer! En cuanto vayáis a ver al cura estoy seguro de que se echará a reír en vuestras narices.

Todo aquello sonaba a falso, Alfonso bien lo sabía. Su padre estaba tan gozoso como él. Por eso le dijo sin ceremonia:

—Hasta luego, papá. Ve preparándonos habitación en la casa, porque seis meses se pasan pronto.

Y echó a correr.

—¡Oye, niño, oye!

Pero Alfonso ya estaba lejos.

Al quedarse solo don Enrique, se quitó el sombrero y siguió caminando entre los árboles de la avenida. Estaba agitado, pero su agitación era dulce: la alegría hacía palpitar su corazón. Aquel matrimonio realizaba la última ilusión de su vida. Ana María era ya su hija por el corazón. Alfonso tenía asegurado un porvenir espléndido; el suyo se desplegaba también ante sus ojos risueño; una vejez tranquila, mirando dichosos a sus hijos, rodeado más tarde de nietos, viviendo todos con el desahogo y la comodidad que la riqueza proporciona. El buen caballero marchaba con los ojos brillantes y las mejillas rojas. El cumpleaños de aquella adorable criatura terminaba bien felizmente.

De repente, al torcer por una de aquellas estrechas avenidas se encontró de frente con Sarabia, que lo mismo que él marchaba solitario y meditabundo con el sombrero en la mano. Ambos quedaron inmóviles un instante,

se miraron profundamente, se adivinaron los pensamientos y movidos del mismo impulso se aproximaron y sin decirse una palabra se abrazaron.

Mientras tanto, Ana María se había apoderado de Alfonso. Era tan viva su alegría que no podía estarse quieta. Besaba a su hermana y la abrazaba con tanta fuerza que le hacía daño, besaba también a la vieja Angustias, que después del almuerzo había venido a felicitarla nuevamente.

—Hija mía, está usted demasiado encarnada. Se conoce que no está acostumbrada a beber licores. Lo mismo me pasa a mí; en cuanto pruebo una gota de vino ya me tiene usted mareada, zumbándome los oídos y con un brasero en la cara. No le pasa igual a Ramón el jardinero que ahora tenemos. Si se lo dan, ese hombre bebe sin tino y se queda fresco como una lechuga; al contrario, cuanto más vino tiene en el cuerpo más pálido está. Yo le digo: ¿pero Ramón, tienes dentro del vientre el pozo Airón? ¿Y el señor cura de San Pedro que en gloria esté? ¡Había que ver a aquel buen señor cuando venía a dar los días al amo! Embarcaba de todo, lo mismo el jerez que el valdepeñas, aguardiente de caña, ginebra, ¡diablos coronados! Y nada, como si bebiera agua fresca. Yo creo que cuanto más bebía más segura tenía la cabeza. Porque era un predicador de lo fino, de lo que no hay ahora. Una Semana Santa que predicó en la catedral el sermón de Pasión, lloraban lo mismo los hombres que las mujeres y un escribano que no se había confesado en veinticuatro años, aquella misma noche hizo confesión general de todos sus pecados...

Ana María no oyó las últimas palabras, corrió al encuentro de Alfonso, que acababa de dejar a su padre.

—Alfonso—le gritó—, tú no has visto todavía la casa. Ven que te la enseñe.

Y tomándole de la mano le arrastró fuera de la terraza y el comedor. Mas a los pocos pasos tropezó en la cola de su vestido que aún no sabía manejar y hubiera caído si Alfonso no la sostiene.

—¡Oh, qué cosa más molesta!—dijo con impaciencia—. Espera un instante; voy a que Julia me prenda algunos alfileres.

Julia estaba en pie al lado de Venegas, cerca de la balaustrada escuchando todavía sus tristes lamentaciones en contemplación extática de las riberas del Genil, hoy mustias y solitarias, ayer pobladas por los alcázares de la nobleza granadina. Ana María se acercó a ella y con mucho apuro le rogó que le prendiese la falda, pues tropezaba en ella a cada instante. Julia, riendo, se la arregló dejándola tan corta como las que antes usaba.

—Ya te irás acostumbrando a la cola.

—Temo que no.

—¿Cómo dices eso en víspera de ser una señora casada?—le sopló al oído dándole al mismo tiempo un beso.

Los ojos de Ana María brillaron, le dió un pellizco y se alejó corriendo para juntarse con Alfonso.

Subieron al piso alto. Ana María le mostró los dormitorios, que estaban amueblados con más lujo y coquetería que los del Zacatín. Cuando se disponían a bajar subía Julia.

—¿No le has enseñado el oratorio?

—En este momento iba a pedirte la llave.

—Venid conmigo.

Subieron de nuevo las pocas escaleras que habían bajado y Julia les guió hasta una puerta, sobre la cual se

hallaba pintada una cruz, la abrió y entraron en el oratorio, que era una piececita primorosamente decorada. No faltaba allí nada: un altarcito sobre el cual se alzaba la escultura de la Inmaculada, debajo de ella un magnífico crucifijo de marfil, la sabanilla, bordada por la misma Julia. Delante, una pequeña balaustrada de madera tallada, algunos reclinatorios forrados de terciopelo, lámparas, candelabros, hasta un pequeño confesonario de nogal. Sarabia, que adoraba a su hija Julia, le fué dando cuanto pedía para adornarlo.

—De rodillas y recemos una salve—ordenó ésta en tono autoritario.

Los novios obedecieron, acomodándose en sendos reclinatorios. Julia pronunció en voz alta:

—¡Madre mía, protégelos; derrama sobre ellos todas las bendiciones del cielo!

Ana María, conmovida, se levantó y fué a besar el manto de la Inmaculada.

Julia les hizo una seña para que se retirasen. Ella siguió rezando.

Bajaron los novios y Ana María quiso mostrar a Alfonso la cocina y el lavadero. Aquél se hubiera pasado bien sin verlos, pero su novia mostraba tanto gusto en hacerlo, que la siguió al sótano, donde se hallaban instalados. Tenía razón la niña en enorgullecerse de la cocina. Todo estaba allí previsto y guarnecido con esmero; los cuidados que Julia había consagrado al oratorio, su hermana los había dedicado a la cocina. Los muros, vestidos hasta el techo con blancos azulejos, el fogón de hierro, brillante, una gran mesa con tabla de mármol, los armarios de pino, charolados, la espetera espléndidamente alhajada con cacerolas de cobre estañado, todo

nuevecito, todo resplandeciente. Ana María no se hartaba de mostrar estos tesoros. Pero todavía arreció su entusiasmo cuando entraron en el lavadero, una verdadera preciosidad; las llaves, niqueladas, para el agua fría y caliente; la alberca, de mármol; el suelo, de madera enrejada; el secadero, el hornillo. Tanto se detuvo a exhibirlos y con tal deleite, que Alfonso, impaciente, le dijo con tonillo sarcástico:

—¿Pero, hija, es que vas a ser lavandera?

La niña, avergonzada, le dirigió una mirada tímida y se apresuró a dejar aquellos sitios.

Salieron al jardín: Alfonso aun no lo había visto. Era un verdadero parque frondoso y dilatado, con más árboles que flores, y por doquiera setos de boj y de arrayán, bastante descuidado, con la belleza melancólica de los jardines abandonados. Sarabia no le había dedicado, hasta entonces, mucha atención.

La primavera, en Granada, si no llueve, es exquisita. Las tiernas hojas de los árboles brillaban al sol como esmeraldas; detrás de los setos las altas yerbas ofrecían, en sus puntas, innumerables florecitas blancas, azules y amarillas; los pajaritos cantaban en la espesura.

Los enamorados seguían las calles arenosas bajo el palio de la fronda, aspirando con delicia el fuerte olor que despedían las plantas y las flores. Ana María se sentía tan feliz, que hablaba sin cesar; era una charla continua, rumorosa, como la de un arroyo, insistiendo sobre los sucesos más insignificantes de aquel día memorable, formando proyectos, haciendo desbordar su corazón con palabras de gratitud para su hermana Julia. Alfonso la escuchaba adormecido, sintiéndose igualmente dichoso. Al llegar a un frondoso paraje en que

los árboles se espesaban formando bóveda, acertaron a ver una mesa de piedra y un banco. Allí fueron a sentarse. Quedaron silenciosos; la misma emoción hizo palpitar sus corazones bajo aquel espléndido dosel.

A Alfonso se le encendió la llama de la poesía, pronta siempre a brotar, y tomando una mano de su novia y despojándose del sombrero comenzó a decir con acento retórico:

—Estas bóvedas de verdura, ¿no es verdad que semejan las de un templo? El templo de la naturaleza es el más sublime; aquí se adora a Dios sin ceremonias ni hipocresías. La naturaleza es la madre de la sinceridad y su lenguaje siempre es divino. Por eso, Ana María, bajo la bóveda de este grandioso templo, formado por la naturaleza, y en el momento en que comenzamos a escuchar en la lejanía los cantos de Himeneo, quiero repetirte cuán grande es mi amor y qué dulce emoción despierta en mi alma la seguridad de hacerte mía. Jamás ojos más bellos que los tuyos han reflejado el azul del cielo y tus cabellos de oro han robado al sol su brillo. Eres, Ana María, el botón de rosa que se abre a la frescura de la mañana henchido de dulces misterios, de leche y de rosa son tus mejillas y tu voz suena en mis oídos como una música celeste... ¡Habla, pues, habla siempre, amada mía!

—¡Oh!—exclamó la niña, mirándole arrobada—, me avergüenzas, Alfonso, con tantas flores. Yo no sé decirte esas cosas bonitas; es más, casi no las entiendo, pero sé que te quiero y sé que todas esas cosas bonitas que a ti se te ocurren significan que me quieres, ¿no es verdad?

—Pero en este momento en que todo a nuestro alrededor se llena de armonías, en que de ese alto dosel ri-

zado de esmeraldas desciende un murmullo misterioso que llega al corazón sin pasar por los oídos, en que los pájaros y las fuentes cantan sus amores y la brisa besa suavemente la corola de las flores, ¿no sientes en tu pecho ansias de volar a otra región más alta, no sientes que un algo muy dulce pero vago te oprime el corazón y encontrando la vida hermosa te hace apetecer la muerte?

—Nada de eso siento, Alfonso—respondió la niña riendo—. La idea de morir me causa mucho miedo. Sólo siento una cosa, y es que te quiero mucho y que la seguridad de ser pronto tu mujercita me hace saltar de alegría.

Alfonso no pudo reprimir un gesto de lástima. Guardó prolongado silencio con los ojos extáticos en actitud desmayada y melancólica. Ana María quedó seria y le contemplaba con inquietud.

—¡Ea!, vámonos de aquí, porque este sitio tan oscuro te pone triste. Te voy a enseñar un macizo de hortensias azules. Además, hay cerca de ellas una mata de claveles muy hermosos.

Alfonso se dejó conducir, siempre melancólico. Por estrechos senderos, cortados a menudo por las ramas de los arbustos, llegaron hasta el macizo de las hortensias que, en efecto, era algo exquisito: los claveles eran también extremadamente hermosos. Ana María cortó uno y se lo prendió a su novio en el ojal de la chaqueta. Al hacerlo Alfonso bajó la cabeza y le besó la mano. Ana María le pagó con una bofetadita.

—¿Te ha pasado ya el *spleen?*

—Sí, ya se me ha pasado—respondió sonriendo.

—Pues si te ataca a menudo compraré unas castañuelas y te las tocaré al oído.

Salieron de aquel paraje y llegaron hasta las lindes del parque, cerrado por alto muro. Guarneciéndolo crecía una tupida cortina de madreselva y zarzamora.

—Aunque te rías de mí, Alfonso, te voy a confesar que la flor que más me agrada, más que las rosas, más que los lirios, más que los claveles, más que las camelias, es la madreselva. Su aroma me embriaga, me causa un placer inexplicable. Julia se ríe y me dice: «—Naturalmente, como es la flor más aldeana, por eso te gusta.»

—¿Quieres que te alcance una ramita?

—No, porque te vas a pinchar; las flores están muy metidas entre las zarzas.

—Ya verás cómo no.

Alfonso se acercó al muro y empinándose sobre la punta de los pies y metiendo la mano con precaución entre las zarzas logró cortar una rama con varias flores; mas al sacarla lo hizo con mayor precipitación y se pinchó, como había previsto su novia. Saltó una gota de sangre.

—¿Lo ves cómo salió lo que yo temía?—exclamó afligida Ana María.

Y apoderándose con rápido ademán de la mano herida la llevó a los labios y chupó la sangre.

—¿Qué haces, niña?—exclamó Alfonso.

—Puesto que vas a ser mi marido, quiero que tu sangre se mezcle a la mía.

Alfonso, enternecido, la estrechó entre sus brazos.

SEGUNDA PARTE

EL DRAMA

I

Como es fácil presumir, Alfonso Aguilar había cedido con alma y vida a la amable invitación del director de *El Defensor de Granada*. Envió varias poesías, que fueron publicadas y le dieron fama en la ciudad. Excitada su ambición tuvo la audacia de remitir otra a la *Ilustración Española,* que se publicaba en Madrid, y, ¡oh dicha!, al poco tiempo apareció inserta en las columnas de esta notable revista. Entendió, pues, que era un poeta, y en su consecuencia se dejó crecer el pelo por detrás de la nuca y comenzó a dar paseos solitarios, principalmente a la luz de la luna.

La existencia en una capital de provincia suele ser monótona, nada interesante; mas para un poeta debe de ser horriblemente vulgar. Graduado de licenciado en Derecho en junio, Alfonso no volvió a abrir los libros de Jurisprudencia y se entregó con ardor al estudio de Lamartine, de Chateaubriand, de Alfredo Musset, Espronceda y Zorrilla. Conocía bastante bien el francés y en este idioma leyó también las producciones de lord Byron, que fué el poeta que más le apasionó, no tanto por su obra como por su vida, llena de aventuras novelescas. Aquellos tiempos de Venecia, aquellos amores con

la hermosa y pobre italiana, que un día le pidió limosna en la calle y a la cual inspiró tan celosa pasión que estuvo a punto de ser asesinado por ella; luego la condesa Guiccioli, las arriesgadas travesías a nado por la mar, las orgías, la trágica muerte defendiendo la libertad de los griegos, toda esta existencia, agitada y romántica, no sólo le inspiraba admiración, sino también envidia. Igualmente envidiaba a su homónimo Alfonso Lamartine, aquellos deliciosos amores con la tierna Graziella, a Alfredo de Musset su pasión por la ilustre y veleidosa Jorge Sand, a Espronceda su Teresa, que le inspiró aquel canto inmortal donde puso al desnudo su corazón desgarrado. Soñaba con René, el héroe de Chateaubriand, y se imaginada como él, abandonando esta sociedad frívola y tediosa para vivir en medio de la naturaleza, enamorado de una hermosa salvaje.

Y un poco salvaje se volvió, arrastrado de estas imaginaciones; dejó de frecuentar a sus amigos, y al mismo Paco Garrido le huyó tan ostensiblemente que éste, ofendido, se enfrió hasta el punto de que apenas se saludaban. Y naturalmente, por esta pendiente llegó pronto al desprecio de cuanto le rodeaba. Aquellos compañeros y condiscípulos que antes le parecían ingeniosos los hallaba ahora insulsos y necios, los señores respetables que asistían al casino y se paseaban gravemente por la Bomba se le antojaban seres risibles, las damas elegantes de Granada unas toscas y ridículas paletas. De tal modo que nada hallaba interesante en esta ciudad y digno de aprecio mas que sus leyendas.

¡Qué horrible vida vulgar! Ni una pequeña aventura dramática de sabor exquisito que dejara en el alma recuerdo indeleble. Cuando leía las cartas de *La Nueva*

Eloisa, rebosantes de pasión, empapadas de lágrimas, querría ser Saint Preux, el amante feliz de aquella sublime criatura; cuando el diario de Werther, la angelical Carlota le inspiraba tal pasión que aceptaba hasta el suicidio. Ni un don Páez a quien engañar, ni una estocada, ni un salto por el balcón, ni una noche pasada en un armario. ¡Nada, absolutamente nada! Aquella existencia uniforme, metódica, sin relieve y sin nobleza, era realmente desesperante. Muchas veces, paseando por el solitario camino del Avellano, se preguntaba con amargura, parodiando a Musset: —¿Alfonso, Alfonso, qué haces tú de la vida?

¿Y sus amores con la niña argentina y su matrimonio a plazo fijo? ¡Ah!, esto merece una explicación que resultará un poco triste. La pasión de la encantadora niña era fiel y sencilla, con la frescura de un corazón que se abre al amor como una rosa a los rayos del sol. Alfonso había despertado en su infantil espíritu las primeras dulces sensaciones del amor. El joven poeta, por su figura distinguida, por su claro nacimiento, por el ingenio que todos le reconocían, era digno de este amor. Ana María le consagró un afecto vehemente y una admiración sin límites; miraba por sus ojos, hablaba por su boca. Cualquier gesto desdeñoso le causaba una profunda tristeza, cualquier mirada severa la hacía temblar. Estaba postrada de hinojos ante aquel muchacho, como la bella Miranda de Shakespeare ante el celeste Ariel. No acaecía otro tanto con el joven poeta. Si como repetidas veces se ha dicho, en el amor hay siempre un amo y un esclavo, Alfonso era el amo y Ana María la esclava. Su amor era más artificial que real; le interesó el afecto repentino de aquella niña en su principio, mas no

tardó en fatigarse de él, porque no encontró allí las emociones singulares y romancescas a que aspiraba su fantasía. Aceptó su pasión como se acepta el incienso, embriagándose alguna vez con él y alguna vez hallándolo fastidioso. Aquella criatura, hermosa, sí, pero sin distinción, sin elegancia, ocupada constantemente en los menesteres de la casa, sin pasión ni sentido de lo bello, sin imaginación, ajena a la poesía y a las sutiles emociones de los nobles espíritus, alegre siempre, sin experimentar ni una vez la honda melancolía de los seres predestinados; aquella casa burguesa, siempre tranquila, sin alternativas de bonanza y tempestad; aquel padre, ignorante y trabajador; aquella hermana devota, aquella tienda, todo esto le parecía cada día más prosaico y más indigno de un espíritu superior como el suyo.

La perspectiva cercana de su matrimonio halagaba un poco su amor propio, porque le iba a hacer independiente y porque la bella Ana María era en aquel tiempo, después de conocida la fortuna de su padre, un partido codiciado por la juventud granadina; todo el mundo se lo repetía al oído. Lo aceptaba, pues, como se aceptan las condiciones materiales de la existencia, sin la intervención de nuestras facultades superiores, mas no sentía el anhelo delicioso y profunda alegría y emociones inefables que casi todos los hombres experimentan en los días que preceden a su matrimonio. Los preparativos que en una y otra casa se hacían para la boda le dejaban frío, el recorrido de las tiendas por las tardes en compañía de Ana María y su hermana para comprar todo aquello que hace falta en la instalación de un joven matrimonio, estas compras con sus regateos, que a su novia la hacían feliz, a él le producían un indecible te-

dio. Oir todos los días largas conferencias acerca de camisas y corsés, encajes y bordados le causaba tal hastío que no pocas veces estuvo a punto de suplicarles que hablasen de otra cosa. Un día que Ana María le preguntó si pensaba comprar los calcetines en Granada o encargarlos a Madrid creyó que iba a echarlo todo a rodar. ¡Horror, los calcetines! Esto era superior a sus fuerzas.

Sin embargo, la fecha de la boda se acercaba. Nos hallábamos en agosto y el día fijado era uno de los últimos de octubre.

En esto acaeció que una familia argentina llegada recientemente a España, cuya hija era amiga íntima de Julia, vino a instalarse en Sevilla. De allí escribieron suplicando con grandes instancias a don Manuel que dejase a Julia pasar unos días con ellos. Sarabia se resistió un poco, pero al fin hubo de ceder. Nada más que una semana, declaró resueltamente.

Julia sentía vivos deseos de ver a su amiga y pasar con ella unos días felices; pero desde hacía algún tiempo se hallaba inquieta. El profundo maternal cariño que su hermanita le inspiraba la había hecho clarividente. Estimaba mucho a Alfonso y aun puede afirmarse que le admiraba, pero empezó a dudar que la hiciese feliz. No pudo menos de observar su indiferencia, sus distracciones poco galantes y aun acertó a ver señales de lágrimas en los ojos de Ana María. Esta negaba resueltamente que hubiese llorado ni que Alfonso le hubiese dado motivo para ello. Sin embargo, estaba persuadida de lo contrario, y este convencimiento la hacía sufrir enormemente, porque se veía impotente para remediarlo. La pasión de Ana María por su futuro era tan ciega, tan ardiente, que hallaba imposible mezclarse en sus

relaciones. Menos imaginó advertir a su padre, porque si éste, alarmado, opusiera obstáculo a la boda, estaba segura de que su hermana enfermaría gravemente.

Sarabia debía acompañarla a Sevilla para volverse al día siguiente. Fueron a despedirla a la estación Ana María, Alfonso y su padre don Enrique. Antes de subir al tren Julia se acercó a Alfonso y le dijo:

—Ya comprenderás, Alfonso, que mientras yo esté en Sevilla tú no debes entrar en casa.

—Lo comprendo perfectamente y me abstendré de hacerlo.

—Podéis hablaros por el balcón y también puedes acompañarla a misa con la doncella, y si luego quieres dar una vueltecita entre calles también podéis hacerlo... Creo que esto no te molestará.

—De ningún modo. Es lo que procede.

No se mostró tan satisfecha Ana María. Aunque se abstuvo, como era natural, de protestar, quedó tan triste que su hermana le dijo riendo al oído.

—Te prometo que no estaré allí siquiera una semana.

Al arrancar el tren Ana María le gritó:

—¡Julia, acuérdate de tu promesa!

—¿De qué promesa se trata?—preguntó Alfonso.

—Ya lo sabrás—respondió la niña alegremente.

Padre e hijo la acompañaron en el coche hasta casa y allí la dejaron. Ana María tuvo ocasión para decir a su novio en voz baja:

—Mañana, a misa, a las nueve.

A la mañana siguiente, en efecto, la acompañó a misa, y a la salida recorrieron emparejados algunas calles escoltados por la doncella. A la tarde, según convinieron, pasó por el Zacatín. Ana María le esperaba en el balcón.

Apenas hablaron algunas palabras aquélla le dijo imperiosamente:

—Sube.

—Ya sabes que no puede ser.

—Sube, te digo.

—Repara, niña, que tu papá no está en casa y que lo ha de tomar muy a mal.

—No lo sabrá. Sube, te digo—pronunció ella con la energía que proporciona un capricho vehemente.

Aunque de mal grado y temeroso de las consecuencias, el joven no tuvo más remedio que ceder. Al entrar en el portal advirtió con profundo disgusto que una cabeza se asomaba a la puerta de la tienda y le veía. Era la de su enemigo Quelito.

¿Y por qué era su enemigo Quelito? No lo sabía. Este Quelito, criado y educado en casa de Sarabia, y que gozaba en ella casi las consideraciones de un pariente más que de un doméstico, fué con él en un principio no sólo cortés, sino afectuoso. Mas desde que se hicieron patentes sus relaciones con Ana María comenzó poco a poco a enfriarse, hasta llegar últimamente, como hemos visto, a la grosería. Alfonso se quejó a su novia. Ésta alzó los hombros sonriendo.

—No le hagas caso. Es un caprichoso, un original. Ya se le pasará.

Luego se quejó a Julia y obtuvo la misma respuesta. Aquel muchacho en el fondo era buenísimo, afirmaban todos, de una fidelidad a prueba, capaz de cualquier sacrificio por sus bienhechores, pero de un temperamento susceptible, antojadizo, exaltado; seguía siendo un niño; por lo tanto, no había que tomar en serio ni sus cóleras ni sus caprichos. Sin embargo, a Alfonso le molestaba

mucho su actitud y temía que el día menos pensado hubiese un choque. A su padre le hizo saber un día el disgusto que tal actitud le ocasionaba, y don Enrique, sonriendo también, le respondió:

—¿Sabes lo que se me figura, Alfonso? Que ese muchacho tiene el temperamento de los perros demasiado fieles, que sienten celos de cuantos se acercan a sus dueños, y les gruñen.

Así estaban las cosas cuando Alfonso, imprudentemente, subió a la casa. Por la noche llegó don Manuel Sarabia de Sevilla. Al hacer las cuentas con su dependiente, antes de cerrar la tienda éste le dijo de pronto:

—Don Manuel, necesito informar a usted de una cosa que seguramente le ha de desagradar.

—¿Qué es ello?—preguntó aquél sorprendido—. ¿Te han robado?

—No, no me han robado. Es otra cosa distinta, que es posible le haga a usted peor efecto que el robo de una joya.

—¿Qué es ello? Habla—articuló su amo con impaciencia.

—Pues que Alfonsito se ha pasado la tarde a solas con Ana María allá arriba.

Don Manuel se puso muy serio y replicó con viveza:

—Eso no es cierto.

—Puede usted comprobarlo cuando quiera.

Sarabia, sin pronunciar otra palabra, siguio escribiendo, y cuando hubo terminado cerró la mesa-escritorio y subió a su casa. Ana María estaba sola en el salón trabajando a la luz del quinqué. Su padre se acercó a ella y poniéndole una mano sobre el hombro:

—Oye, Ana María, ¿es verdad que Alfonsito se ha pasado aquí la tarde a solas contigo?

La niña se puso pálida; luego se llevó las manos a la cara y comenzó a sollozar. Sarabia guardó silencio unos instantes.

—Está bien—dijo al cabo severamente—. Nunca hubiera creído que Alfonso se condujese de modo tan poco decoroso. Se lo diré a su padre.

Ana María se alzó de la silla y plegando las manos, sofocada por los sollozos, exclamó:

—¡Papá, Alfonso no ha tenido culpa ninguna! Toda ha sido mía. Él no quería subir; se resistió cuanto pudo, pero yo le supliqué tanto que al fin hubo de ceder.

Sarabia la contempló en silencio.

—Eres una chiquilla sin juicio que debieras estar en el colegio. Por eso no es tan grande tu responsabilidad. Ya hablaré con Alfonso.

—¡No, no hables, por Dios, papá!

—Pues hablaré con su padre.

—¡Menos aún!

Viéndola tan angustiada don Manuel se aplacó, y haciéndole prometer que jamás volvería a suceder igual caso salió de la estancia sin besarla, como tenía por costumbre.

No iba contento el buen Sarabia de su hija, ni de Alfonso, pero tampoco lo estaba de su acusador. Aquella delación precipitada no le parecía hecha con sana intención. No había podido menos de observar la hostilidad que su dependiente manifestaba hacia Alfonso, aunque sus hijas nada le habían dicho.

Al día siguiente por la tarde, cuando el joven se acercó a la casa para hablar por el balcón con su novia, ésta

le hizo saber rápidamente lo que había sucedido, cómo su padre se había enterado de la subida y la áspera reprensión que le había dado.

—¿Quién le enteró?

—¿Quién había de ser? Quelito

Los ojos del joven chispearon de furor. Quiso la fatalidad que en aquel instante Quelito asomase la cabeza por la puerta de la tienda, sin duda para espiar el coloquio de los novios. Alfonso abandonó su puesto y se dirigió a él temblando de cólera.

—¡Oiga usted, indecente! ¿Es usted el chismoso criado que cuenta a su amo lo que yo hago o dejo de hacer?

Quelito, rojo de ira también, por toda respuesta alzó el brazo y le dió un terrible golpe en la cara. Alfonso se tambaleó y acaso hubiera caído si un transeunte no le hubiera sostenido. Precisamente era un caballero amigo de su padre. El joven, repuesto, quiso arrojarse sobre su enemigo, pero aquel caballero y otros transeuntes que acudieron le sujetaron. Ana María desde el balcón gritaba:

—¡Alfonso, déjalo!... ¡Sube, sube!

Alfonso, sin hacer caso de aquellos llamamientos, preguntó al caballero:

—¿Sabe usted, don Julián, si mi padre está ahora en el casino?

—Debe de estar. No suele salir de allí hasta las siete.

—Pues si usted quiere acompañarme vamos allá.

Hizo un signo de adiós a su novia y emparejado con el amigo se dirigió hacia el casino. Una vez a la puerta le pidió que subiera y llamase a su padre.

—Vas a darle un disgusto, Alfonsito

—No hay más remedio, don Julián. Pronto se ha de

enterar de todas maneras. Más vale que sea yo quien le entere.

Sabedor don Enrique en breves palabras, tanto por su hijo como por don Julián, de lo ocurrido, montó en furiosa cólera. Ya sabemos que era propenso a esta enfermedad; y manifestó que iba en aquel momento a estrellar la cabeza del chino contra la pared. Su amigo le contuvo.

—No, Enrique, tú no puedes hacer eso. Un caballero no se ensucia las manos en un criado. Arriba en la sala del tresillo debe de estar Sarabia. Subamos y le enteraremos del caso y ya veremos lo que él resuelve.

Aguilar comprendió que tenía razón y se decidió a subir y hablar con su amigo, no sin hacer prometer antes a Alfonso que no iría al Zacatín hasta que él se lo permitiese.

Sarabia recibió la nueva con visible disgusto, pero sin entregarse a exageradas manifestaciones. Guardó silencio, según su costumbre, y tomando de nuevo las cartas que había dejado sobre la mesa, dijo gravemente:

—Te agradezco, Enrique, que hayas venido a hablarme antes de dar otro paso. Pierde cuidado, que pronto se arreglará todo a tu satisfacción y a la de Alfonso.

Se levantó pocos minutos después y se dirigió a su casa. Quelito le estaba esperando. Presumía, con razón, que la noticia de lo ocurrido llegaría demasiado pronto a sus oídos.

—Ya sé a lo que viene usted, don Manuel—le dijo con amarga resolución—. A despedirme de su casa, ¿no es cierto?

—Has acertado—respondió gravemente su principal—. Con mucho sentimiento, pues te he criado y te he consi-

derado siempre, no como el hijo de mi cocinera, sino como un allegado, debo hacerte saber que no puedes permanecer en una casa donde va a entrar pronto como hijo a aquel a quien tú brutalmente has abofeteado.

—¡Me ha insultado, don Manuel—rugió el dependiente.

—Si te ha insultado no debías tomarte la justicia por la mano, sino venir a participármelo para que yo te la diera. Además, Alfonso estaba de ti agraviado no sin razón, pues has hecho el papel de acusador en un asunto que no te atañía.

Sin decir otra palabra se dirigió a su mesa, se sentó y se puso a trabajar. Quelito le contemplaba con ojos donde se pintaba el dolor y la cólera.

—Bueno—dijo al cabo de un largo rato don Manuel levantando la cabeza—, ya está formulada tu cuenta. Toma este cheque, que mañana mismo puedes hacer efectivo.

Quelito echó una mirada al papel y exclamó con sorpresa:

—¡Pero, don Manuel, esta es una cantidad muchísimo mayor de la que tengo en su poder!

—Es cierto, pero yo quiero que te vayas de mi casa como un amigo, no como un criado. Por lo que has hecho no se ha borrado el recuerdo de tantos años como has vivido con nosotros, ni has perdido mi estimación. Ha sido un lance fatal originado por tu temperamento arrebatado y quisquilloso. En ocasiones semejantes te he perdonado fácilmente y aun te he ayudado a salir del atolladero, pero ahora las circunstancias son distintas. Si así no fuese, nunca te apartarías de nuestro lado.

Quelito, conmovido, exclamó:

—¡Gracias, muchas gracias, don Manuel! Dios le pague a usted esto y todo lo que ha hecho por mí.

Y tomándole una mano se la besó casi a la fuerza.

—Si quieres irte a Buenos Aires te pagaré el pasaje y te daré algunas cartas con las cuales seguramente encontrarás muy pronto buena colocación. Si deseas quedarte en España, en ese caso poco o nada puedo hacer, porque apenas tengo relaciones.

—Me marcho, don Manuel, me marcho mañana mismo a Cádiz y tomaré el primer barco que salga para la Argentina.

Pocas más palabras hablaron. Sarabia se volvió de nuevo al casino y Quelito se dejó caer en una silla y permaneció largo tiempo inmóvil con los ojos extáticos en profunda y dolorosa meditación.

De pronto se alzó vivamente, se mantuvo un instante inmóvil y se dirigió resueltamente a la escalera de caracol que comunicaba la tienda con el piso primero. De puntillas llegó hasta el comedor de la casa, donde Ana María trabajaba en su costura sentada al pie del balcón. Esta no advirtió su entrada hasta que le vió plantado frente a ella. Dejó escapar un leve grito y se alzó sobresaltada.

—Me has asustado, Quelito.

—No quería asustarte.

—Pues me has asustado.

—Antes no te asustabas de mí, Ana María: por el contrario, cuando alguna cosa te asustaba me llamabas a gritos. Era yo el primero a quien pedías auxilio. Has cambiado mucho para mí, pero yo no he cambiado para ti. Eres la última persona en este mundo a quien yo quisiera hacer daño.

Ana María, sentada de nuevo y aplicada a la costura, guardó silencio prolongado. Quelito, en pie frente a ella,

la contemplaba con ojos profundamente tristes. La niña alzó la cabeza de pronto y dijo con enojo:

—Si no me has hecho daño a mí lo has hecho a mi prometido, al que va a ser mi esposo.

—¡Pobrecilla!—murmuró Quelito.

—¿Qué quieres decir con esa frase?—preguntó ella irritada.

—Que ese hombre no te quiere, y si llega a ser tu esposo te hará desgraciada.

—¡Quelito, mira lo que dices!—exclamó más encolerizada—. Yo no puedo consentir que me hables así.

—Pues te repito que ese hombre no te quiere como debía quererte, como tú mereces. Si te quisiera no te haría llorar. ¿Piensas que no lo he advertido? Te miro con demasiada atención para no leer en tu cara tus alegrías y tus tristezas. Tu novio es un caprichoso, un fantástico, un pavo real enamorado de sí mismo. Está mucho más prendado y le interesan más las coplas que publica en los periódicos que tu persona. Cuando alguno le dice que esas coplas son bonitas se pone hecho una jalea, y sin embargo, entra en esta casa con la misma indiferencia que un empleado entra en su oficina... Te hablo así, Ana María, porque te hablo por última vez. Mañana me marcho a Cádiz y dentro de pocos días embarco para Buenos Aires.

—¿Te marchas?—preguntó la niña súbitamente aplacada.

—Sí, me marcho, Ana María, y es casi seguro que no volverás a verme jamás. Tu padre acaba de decirme que no puedo permanecer en esta casa. Está tan ofendido como tú... y tan engañado. A ti te importará poco esta separación, claro está...

—Al contrario, Quelito, lo siento mucho.

—Esa palabra, si sale del corazón, me da consuelo y al mismo tiempo tristeza. Casi te he visto nacer, Ana María. Conmigo has jugado cuando apenas podías andar, y era tu preferido hasta el punto de que tu santa madre sentía celos de mí. Dentro de un mes voy a pisar aquellos sitios que tantas veces tú y yo hemos recorrido cuando te llevaba y te traía del colegio. Entraré en el almacén de juguetes donde te he comprado algunas muñecas; entraré en la confitería donde a escondidas de tus papás te regalaba con dulces; entraré también en la iglesia donde has hecho la primera comunión y te veré como un ángel del cielo a quien no faltaban más que las alas, y allí, de rodillas, pediré a Dios que te haga feliz... Como mañana no tendré ocasión de verte sola, ¿me permites que te dé un abrazo de despedida?

—¡Sí, Quelito, sí, abrázame!—respondió la niña alzándose conmovida de la silla.

Quelito la abrazó estrechamente, murmurando al mismo tiempo:

—¡Dios te haga feliz, Dios te haga feliz!

Después se lanzó a la puerta, pero allí se detuvo un instante, volviéndose con las mejillas bañadas de lágrimas.

—¡Perdóname, Ana María, perdóname!

—Sí, te perdono, Quelito, te perdono!—respondió la niña igualmente llorando.

II

Alfonso había caído una vez más de sus altos pensamientos. El contraste entre lo que imaginaba y lo que vivía no podía ser más triste. ¡Reñir a bofetadas con un criado! ¡Cuán lejos de aquellos elegantes duelos que con pocas palabras se concertaban entre las luces de un salón de baile con la sonrisa en los labios para que las damas no se enterasen, y luego allá detrás del palacio, despojándose del abrigo de pieles y del frac cruzar caballerosamente las espadas!

Esto iba meditando nuestro héroe al día siguiente de los sucesos que acabamos de referir, sonriendo amargamente a los árboles camino de la Alhambra, a la caída de la tarde. Parecía que un diablo burlón se divertía en tirarle de las piernas siempre que pretendía alzarse a una existencia superior y poética.

Hacía ya meses que no visitaba el palacio de los reyes árabes. En otro tiempo acostumbraba a subir casi todas las tardes y soñar despierto, vagando por sus jardines y salones. Ahora sus duras ocupaciones literarias (porque es sabido que la rima es muchas veces rebelde a la inspiración de los poetas) y no poco también las obligaciones contraídas como novio oficial y prometido de la jo-

ven argentina le tenían alejado de aquel teatro de sus ensueños.

La tarde era calurosa; mas en aquellos sombríos parajes el sol templa sus rayos y se baña con delicia en la frescura del espeso follaje. Alfonso caminaba con el sombrero en la mano, porque su ardiente fantasía no le consentía mantenerlo sobre la cabeza. Había salvado la *Puerta de las Granadas* y marchaba por el bosque sin que la luz filtrada por las hojas poblando el ambiente de irisadas tonalidades, ni el rumor musical del agua que corría entre guijas de colores, ni el perfume de las violetas y madreselvas, ni el dulce gorjeo de los ruiseñores cautivaran su atención ni le infundieran la sensación deliciosa de plácido ensueño de otras veces. Su alma se bañaba en tedio y melancolía. Examinaba su vida a la luz de los vulgares y prosaicos sucesos del día anterior, y se confesaba con amargura que aquella vida, por un fatal destino, estaba truncada, no sería jamás la de un poeta, sino la de un honrado burgués. Moriré—se decía—sin hallar el amor con que soñaba mi corazón ni la poesía que guardo en el alma.

Así, melancólico y amargado, entró el joven poeta en la Casa Real. Lo primero que se ofreció a su vista fué el patio de fantástica belleza, de luz y de alegría, llamado *Patio de los Arrayanes*. Se detuvo un instante, y aquella deliciosa visión esparció un bálsamo refrigerante sobre los resquemores de su alma. Huyó la voluntad—diríamos como Schopenhauer—, con sus ásperas y dolorosas reclamaciones para dejar paso a la pura y feliz representación. Levantó los ojos y leyó en el friso de la galería la inscripción que ya conocía: *La felicidad y la prosperidad son gracias del Sustentador de las criaturas.*

Cierto—se dijo con repentina humildad—, resígnate a ser desgraciado, Alfonso, puesto que Dios no quiere que satisfagas las grandes aspiraciones de tu alma.

Atravesó el pórtico de primorosa elegancia que da acceso a la *Sala de la Barca,* y sin detenerse entró por el angosto pasadizo que conduce al *Patio de los Leones.* Allí estaba el *Harem,* esto es, el amor, la voluptuosidad. Alfonso renovó sus ensueños deliciosos de adolescente en aquel sitio, tornó a ver en aquel bosque de columnas donde la luz se quiebra con maravillosos destellos, donde ahora, con el amortiguado resplandor del sol declinante, se esparcía la sombra y el misterio, aquellas sultanas de fantástica belleza envueltas en sedas y transparentes gasas adornadas con preciosas joyas. Y sin saber por qué, tal vez por un misterioso magnetismo que luego pudo explicarse, evocó la figura ideal de doña Isabel de Solís, de aquella maravillosa Zoraya, lucero de la mañana, de quien siempre estuvo enamorado. La veía con sus rasgados ojos negros de luz misteriosa, con sus cabellos ondeados, con su tersa frente oprimida por brillante cintillo, con su garganta de alabastro adornada con doble collar de perlas, con sus pies de hada sepultados en dorados pantuflos.

Cerró los ojos para mejor verla, y durante breves instantes gozó de aquella visión ideal y se creyó el amante favorito de la favorita de Muley Hacem, que en las altas horas de la noche bajaba a uno de los escondidos camarines del palacio para sostener con él dulce coloquio amoroso. Los abrió y un hondo suspiro se escapó de su boca. Dió algunos pasos, entró en la *Sala de los Reyes.* Al pisar uno de los suntuosos camarines que en ella se abren vió repentinamente frente a sí a la misma doña

Isabel de Solís, tal cual la había forjado su fantasía, y detrás de ella al sultán Muley Hacem.

Dejó escapar un grito y se llevó la mano a los ojos para huir de aquella alucinación. Pero a su grito respondió una fresca carcajada, seguida de otra mucho menos fresca.

—Perdone usted, caballero, si le hemos asustado—dijo una voz melodiosa—. Nos creíamos completamente solos.

Alfonso, no del todo repuesto, balbució:

—También yo me creía solo.

—Seguramente pensó usted, por un instante, que éramos dos árabes salidos de la tumba para amedrentar a los curiosos que profanen este palacio—dijo riendo la joven que Alfonsó tomó por doña Isabel de Solís.

—En efecto, confieso a ustedes que creí padecer una alucinación.

—Pues nada de eso; somos dos viajeros caprichosos que han tenido la humorada de venir disfrazados de moros para visitar la Alhambra.

—Por cierto que vienen ustedes admirablemente disfrazados. En usted, señora, declaro que pensé ver a doña Isabel de Solís, favorita del sultán Muley Hacem, y en usted, caballero, al propio Muley Hacem.

La disfrazada señora y el caballero se dirigieron una mirada significativa y rieron a un tiempo.

—No sabe usted cuánto nos complace lo que acaba de decir. Ya se lo explicaremos después—manifestó el caballero.

Los trajes que ambos vestían eran ricos; la señora ostentaba joyas en la garganta, en las orejas y en las manos. Los dos eran de muy gentil apariencia. La señora,

un dechado de belleza; no parecía tener mucho más de veinte años; el caballero, de prócer estatura, con luenga y rizada barba, que ya blanqueaba, parecía acercarse a los cincuenta.

—¿De modo que vienen a visitar la Alhambra como curiosos?—preguntó Alfonso, que no sabía qué decir.

—Como curiosos, no; un poco por el arte y otro poco por interés—respondió el caballero.

Al mismo tiempo dirigió otra mirada a la señora y ambos sonrieron significativamente. Alfonso no comprendía.

—¿Y usted, viene a su vez como viajero curioso?

—¡Oh, no!—replicó sonriendo el joven—. Yo soy de Granada y conozco la Alhambra como mi casa.

—¿Ah, sí? Pues yo, entonces, como sultán que soy y dueño de este palacio, le secuestro a usted y le obligo a acompañarnos—pronunció el disfrazado sultán con cómica resolución.

—Encantado de obedecer a vuestra majestad—respondió Alfonso con la misma graciosa franqueza.

Y no mentía. Acompañar a aquel fingido sultán no le interesaba mucho, pero a la sultana, su compañera, le agradaba bastante. Porque era hermosa, sobre toda ponderación, aquella dama. Realmente, no con más bello rostro y figura se había representado en sus horas fantásticas a la famosa *Romia.*

Más alta que baja, más delgada que gruesa, aquel traje flotante de gasas y sedas no podía ocultar la esbeltez de su talle. Su rostro, ovalado, era de una blancura deslumbrante, sus ojos, negros y rasgados, tallados en almendra, brillaban como dos luceros, su frente, como la de *Diana Cazadora,* estrecha y voluntariosa, la nariz,

delicada y recta, recordaba también la de esta célebre estatua; su boca, de un rojo vivo, donde brota la sangre, parecía una granada abierta, dejando ver una carrera de perlas. Sus manos, marfileñas, de dedos afilados, adornados con piedras preciosas; sus pies, ocultos en ricos chapines, semejaban de una pequeñez inverosímil.

Alfonso se dispuso a servirles de *cicerone* y comenzó a explicarles cuanto sabía acerca del aposento en que se hallaban, les hizo ver en las bóvedas elipsoideas de madera y forradas de cuero de aquellos camarines, las célebres pinturas, tan discutidas, donde se representan diez personajes que parecen ser sultanes de la dinastía nasirita y episodios románticos de sus tiempos, leyendas caballerescas, en las que intervienen moros y cristianos combatiendo por su Dios y por su dama. Había también cacerías de osos y jabalíes. Después de visitar la *Sala de los Reyes* pasaron a la *Sala de las Dos Hermanas,* que es la joya más preciada del palacio, magnífica estancia, cuyas puertas de cedro, doradas y esculpidas con insuperable primor, anuncian ya su magnificencia. El interior sobrepuja, por sus mosaicos e incrustaciones, a todo lo que existe en el Alcázar. Las paredes, los aliceres, los frisos, todo está cuajado de figuras, de flores, de festones, de estrellas, un prodigio de riqueza y elegancia. La imaginación de los artistas que han creado esta maravilla, era inagotable; cuando parecen apuradas y consumidas todas las combinaciones posibles, de nuevo se ven brotar otras nuevas y más exquisitas.

Todo lo iba describiendo Alfonso con fuego y elocuencia. Los viajeros le miraban con curiosidad, que poco a poco su fué convirtiendo en respeto. Sin conocer el árabe les fué descifrando las inscripciones que veían en los

frisos, porque su tío Perico se las había descifrado a él. En realidad, toda su ciencia de la Alhambra a su tío se la debía, y de ella supo aprovecharse lindamente para impresionar favorablemente a aquellos distinguidos viajeros. Inútil es decir que a quien ambicionaba impresionar, sobre todo, era a la hermosa dama que tan fielmente copiaba a la divina Zoraya, que él se imaginaba. La miraba de reojo y de frente, siempre que podía, y no se hartaba de admirar conjunto tan bello.

Subieron al *Chanan,* a aquellos misteriosos aposentos donde vivían y se guardaban las odaliscas, tristemente desmantelados ahora, pero alhajados en otro tiempo con refinado lujo. Alfonso explicó que allí existían dos departamentos, uno dedicado a las concubinas, y otro a la Dar-Axa, la Sultana, mujer legítima del Emir.

—Este es el tuyo—dijo el caballero, empujando suavemente hacia él a su compañera, la cual aceptó, riendo, la especie.

Alfonso seguía sin comprender lo que aquello significaba: tenía enormemente excitada su curiosidad.

Visitaron la *Sala de Abencerrajes* y el *Mirador de Lindaraja*. Al poner los pies en aquel misterioso retiro que le abrió la entrada en el Parnaso y en las columnas de *El Defensor,* Alfonso no pudo resistir al deseo de hacer saber a aquellos viajeros (naturalmente a la dama primeramente) que era un poeta. Aprovechó, pues, la ocasión.

—¿Cómo? ¿Es usted poeta?—exclamó la hermosa joven, clavando en él con severidad sus ojos negros—. ¡Uf, detesto a los poetas!

Alfonso quedó tan estupefacto como afligido, pero tuvo fuerza para hallar una frase galante.

—¡Detesta usted a los poetas! ¿Cómo es posible que la Poesía aborrezca a los poetas?

—Muchas gracias, caballero. Detesto a los poetas de estos tiempos miserables, no a los antiguos trovadores que vivían una vida poética conforme a su vocación, ni tampoco a nuestros poetas de la época romántica, los que ahora llaman melenudos, los Byron, los Espronceda y sus discípulos, porque al cabo esos se esforzaban en dar a su vida un sabor poético, viajaban por países salvajes, se batían en las barricadas, raptaban mujeres, se arruinaban, casi siempre morían tísicos... ¡Pero ahora! Hoy un poeta no se distingue de un tendero de la calle Mayor; come a sus horas, duerme la siesta, viene a su casa por la tarde con paquetes de comestibles y se purga todos los meses con agua de Carabaña. Conozco uno en Madrid, bastante notable, que toma la cuenta a la cocinera y escribe la lista de la ropa sucia que entrega a la lavandera...

Los ojos de Alfonso brillaron de alegría.

—¡Exacto, exacto, señora, lo que usted dice! Pero vivimos en medio de una sociedad prosaica, donde cualquier gesto desusado causa escándalo y es objeto de burla o desprecio. Si un poeta pretende vivir de un modo distinto que sus vecinos, la población entera se le echa encima. El mundo en estos días es un rebaño, y a la oveja que se aparta se le tiran piedras para que vuelva al redil.

—Tiene usted razón—replicó la dama, y bajando después la voz y en tono reflexivo añadió: —Pero acaso el mundo esté en lo cierto. Lo primero es vivir y dejar vivir a su familia, porque no está bien que un poeta se arruine en aventuras novelescas y sepulte en la miseria a su esposa y sus hijos.

Estas palabras no le hicieron tanta gracia a Alfonso como las anteriores.

—Es mucha verdad lo que dices, Alicia: *primum vivere, post poetizare.*

«¡Alicia! ¡Oh, qué nombre tan lindo!» se dijo Alfonso.

Pasaron a las *Habitaciones del Emperador,* que se construyeron para Carlos V, y de allí siguieron al *Peinador de la Reina,* desde donde se descubre un magnífico panorama. Entraron en el *Salón de Embajadores,* y por una escalerita que allí hay bajaron al llamado *Patio de la Reja.* Alfonso les explicó por qué se le ha nombrado así. El vulgo supone, contra toda verosimilitud, que sirvió para encerrar a doña Juana la Loca. Inmediatamente penetraron en el *Jardín de Lindaraja.* Los viajeros dejaron escapar un suspiro de satisfacción. ¡Oh, qué hermoso y apacible retiro! Aquel sitio, impregnado de dulce melancolía, les dejó extasiados. Los cipreses, los naranjos, esparcían deliciosa sombra, los setos de arrayán y las flores despedían suaves aromas que invitaban al ensueño; la fuente que hay en el centro y tiene esculpido en el borde un poema hacía sonar un rumor musical que infundía dulce adormecimiento. El caballero de la barba gris propuso sentarse allí y descansar un rato.

—No, papá—replicó la dama—, pronto va a llegar la noche, y además, estamos abusando con demasiada libertad de la galantería de este señor.

Alfonso sintió alegría. No era su marido, como había imaginado. Protestó con vehemencia contra aquella gratuita suposición. Nada tenía que hacer en aquella hora, y lejos de molestarse, se sentía extraordinariamente complacido en compañía de tan amables viajeros...

—Pues si no tiene nada que hacer, acompáñenos hasta el hotel, que está ahí cerca—pronunció la dama, dirigiéndole al mismo tiempo una mirada seductora—. Es necesario que nos despojemos ya de estos disfraces.

Salieron de la Alhambra. Alfonso les acompañó por el bosque. La dama charlaba como un dulce gorjeo, explicando la fuerte impresión que la Alhambra le había causado y la vergüenza que sentía por no haberla visto hasta ahora. Su papá la había llevado a París, a Londres y a Roma, y sin embargo, jamás le había propuesto venir a Granada. ¡Claro, como él la había visitado varias veces de joven! Así que estaba segura de que sin la casualidad, a la cual se añadía el interés que allí les había traído, tal vez no hubiese visto el maravilloso palacio en su vida.

—¡No digas eso, Alicia!—exclamó su padre—. Cuando te hubieras casado obligarías, quieras que no, a tu marido, a hacer este viaje.

—¡Ya lo creo! Si no quería venir le traería arrastrado por los cabellos—replicó la joven, con graciosa resolución, que a Alfonso le hizo reír.

—Pero a todo esto, señor de... ¿Tiene usted la bondad de darme su nombre?

—Alfonso Aguilar, para lo que usted guste ordenar.

—Pues bien, señor de Aguilar, seguramente se habrá usted preguntado ya varias veces, ¿cómo y por qué habrán venido estos pájaros a posarse sobre la Alhambra?

—Diría «*estos pájaros del paraíso*», señorita.

Esta volvió hacia él su rostro y le miró fijamente.

—Es usted en extremo galante. Por lo visto quiere usted que me reconcilie con los poetas contemporáneos.

—Sería feliz si lo lograse.

—Lo dicho, es usted la crema de la galantería... pues estos pajaritos, que no son del *paraíso,* sino humildes jilgueros, han venido a Granada con un fin interesado, pero a la vez artístico. Verá usted. En un baile de trajes que ha dado este Carnaval, en su palacio, el banquero don Nazario Echevarría, yo, que acababa de leer la novela de Martínez de la Rosa titulada *Doña Isabel de Solís,* le propuse a papá que nos disfrazásemos, yo de doña Isabel, y él de Muley Hacem. Nuestros disfraces obtuvieron mucho éxito. Los revisteros hicieron de ellos grandes elogios. Entonces a papá, que es pintor... Usted le habrá oído nombrar seguramente... Rafael Izquierdo...

—Desde luego, ya sé que es un pintor muy reputado—manifestó Alfonso, que en su vida había oído tal nombre.

—Un aficionado nada más—expresó con humildad el interesado.

—¡No, no, un gran pintor!—exclamó su hija con vehemencia—. Pues a papá estos disfraces le sugirieron la idea de un cuadro histórico que se ha de titular *Las bodas de Muley Hacem.* Y aquí tiene usted el motivo de vernos en Granada. Papá viene a hacer estudios sobre los sitios mismos, a consultar los archivos, a conocer las tradiciones, a empaparse del asunto, como todo artista debe hacer antes de ponerse a trabajar. Ignoro el tiempo que aquí estaremos. Granada me ha producido tan grata impresión, que he de hacer lo posible para que prolonguemos nuestra estancia.

—Y Granada se sentirá feliz de contemplar largo tiempo sobre su horizonte una estrella de tal magnitud.

La joven volvió a mirarle con gran curiosidad.

—Ya sabía que los andaluces son hiperbólicos, como los árabes. Temo que siguiendo de ese humor me llame usted una hurí del cielo de Mahoma.

—¿Y por qué no?

—Porque yo no lo consentiría. ¿Sería usted capaz de hacerlo contra mi voluntad?

—Tal vez llegase a cometer ese pecado, pidiendo luego perdón y penitencia.

—Es que yo se la pondría a usted muy dura.

—Por muy dura que fuese, viniendo de sus manos la hallaría blanda.

El papá, riendo, exclamó:

—¡Oh, no sabe usted lo que es mi hija! Es una sultana caprichosa; le arrojaría a usted a la fosa de los leones.

—En eso ya no se parece a Zoraya, la favorita de Muley Hacem, pues los historiadores árabes afirman que era extremadamente tímida y dulce.

—¿Pero es que me parezco en otra cosa?

—Como también afirman que era un prodigio de belleza...

—Basta. Afortunadamente ya hemos llegado al hotel y me alegro de no verme en la precisión de echar a usted a la fosa de los leones. Buenas tardes, y muchas gracias.

A la puerta del hotel *Wáshington,* donde los viajeros se alojaban, se estrecharon las manos. El señor Izquierdo repitió con calor las gracias. Cuando el joven se disponía a alejarse, le dirigió una amable invitación.

—Usted me ha dicho, señor Aguilar, que nada tenía que hacer en esta hora. ¿Quiere usted acompañarnos un ratito, antes que llegue la de la comida?

—Pero, papá, ten presente que necesitamos quitarnos

estos disfraces y dejar solo a este señor—observó la joven.

—¡Oh!, eso no importa—manifestó Alfonso, que se mostró alegrísimo—. En el salón les aguardo a ustedes.

Y así se efectuó. Los viajeros subieron a sus habitaciones y no tardaron mucho en bajar completamente transformados. Si hermosa estaba Zoraya en traje de mora no lo estaba menos con el de cristiana; un sencillo vestido de viaje corte de sastre. Despojada de la levita lucía una elegante blusa de seda. Habia conservado su collar de perlas, los pendientes, las sortijas y el cintillo que aprisionaba su frente. Alfonso la encontró divina.

—Ea, ahora ya no somos Zoraya y Muley Hacem, sino dos seres vulgares, dos madrileños caprichosos que han venido a divertirse y a aburrirle a usted un poquito. Venga usted acá, siéntese a nuestro lado y cuéntenos algo de Granada.

Así habló la joven, sentada en el sofá. Su padre estaba en un sillón contiguo.

Alfonso se acomodó en el mismo sofá y el contacto de la ropa de la bella le produjo raro deleite.

—Pues Granada, señorita...

—Llámeme usted Alicia—interrumpió la joven—. Mientras era sultana del reino granadino se hallaba usted obligado a tratarme con veneración. Ahora que he bajado del trono puede hablarme con toda confianza.

—Muchas gracias... pero permítame usted que le diga que, aunque destronada, siempre será usted para mí la bella Zoraya.

—¿Vuelve usted a las andadas? Entonces volveré yo a mi papel y por desacato le sepultaré en una mazmorra.

—Sólo el miedo me hará guardar silencio... ¿Quiere

usted saber lo que es Granada? Pues es una población donde se aburriría el mismo Polichinela; se come, se bebe, se pasea, se duerme, se juega al tresillo y se murmura.

—Pero eso mismo, señor Aguilar, sucede en todas partes—apuntó el papá de Zoraya—. ¿Piensa usted que en Madrid hacemos mucho más que eso?

—Pero Granada, por su historia tan interesante, tan rica de leyendas poéticas, por su misma situación tan singular y pintoresca, me parece que estaba obligada a ser menos prosaica.

—¡Oh, joven! No imagine usted que la poesía se halla alojada solamente debajo de los cascos y los turbantes. El que sabe extraer su jugo la encuentra en todas partes. Las mujeres son tan encantadoras ahora como lo eran en tiempo de Boabdil, y los hombres tan necios, egoístas y antipáticos.

—¡Papá es un feminista declarado!—exclamó Alicia riendo.

—También yo lo soy, pero adoro en la mujer el ser ideal, todo ensueño, todo nobleza, algo sublime que nos alza sobre el polvo de la tierra, una estrella que nos alumbra y nos guía en los oscuros senderos de la vida.

—No soy de esa opinión. La mujer, por ser mujer, en cualquier situación que se halle es interesante. Nosotros los pintores, pintamos con la misma atención a una mendiga que a una reina, y en cuanto a esas aventuras novelescas con que ustedes sueñan me figuro que son tan dulces y sabrosas con una modista que con una princesa.

—¡Silencio, papá!—dijo su hija tapándole la boca—. No empieces a desbarrar como otras veces. El señor es muy joven y poeta, y no ha llegado afortunadamente a

ese grado de indiferencia o, para hablar más claro, de escepticismo en que caeis los hombres cuando empezáis a tener canas.

—Yo he empezado ya hace rato. Me acuerdo todavía como si fuese ayer, señor Aguilar, del ruido que hizo en Madrid el lance de su señor padre con el desgraciado general Sánchez Rojas. Porque hace un momento nos ha dicho el gerente del hotel que es usted hijo del coronel don Enrique Aguilar. Yo no tenía el gusto de conocerle, como tampoco ahora, pero todos los jóvenes nos pusimos de su lado: era joven como nosotros, le asistía la razón y admiramos su hidalguía y su intrepidez... Cuando supimos la confabulación de los generales, que le obligó a perder su brillante carrera, sentimos gran indignación, nos pareció una cobardía...

—Sí; ha sido una terrible desgracia para mi padre... Pero, en fin—añadió sonriendo—, sin esta desgracia no habría conocido a mi madre y no estaría yo hablando en este momento con ustedes.

—¡Bien dicho, joven! Nadie puede saber en este mundo dónde está la dicha y la desgracia... Quizá haya sido su padre más feliz en Granada que escalando los altos puestos de la milicia.

—Eso creo yo, y él mismo me parece que no está lejos de creerlo.

—Pero papá—interrumpió su hija—, estamos aburriendo a este señor, que tal vez tenga deseos de bajar a la población.

—De ningún modo—se apresuró a decir Alfonso—, nada tengo que hacer en este momento, pero aunque lo tuviese, olvidaría los quehaceres por el gusto de hallarme en tan amable compañía.

—¿No lo dice usted por cortesía?

—Con toda sinceridad.

—Si no es así tanto peor para usted. Voy a tratar, de todos modos, de que usted no se aburra. ¿Es usted aficionado a la música?

—Muchísimo, pero en Granada tenemos pocas ocasiones de oirla buena.

—Pues ahora va usted a oirla excelente, aunque mal interpretada.

Y diciendo esto se dirigió al piano, puso sus lindas manos sobre el teclado y ejecutó unos cuantos arpegios con la facilidad y soltura de un maestro.

—Allá va una canción de Schumann—dijo volviendo el rostro sonriente hacia Alfonso.

Y con verdadero arte y una voz aunque no extensa de un timbre y una dulzura exquisitos, cantó una de esas deliciosas composiciones que al gran maestro alemán le han inmortalizado más aún que sus sinfonías.

Alfonso sintió tanto placer como estupor. No había oído cantar tan maravillosamente más de dos o tres veces a alguna famosa soprano. La sorpresa le tuvo unos instantes suspenso, pero inmediatamente comenzó a proferir las exclamaciones más hiperbólicas.

—¡Es admirable! ¡es estupendo, es maravilloso! Jamás he oído cantar de un modo tan perfecto ni aun a la Dalti, cuando estuvo aquí el año pasadò.

La joven sonreía murmurando:

—¡Demasiado amable!

—¡Oh! Alicia es una gran música—dijo su padre—. Desde niña ha mostrado felices disposiciones. Yo le he puesto los mejores maestros; para el piano a Guelbenzu; para el canto le ha dado lecciones el famoso barítono

Vergier... A mí me gusta también la música y aun he tecleado un poco el piano; pero mi afición, y podré decir también mi entusiasmo, ha sido siempre la pintura. Me pone usted delante del cuadro de un gran maestro: de Rembrant, de Velázquez, de Fram Hals, y me estoy allí las horas sin acordarme del mundo. No olvidaré la emoción que experimenté al visitar el museo de Amsterdam, cuando me vi frente a la *Ronda de Nuit,* de Rembrant. ¡Y luego su *Lección de Anatomía,* en La Haye!... Ah, nada hay comparable con la pintura...

—A mí también me gusta mucho, papá, ya lo sabes, aunque esos maestros que llaman realistas me dejan fría. Mi preferido es Rafael. En Roma he gozado lo indecible con sus frescos y sus cuadros. ¡Qué *Madonas* las suyas, qué rostros angelicales, qué dulzura y qué piedad en sus ojos!

—Sí; pero no apetece postrarse delante de esas *Madonas,* sino abrazarlas—dijo riendo su padre.

—¡Calla, no blasfemes!... No haga usted caso, Aguilar, de este guasón. Todo eso es pura comedia, porque hace dos años, cuando tuvo una pulmonía, pidió con mucho apuro que le llamasen al padre Echeandía para confesarse.

—¿Cómo se titula la canción de Schumann que acaba de cantar?—preguntó Alfonso.

—¿Le ha gustado a usted? Se titula *Tu mirada.* Allá va otra que se llama *Canto de amor.*

Y la joven cantó de nuevo con igual maestría la preciosa melodía.

—Otra todavía del mismo autor—dijo después—. Esta se titula *La hora del misterio.*

Alfonso estaba aturdido, embelesado.

De pronto la joven se alzó con brusco movimiento del taburete y dice:

—Me apetece dar una vuelta de vals. ¿Quiere usted bailar conmigo, señor Aguilar?... Papá, ¿nos haces el favor de tocar el vals de Guelbenzu que tú sabes?

Izquierdo se sentó al piano y tecleó con bastante soltura lo que se le pedía. Alicia, sin ceremonia, se dejó abrazar por Alfonso y comenzaron a volar raudos por la estancia.

¿Quién podrá explicar lo que entonces sintió el joven poeta? Tenía entre sus brazos aquel frágil hermoso cuerpo, sentía en la suya el tibio calor de su mano, en su cuello el aliento, sobre el hombro la dulce presión de su barba, aspiraba el perfume penetrante de heliotropo que la bella usaba. Cuando el piano dejó de sonar y Alicia le arrastró hasta el piano y allí se dejó caer, se hallaba tan enajenado que apenas sabía dónde se hallaba.

Alicia se levanta con la misma brusquedad y le extiende las dos manos.

—Ahora márchese usted. Me parece que para ser la primera vez que nos vemos le hemos tratado a usted con sobrada confianza.

—Confianza que nada hice para merecer y de la cual quedaré reconocido por toda la vida.

—Adiós, Alfonso.

—Adiós, Alicia.

Aquella nueva prueba de confianza llamándole por su nombre de pila concluyó de marearle.

Cuando ya trasponía la puerta Izquierdo le gritó alegremente:

—No diga usted por ahí que Muley Hacem ha tocado el piano para que usted bailase con doña Isabel de Solís.

III

Alfonso no pisaba la tierra, sino las nubes, bajando de la Alhambra a la ciudad. El fuego romántico, que ardía débil y trabajosamente bajo las frías cenizas de la realidad, llameó de pronto, se convirtió en hoguera, evaporando y consumiendo todo lo viejo, prosaico y ordenado de su reciente existencia. Aquella singular viajera, rodeada de la aureola de la belleza, del ingenio, del arte y hasta del capricho, le pareció el hada benéfica llegada para abrirle las puertas del cielo poético con que siempre había soñado.

Era la hora acostumbrada de ir a ver y hablar con su prometida. No tuvo fuerzas para hacerlo. Se sintió inquieto, trastornado, invadido por un anhelo invencible de soledad y prefirió entrar en su casa y enviar un recado a la de Sarabia anunciando que atacado de un fuerte dolor de cabeza se había metido en la cama. Lo que hizo, efectivamente. El sueño tardó mucho en vencerle. La imagen de la gentil viajera se le ofrecía incesantemente, tan pronto como la propia doña Isabel de Solís, reina de Granada, como la dama elegante que reinaba en los salones de Madrid; sentía el brillo misterioso de sus ojos, veía sus gestos, escuchaba su voz angelical.

Mas tan constante aparición, tanto ver y tanto recordar, llegó a fatigarle. Un pensamiento triste vino al cabo a esparcir un poco de sombra sobre aquellas doradas imágenes; pensó que ya no era libre, que un compromiso ineludible le ligaba para siempre a otra mujer. Y la figura de Ana María se alzó ante sus cerrados ojos, como siempre, risueña, dulce y confiada. Sintió remordimiento. Y trató de alejar de su mente la imagen de la dama madrileña; pero sus esfuerzos fueron inútiles. Delante de sí flotaba, en una nube irisada, que borraba y confundía la de su novia, mucho más pálida. Era Ana María un día nublado, dulce y tibio, mientras la interesante viajera le aparecía como una brillante mañana de sol. ¡Al fin se durmió!

Cuando despertó, la escena de la tarde anterior se le representó como un sueño lejano; por un instante dudó si aquel novelesco encuentro había tenido efectiva realidad; y aunque inmediatamente la reconoció, quiso quitarle importancia. Dos viajeros caprichosos que habían encontrado en él un guía inteligente y le habían tratado con la obligada amabilidad. Nada más en resumen. Aquel día hizo lo de siempre, paseó, leyó, fué a casa de su novia. Ana María y Julia le hallaron un poco distraído, pero lo achacaron a la jaqueca de la noche.

Sin embargo, en el fondo de su alma palpitaba un vivo deseo de ver nuevamente a la hermosa viajera. Varias veces estuvo a punto de subir a la Alhambra para lograrlo, pero un sentimiento de vergüenza y de remordimiento le retuvo. Otro día transcurrió. Al tercero no pudo más y a media tarde tomó el camino del bosque, subiendo por la cuesta de Gomerez. Cuando se acercó al hotel vió al señor Izquierdo sentado a la puerta, leyendo

un periódico; tenía delante una mesilla y sobre ella un vaso de cerveza. Al levantar la cabeza y ver a su guía se alzó con presteza, le apretó la mano efusivamente y le invitó, risueño y cordial, a sentarse a su lado.

—¡Cuánto me alegro de ver a tan amable y gentil amiguito!... ¿Quiere usted cerveza? ¿Quiere usted un refresco? Alicia se ha ido hace un rato a pasear por los jardines. Pienso que no tardará ya en volver.

Le daba palmaditas en el hombro, luego en los muslos, parecía encantado de verle. Alfonso lo estaba aún más.

—Cuénteme usted algo. Ayer hemos estado en la Cartuja y luego en San Jerónimo. Alicia maravillada, entusiasmada con Granada. Llegó a decirme, ella tan madrileña, que viviría aquí de buena gana. Realmente, mi buen amigo, y no es porque usted sea granadino, afirmo que no hay ciudad más interesante en España y pocas en el extranjero...

El señor Izquierdo se perdió en un laberíntico ditirambo acerca de Granada, tal vez pensando halagar la vanidad patriótica de Alfonso. Pero éste apenas le escuchaba. La ausencia de Alicia le contrariaba enormemente. El señor Izquierdo era un formidable parlanchín, preguntaba mucho y narraba más. Los placeres de la corte, las tiples del Teatro Real, los bailes, las cacerías, los caballos, las escopetas, parecían tenerle sorbido el seso, por lo que Alfonso pudo colegir. Y pudo advertir asimismo que aquel caballero vivía entre la alta sociedad madrileña. Cuando mentaba a los más altos personajes de la corte les daba familiarmente su nombre de pila. «Un día que almorcé con Angelita Medinaceli... Esta fosforera me la regaló Juanito Valdelagrana... Esto me lo contó el sinvergüenza de Pepe Luis Albareda ca-

zando en el coto de Doñana.» Narraba con visible deleite las frases más o menos chistosas de sus amigos del Veloz Club, donde al parecer tenía sentados sus reales. Muchas de ellas, que le hacían reír hasta reventar, le parecían a nuestro joven asaz groseras. Ya había oído decir que en la sociedad aristocrática de Madrid predominaban las aficiones flamencas y el lenguaje achulapado. El del señor Izquierdo algunas veces era tan subido de color que no podía menos de asombrarle. En un instante le trató con la misma familiaridad que si le hubiese conocido toda la vida. Aunque de ello sorprendido, el joven poeta no pudo menos de sentirse halagado.

—¿Pero es que no quiere usted cerveza?

—No señor, muchas gracias.

—¿Ni un refresco de naranja? ¿Ni una copita de Jerez o cognac?

—Tampoco, gracias.

—¿No quiere usted absolutamente nada?

—Nada, nada, no tomo nada.

—¡Ah!, entonces puede usted venir por aquí todos los días.

Y el señor Izquierdo rió de buena gana su chiste, que a Alfonso le hizo poca gracia. Estaba distraído en espera de Alicia, que no acababa de llegar.

—¡Aquí está la sultana!—exclamó por fin su padre.

Pero Alfonso ya la había visto. Llegaba con un traje medio pastoril, falda corta, botinas altas, sombrero grande de paja y un largo bastón cayado en la mano. Alfonso la encontró preciosa. Al acercarse a ellos se dirigió a su padre.

—Ya sabes que debemos ir a visitar a la tía de Lucía Bermejillo.

—Es temprano todavía.

—Sí, pero es una señora que se retira cuando las gallinas.

—No importa; como yo soy un gallo me abrirá el gallinero.

Y volvió Izquierdo a reír su chiste.

Alicia no había mirado a Alfonso. Al fin volvió los ojos hacia él y guiñándolos un poco como si tratase de reconocerle, le dijo fríamente:

—Buenas tardes.

El joven, que se había puesto en pie, la saludó confuso. Alicia se dirigió de nuevo a su padre.

—Subo a vestirme. No tardaré mucho. Estate preparado.

Y dirigiendo a Alfonso una grave inclinación de cabeza entró presurosa en el hotel.

Aquella glacial acogida le dejó tan sorprendido como melancólico. Le sorprendió porque Alicia se había mostrado con él en su primer entrevista excesivamente amable, y aun pensó que le había sido simpático; le entristeció porque, sin querer confesárselo, la hermosa viajera le había causado profunda impresión. El señor Izquierdo, sin advertir su tristeza, le invitó a sentarse de nuevo y continuar charlando, pero el joven poeta se hallaba tan abatido, que pretextando ocupaciones urgentes se despidió al instante.

Estaba realmente abatido cual si hubiera experimentado un grave disgusto. Y este su abatimiento y desmayo a él mismo le sorprendía y avergonzaba. Su razón preguntaba: «—¿Qué motivo existe para disgustarme? ¿Qué clase de amistad tengo yo con esa joven a quien he conocido hace dos días? Un poco más o un poco menos de

cortesía es lo frecuente en las relaciones sociales y no debe preocuparme.» Pero a despecho suyo le preocupaba demasiadamente y esto le irritaba contra sí mismo. Al fin, tan denodadamente luchó contra su vergonzoso decaimiento, que logró sobreponerse a él. Se dirigió a casa de su novia y durante el tiempo que allí estuvo se mostró más alegre, locuaz y revoltoso que nunca lo había estado. Tanto Ana María como Julia le hallaron delicioso, quedaron hechizadas.

Pero así que hubo salido de aquella casa el desmayo volvió a cogerle, otra vez quedó triste y otra vez luchó contra su tristeza. La indiferencia de Alicia había rayado en grosería. Su orgullo se sublevó. ¿Pensará esa niña que porque trata en Madrid con jóvenes aristócratas yo soy un plebeyo indigno de miramientos? Y como estaba pagado de su estirpe, lanzaba resoplidos y rechinaba los dientes. Al cabo tornó a la calma, se apaciguó y se propuso con toda seriedad no acordarse más de aquellos viajeros, el padre demasiado frívolo, la hija demasiado tiesa. Siguió haciendo su vida ordinaria, como si tal encuentro no hubiera existido.

Quedaba, no obstante, el rescoldo. La fría acogida de la dama que tan bien representaba a la divina *Romia*, sultana de Granada, no lo había apagado enteramente. Por eso, cuatro o cinco días después enderezó una tarde sus pasos hacia la Alhambra, sin reconocer, por supuesto, que allí le guiaba el deseo de ver a la gentil viajera. Al contrario, le parecía que aquello era dar una prueba de indiferencia; nada temía y nada esperaba de la orgullosa joven; iba a la Alhambra a solazarse, como tenía por costumbre. Sin embargo, acaeció, quizá sin darse cuenta de ello, que en vez de subir directamente al pa-

lacio fué a pasar por delante del hotel, donde la empingorotada joven se albergaba. Y acaeció también que ésta se hallaba asomada a una de las ventanas. La vió de lejos; el corazón le dió un vuelco; avanzó unos cuantos pasos fingiendo indiferencia. Pero Alicia también le había visto, y así que le vió se retiró con presteza de la ventana. Alfonso se detuvo confuso e indignado. Aquelo era demasiado. «¿Piensas, niña tonta, que ardo en deseos de hacerte la corte? Estás equivocada; tengo otras cosas más importantes que hacer. Quédate con tu orgullo y tus disfraces, que yo seguiré viviendo tranquilamente como antes de haberte conocido.»

Mas la tranquilidad no vino tan presto como él suponía. Tardó algunos días en conseguir que la imagen graciosa de la nueva Zoraya se alejase de su mente. Llegó por fin esa hora y apenas se acordaba ya de ella y suponía sin disgusto alguno que se había partido de Granada, cuando paseando una tarde por las solitarias orillas del Genil acertó a verla de lejos con su padre. El camino estaba desierto; iba pronto a tropezar con ellos. Se detuvo un instante y vaciló si debía volverse. Pero como estaba seguro de que también ellos le habían visto, siguió resueltamente caminando. En realidad no había motivo alguno para rehuir el encuentro: nada desagradable en apariencia había ocurrido entre ellos. Cuando estuvieron a pocos pasos escuchó estupefacto un grito de alegría de la hermosa viajera.

—¡Oh, señor Aguilar, cuánto tiempo hace que no le hemos visto! ¿Pero qué es de su vida? ¿Dónde se mete usted?

Alfonso, tan sorprendido como halagado, les saludó con visible embarazo.

—¿Iba usted paseando? Pues vuélvase con nosotros. Ya varios días que nos preguntábamos papá y yo, ¿pero qué se habrá hecho de aquel joven tan inteligente y simpático, de aquel amabilísimo guía que tanto nos ha servido para visitar la Alhambra?

Alfonso balbució algunas excusas. Hacía ya días que no subía a la Alhambra porque le retenían ocupaciones en la ciudad, pero tenía vivos deseos de verles antes que de Granada se fuesen.

—¡Oh! Nosotros no nos vamos tan pronto de Granada. Nos hallamos encantados en esta ciudad. ¡Qué paseos deliciosos, qué panoramas espléndidos! Con Alhambra y sin Alhambra Granada es la ciudad más bella del mundo.

—Sin embargo Venecia...—apuntó su padre.

—En Venecia no hay más que agua y monumentos, pero aquí hay montañas de plata, ríos de oro, jardines de ensueño... y monumentos aún más interesantes.

Con graciosa volubilidad la joven le fué dando cuenta de lo que habían hecho durante aquellos días. Habían estado en Sacro Monte, habían hecho un viaje en diligencia a Santafé, otro a la Sierra y allí se habían visto obligados a montar en burro.

—¿No ha tenido usted miedo?

La joven soltó una carcajada.

—¿Miedo?—exclamó su padre riendo también—. ¡Pero si Alicia es la mejor amazona de Madrid, si monta a caballo como una *ecuyère!*

Así departiendo se fueron aproximando a la ciudad. En el camino Alicia tropezó, estuvo a punto de caer, pero en vez de agarrarse al brazo de su padre se sujetó al de Alfonso. Este se sintió inundado de placer.

—Apóyese en mi brazo; no vaya usted a tropezar otra vez—se atrevió a insinuar.

—Sí, prefiero su brazo porque es más joven y será más seguro. Papá ha sido fuerte, pero tiene muchos años encima.

—¡Niña, niña, no tantos!

—Los llevas bien, pero los tienes—replicó su hija riendo. Y volviéndose a Alfonso: —¿Verdad que papá es un buen mozo y que todavía pudiera conquistar el corazón de una joven?

—En el caso de que la joven tuviera buen gusto.

—Muchas gracias, querido—pronunció Izquierdo suspirando—. Las jóvenes odian las barbas blancas, y las mías comienzan a teñirse de armiño.

Cuando entraron en la ciudad y llegaron a Puerta Real, Izquierdo propuso tomar un coche para subir a la Alhambra, pero Alicia, mirando a Alfonso, dijo:

—Si usted quiere acompañarnos hasta el hotel prefiero volver a pie; no estoy cansada.

Alfonso la hubiera acompañado en aquel momento hasta la cima del Himalaya. Atravesaron, pues, la población tomando la vía de los Reyes Católicos. Alicia, con encantadora confianza, lo hizo apoyándose en el brazo del joven poeta. Este no sintió el peligro ni vió lo raro del caso. Los conocidos con quienes tropezaba le miraban, y miraban a su pareja con extrema curiosidad; algunos hasta se paraban para seguirles con la vista. Cuando llegaron al hotel Alicia soltó su brazo, pero tomándole una mano le dijo con gracioso énfasis.

—Ahora que está usted en mis dominios le hago prisionero. Entre usted en la prisión y no saldrá hasta que yo lo ordene.

Alfonso entusiasmado entró con ellos. Alicia, quitándose el sombrero se dejó caer sobre el diván. Luego se levantó, se puso frente a un espejo y comenzó a arreglarse la cabellera con las manos.

—¡Uf! ¡Cómo descomponen el pelo los sombreros! Es preferible la mantilla que las andaluzas llevan con tanta gracia, y aún mejor la cabeza desnuda como las hijas del pueblo.

—Sobre todo cuando las cabezas son como la de usted.

Alicia vino hacia él, que continuaba sentado en el diván, y alzando un dedo y mirándole con cómica severidad:

—¡Silencio! Nada de piropos. Ya sabe usted que es mi prisionero y puedo hacer con usted cuanto se me antoje.

—Esta prisión es tan placentera que desde luego me declaro enemigo de la libertad.

—¡Silencio, le repito! No quiero piropos directos ni indirectos.

Y sentándose a su lado.

—Hablemos un poco. Usted no sabe, amigo mío, qué emociones terribles y encantadoras a la vez he experimentado el día que estuvimos en la Sierra. Aquel ambiente glacial en medio del verano que nos obligaba a envolvernos en los abrigos, aquellos fieros picachos cubiertos de nieve amenazando caer sobre nosotros, las águilas volando sobre nuestras cabezas, el silencio dulce y aterrador al mismo tiempo, el misterio de la soledad, la proximidad del cielo, todo hablaba allí al alma infundiendo deseos de volar dejando esta miserable tierra, triste y prosaica. Papá se enfadó porque en un momento de efusión le dije: «No me importaría quedar aquí sepultada bajo este manto de nieve.»

—Su papá tenía razón para enfadarse—expresó Alfonso riendo, pero hechizado en el fondo por aquellas palabras que tan bien respondían a las tendencias más profundas y arraigadas de su espíritu—. Para usted no ha llegado el tiempo de morir, sino de vivir feliz haciendo felices.

—¿A quién quiere usted que haga yo feliz?—preguntó ella dirigiéndole una mirada provocativa.

—Al hombre a quien usted entregue su corazón.

—¡Oh!, mi corazón es un solitario que adora la independencia, que aborrece las cadenas y prefiere morir antes de entregarse.

—Diga usted más bien un ruiseñor que muere cuando se le enjaula... Pero el ruiseñor tiene amores y entrega su corazón, si no dentro de una jaula, en la espesura del bosque, bajo el cielo estrellado...

Alicia permaneció un instante silenciosa. Luego, como si hablara consigo misma:

—Sí, sí, bajo el cielo estrellado, eso es... Sólo frente a la naturaleza se ama de veras. El amor se empequeñece en los sitios pequeños y se agiganta en los grandes, no puede ser en un gabinete como en una montaña.

—¡Oh, la montaña!—exclamó Alfonso siguiendo con arrebato el humor poético de la bella—. Usted no puede imaginarse qué emociones sublimes debo a la Alpujarra, donde he permanecido cerca de un año. Cuando montaba sobre aquellos picos, me parecía que todo mi ser se transformaba, quería convertirme en pájaro y volar sobre las nubes, más alto que las nubes y escrutar los misterios del firmamento... Recuerdo que una tarde me propuse subir a una de las peñas más elevadas que se alzan sobre Trévelez, adonde yo iba con frecuencia

desde Orgiba. Me había apetecido desde hacía tiempo, pero no osaba realizarlo, porque aún estaba débil de la enfermedad que allí me había traído. Por fin me decidí a hacer la ascensión. Caminé durante dos o tres horas sin experimentar gran fatiga, y ya me hallaba próximo a la cumbre, cuando repentinamente me vi envuelto en la niebla. Era inútil subir más; nada vería. Me acometió tal tristeza, y ¿por qué no decirlo?, tan grave irritación, que furioso contra aquel obstáculo, a riesgo de mi vida, me decidí a permanecer allí a pasar la noche esperando la salida del sol. Me envolví en la capa que llevaba y me tumbé sobre el césped... Pero repentinamente me acudió la idea de subir un poco más. Había oído decir que muchas veces los picos más altos quedan libres de la niebla. Sabía que me faltaban solamente algunos centenares de pasos para llegar a la cima. Emprendo animoso el camino sin ver absolutamente nada, pisando el césped, después la roca pelada. Al cabo de algún tiempo observo que la niebla es menos espesa, que poco a poco se va aclarando. Al fin me encuentro en plena luz. Unos pasos más y monto sobre el mismo pico. Estaba sobre las nubes, la tierra había desaparecido; sólo allá a lo lejos asomaban las cimas de otras montañas que parecían otros tantos islotes bañados por el ondulante mar que a mis pies tenía. ¡Y sobre mi cabeza el sol! Un sol radiante, tan esplendoroso como jamás lo había visto...

—¡El sol, el sol!—exclamó impetuosamente Alicia.

Y saltando al piano, después de preludiar un poco, empezó a cantar a media voz el aria de tenor de *La Africana*, *¡Oh ridente sol!*, con tan profunda emoción que a Alfonso le costó trabajo reprimir las lágrimas.

—¡Oh, por Dios, Alicia, repita usted ese canto!

—No, ahora va usted a escuchar algo de *La Flauta encantada* de Mozart.

La joven cantó ya a plena voz y Alfonso sintió el escalofrío que la música sublime produce en las naturalezas sensibles.

Alicia hizo girar el taburete y quedó frente a él con los brazos caídos, mirándole fijamente sin verle. Ambos guardaron silencio largo tiempo como si estuviesen arrobados.

—¡Oh, Alicia!—exclamó al fin Alfonso—. Usted me hace experimentar un deleite que no he sentido hasta ahora jamás. Retraído en mi cuarto o en el silencio y la soledad del bosque, he suspirado muchas veces por algo desconocido, inefable, que mi alma presentía sin poder precisarlo. Su voz me ha descubierto ese algo. Usted ha desplegado en un momento ante mis ojos nuevas y fantásticas perspectivas, las formas animadas y risueñas de la vida. La triste realidad huye como un frío espectro y en su lugar imágenes graciosas, desplegando frente a mí sus alas me invitan a gozar de más alta existencia. Del mismo modo que el sol disipa sin esfuerzo la niebla de la noche que envuelve la campiña, así su voz logra ahuyentar de mi espíritu el tedio de la vulgaridad, lo inflama con nobles aspiraciones y le descubre nuevos horizontes.

—¿Sabe usted lo que le digo, amigo mío?—profirió Alicia precipitadamente apoderándose de sus manos—, que es un placer conversar con usted... Y yo quiero pagarle de algún modo ese placer que experimento. Escuche usted el andante de la *Cassation en sol* de Mozart.

La joven interpretó este trozo al piano de un modo magistral. Su ejecución era admirable.

—¿Sabe usted, amiga mía, lo que yo le digo ahora a mi vez? Que toca usted el piano de un modo prodigioso, que sus manos, como las del rey Midas, tienen el poder de convertir en oro cuanto tocan.

—Lo que acabo de interpretar era ya oro—replicó riendo la joven.

—¡Desde luego! Que me perdonen los manes de Mozart. Sin embargo, con ser tan lindas, yo prefiero su voz a sus manos.

—Escuche usted la famosa serenata de Schubert.

Alfonso ya la conocía, pero en aquel instante le produjo una impresión tan nueva como deliciosa.

—¡Lástima que la letra esté en francés!—expresó la joven cuando hubo terminado—. No me gusta el francés para el canto... Usted que es poeta—añadió clavándole una mirada halagüeña—, ¿por qué no compone una letra en español? Sería cien veces mejor... Sí, sí, es menester que usted la escriba. Lo hará usted en obsequio mío, ¿verdad?

—En obsequio de usted sería capaz de atravesar a nado el Helesponto—respondió riendo el joven poeta—. Sin embargo, esto es difícil.

—Difícil o fácil, usted lo hará, porque yo lo mando. Recuerde que soy doña Isabel de Solís, reina de Granada.

—Será complacida Vuestra Majestad.

—Mañana mismo.

—Mañana mismo.

—¡Pero niños!... ¡Pero niños!—sonó la voz del señor Izquierdo penetrando al mismo tiempo en la estancia—. La música les vuelve a ustedes locos. Tú, Alicia, has dejado pasar la hora del te. Debes morir de debilidad.

—Escucha, papá .. que nos lo sirvan aquí. Usted lo tomará conmigo, ¿verdad, Aguilar?

—Yo la veré a usted tomarlo. No me gusta el te.

—Pues tome usted otra cosa, chocolate, un refresco...

—No; el señor no toma nada. Por eso le he dicho que puede venir aquí todos los días.

Y el señor Izquierdo volvió a reír su chiste. Luego añadió poniéndose serio:

—No me sorprende. En Granada no tiene mérito la sobriedad. Aquí es fácil olvidarse de comer y beber. Esta ciudad es una pintura y es una música al mismo tiempo. El alimento entra aquí por los ojos y los oídos. Comprendo, joven, que no le importe morir de inanición. A mi parecer el paraíso terrenal no ha estado, como dicen, entre el Eufrates y el Tigris, sino entre el Darro y el Genil... Pero yo soy ante todo un pintor, un enamorado de la belleza plástica encarnada en la forma femenina, y le confieso, amigo mío, que más que la Vega, más que la Sierra, más que la Alhambra, el negocio que hallo aquí interesante son las mujeres. ¡Qué mujeres, padre santo! ¡Me río yo de las *madonas* de Rafael!

—¡Papá, no empieces a desbarrar!—clamó Alicia amenazándole con el dedo.

—Hija mía, la verdad a boca llena, *aunque después me cuelguen de una almena,* como decía mi buen amigo Marcos Zapata. Las mujeres aquí, por sus ojos tan dulces, tan compasivos, descienden de la Virgen de las Angustias, y por la elegante amplitud de las formas, de la Venus de Milo. Esta mañana al salir de la Universidad, donde hemos ido para ver el Jardín Botánico, cruzó por delante de nosotros una modistilla que si se exhibe en

París costaría veinte francos la entrada. ¡Qué rostro hechicero, qué talle, qué andares!... ¿Verdad, Alicia?

—Sí, era realmente lindísima.

Alfonso quedó un instante suspenso; vino a su cerebro una memoria.

—¿Esa modistilla era una morenita que taconea mucho al andar?

—¡Un taconeo arrebatador!

—¿Con unos preciosos ojos de leve estravismo que los hace aún más interesantes?

—¡Unos ojos divinos!

—¿Llevaba el pelo atado con una cinta roja?

—En efecto, llevaba sujeto el pelo muy artísticamente con una cinta roja—respondió Alicia por su padre.

Alfonso soltó una carcajada.

—Pues es la misma que me coronó a mí el mes de mayo.

—¿Que le ha coronado a usted?—exclamaron al mismo tiempo padre e hija.

Alfonso narró con todos sus pormenores la memorable escena de su coronación a la salida de la Universidad el día que *El Defensor de Granada* publicó su composición titulada *El Mirador de Lindaraja*.

—¡Delicioso, delicioso!—exclama Alicia batiendo las palmas—. ¡Cuánto daría por haberme hallado allí y presenciar tan graciosa ceremonia!

—Entonces no sería ella, sino usted la que yo elegiría para que me coronase.

—Quizá algún día tendré ocasión de hacerlo—dijo ella con sonrisa insinuante.

—Permita el cielo que así sea.

Una camarera entró con el servicio del te, que colocó

sobre una mesilla volante. Alicia dejó el taburete y vino a sentarse frente a ella. Alfonso permaneció arrellanado en el sofá.

—Yo me voy fuera a beber un bok de cerveza. Me encanta el aire libre—manifestó el señor Izquierdo.

—A ti te encantan todas las libertades—replicó su hija con retintín.

—Tienes razón, hija mía. Nunca he sido esclavo más que de la belleza.

—De las bellezas, querrás decir.

—¡Nina, niña!... Señor Aguilar, no haga usted caso de esta chicuela... Hasta luego.

Alfonso y Alicia quedaron solos. Esta se sirvió por sí misma una taza de te; vertió sobre él unas gotas de leche y comenzó a beberlo a menudos sorbos mordiendo alternativamente algunas galletitas que dejaba sobre el plato empezadas.

Hubo un silencio prolongado. Alfonso la contemplaba extasiado siguiendo sus movimientos vivos y elegantes como los de los pájaros.

Alicia volvió hacia él la cabeza.

—¿A que sé lo que usted está pensando en este instante?

—Diga usted.

—Pues que se comería de buena gana uno de estos pedacitos de galleta que yo he mordido.

Alfonso se puso encarnado.

—No le dé a usted vergüenza. Yo lo encontraría muy amable.

—Ninguna vergüenza, Alicia—respondió él precipitadamente—. Es qne me considero indigno de ese favor.

—Pues yo se lo otorgo, aunque hasta ahora no haya

hecho todavía nada para merecerlo—dijo ella riendo y alargándole al mismo tiempo uno de aquellos pedacitos.

—Si no lo he hecho procuraré hacerlo—respondió el joven comiéndolo con el mismo placer que sentirían los dioses del Olimpo al desayunarse con ambrosía.

Cuando la bella hubo terminado se alzó de la silla y sacudiéndose las migajas dijo resueltamente:

—Bueno, me voy arriba a ver si escribo una carta y me baño antes de la hora de la comida.

Alfonso, que se preparaba con fruición a pasar con ella un largo rato, quedó frío cual si le echaran un jarro de agua sobre la cabeza.

—¿Tan pronto?—balbució..

—Sí; vaya usted a hacer compañía a papá, que debe aburrirse solo... Hasta mañana. No falte usted mañana. Que traiga usted la letra de la serenata, si es que las musas le soplan esta noche... Adiós, Aguilar.

Y le alargó la mano. Cuando éste se la estrechaba ella la fué levantando lentamente hasta ponerla casi a la altura de sus labios, y murmuró con afectada gravedad:

—Soy la reina.

Alfonso, estremecido de gozo, la besó.

IV

Alfonso oprimió toda la noche su cerebro componiendo una letra bien tierna, bien poética, para la serenata de Schubert. Al fin creyó conseguirlo, y se durmió con la satisfacción del vencedor. Pero la mañana le pareció larga, interminable: ardía en deseos de mostrar su obra a la bella Alicia, de recibir sus gracias calurosas y sus plácemes, de escuchar su voz angélica. Cuando llegó la hora del almuerzo halló a su padre más serio que de costumbre y más silencioso también. Al cabo le dijo bruscamente:

—Hace un momento me han dicho dos personas distintas que te han visto ayer tarde en la calle de los *Reyes Católicos* dando el brazo a una señora desconocida en Granada. ¿Qué hay de verdad en eso?

Alfonso quedó un instante turbado, pero reponiéndose en seguida y afectando desembarazo, contestó sonriendo:

—Nada más cierto. Son dos viajeros distinguidos de Madrid, padre e hija, a quienes encontré hace días en la Alhambra, les serví de guía y se mostraron tan agradecidos, que no sabían cómo darme las gracias. No les he vuelto a ver hasta ayer tarde paseando por la *Cuesta de*

los Molinos, me hicieron volver con ellos y subí hasta su hotel atravesando la población.

—¿Pero por qué razón ibas dando el brazo a esa joven, llamando la atención de la gente?

—Muy sencillo. Esa señorita tropezó bajando la cuesta, se hizo daño en un pie y yo le ofrecí mi brazo, porque su padre es viejo y su brazo no le serviría tanto como el mío.

Don Enrique guardó silencio. Al cabo dijo gravemente:

—De todos modos, ese acompañamiento cogidos del brazo, que tal vez en otras circunstancias no tendría importancia, ahora, dada la situación en que te hallas, la tiene sin duda alguna. Considera el efecto que le causaría a tu prometida si acierta a verte en tal postura... Además tú no sabes quiénes son esas personas, no tienes de ellas ningún informe, pudieran ser dos aventureros...

—¿Dos aventureros?—exclamó Alfonso.

—Sí; dos aventureros—respondió su padre con firmeza—. Aquí viene gente de todas partes y de todas condiciones. Unas son conocidas y estimables; otras desconocidas y despreciables. Por consiguiente, guárdate de entablar precipitadamente una amistad que puede ocasionarte disgustos o por lo menos molestias.

Alfonso no quiso seguir la discusión. Las palabras tan justas y prudentes de su padre, en vez de convencerle le irritaron. Aparentó, no obstante, hallarse de acuerdo con ellas, y entabló otra conversación.

Aquel magnífico caballero que tan bien representaba al sultán Muley Hacem y aquella preciosa joven que tan fielmente copiaba la legendaria belleza de su esposa la divina Zoraya, ¿serían dos aventureros?

Vamos a saberlo.

Don Rafael Izquierdo era hijo único de un acaudalado notario de Zaragoza. Había nacido con aspiraciones y facultades artísticas, pero su padre, hombre de ley, refractario en absoluto, lo mismo a las bellas letras que a las bellas artes, no las tuvo en cuenta, y le obligó a seguir la carrera de Jurisprudencia. Rafael, ocultando sus intenciones, pidió y obtuvo el seguirla en la Universidad de Madrid. Durante los años que aquí estuvo, en vez de asistir a las clases de la Facultad de Derecho lo hizo a las de Pintura de la Escuela de San Fernando, y se arregló astutamente para engañar a su padre, haciéndole creer que iba aprobando los cursos con buenas notas. Cuando éste se enteró de la superchería montó en furiosa cólera y le retiró todo recurso pecuniario. Pero ya Rafael era un aventajado pintor, protegido de Palmaroli y Rosales, amigo de todos los artistas y estimado por ellos como joven de gran porvenir. En efecto, en la primera exposición de Bellas Artes presentó un cuadro y obtuvo una segunda medalla, cuando sólo contaba diez y nueve años de edad. Con esto, al llegar a Zaragoza se le festejó como una gloria de la ciudad, y su padre, enternecido y orgulloso, le abrió los brazos... y el bolsillo.

Volvió a Madrid y siguió cultivando la pintura y frecuentando a los artistas, llevando un poco la vida desarreglada y placentera de éstos. Pero dos años después falleció su padre, y repentinamente se encontró dueño de una considerable fortuna. Entonces se operó un cambio radical en la orientación de su vida. Soltó los pinceles, dejó de frecuentar los círculos de artistas y dió rienda suelta a sus instintos de elegancia y fastuosidad. Fué un joven elegante, uno de esos mancebitos que se llama-

ron sucesivamente currutacos, pisaverdes, petimetres, sietemesinos. De rostro agraciado, de gallarda figura, con una luenga barba negra y sedosa que atraía la mirada de los transeuntes, vestido siempre a la última moda, pero introduciendo en ella la caprichosa originalidad de los artistas logró envidiable fortuna con las bellas. Unos amores escandalosos con cierta hermosa baronesa, que terminaron en un duelo a espada con el barón, le abrieron las puertas de los salones aristocráticos y la del famoso círculo de la nobleza llamado *Veloz-Club*.

Fué uno de sus socios más asiduos, trabó amistad con los más elevados personajes de la aristocracia y la política, fué el camarada obligado de aquella brillante juventud que le aceptó sin reparo alguno. La aristocracia, en España, es menos intransigente y espetada que en los demás países europeos. Los socios de este círculo, que casi todos ostentaban un título nobiliario, le trataron de igual a igual, sin recordar que aquel chico elegante y fastuoso era sencillamente hijo de un notario. Por otra parte, la condición de artista atenuaba la humildad de su origen. Tal vez les quedase en el fondo del alma un poco de desdén; tal vez la excesiva familiaridad con que le trataban, adquiriese alguna que otra vez matiz de insolencia, pero de todos modos se contaba con él, se le agasajaba y hasta se le quería.

Es lo cierto que Rafael Izquierdo, por su carácter alegre, flexible, modesto, abierto y expansivo, se captaba la simpatía de los hombres; por su figura y elegancia la admiración de las hembras. Su inteligencia era limitada, mas poseía cierta viveza que imita el ingenio, la picardía de los calaveras, la gracia cínica de los bohemios, que consiste en decir las cosas más cómicas y estupen-

das afectando gravedad, todo un poco burdo, pero que no dejaba de causar efecto entre aquella dorada juventud, que a la sazón se inclinaba con pasión al flamenquismo.

Era hombre de buena fortuna con las bellas, como ya se ha dicho, y aprovechó lindamente esta ventaja. Tuvo algunos amoríos de resonancia, pero al fin cayó preso en las redes de una tiple italiana del Teatro Real, con la cual vivió maritalmente algunos años. Como él se llamaba Rafael y era pintor, a esta tiple, que logró aprisionarle, empezaron a llamarla sus camaradas la *Fornarina,* y este nombre le quedó para siempre. Viajó con ella por Italia y por Francia; hasta llegó a San Petersburgo. Estos viajes le dieron importancia y relieve. Con ella tuvo la hija que ahora le acompaña y acabamos de conocer. Pero la hermosa *Fornarina,* un día, en San Petersburgo, aceptó los galanteos, las joyas y las pieles de cierto príncipe ruso y dejó plantado a su Rafael. Regresó éste mohíno a Madrid y colocó a su hija, que ya contaba siete años, en el colegio del Sagrado Corazón. Desde allí, cuando ya tenía diez, la envió a Versalles y más tarde a Inglaterra.

La vida fastuosa que llevaba mermó, al cabo, considerablemente su hacienda. Comenzó a hallarse apurado de dinero y procuró reducir sus gastos; pero éstos todavía fueron muy superiores a su renta. El capital se fué extinguiendo y al fin llegó la ruina. Desde hacía algunos años no se sabía de qué vivía. Vestía siempre con elegancia, montaba a caballo, fumaba magníficos cigarros, soltaba dinero en las *kermesses* aristocráticas como cualquiera de sus camaradas, pero es lo cierto que el capital había desaparecido. Se decía que había vuelto a coger los pinceles y vendía, secretamente, por medio de corre-

dores, algunos cuadros a buen precio. Mas ni la riqueza ni la pobreza son fáciles de ocultar. Al fin se traslució su ruina y vino con ella la irremediable desconsideración social. Aquellos granitos de desdén con que algunas veces le salpicaban en la conversación los jóvenes aristócratas del Club, se fueron haciendo más gordos y más duros. Izquierdo no sólo era ya pobre sino que se había hecho viejo. Muchos de los antiguos camaradas que le habían conocido y tratado en época de esplendor, habían desaparecido y otros nuevos jovencitos, más agresivos e insolentes los habían sustituído. Las bromas, de vez en cuando, eran harto pesadas. Sin embargo, el buen Izquierdo, con su carácter fácil, alegre y conciliador, su gracia picaresca y su cinismo, sabía capearlas con fortuna. No pocas veces el marquesito o duquesito trasquilador salía trasquilado.

Había traído consigo a Alicia cuando ésta contaba ya diez y ocho años. El cuartito bajo, reducido, pero muy lindo, de la calle del Barquillo, donde siempre había vivido, con un criado solamente, pues hacía sus comidas en el Club o en el Casino, les sirvió a ambos de asilo. Izquierdo no tenía medios ya para montarse de un modo más espléndido. Además del criado tomaron una cocinera y una doncella para la señorita. Alicia fué presentada en algunas casas aristocráticas, donde desde hacía muchos años Izquierdo era recibido familiarmente. Su extraordinaria belleza llamó vivamente la atención de los hombres y se captó la envidia de las mujeres. Como encerrada siempre en los colegios, carecía de trato social, era una niña instruída, tímida, seria, de carácter fantástico y caprichoso y sobre todo dotada en el fondo del alma de un orgullo feroz. Llevaba en las venas la

sangre cruel de la *Fornarina*. Poca sensibilidad, imitándola por la violencia del temperamento, voluntad de hierro, delirio de grandezas, romanticismo trasnochado, aprendido en las novelas que clandestinamente se prestaban unas a otras las colegialas.

Era perspicaz y no tardó en darse cuenta de la verdadera situación que su padre y ella ocupaban respecto a la sociedad aristocrática donde había sido presentada. Sin que aquél se hubiera espontaneado con ella, advirtió su estrechez y los apuros que pasaba para vestirla y adornarla y vivir con apariencia de lujo. Esto le produjo fuerte desilusión. Allá, en las horas de recreo de los colegios de Versalles y de Londres, gustaba de deslumbrar a sus compañeras traduciéndoles las cartas en que su padre le describía los suntuosos bailes a que asistía en los palacios de Fernán Núñez y Medinaceli, las *kermesses* y las *tómbolas,* las cenas aristocráticas, las cacerías reales. Aquellas francesitas o inglesitas la creían hija de un grande de España; esto halagaba increíblemente su vanidad. Ella misma se figuraba que aunque su papá no fuese duque ni marqués, era su igual por la fortuna y la nobleza.

Acerbo dolor le causó, pues, averiguar la verdad. Nació en su pecho un rencoroso desprecio hacia aquel padre que en su opinón la había engañado. Mas trazó pronto su plan de campaña. Era necesario emanciparse, salir de la fingida opulencia y adquirir la legítima. Para ello no había otro medio que el matrimonio. Como varios jóvenes aristócratas, amigos de su padre, revoloteaban en torno de ella atraídos por la luz de su hermosura, eligió el más rico, un cierto marqués ya maduro, feo, gastado por los vicios y le hizo su novio. Las relaciones duraron

algunos meses; pensó en casarse con él. Pero el machucho marqués en todo había pensado menos en eso. Tampoco lo pensaban sus camaradas de Club, que sonreían maliciosamente, le embromaban guiñando el ojo y dándole palmaditas en el hombro.

—¿Eh, que tal la *izquierdista?* (así la llamaban). ¿Cuándo cae del árbol la naranjita madura?

El feo marqués se ponía serio, protestaba de su inocencia, pero en el fondo del pecho abrigaba proyectos siniestros. Al cabo, muy veladamente al principio, después un poco más al descubierto, los fué manifestando. Aprovechándose de la conocida penuria de Izquierdo, nada menos imaginaba que hacerla su querida. Cuando Alicia se dió cuenta de ello quiso enfermar de rabia y hasta se dijo que había abofeteado al libertino. Pero una vez tranquilizada comenzó a trabajar de nuevo valerosamente en la obra de su emancipación. Tuvo otro novio, después otro. Ninguno llegó a formalizarse. En Madrid los matrimonios de pasión son raros. Los jóvenes aquí sienten con más apremio la necesidad del dinero; las exigencias sociales son mayores, los atractivos más penetrantes, el trabajo más odioso. Así que aquellos novios, aunque realmente enamorados, porque la bella Alicia lo merecía, dieron la vuelta antes de llegar al altar. O ellos o sus familias por ellos reflexionaron y los retuvieron a tiempo.

Despechada y mirando infructuosos sus esfuerzos, imaginó otro medio de emanciparse y adquirir la opulencia con que soñaba. Quiso dedicarse al teatro. Su padre, que harto también lo necesitaba, aplaudió la idea. Alicia no sólo era una pianista notable, sino que cantaba admirablemente. Había heredado, aunque mermadas,

las dotes de su madre, la famosa *Fornarina*. Se preparó con un gran maestro, el barítono Vergier, bien conocido y estimado en Madrid. Una noche debutó en el Teatro Real con la ópera *Manon*. Los muchos amigos con que contaba su padre, lo mismo entre artistas que entre aristócratas, acudieron al teatro y le hicieron una formidable ovación. Sin embargo todos comprendieron que no lograría grandes triunfos. Su voz era agradable pero escasa; en un salón produciría efecto, pero no en el teatro. Y en efecto, ningún empresario se aventuró a contratarla de *prima donna* como ella esperaba y exigía. Despechada también por este lado, vivió algún tiempo en un estado de dolorosa indecisión.

Los asuntos de su padre marchaban igualmente de mal en peor. Los años de holganza y los nuevos gustos del público habían hecho de él un pintor adocenado. Se dedicó a pintar cuadritos de género, que vendía a bajo precio para adornar los gabinetes de las damas improvisadas. Presentó algunos de ellos en una exposición. No obtuvo premio alguno. Un crítico insolente llegó a decir que los cuadros de Izquierdo eran *pinturas de entretenidas*. Ultimamente había ideado dar un golpe decisivo, ganar la opinión pública y volver a su pristina reputación pintando un cuadro de grandes dimensiones. Este era el motivo por el cual se hallaban a la hora presente en Granada él y su hija. Esta, perdidas sus esperanzas, atravesaba una crisis, un período de letargo moral; pensaba poco, se dejaba marchar con la corriente. ¿Adónde? ¡Quién lo sabe! Tal vez aquellos jóvenes libertinos, amigos de su padre, que esperaban pacientemente como los gatos la salida del ratón, lograrían apoderarse de su presa.

Un delgado rayo de luz vino a herir sus ojos en aquellos días. El efecto bien ostensible que había producido sobre Alfonso Aguilar le sugirió nuevas esperanzas y nuevos planes. Se informó con disimulo de todo lo que necesitaba saber acerca de aquel chico. Averiguó que su fortuna era modesta, pero pertenecía a una ilustre familia granadina y que se hallaba próximo a contraer matrimonio con una joven hija de un indiano extremadamente rico. Pensó inmediatamente que la unión con aquel chico era su salvación. No sería rica, pero el matrimonio es puerto de refugio para las mujeres que navegan en un mar proceloso. Para las hábiles y decididas puede también abrir muchas puertas. Quizá ella viese ya en lontananza la que le diese entrada en el mundo brillante, rico y ostentoso, meta constante de sus aspiraciones. Además, como siempre acaece en estos casos, la idea de vencer a una rival, de arrebatar el novio a otra mujer halagando su orgullo, la inflamaba con bélicos ardores, prestaba extraordinaria emoción a la aventura.

Alicia, dotada por la naturaleza de ingenio y perspicacia, había adquirido, con los años que llevaba de aprendizaje, una ejecución maravillosa en la técnica de la coquetería. Ningún secreto del arte se le escapaba; era una verdadera profesional. Si en España se abriese un concurso para este noble arte, sin duda alguna obtendría primera medalla.

Alfonso llegó jadeante al hotel a primera hora de la tarde. Grande fué su sorpresa y decepción al recibir la noticia de que Alicia no se hallaba en casa. La camarera que la asistía le dijo que había salido con su padre hacía ya buen rato. ¿Adónde? La camarera no lo sabía. Pero otra que cruzaba al mismo tiempo le dijo: «—Me parece

que los señores debieron ir al Albaycín hacia el barrio de los gitanos. A la señorita le interesa esa gente, porque la oí hablar mucho de ella contando y riendo sus chistes.»

Se retiró del hotel triste y a la vez irritado, con la letra de la serenata en el bolsillo. Se la había encargado con gran interés, le había recomendado con insistencia que no dejase de traerla al día siguiente. Varias veces le había dicho: «—No falte usted mañana. Cuidado con que falte usted». ¡Y ahora se va tranquilamente sin dejarme siquiera una palabra de excusa!

Un actor a quien acabasen de silbar no marcharía más colérico y avergonzado que nuestro joven bajando de la Alhambra. A fuerza de pensar en aquella mujer y de calentarse el cerebro y la sangre con su imagen, ya no veía otra cosa ni le importaba. Su fantasía la idealizaba de tal modo que sufría una obsesión. Era una nube brillante que le deslumbraba, era una diosa que le tenía encadenado a su altar. Marchaba sin ver el camino, embargado por la tristeza. Varias veces estuvo a punto de sacar del bolsillo la famosa serenata y hacerla pedazos. Logró contener sus ímpetus destructores, porque a despecho suyo todavía esperaba. No podía resignarse a una completa derrota.

Cuando llegó a la *Carrera del Darro*, en vez de seguir a la ciudad los pies le llevaron hacia el camino de *Sacro Monte*. Allá en el cerro que mira a la Alhambra sobre este camino, vive la colonia gitana que tanto interesaba, al parecer, a la bella Zoraya. Es uno de los sitios más pintorescos, curiosos y dignos de verse de la ciudad. Los gitanos habitan en las vertientes del cerro, en cuevas talladas en la roca. Muchas de estas cuevas son pobres y reducidas viviendas, pero otras son amplias y bien ade-

rezadas; en casi todas, sin embargo, resplandece una limpieza que en vano se buscará en las casas mejor acondicionadas de los menestrales en el norte de España. Estas cuevas están rodeadas y disimuladas por matas de pitas y chumberas, al través de las cuales se abren senderos, que sólo los expertos conocen. Las próximas al camino se hallan al descubierto.

Estos gitanos, que son numerosos, viven en constante relación con los habitantes de la ciudad, pero sin mezclarse con ellos. El aislamiento moral es invencible y eterno. Se mantienen en absoluto independientes en medio de otros pueblos con aparente humildad, pero con un fondo de soberbia que sólo los que los conocen intimamente pueden apreciar. Practican en general todos los oficios, pero el más esparcido entre ellos es el de la compra y venta de burros y caballos. Son chalanes en su mayoría. Aquellas cuevas, al decir de los maliciosos, son como las misteriosas de las *Mil y una noches*, entran jamelgos sarnosos, y al cabo de algunos días por obra de magia salen convertidos en potros lucios y briosos.

Su tipo físico es indostánico, pues del Indostán proceden según la opinión más aceptada; el rostro atezado, los ojos y los cabellos negrísimos, la nariz correcta, la boca pequeña, los dientes blancos. El espiritual semeja, exagerándolo mucho, al de los andaluces, entre los cuales viven desde hace siglos, verbosos, fantásticos, melosos y coléricos. Sus ojos melancólicos, misteriosos, llenos de pasión concentrada son orientales, pero la lengua es de pura raza andaluza. ¡Cuando hablan aquellos benditos gitanos! La venta de un jaco en las ferias, hecha por un gitano, es cosa tan graciosa y picante, que ha sido

descrita más de una vez por los escritores españoles.

Estos gitanos del Albaycín y Sacro Monte, escépticos, supersticiosos, falaces, pero al mismo tiempo de un gran sentido práctico y utilitario, como todos los de su raza, han sabido adaptarse perfectamente al medio en que viven. Granada es una ciudad visitada y admirada por los extranjeros, pues a sacar *parnés* a los *gabardés* (franceses), y a los *enlubanós* (ingleses). Para lograrlo, hay a la vera misma del camino que conduce a Sacro Monte unas cuevas más espaciosas que las de arriba, donde se esconden algunas docenas de gitanas comediantas que salen al encuentro de los curiosos extranjeros, ataviadas de día de fiesta, faldas cortas de colores chillones, con volantes, pañolillo de Manila liado al talle, los cabellos medio sueltos adornados con flores y peinas, los fascinan, los aturden, los embaucan y los obligan con su charla, y a veces con sus manos, a entrar en las cuevas y asistir a las zambras con sus bailes típicos, desenvueltos y provocativos, su cante jondo, guitarreo y taconeo que las *calorris* tienen para ellos preparadas. De allí salen mareados y con algunos chelines o francos de menos en los bolsillos. ¡Desgraciado el francés o el inglés que se resista! «—¡Premita Dio quees siego y jaga señas tu mujé! —¡Melesina nesesites y el boticario loco! —¡Dio premita, cara e vinagre, cuando pienses ganá te toque de perdé!»

Al pasar por delante de una de estas cuevas Alfonso se vió rodeado de un tropel de gitanillas, muy puestas de alfileres, faldillas de percal con volantes, churrillos largos en las orejas y flores en el pelo.

—Anda, moso barí, echa una blanquita!

A Alfonso le habían indignado siempre estas come-

dias. Lo mismo a un andaluz que a un gallego bien nacidos, les repugnan la exhibición por dinero de sus costumbres típicas; les parece justamente una prostitución.

—Dejadme, niñas, que no soy un *musiú*. Soy tan granadino como vosotras—replicó malhumorado.

—*Por eso ties cara de piyo bendesío. Anda, no seas roñoso en tu vía. Anda home, convía a estas calorris flamencas.*

—¡Que me dejéis, os repito!—exclamó el joven poeta ya exasperado, empujando con las manos a las que más le estrechaban.

—*¡Miá tú el arrastrao! ¡Que se le avinagre toíto lo que coma!*

—¡Y que a vosotras se os convierta en hiel, zapaquildas!—replicó Alfonso alejándose.

Aquel mal humor no procedía solamente de un sentimiento patriótico; tenía otra causa que ya conocemos.

—*¡Mar tiro te den, chavó! Si aquí estuviera la reina, te mandaría ajorcá po lo pie.*

Alfonso se volvió riendo.

—¿Pero es que tenéis reina vosotras?

—*¡Y que lo diga, niño! E una calorri con jechuras fasinaoras. En cuantico que la veas te cae reondo der susto.*

—Pues quiero verla.

—*Eso e esir na. Trujipa papié sellao y pide una odiensa.*

—Toma una peseta y ve al estanco a buscar un pliego.

La gitana guardó la peseta y gritó:

—*Tía Boleca, diga osté a Paquita la Real que hay aquí un esaborío que quié verla.*

De una de las cuevas que se abría más arriba del camino, salió una vieja gitana. Detrás de ella y presentándose de improviso en el camino una gitanilla espléndida, con saya corta, no de percal sino de seda adornada con faralaes, juboncillo con manga corta y ancha, pañuelo de picos anudado a la garganta y un precioso mantoncito sobre los hombros. Lucía una mata de pelo abundoso con caracolillos y graciosísimas puntas pegadas a las sienes, muchas flores, cintas y peinas.

—¡Alicia!—gritó Alfonso.

—*¿Qué ise ese moso?*—preguntó la reina.

—¿Pero es posible?—volvió a exclamar sofocado.

—*¿Qué dise tú, niño? ¿Quería velme? Pue aquí me tiene... Me guta tu aquel, ties ojiyo de enamorao. Voy a esirte la buenaventura. Daca la mano.*

Alfonso, abriendo mucho los ojos, aturdido, asustado, confuso, sin saber si era víctima de una alucinación o se hallaba en presencia de la realidad, entregó su mano a la gitana. Esta, después de examinarla detenidamente, comenzó a decir:

—*Miá, niño, tú, por la pinta ere un desgrasiao. Una mosita peliroja está chalaita la probe por tus juesesitos, pero tú no la quieres, vamo al esir. Tú etá erretto, con lo sentío perdío, por una jembra pelinegra, una jembra serrana que te juye como una rata. Eta jembra, te lo igo yo, moso barí, te dará muchos achares, vas a pasá por eya mu fiera duca... Pero te lo igo también yo: ayá má tarde cuando te haya vuerto más suave que un corderiyo de Dio y etés más probao que el santo Job, subirás al sielo y te comerás la uva.*

A Alfonso no le cupo duda ya que la gitana era la propia Alicia.

—Este disfraz, Alicia, le sienta a usted lo mismo que el otro. De todos modos está usted preciosa.

—*¡Dale machaca! Yo no soy la jembra que dise. Yo soy Paquita la Real, reina de estas presiosas calorris. ¿Verdá, niñas?*

—*¡Sierto, mu sierto! E nuetra reina*—gritaron aquellas gitanas—. *¡Viva la reina!*

El alboroto fué enorme. Alfonso estaba aturdido. Volvió de nuevo a dudar.

—*Miá, niño*—le dijo una—, *ponte bien con la reina, porque sino va a yama al tío Zincalé, el buchil, pa que te deje caricortao.*

—Esa reina—replicó Alfonso ya repuesto—es también la mía, es la reina de Granada y ella sabe que yo soy su más humilde vasallo. ¿Verdad, Alicia?

—¡Ea, niñas!—gritó colérica la reina—. *Quitarme e elante ese asaura que me etá poniendo mote. Que mis ojos no le vean ya jamás e la vía.*

Las gitanas, obedeciendo la orden, rodean al joven poeta, le increpan, le amenazan, le sacuden y le empujan violentamente por el camino y no le dejan hasta que se halla bien apartado.

—*¡Anda, esaborío*—le gritaba una—, *que mala bruja te jaga mar de ojo!*

—*¡La que te cudie escurrío, que sea una mala puerca!*—le gritaba otra.

—*¡Que aonde vayas te igan que no, mar chavó!*—chillaba una tercera.

Alfonso, en gran estado de agitación pero riendo siguió el camino de Sacro Monte a paso largo, y mientras caminaba se iba diciendo: «¡Qué gracioso capricho el de esa criatura! Es una imaginación de artista. Está precio-

sa con ese disfraz. Estoy por afirmar que me gusta más de gitana que de mora... Sus ojos son ciertamente de gitana; tienen un fulgor extraño que da escalofríos, unas veces melancólicos, soñadores; otras vivos y relampagueantes. ¡Es adorable!... ¡Qué figura esbelta, ágil y gallarda! ¡Qué graciosos ademanes!... ¿Pero cómo se las habrá arreglado esa criatura para ponerse al tanto del lenguaje pintoresco de las gitanas? Se necesita en verdad mucho ingenio...

Y así cantando loas fervorosas en honor del ídolo que en su pecho había levantado, marchaba felizmente por la calzada sin darse cuenta siquiera de adónde iba. Al fin se detuvo, quedó un instante inmóvil y volviendo sobre sus pasos principió a caminar lentamente hacia la población.

Cuando se hallaba ya próximo al sitio mismo donde se había efectuado la mágica aparición, ve repentinamente frente a sí a la propia Alicia en su traje habitual, que venía caminando cogida del brazo de su padre.

—¡Vaya un susto que le he dado a usted, Aguilar!—exclamó riendo.

—Susto no; la he conocido a usted en seguida.

—Eso no es cierto—replicó ella vivamente—. Usted quiso conocerme al principio, pero después ha dudado. Yo leía en su cara los diferentes pensamientos que iban pasando por su cabeza.

—Así es la verdad; representaba usted tan bien su papel, que no había más remedio que dudar... ¿Pero qué idea ha sido la suya? ¿Cómo ha podido tan pronto aprender el lenguaje de esas gitanas?

—Un caprichito de niña mimosa—manifestó su padre—. ¡Y gracias que a mí no me obligó a vestirme con el traje del tío Zincalé!

Alicia explicó que el traje de las gitanas y su lenguaje tan pintoresco le habían llamado mucho la atención. Había venido a aquella cueva varios días, intimó con ellas, se fijó mucho en su charla imaginativa, desordenada; aprendió sus frases, sus gestos, sus bailes. Por fin se mandó hacer un traje genuínamente gitano. Le acometió una idea feliz: la de disfrazarse de gitana en el próximo carnaval y asistir a los bailes y reuniones vendiendo filtros de amor y diciendo la buenaventura.

—¡Poquito que me voy a divertir inquietando y ruborizando a mis amigos!

Alfonso, sin derecho para ello, recibió la mordedura de los celos.

—¿Tiene usted muchos amigos?—le preguntó con mal disimulado retintín.

La joven volvió hacia él la cara mirándole fijamente.

—Ya lo creo que tengo muchos amigos. ¿Le parece a usted que no soy digna de tenerlos?

—Realmente no debe usted tener amigos, sino vasallos.

—Muchas gracias, es usted muy galante—respondió dulcificándose, y añadió riendo: —Mi reino termina en las fronteras de Granada, como usted sabe.

Cuando llegaron a la ciudad Alicia le invitó a subir al hotel. Alfonso esperó en vano que se acordase de su encargo. Solamente cuando se puso delante del piano exclamó:

—¡Pero qué cabeza la mía! No le he preguntado a usted por la serenata. Seguramente no se ha acordado usted tampoco.

—Yo sí, señorita. Aquí la tiene usted.

Y sacando el papel del bolsillo se lo presentó.

—¡Oh! me deja usted confundida y avergonzada, Aguilar.

Pasó rápidamente la vista por la composición.

—¡Preciosa, preciosa! Es usted un gran poeta. Voy a cantarla inmediatamente.

La cantó con tal fuego y expresión, dando a las palabras del joven un sentimiento tan afectuoso, que éste se sintió más que indemnizado de la pasada distracción.

Después la cantó otra vez, y más y más le felicitó. Cantó a seguida otra canción romántica de Schumann y tocó una sonata de Mozart. El tiempo se pasó tan gratamente que cuando al fin se levantó del piano, llamada por su padre, Alfonso creyó despertar de un sueño feliz.

—Hasta mañana, Aguilar. Que no deje usted de venir.

Al despedirse el joven quiso besarle la mano, como había hecho la vez pasada, pero ella la retiró vivamente.

—No; a doña Isabel de Solís, reina de Granada, se la besa la mano, pero no a Paquita la Real, reina de los gitanos.

V

Alfonso se sentía invadido por el flúido misterioso que se desprendía de aquella mujer. Alicia era la realización de sus ensueños, el ideal refinado, poético, de la mujer, tal cual se había ofrecido siempre a su imaginación; era el amor como él lo había presentido, algo que mantiene la sangre en efervescencia, que agita el cerebro con un pensamiento único, que nos transforma, que nos hace perder el sentimiento de la realidad. Todavía no había llegado para él, ni tal vez llegase nunca, el atractivo de la mujer tierna, modesta, tranquila, que nos asegura la dicha del hogar.

Delante de aquella criatura exquisita, enigmática, creada sin duda alguna para seducir y dominar, latía su corazón y se sentía acometido de un ansia inexplicable de adoración, quisiera ser un devoto fervoroso, el esclavo de sus caprichos, subyugado, aplastado por ella como los pobres indios, que se tienden bajo las ruedas del carro que conduce a sus ídolos. El perfume de su ropa le embriagaba, su voz cálida y vibrante le transportaba, sus gestos, sus ademanes le parecían algo maravilloso que no se fatigaría jamás de contemplar.

Algunos días transcurrieron. Todas las tardes, después de almorzar, subía hasta la Alhambra y permanecía un rato más o menos largo haciendo la tertulia al padre y a la hija; la oía hablar, tocar el piano y cantar las melodías de Schumann. Cuando salía del hotel y bajaba por el bosque, llevaba delante de sí la imagen de la bella cantante, como el disco del sol se nos ofrece en la sombra después de haberlo contemplado unos instantes, su voz le sonaba en los oídos con ritmo obstinado, como un eco lejano que le llamaba a un ideal armonioso de dicha y amor.

A veces no podía más; el corazón le latía tan fuertemente que se dejaba caer sobre un banco, y aspirando la brisa embalsamada de los árboles se entregaba a pensamientos deliciosos de aventuras imaginarias, a dulces ensueños y fantasías vagabundas con impulsos apasionados, que le paralizaban largo rato sin saber dónde se hallaba. Y todavía, cuando llegaba a su casa, y, lo que parece realmente monstruoso, cuando iba a la de Sarabia y se sentaba al lado de su prometida, el canto de Alicia llegaba intermitente y fugitivo a su oído, todavía aquellos espléndidos ojos de brillo relampagueante le producían la extraña sensación de su presencia. Lo mismo Ana María que Julia le encontraban extraño, distraído, y alguna vez se lo hicieron observar; pero él se excusaba manifestando que sufría persistentes dolores de cabeza, y en ocasiones vértigos después de las comidas. Con esto la pobre Ana María se sobresaltaba y perdía aquella graciosa alegría que la caracterizaba. Un día Julia, sonriendo, le dijo al oído: «—Sabrás que Ana María está haciendo una novena a San José para que te libre de las jaquecas.» Alfonso se sintió avergonzado

pero no conmovido. El recuerdo persistente, tenaz, de la bella Zoraya embargaba sus sentidos, le dejaba impotente para sentir otra cosa.

No podía apartarla de la memoria. Con goce voluptuoso dejaba que su corazón se saciase con la imagen de aquella incomparable mujer que le asistía como una diosa en todos los momentos y le subyugaba. Pero las diosas se dejan adorar sin conmoverse. Alicia guardaba frente a él la imperturbable y altiva serenidad de la olímpica Diana. No parecía siquiera advertir aquella adoración febril que en el corazón del joven poeta despertaba. Cuando en sus conversaciones, a veces largas, entre una sinfonía y una canción, Alfonso se dejaba correr un poco y llegaba a alguna más o menos vaga insinuación amorosa, Alicia le miraba distraída como si no comprendiese, o hacía girar el taburete y comenzaba a teclear en el piano. «—Verá, Aguilar; usted no conoce seguramente este *adaggio* de Mozart, que es delicioso. Escuche usted.»

Alfonso no escuchaba el piano, sino su propio pensamiento que viajaba sediento por los arenales de una pasión ardorosa, que se mecía tristemente como un navío solitario sobre un mar opaco y desolado. A su memoria acudía entonces aquella palabra de la misma Alicia, cuando era reina de los gitanos. «—*Esa jembra te huye como una rata.*» ¿No lograría jamás alcanzarla? Entristecido y despechado por aquella desdeñosa obstinación con que se negaba a recibir la confesión de su amor, decidió escribirla. Con la pluma se sentía más fuerte y elocuente. A las altas horas de la noche, en su torre solitaria, pergeñó la siguiente epístola:

«Celestial Alicia.

»Ignoro por qué tomo la pluma en este momento. Tal »vez para apresurar mi irremediable perdición, como »los pobres pasajeros de un buque incendiado en medio »del mar que se arrojan de cabeza al agua. Usted se nie»ga cruelmente a escuchar el secreto que agita mi cora»zón y amenaza hacerlo estallar. ¿Pero es realmente un »secreto para usted? No; yo estoy seguro de que usted »lo conoce, porque no he tenido ni fuerza ni habilidad »para ocultarlo. ¿Se niega usted a escucharme por com»pasión o por crueldad? De todos modos es necesario »que hable, que le obligue a usted a escucharme, cueste »lo que cueste, para que mi tormento concluya de una »vez. Porque después que esta carta llegue a sus manos »y que sus ojos la recorran, ya nada podré temer, porque »todo lo sabré con certeza. Es preferible la sentencia a »la duda. ¿Pero es que tengo derecho a dudar? Pienso »que sí. He creído adivinar en sus ojos un poco de simpa»tía y quise interpretar ciertas de sus palabras en senti»do favorable. Quizá haya sido víctima de una ilusión, »porque no me creo digno de ese favor; pero como esta »ilusión se agarra fuertemente a mi alma, se resiste te»nazmente a desaparecer, es necesario, o que usted la »despida con desprecio o la acoja con amor. ¡Perdón! »Esta palabra temeraria se ha escapado de la pluma. No »la condene usted al fuego eterno, déjela siquiera en el »purgatorio. Me siento bajo el peso de su indignación y »apenas puedo seguir escribiendo. Condéneme usted, »pero no me desprecie. ¿Tengo la culpa de que la belle»za incomparable de su rostro, su voz angelical, su arte, »su gracia y su ingenio me hayan hecho perder el senti»do? Usted misma lo ha dicho cuando era la gitana más

»linda que pisó jamás el Albaycín. He perdido el senti-
»do, estoy derretido. Así es la verdad. Pero usted me ha
»hecho entrever vagamente la victoria. ¿La reina de
»Granada renegará de las palabras que ha pronunciado
»la reina de los gitanos? De todos modos aquí queda
»temblando en espera de la sentencia este humilde va-
»sallo que besa sus pies.»

Puesta en limpio y sellada la presente misiva, la envió por la mañana al hotel. Llegada la hora en que acostumbraba a subir a la Alhambra, emprendió animoso el camino; mas antes de haber andado la mitad, se sintió acometido de tan áspero temor como el pobre soldado bisoño la primera vez que entra en batalla. Acortó el paso y por fin lo detuvo; se despojó del sombrero, pensando que hacía mucho calor. En realidad sudaba de congoja. Quiso seguir, pero los pies se negaban a ello. Al fin, entendiendo que no podía presentarse delante de la bella en tal estado ridículo de zozobra y abatimiento, dió la vuelta hacia su casa.

Al día siguiente, apelando cobardemente al alcohol, pudo llegar hasta el hotel. Alicia y su padre se hallaban a la puerta, sentados. Izquierdo le recibió con los brazos abiertos, y la alborotada alegría y fácil y ruidoso humor que le caracterizaba. Alicia, con afable gravedad y reserva, sin que tal actitud se mudase en todo el tiempo que allí permaneció, ni aun cuando sentada al piano tocó un delicioso minueto de Haydn. Alfonso se sintió invadido de mortal tristeza; apenas tenía fuerza para hablar. Cuando llegó la hora de partir y Alicia le alargó la mano con glacial indiferencia, pensó que allí mismo iba a caer desmayado.

El cielo se desplomó encima de él. Bajó de la Alhambra tan deprimido y humillado que entró en su casa, subió a la torre y otra vez, cobardemente, acudió al alcohol. Sentado en un viejo sofá pasó algunas horas bien duras. Al cabo, tambaleándose, bajó a su cuarto y se metió en la cama.

Tres días se pasaron sin que intentase subir de nuevo al hotel, sin recibir tampoco noticia alguna de Alicia. Pero la esperaba. A despecho suyo, contra toda verosimilitud, esperaba una respuesta y desde los altos balcones de su torre espiaba la estrecha calle para ver si el cartero o algún criado del hotel llegaba con la ansiada carta. Era tal su impaciencia, que la deseaba, aunque fuese desahuciándole, quería ver su letra, quería besar el papel que sus manos habían tocado. Y aun comprendiendo lo inútil del paso y lo que había en él de ridículo y humillante, decidió escribirle de nuevo.

«Divina Alicia:

»¡Qué equivocación tan lamentable he sufrido! En la »inocencia de mi corazón imaginaba que usted acogería »con alguna indulgencia un sentimiento que, aunque »desmedido, nada tenía para usted de irrespetuoso. Los »dioses no se irritan cuando los mendigos les ofrecen »sacrificios. Pero a usted no sólo le deja indiferente mi »devoción, sino que le enfada. Ni una palabra de compa»sión, ni una respuesta de cortesía. Su actitud fría, des»deñosa, me ha sorprendido más que humillado. A los »reos de muerte se les agasaja antes de enviarlos al su»plicio. Así, pues, no tiene otro objeto esta carta que pe»dirle perdón por la molestia que le he ocasionado y pro-

»meterle que será la última que le proporcione su inva-
»riable adorador

»*Alfonso Aguilar.*»

Pocas horas después el joven poeta recibía la siguiente carta perfumada, escrita con magnífica letra inglesa:

«Amigo Aguilar: La equivocación que usted ha sufri-
»do es distinta de lo que imagina. Fácil me hubiera sido
»coquetear con usted, tenerle indeciso y mareado algún
»tiempo para después matar sus ilusiones. He preferido
»la franqueza. No dude usted que me siento halagada por
»sus frases tan delicadas, tan lisonjeras, y conmovida por
»esos transportes amorosos que usted describe con arte
»tan refinado. Tampoco dudo que sean sinceros. ¿Pero
»son fuertes y sólidos? Es lo que me permito dudar. Us-
»ted es poeta, tiene una imaginación ardorosa, y sospe-
»cho que lo que usted considera como un sentimiento
»inalterable, no es más que el delirio pasajero de una
»mente enardecida. ¡Hace tan poco tiempo que nos co-
»nocemos! El fuego prende fácilmente en la estopa, pero
»termina pronto y la convierte en cenizas. Yo soy dema-
»siado joven y orgullosa para transformarme en cenizas.
»Por otra parte y usando de la misma franqueza, debo
»confesarle que mis ideas acerca del amor no son las co-
»rrientes; quizá sean fantásticas y aun extravagantes,
»pero son mías y no puedo separarme de ellas. No com-
»prendo el amor sin una absoluta dependencia. Por
»eso no he hallado hasta ahora un hombre a quien pu-
»diese entregar mi corazón, aunque algunos lo han pre-
»tendido. Yo solamente lo entregaré, sépalo usted, ami-
»go mío, al hombre que enlace de tal modo su voluntad

»a la mía, que las dos no formen más que una, al hombre «que lea su ley en mis ojos, que encuentre razonables »mis caprichos, que goce satisfaciéndolos, que esté »pronto a cualquier sacrificio, que se sienta de tal modo »a mí ligado, que no pueda ser feliz ni desgraciado sino »conmigo y fuera de mí encuentre la vida insoportable. »Ya sé que este es un ideal imposible, que acaso parezca »una locura, pero le repito que no puedo renunciar a él, »porque forma parte de mi naturaleza. Por eso estoy de- »cidida a vivir y morir en una soledad sentimental, aun- »que las exigencias sociales me obliguen a seguir, en »apariencia, la misma vida que las demás mujeres. Sir- »va esta confesión, que me han arrancado sus injustifi- »cados reproches, para que no vea en mi actitud ni indi- »ferencia, ni menos desprecio, sino la reserva natural de »quien no quiere engañar ni ser engañada.

»*Alicia.*»

Alfonso se sintió repentinamente inundado de claridad, cual si las puertas del cielo se hubieran abierto para él. Su corazón empezó a latir dentro del pecho con saltos vertiginosos. La carta de Alicia le decía precisamente lo que él ansiaba, lo que él había soñado y apetecido toda la vida: en la mujer algo inesperado, fantástico, apasionado, romántico, enteramente apartado de la vulgaridad. ¡La vulgaridad! He aquí el odio más profundo y arraigado de su alma. Huir de la vulgaridad había sido el empeño constante de su existencia. Alicia exigía lo imposible. Precisamente lo que él había querido siempre era lo imposible. Así, con el alma vibrante de alegría y henchido de las más fantásticas ilusiones, se lanzó, marchando a saltos, por el camino de la Alhambra y

se acercó al hotel, sin reparar que la hora era inoportuna, pues aun no había llegado la del almuerzo.

En efecto, le dijeron que el señor Izquierdo había salido.

—¿La señorita está arriba?

—Me parece que sí señor. ¿Quiere usted que la avise?

Vaciló un instante, pero al fin dijo que sí. La camarera se presentó poco después anunciándole que la señorita no tardaría en bajar.

La esperó en el pequeño salón del piano, que en aquella hora estaba solitario. Cuando se presentó, al cabo de unos minutos, Alfonso se dejó caer románticamente a sus pies. En aquel momento cruzaba por delante de la puerta una camarera y el joven pudo escuchar su risa. La diosa también reía y le obligó a levantarse.

—Alicia, he aquí el hombre que usted desea; he aquí el adorador incondicional, fervoroso, que se somete con alegría a cuanto usted se digne ordenarle. Sin murmurar, sin vacilación alguna se plegará a sus caprichos que para él serán fuente de placer, los respetará como órdenes del cielo. Delante de usted, celestial Alicia, pienso que nadie debe levantar los ojos; basta su voz, basta su mirada, para que se aniquile toda voluntad rebelde. El universo entero le debe a usted homenajes, ¿cómo no rendirlos el ínfimo ser que ha osado confesarle su amor?

La diosa, sonriendo, pero sin despegar los labios, se sentó al piano, dejó correr por el teclado sus preciosas manos, se levantó al cabo de unos instantes y fué a sentarse en el sofá; permaneció con los brazos caídos y la mirada fija en el suelo, en actitud reflexiva. Después de un prolongado silencio exclamó:

—¡Lástima, amigo Aguilar, que no sea verdad tanta belleza!

—¿Cómo? ¿Duda usted de mi sinceridad?

—No dudo de su sinceridad en este momento. Dudo de los momentos que han de seguir a éste.

—La eternidad, Alicia, no es bastante para que se extinga la admiración apasionada, mejor dicho, la idolatría que usted me inspira. Yo firmaría el empeño con mi propia sangre si fuese posible.

Alicia guardó silencio; después dijo levantándose:

—Ya lo creo que es posible.

Y arrancándose un alfiler de oro que al pecho tenía prendido se dirigió al escritorio que allí había, sacó de la carpeta un pliego de papel de cartas con el membrete del hotel y presentándoselo en unión del alfiler le dijo sonriendo:

—Bueno; sáquese usted sangre y firme con ella el empeño.

Alfonso, ebrio de entusiasmo poético, repuso:

—No; sáquela usted misma.

Alicia, sin vacilar le pinchó fuertemente una de las venas de las manos. Saltó la sangre, tomó una de las plumas y mojándola en ella escribió:

Juro, hermosa Alicia, que su voluntad será mi ley mientras me quede un soplo de vida.

—Está bien—dijo la hermosa—. Ahora enjugue usted la sangre con mi pañuelo y guárdelo en recuerdo. Yo guardaré este precioso documento.

Alfonso había perdido la cabeza. Aquel romántico juramento, la sangre vertida por su mismo ídolo, el fino y perfumado pañolito teñido con ella, todo aquello le enajenaba, era el sueño de su vida realizado.

Se sentaron de nuevo en el sofá, y el joven poeta dió salida tumultuosa al depósito de frases apasionadas, poéticas, exquisitas, que guardaba en su cerebro. Aquel depósito realmente era propiedad de Lamartine, Espronceda, lord Byron y Alfredo Musset, pero él lo había hecho suyo y sabía amoldarlo perfectamente al momento presente. Alicia le escuchaba complacida, sonriente, contemplándole con mirada de perito catador, que sabe apreciar la elegancia y los primores de la frase.

El señor Izquierdo vino a turbar aquel coloquio, que había alcanzado ya su período álgido y no tenía más remedio que descender.

—Buenos días, amiguitos. Me han dicho que estaba usted aquí. Encantado de esta visita matinal... ¿Pero qué es eso? ¿Está usted herido?

—Ha sido nada más que un rasguño. Ahora mismo, subiendo hasta aquí, quise arrancar una ramita de acacia y me pinché.

—¡Cuidado, joven! La acacia es mujer, hermosa pero traidora—dijo riendo Izquierdo—. Yo tengo arriba aglutinante. Alicia, ve a buscarlo.

—No hay necesidad. Alicia me ha dado su pañuelo y creo que la pequeña herida está ya seca.

Alicia le apretó furtivamente la mano que tenía libre. Inmediatamente se despidió, prometiendo venir por la tarde.

Desde aquel día comenzó el período romántico, poético, fantástico de sus amores. Alfonso puso a contribución para sazonarlos lo más notable de la literatura, Abelardo y Eloisa, Julieta y Romeo, Werther y Carlota, Graziela y Lamartine. Hubo de todo: coloquios a media noche, ella desde el balcón, él debajo al pie del muro,

billetitos perfumados que bajaban colgados de un hilo, un torrente de canciones y sonatas alemanas, claros de luna y eclipses de luna, celos quiméricos, tentativa de suicidio, caprichos increíbles.

La bella Zoraya se dejaba adorar complaciente, pero sin dejarse besar ni la punta de los dedos, espoleando con alternativas de frialdad la fogosa pasión del joven poeta.

El gallardo Muley Hacem de luengas y grises barbas se hacía el tonto, como si nada viese ni observase.

Uno de los caprichos más extravagantes y quiméricos que tuvo la reina de Granada, fué el de obligar a su amante a disfrazarse de lacayo en una excursión que su padre y ella con algunos amigos del hotel hicieron a Atarfe. Pasaron allí el día y Alfonso, que previamente había sobornado al cochero, se sentó en el pescante a su lado, y llegados al pueblo e instalados en la hostería, donde almorzaron, sirvió a la mesa y asistió todo el día como humilde criado a su dueño adorado, sin que ninguno de los excursionistas (salvo su papá, que se hizo el tonto como siempre) le reconociese. ¡Cuánto rieron ambos aquella noche recordando los cómicos incidentes de la jornada!

—No sabes con qué placer, adorada Alicia, te serví todo el día, te quité el polvo de las botinas, te até los cordones; pero sobre todo cuando te alcé en vilo para hacerte saltar un arroyo creí morir de felicidad. Me has consentido cosas que seguramente ahora no me permitirías.

—Desde luego. A Alfonso Aguilar no le permitiría lo que a un criado.

Puestos a idear a porfía extravagancias, Alfonso in-

ventó una muy peregrina. Quiso que una noche ella, disfrazada de Zoraya y él de moro abencerraje, fingiesen una cita amorosa y clandestina en los jardines de la Alhambra. Simularían que ella se escapaba del palacio dejando al rey dormido y bajaba a los jardines para conversar con el amante a quien favorecía.

Así se realizó punto por punto. Alfonso determinó que todo fuese en regla, en una regla novelesca y poética, para lo cual hizo construir una escala con cuerda de seda y alquiló un lindo traje de moro en uno de los establecimientos que los proporcionan para el carnaval. Allá en las altas horas de la noche, perfectamente disfrazado y con la escala arrollada al brazo, subió la cuesta de la Alhambra, silbó del modo convenido y la bella Zoraya apareció en el balcón. Estaba encantada de aquella aventura fantástica. Sin embargo, cuando Alfonso tiró la cuerda al balcón y ella la sujetó fuertemente a una de las rejas y trató de bajar por la escala, le acometió tal miedo que se negó resueltamente al descenso y la romántica aventura estuvo a punto de abortar. Fué necesario que el abencerraje subiese él mismo y la ayudase. Bajó encogida como un ovillo, deslizándose con gran trabajo y vacilación, haciendo una figura ridícula que nada debía parecerse a la de las heroínas que antes que ella habían bajado por escalas de seda.

Una vez en tierra Alfonso murmuró en su oído:

—¿El rey está bien dormido, divina Zoraya?

—Sí—respondió ella muy quedo—; en el vino le he echado unas gotas del filtro narcótico que me ha dado la esclava Moraima. No despertará hasta que el sol brille sobre las cimas de la sierra.

Cogidos de la mano se internaron por el bosque y se

sentaron en un banco. Era una noche dulce, apacible, del mes de setiembre. La luna bañaba la cabeza de los árboles y las hojas parecían de plata. Algunas habían caído ya al suelo y parecían de oro. No podía penetrar la luz en aquella masa de verdura. Debajo todo era sombra y misterio.

Alfonso y Alicia se entregaron con infantil alegría a la más fantástica y disparatada comedia que nadie puede imaginarse. Unas veces riendo, otras en serio, se hablaban como si realmente ella fuese la esposa infiel del sultán Muley Hacem y él un joven abencerraje que había logrado enamorarla.

—¿Quieres huir, querida Zoraya, quieres huir a otras apartadas regiones, donde el tirano no podrá seguirte? Escucha: el rey de Fez, que es mi primo, nos recibirá con agrado y nos dará para vivir un palacio con hermosos jardines, tan hermosos como estos de la Alhambra. No quieras más ser reina de Granada. Huye conmigo a la corte de Fez.

—Yo no quiero ser reina de Granada, me basta con reinar en tu corazón, valeroso Zaide. Pero el sultán nos perseguirá y antes que subamos al barco que nos lleve al Africa se habrá apoderado de nosotros, y a ti te hará morir entre tormentos y a mí me enviará cargada de cadenas a la cueva de las esclavas para servir en los más viles oficios. Quizá en este momento, si se despierta, envía ya en busca nuestra a toda la guardia del palacio; quizá estén ya registrando los jardines...

La bella Zoraya volvía la cabeza a uno y otro lado, no con miedo fingido, sino verdadero. Pero no lo tenía a la guardia del palacio, sino al sereno, que, según le habían dicho, era un asturiano muy bruto.

—Nada temas, hermosa reina. Antes que los esclavos del rey pongan sobre ti la mano, necesitarán pasar sobre el cadáver de tu fiel Zaide. Y Zaide, con este fino puñal envenenado, habrá privado antes de la vida a no pocos guerreros y al mismo rey en persona si de ti osara apoderarse.

Y sacó efectivamente del traje un precioso puñal con vaina forrada de terciopelo. Zoraya lo contempló con admiración.

—No, mi Zoraya adorada, no quiero verte prisionera del tirano. Huyamos.

Pero en aquel momento ambos escucharon cerca una voz de trueno.

—¡Mal rayo! ¿Quiénes son los granujas que merodean a estas horas por el barrio? ¡Así Dios me mate si no sois moros!

El sereno enfocó sobre los amantes su linterna.

Zaide dejó caer al suelo su puñal envenenado y emprendió una carrera loca bajando a saltos la calzada de la Alhambra. Pero el sereno le siguió con la misma premura. Y mientras corría furioso, imaginando tal vez que se las había con un enemigo de España, le gritaba sin cesar:

—¡Date, perro!

Alfonso corría más que él; iba ensanchando la distancia que les separaba. El sereno disparó su revólver. Entonces el valeroso Zaide se detuvo. El sereno se acercó a él jadeando y furibundo.

—¡Ya caiste, ladrón!

—¡Haga usted el favor! Está usted equivocado. Yo no soy moro, soy de Granada. Me llamo Alfonso Aguilar, y soy hijo de don Enrique Aguilar.

El sereno le contempló largamente con ojos escrutadores.

—¿De don Enrique; un señor muy respetuoso que vive ahí cerca del río?

—El mismo. Si usted quiere puede venir ahora mismo conmigo y se convencerá.

El sereno volvió a mirarle fijamente y exclamó al cabo:

—¡Mal rayo! Puede que sea verdad. ¡De los diablos arreniego!

Y santiguándose precipitadamente:

—Pero, señorito, ¿por qué se ha puesto esa vestimenta?

Entonces Alfonso le explicó lo mejor y más discretamente que pudo, cómo estaba enamorado de una joven que vivía allí cerca, en el hotel, y que habían imaginado aquella broma por divertirse. Ella se había disfrazado de mora y él de moro. Se estaban ensayando para una comedia que debían representar dentro de pocos días en casa de uno de sus amigos de Granada.

—Lo único que le ruego a usted es que no diga una palabra de esto, porque mi padre no está conforme con estas relaciones.

Al tiempo de decir esto le puso en la mano un duro.

El sereno, completamente humanizado, le aseguró de su silencio.

—Pierda usted cuidado, señorito, por mí nada se sabrá. No hablaré más que un costal de patatas.

Y soltando después una grosera carcajada, añadió:

—Ahora, si quiere ir a despedirse de esa señorita con palabras amorosas, puede hacerlo. Yo me escurriré por ahí como un lagarto; no veré ni escucharé nada.

¡Despedirse! ¡A buena hora! La bella Zoraida, así que vió correr a su Zaide seguido del sereno, hizo lo propio hacia el hotel con pies de cierva perseguida, y montando sin vacilar en la escala subió por ella con increíble agilidad y presteza.

En ocasiones nada hay que suministre tanto valor como el miedo.

VI

Alfonso efectuaba equilibrios peligrosos sobre una cuerda floja desde el día en que, firmada con su propia sangre, había rendido pleitesía y vasallaje a la reina de Granada. Y como sus aptitudes funambulescas no habían sido hasta entonces cultivadas, corría gran riesgo de dar con sus huesos en el suelo.

Aunque todas las tardes subía después de almorzar al hotel de la Alhambra y pasaba largo rato con Alicia y su padre, ponía gran cuidado en ir, como de costumbre, a la caída de la tarde en casa de su novia, y seguir allí desempeñando el papel de novio oficial y prometido. ¡Cuánto trabajo le costaba! Aunque Ana María le fuese casi indiferente, cuando estaba a su lado le atenaceaban los remordimientos, no podía menos de sentir que era innoble su conducta. Pero aún más que los remordimientos le oprimía el miedo, un miedo pánico de lo que iba a suceder cuando se descubriese su doble juego. El dolor de su novia, el estupor y la indignación de Julia y Sarabia, el escándalo entre amigos y conocidos, y sobre todo la cólera furiosa de su padre. Si hay que confesar la verdad, esto último era lo que más le sobresaltaba.

Don Enrique era un hombre recto y bondadoso, pero por experiencia sabía que cuando montaba en cólera perdía enteramente la razón.

Hasta entonces había logrado sostenerse en la cuerda, había sorteado con fortuna los escollos. Como sus coloquios amorosos con la bella Zoraya eran casi siempre en el saloncillo del hotel o en los jardines de la Alhambra y Generalife, como no había vuelto a presentarse en la población a su lado desde el día en que la cruzó llevándola del brazo, no habían trascendido al público sus nuevos amores. Alicia y su padre bajaban ya pocas veces a Granada, y cuando lo hacían generalmente era por la mañana, hora en que él se excusaba de acompañarles, alegando sus estudios y los trabajos que su padre le encomendaba. Por otra parte, Alicia no le había mentado jamás el nombre de su novia, aparentaba ignorar que la tenía o la había tenido alguna vez. Lo sabía perfectamente, de ello estaba seguro, pero su orgullo olímpico la hacía considerar imposible y sacrílega toda rivalidad. Esto era por lo menos lo que imaginaba el joven poeta, y tan fiero orgullo contribuía a seducirle y tenerle a sus pies rendido.

Pero como no es posible jugar con fuego sin abrasarse, ni evitar las caídas cuando se hacen equilibrios arriesgados, al fin se produjo la catástrofe. Fué la tarde de un domingo en que se había celebrado por la mañana una gran festividad religiosa. El paseo del Salón rebosaba de gente. Julia y Ana María, cediendo a las instancias de una señora amiga que había almorzado en su casa aquel día, entraron con ella en el paseo, aunque no era de su agrado la mucha concurrencia. Alfonso, que acaba de bajar de la Alhambra, dejando a Alicia y su

padre sin ánimo alguno de salir de casa, creyéndose absolutamente seguro no hizo reparo en acompañarlas. O por remordimiento o por disimulo desde que se hallaba en amores con Alicia se mostraba con Ana María más enamorado, se esforzaba en aparecer alegre y cariñoso, de modo que ni ella ni Julia podían sospechar su traición. Cuando a ellas se acercó, la señora amiga discretamente hizo seña a Julia para que la acompañase, marchando detrás de los novios, a los cuales dejaron ir delante emparejados. En esta forma dieron algunas vueltas por el paseo, cuando repentinamente Alfonso ve delante de sí al señor Izquierdo con su hija. El espectro del viejo rey de Dinamarca seguramente no causó tanta emoción a su hijo Hamlet como al poeta aquella temerosa visión. Quedó sin una gota de sangre en las venas. Quiso huir, pero los pies se negaron a hacerlo, quiso que la tierra le tragase y tampoco pudo conseguirlo. No sabiendo qué hacer se llevó la mano al sombrero, plegando al mismo tiempo sus labios con una tan extraña sonrisa que seguramente ningún loco la produjo nunca más rara y diabólica. El padre y la hija le contestaron con una grave inclinación de cabeza.

—¿Quiénes son esos señores?—le preguntó su novia.

Alfonso, anudándosele la voz en la garganta, tropezando lamentablemente y en un estado de turbación que inspiraba lástima, le explicó que eran unos viajeros de Madrid a quienes había conocido visitando la Alhambra.

—Esa joven es muy hermosa—dijo Ana María, que no advirtió, porque era demasiado inocente, la confusión de su novio.

—¿Crees tú?

—Y debe creerlo todo el mundo. Es lindísima.

—Pues a mí no me parece tanto—profirió trabajosamente el pobre Alfonso.

—Porque para ti—replicó Ana María inundada de dicha—no hay ahora más que una mujer, aunque sea bien feíta.

—Eso debe de ser—respondió el poeta sonriendo del mismo modo extraordinario.

Dieron algunas vueltas más por el Salón, y como Izquierdo y su hija hacían lo mismo se tropezaron de frente varias veces. Alfonso, haciéndose el distraído, separaba la vista sin mirar a Alicia.

—¿Sabes que esa joven te mira muy fijamente cada vez que pasamos?—le dijo al cabo su novia.

—Es posible. Como les he servido de guía y les he prestado algunos servicios, me parece que les he inspirado simpatía.

—Pues la mirada de esa joven nada tiene de simpática. Te echa unos ojos bien severos.

—Son aprensiones tuyas—replicó Alfonso con falsa risita—. Es una chica seria por naturaleza.

Y no pudiendo sufrir más tiempo aquel estado de temor y congoja, se atrevió a proponer, tímidamente, que se fuesen ya a casa, a lo cual cedieron de buena voluntad las señoras, porque se hallaban cansadas de dar vueltas.

¡Qué noche la que pasó! Un pobre deudor a quien deben embargar los enseres de la casa al día siguiente, un tendero judío a quien le han protestado una letra, un estudiante que suspendieron en el examen y debe escribir a su padre noticiándoselo, no dieron nunca más vueltas en la cama que nuestro joven. Se levantó pálido y ojeroso, sin saber qué partido tomar en aquella crítica

ocasión. Desde luego no se le pasó por la imaginación subir a la Alhambra. No obstante, sin saber cómo, ni darse cuenta de ello, se encontró en el camino. Anduvo algunos pasos casi contra su voluntad, se detuvo, quiso dar la vuelta y no pudo. De nuevo siguió caminando y otra vez se detuvo, hizo esfuerzos sobrehumanos para dar la vuelta sin poder lograrlo. Tal sucede al pobre conejito fascinado por la serpiente boa, al cual su mismo terror le obliga a marchar hacia ella hasta caer dentro de su boca.

Don Rafael Izquierdo estaba, como de costumbre, sentado a la puerta del hotel, bebiendo cerveza y leyendo un periódico.

—Buenos días, amiguito, buenos días. ¡Qué alegría me da el verle por aquí! Alicia está arriba escribiendo unas cartas. Suba usted y dígale que ya es hora de que lo deje.

Alfonso subió las escaleras del patíbulo, deteniéndose varias veces y llevándose la mano al corazón, que quería salírsele del pecho. La puerta del cuarto de Alicia se hallaba entreabierta, y por la abertura la vió de espalda sentada a una mesita, escribiendo. Abrió por completo la puerta suavemente y quedó en pie contemplándola. La joven nada sintió, mas al fin, movida por esa magnética atracción que ejercen los ojos de otra persona cuando nos miran por la espalda, dió la vuelta. Sus hermosos ojos chispearon de furor y sin pronunciar una palabra, con un gesto imperioso, señaló con el dedo el suelo. Alfonso comprendió, y se dejó caer de rodillas. La bella le miró todavía con severidad unos instantes, y al cabo dió la vuelta y continuó escribiendo con aparente tranquilidad.

Alfonso permaneció largo rato en aquella posición humillante, no exenta, sin embargo, de deleite. Puesto que le obligaba a hacer penitencia es que pensaba perdonarle. Además, encontraba aquello original, respondía a las ideas fetichistas, idolátricas, que su amor le inspiraba.

Al fin la diosa se levantó de la silla y vino hacia él, le miró fija y prolongadamente, y alzando el dedo amenazador, pronunció estas solas palabras:

—¿Nunca más?

—Nunca más—respondió Alfonso casi llorando.

—Bueno, levántese usted

Alfonso quiso besarle la mano.

—¡No; la mano no, los pies!

Alfonso le besó los pies.

La reconciliación no fué completa por el momento. La bella, aunque perdonando, se mostró seria y desdeñosa algún tiempo. Alfonso, enardecido más aun por esta actitud, se decidió, al fin, a concluir con su doble juego y sacrificar a su prometida. Con mano temblorosa y el corazón apretado, por las graves consecuencias que preveía, escribió la siguiente carta:

«Mi buena y querida Ana María:

»Esta carta será para ti una gran sorpresa. ¡Pluguiera »a Dios que no fuese más que sorpresa! Pluguiera a Dios »que tu corazón no sintiese por mí otra cosa que la sim»patía y el afecto de un amigo, no de un amante. Pero si »así no fuera, si realmente he logrado inspirarte amor, »el disgusto que voy a causarte turba de tal modo mi »espíritu, me penetra de una tristeza tan profunda, que »apenas puedo apretar la pluma entre los dedos. Y sin

»embargo, es necesario que te escriba, es necesario que »te revele un fatal secreto. Yo, hermosa y buena Ana »María, no te quiero como debía quererte, como tú me»reces. Si te he engañado durante algún tiempo, fingien»do lo que no sentía, el remordimiento y la dignidad me »obligan, al fin, a romper con el disimulo y expresártelo »con franqueza. ¿Qué ganarías tú, buenísima Ana María, »con unirte para siempre a un hombre que no te adora »incondicionalmente? Tú vales demasiado para entregar »tu corazón a quien ya tiene el suyo ocupado. Porque es »así, no puedo ya ocultártelo. Estoy enamorado de otra »mujer, inferior a ti, seguramente, pero que ha logrado »cautivarme. El corazón se niega a recibir las órdenes »del cerebro. Reconociendo y admirando como nadie las »cualidades con que estás dotada, tu belleza maravillo»sa, la nobleza de tu alma, tu inocencia, tu ternura, no »he podido convertir esta admiración en el amor exclu»sivo y apasionado que debe existir entre dos seres que »van a unir sus destinos para toda la vida. He sondado »largo tiempo mi corazón y he comprobado que no sien»to por ti la pasión de un amante, sino el cariño de un »hermano. Tú no puedes contentarte con esto. Por tu »belleza, por tu juventud, por tu elevada posición, tie»nes derecho a exigir que el que ha de ser tu marido, al »entregarte la mano te entregue su alma entera sin ofen»sivas vacilaciones ni vergonzosas reservas.

»Terminada esta para mí dolorosa confesión, yo qui»siera, Ana María, dejarte ante la opinión y aun entre »nuestra misma familia en el alto lugar que te corres»ponde, deseo que seas tú misma la que rompa el com»promiso que nos une y que nadie pueda sospechar que »he sido yo quien ha tomado la iniciativa. Puedes con-

»fesarte con tu hermana o con tu padre y alegar que mi »carácter no te satisface, que soy demasiado frívolo, que »te inspira recelo mi exaltada imaginación, en fin, lo que »mejor te parezca; oféndeme como quieras con tal que »no se entrevea la verdad. Si así lo haces nada perderás »y al mismo tiempo te darás el gusto de castigar un poco »mi traición. Eres niña todavía, eres muy hermosa y »pronto tendrás adoradores que valgan mucho más que »este afectuoso amigo que espera confiado tu respuesta.»

No se atrevió a enviar la carta a mano y la depositó en el correo interior. Después de haberlo hecho le acometió un malestar congojoso que le impidió sosegar en todo el día. Lo que más le angustiaba, ya lo hemos insinuado, no era precisamente el dolor de su novia, ni la indignación de Julia y Sarabia, sino la cólera de su propio padre. Conocía la violencia de su temperamento y temblaba pensando a qué extremos podía arrojarse cuando se enterase. Todavía abrigaba la esperanza de que Ana María consintiese en guardar el secreto. Las horas transcurrieron lentas, perezosas, sin que pudiera conciliar el sueño dentro del lecho. Amaneció el día siguiente y su padre le habló antes de salir de casa con la tranquilidad de siempre. Mas, ¡ay!, cuando volvió a ella a la hora de almorzar, la vieja Angustias le dijo con señales de tristeza y preocupación en el semblante:

—Alfonsito, tu padre me ha encargado decirte cuando llegases que fueses a su despacho, pues tenía que hablarte.

Alfonso, estremecido, apenas tuvo fuerzas para balbucir:

—¿No sabe usted lo que tiene que decirme?

—No lo sé, pero debe de ser algo serio porque daba vueltas por el despacho y se tiraba del bigote, y ya sabes que cuando tu padre se tira del bigote algo le tira allá dentro de la cabeza. Mi padre, que en gloria esté, no se tiraba del bigote, pero se hacía cosquillas con la punta de los dedos en la nariz. Mi madre decía: «¡Malo, Angustias, malo! Tu padre se está haciendo cosquillas, milagro será que no tengamos hoy que sentir.»

Sin escuchar más tiempo estas palabras, poco tranquilizadoras, Alfonso se dirigió a la habitación de su padre. Don Enrique seguía paseando por ella como le había anunciado Angustias. Al verle se detuvo. Alfonso observó con terror su faz descompuesta y el temblor de sus labios como si fuese a hablar. Pero no dijo una palabra. Silenciosamente fué hasta la puerta y la cerró. Luego se acercó a su escritorio, tomó un papel que allí había y se lo presentó a su hijo.

—¿Has escrito tú esta carta?—preguntó con una voz extraña que a Alfonso no le sonó en los oídos, sino en todo el cuerpo.

El joven la miró con profunda atención cual si le presentase un documento rarísimo, un papiro de la octava dinastía egipcia.

Como no despegaba los labios, don Enrique repitió:

—Vamos, di. ¿Has escrito tú esta carta?

—¿Es una carta?—preguntó con voz débil el desgraciado Alfonso.

—Sí; es una carta.

—¿Para quién iba esa carta?

—Para tu novia Ana María.

—¡Ah, para Ana María!—exclamó el desdichado como si acabase de adquirir una noticia sorprendente.

—Sí, para Ana María. ¿La has escrito tú?

—Me parece que sí—balbució el chico.

—¿Y qué significa esta carta? ¿Es una broma o una realidad? Si es broma, me parece bien necia y bien pesada ciertamente. Si es realidad, sería algo tan monstruoso que apenas se puede creer en ello. Es necesario que me lo expliques, que me des la clave de este enigma, que tiene el aspecto de un negocio sucio y bochornoso.

Alfonso guardó silencio.

—¡Vamos, habla! ¿Te has querido reír estúpidamente de la sorpresa que esta carta iba a producir en tu prometida y su familia o la has escrito seriamente revelando tus secretas intenciones?

Alfonso no despegó los labios.

—¡Habla, te repito! Si eres un tonto, quiero saberlo, y si eres un traidor, quiero saberlo también.

Alfonso se decidió a hablar, pero con voz tan débil que apenas se le podía oir.

—Ni soy un tonto, ni soy un traidor, papá. Precisamente para que no se me tildase de traidor he querido hablar con toda franqueza. Más tarde hubiera sido peor. Nada hubiera ganado esa niña con casarse con un hombre que no la quiere.

—¿Ah, no la quieres? ¿Y por qué has fingido hasta ahora quererla? ¿Quién te ha obligado a declararle tu amor? ¿Quién te ha obligado a pedir su mano?

Alfonso balbució con trabajo:

—Hay circunstancias, papá...

—¿Qué circunstancias son esas? ¡Explícate!

—Los hombres nos equivocamos muchas veces acerca de nuestros sentimientos. Pensamos que éstos son inalterables y un soplo de aire basta para derribarlos. Aquí

no ha sido un soplo, sino un verdadero huracán el que se ha desencadenado contra la débil inclinación que me inspiraba la hija de tu amigo. Cuando menos lo esperaba he tropezado con otra mujer que llena por completo las aspiraciones de mi alma, un ser exquisito, espiritual, dotado de atractivos singulares, que ha logrado conquistarme. Si esta mujer llegase a mí después de casado, ¿qué hubiera sucedido? Algo tristísimo seguramente, que a ambos nos haría desgraciados por toda la vida. Tú mismo, estoy convencido de ello, deplorarías el haberme empujado a este matrimonio.

—¡Al infierno quisiera empujarte yo ahora, imbécil! ¿Imaginas que los hombres tenemos derecho a faltar a nuestra palabra cuando nos place? ¿Crees que nos es lícito jugar con el corazón de los seres inocentes que nos aman, estrujarlo y tirarlo a la basura cuando nos hayamos cansado de él? No basta tropezar con una golosina para llevar la mano a ella y comerla. Por encima de nuestros apetitos está la razón, y por encima de la razón está el honor. Eres hijo y nieto de caballeros y los caballeros saben morir antes de faltar a su palabra.

—Aquí no se trata de morir, papá, que en último resultado sería lo menos importante, sino de ser desgraciado toda la vida, y yo estoy seguro de que lo sería casándome con Ana María.

—¡Porque has caído, inocente, en las redes de una sirena engañadora, porque eres la pobre mosca que la araña ha logrado paralizar dentro de su tela!... Pero, aquí está la mano que va a romper esa impura tela. Yo sabré deshacer la odiosa intriga tramada contra la inocencia de una angelical criatura y contra tu propia dicha.

Pronunciadas estas palabras se puso a dar vueltas por

la estancia con extraña violencia. Alfonso le contemplaba aterrado. Plantándose al fin delante de él:

—¿Quieres o no retirar esa carta?

Alfonso exhaló más que dijo:

—No puedo.

Su padre le contempló en silencio con ojos centelleantes.

—Si no fueses mi hijo, mejor aún, si no fueses hijo de un ángel que demasiado pronto dejó la tierra, te la haría tragar hasta que te ahogases con ella.

Y volvió a recorrer la estancia agitadamente. Al cabo de unos instantes, otra vez se plantó frente a él.

—En fin, habla con claridad, ¿qué es lo que pretendes hacer?

Sacando fuerzas de flaqueza, Alfonso respondió:

—Pues casarme con la mujer de quien estoy enamorado.

Don Enrique se dirigió a la mesa, y tomando un revólver que sobre ella había, vino hacia su hijo. Este retrocedió espantado.

—¡Escucha traidor, más que traidor imbécil! Este revólver tiene seis balas. Antes que llegues a casarte con esa aventurera, cinco de ellas te las meteré en la cabeza y la última será para mí.

Después le cogió por un brazo, abrió la puerta, le empujó con violencia fuera y volvió a cerrarla.

Alfonso se tambaleó, pero no cayó materialmente, aunque espiritualmente rodaba por los abismos. Todo estaba perdido. Conocía bien a su padre y sabía de lo que era capaz. En aquel instante, aniquilado, deshecho, perdida toda esperanza, no vió más que una solución: La muerte.

Subió a saltos la escalera de la torre y se lanzó a uno de los balcones para arrojarse por él. Pero miró al suelo y comprendió que no era bastante altura para matarse, sino para quedar malamente lisiado. Entonces paseó la mirada por la estancia y acertó a ver la cuerda de un baúl medio escondida en uno de los rincones. Rápidamente la tomó, hizo un nudo corredizo, se subió sobre una silla, la amarró a uno de los más grandes clavos que la viga tenía, metió la cabeza dentro del lazo y se dejó caer.

En aquel mismo instante se abrió la puerta y apareció la vieja Angustias, a cuyos oídos habían llegado las voces amenazadoras de don Enrique y subía a consolar al pobre chico. Al verle colgado dió un grito, corrió hacia él y lo suspendió; pero como no podía hacer más que eso comenzó a gritar pidiendo socorro tan desaforadamente, que al instante acudieron los criados y don Enrique mismo. Fué un momento de espanto y confusión. Todos pensaban que estaba muerto. Cuando le desembarazaron de la cuerda y le bajaron don Enrique le tomó entre sus brazos y comenzó a besarle frenéticamente.

—¡Hijo mío! ¡Hijo del alma!... Yo te he matado... ¡Qué horror!

Pero uno de los criados, que no había perdido la serenidad, dijo:

—El señorito no está muerto.

Pronto se convencieron con alegría de que sólo estaba desmayado: respiraba y latía su corazón. Don Enrique le bajó en sus brazos hasta la cama, le rociaron las sienes con colonia, le friccionaron y al cabo de unos minutos abrió los ojos. Don Enrique, ebrio de alegría y un poco

avergonzado, le prodigó cuidados exquisitos como pudiera hacerlo la madre más cariñosa. Le hicieron beber una copa de jerez, y quisieron desnudarle y meterle entre sábanas, pero él se opuso.

—No quiero acostarme—dijo—. Dejadme solamente reposar un rato. Dejadme, quiero dormir.

Cumpliendo sus deseos todos se retiraron de la alcoba, los criados comentando en voz baja aquel triste suceso, don Enrique, decaído, presa de muy encontrados sentimientos. Se retiró a su despacho, y otra vez comenzó a dar vueltas por él. Deploraba amargamente el arrebato de su hijo, y se maravillaba de que aquel devaneo amoroso de tan corta duración todavía, le hubiera trastornado hasta conducirle al suicidio. Por otra parte permanecía fuertemente irritado contra él, le llamaba majadero y estúpido infinitas veces. ¿Qué haría en aquella ocasión? ¿Le dejaría casarse? ¿Qué dirían su amigo Sarabia y la angelical Ana María, que ya amaba como una hija? Pero si se negaba, aquel imbécil sería capaz de ahorcarse o de darse un tiro.

La agitación del buen caballero era tan viva y dolorosa que acabó por rendirle. Se dejó caer en una butaca, estuvo largo rato con los ojos abiertos en dolorosa y acongojada meditación, y al cabo, vencido por el sueño y la fatiga, quedó traspuesto. No fué más que un instante. Cuando despertó se alzó vivamente y quiso ver cómo se hallaba su hijo. Se dirigió a su alcoba, se acercó a la cama y con gran sorpresa advirtió que no se hallaba en ella. Pensó que podía haber subido a la torre y allá se fué, pero no le encontró. Preguntó a los criados: nadie le había visto. Recorrió el jardín por si se le había antojado reposar en uno de sus bancos: tampoco pudo hallar-

le. Entonces, con profunda emoción, comprendió que había huído de la casa.

Más abatido ahora que antes volvió a su despacho y de nuevo se dejó caer en la butaca. ¡Qué tristeza!, ¡qué dolor! Su hijo no le perdonaba; su hijo le tenía miedo. Largo rato permaneció inmóvil con los ojos abiertos escuchando su propio pensamiento, que daba vueltas por el cerebro enloquecido. Sentía el corazón apretado: hubo un instante en que temió ahogarse; le faltaba la respiración. Abrió los balcones y aspiró ansiosamente el aire. Después, tomando el sombrero salió de casa y a paso vivo, casi a la carrera, principió a caminar, esperando que, como otras veces, el violento ejercicio calmaría sus nervios. Siguió por el solitario y delicioso camino de la *Fuente del Avellano*. Marchaba, repetimos, con el ímpetu de un soldado que carga sobre el enemigo a la bayoneta. De pronto, en uno de los recodos del camino se encontró de frente con Sarabia y sus hijas, que a paso lento venían paseando de vuelta ya para la ciudad. Quedó inmóvil, clavado al suelo. Ana María dejó escapar un grito ahogado, y dando hacia él unos pasos precipitados cayó en sus brazos sollozando. El buen caballero la apretó contra su pecho y la besó tiernamente en la mejilla. Sarabia se acercó y tomándole una mano le dijo estas sencillas palabras:

—Yo no le daba mi hija por él, sino por ti.

—¡Lo sé, Manuel!—respondió el caballero devolviéndole con fuerza el apretón de manos.

Ninguna palabra más se cambió entre ellos. Aguilar se volvió acompañándoles. Marchaba delante abrazando por la espalda a la hermosa niña, que lloraba sin cesar. Lloraba también el caballero, lloraba Julia;

y el buen Sarabia, viendo a sus hijas llorar, también lloraba.

Dejadlos marchar. El Cielo no tardará en pedir cuenta de aquellas lágrimas.

VII

Temeroso e irritado a la vez por la dureza de su padre, Alfonso huyó de la casa secretamente y corrió a refugiarse en la de su tío Perico. Ya no pensó en el suicidio, sino en los medios de burlar aquella brutal oposición y lograr lo que tan ardientemente deseaba. El *Tornadizo*, con quien comunicó lo que acababa de suceder, quedó consternado y pensativo, fluctuando entre muy distintas y encontradas intenciones. De un lado estaba el medroso respeto que Aguilar le había inspirado siempre y al mismo tiempo, la afectuosa estimación que sentía por Sarabia y su hija, la prometida de Alfonso. Mas por otra parte, no podía menos de condenar severamente los bárbaros extremos a que su cuñado había llegado con aquel pobre chico, que le habían arrastrado nada menos que a quitarse la vida. La pasión romántica de este muchacho le admirada, era verdaderamente legendaria, digna de aquel siglo de amor y de heroísmo que precedió a la ruina de Granada; el trágico suicidio le traía a la memoria la vehemencia apasionada, la impetuosidad caballeresca, el desprecio de la vida que caracterizaba a sus gloriosos antepasados, aquellos insig-

nes Venegas que servían de ornamento a la corte de los reyes Nasiritas.

—Yo no puedo aprobar, querido sobrino, tu decisión de romper el compromiso que te liga a la hermosa niña de Sarabia, pero sé que en nuestros afectos no podemos mandar. Te has enamorado repentinamente de otra mujer. Es propio de la juventud y de los temperamentos exaltados como el tuyo. Llevas en la sangre los ardientes y súbitos impulsos del corazón, la imaginación poética, la galantería caballeresca que caracterizaba a tus abuelos y los míos. Tu repentina pasión me hace recordar las intrigas galantes, los celos, las traiciones amorosas que han llenado la historia de la corte granadina en los tiempos gloriosos de nuestra ciudad.

—¿Conoce usted, tío, a la hija del pintor Izquierdo, de quien estoy enamorado?

—Sí; la he visto varias veces. Es realmente la bella Zoraya, es la divina *Romia* que sale de la tumba para despertar de nuevo la admiración de la corte. Su padre no ha podido encontrar mejor modelo de doña Isabel de Solís para el cuadro que proyecta y que mucho me interesa.

Observando a su tío en tan buenas disposiciones, le insinuó la idea de que fuese a visitar a su padre y le redujese, por medio de sabias reflexiones, a consentir en su unión con la divina *Romia*.

El *Tornadizo* se puso serio y comenzó a rascar su cabeza arábiga.

—Mira, Alfonsito, lo que me propones es grave. Los parientes somos los que menos influencia ejercemos en casos parecidos. Además, en la violenta disposición en que tu padre se ha colocado, juzgo punto menos que im-

posible el convencerle. Al punto en que han llegado las cosas, no tienes más remedio que ampararte en la ley. Tú eres ya abogado y debes saber lo que procede para lograr tu propósito. Y si tú no te consideras con bastante ciencia y experiencia para llevar el asunto a feliz término, mejor será que te confíes a una persona competente que te vaya guiando.

En realidad, el guerrero árabe tenía un miedo loco al guerrero cristiano. Así lo comprendió Alfonso y se puso a idear a qué hombre de ley podría confiar el asunto. Necesitaba un abogado y al mismo tiempo un amigo. Entonces pensó en su condiscípulo Ordóñez, aquel famoso *Quasimodo* que en los comienzos de esta historia tomó parte activa en su divertida coronación. Ordóñez era el alumno más brillante que había salido de la Universidad por aquel tiempo; premios, matrículas de honor durante toda la carrera y por fin, al terminarla, el premio extraordinario de la licenciatura. Desde algún tiempo antes trabajaba ya en el bufete del más reputado abogado de Granada. Al hacerse licenciado fué su primer pasante, el que realmente llevaba el peso de los negocios. A éste determinó dirigirse pidiendo luces y ayuda. Antes envió secretamente un recado a la vieja Angustias para que, sin que su padre se enterase, le mandase su ropa y sus efectos. Angustias no se atrevió hacerlo a escondidas y desde luego lo puso con tímida vacilación en conocimiento de su amo. El desgraciado padre ningún obstáculo hizo a ello. Se hallaba tan triste y abatido, que ni un átomo de cólera le había quedado en el alma.

Ordóñez era hijo de un modesto empleado de la Diputación Provincial, que con su pequeño sueldo había lo-

grado trabajosamente darle carrera. El chico, con su aplicación y despejo natural, había respondido cumplidamente al sacrificio de sus padres, les llenaba de orgullo y les hacía concebir grandes esperanzas. Habitaba en un pisito de la calle de Elvira. Allá se fué Alfonso al día siguiente del infausto suceso que acabamos de narrar, calculando la hora en que su amigo pudiera hallarse libre y desocupado. La sorpresa de éste fué grande al verle entrar, pues jamás el hijo de don Enrique Aguilar había puesto el pie en su casa. Era un interior modestísimo, pero donde la limpieza y el orden suplían gratamente al brillo de la riqueza. Ordóñez estaba en su cuarto, que era la pieza mejor de la casa, y le servía al mismo tiempo de dormitorio y despacho. El lecho, con una bonita colcha, encima de la cabecera un crucifijo de marfil, una mesa charolada de escribir, un reloj con caja de madera, dos butacas, un sofá y algunas sillas. Ordóñez, que se hallaba sentado escribiendo, se levantó con presteza al anunciarle su madre la visita del poeta.

—¡Hola, Alfonsito!—exclamó abrazándole cordialmente—. ¡Cuánto me alegro de verte! ¿Qué vientos te traen por aquí?... Siéntate, querido.

Cuando se hubo sentado y después de las primeras expansiones que aquel encuentro en ambos despertaba, Alfonso le puso al corriente de su caso, omitiendo desde luego lo referente al abortado suicidio, porque le avergonzaba y porque no hacía falta.

—El caso es bien claro, querido, y no necesitabas venir a consultarme, pues sabes lo que hay sobre el particular lo mismo que yo. Tienes veintitrés años; no te hace falta el consentimiento de tu padre, sino el consejo. Se le pide, y pasados tres meses, si no ha queri-

do darlo, quedas habilitado para contraer matrimonio.

—Cierto; lo sabía..., pero es el caso que para pedir el consejo deseo que vaya un amigo y a la vez una persona inteligente... Y he pensado en ti.

Ordóñez guardó silencio y quedó pensativo unos instantes.

—Yo, querido Alfonso, carezco de representación para una ocasión semejante. Mejor será que busques un hombre de más edad y prestigio... ¿Por qué no le envías a tu tío don Pedro Venegas?

—¡Oh!, mi tío no puede ir porque teme reñir con mi padre... ¿Qué te parece si hablase a mi amigo Paco Garrido y fueseis tú y él reunidos?

—Eso ya lo encuentro mejor. Garrido es joven, pero por su formalidad y sobre todo por su dinero se le respeta en la población.

Pronto quedó todo convenido y arreglado. Cuando Alfonso hubiera determinado el día y la hora se lo haría saber con la debida anticipación.

Entonces, por no aparecer egoísta y tenerle más propicio se puso a hacerle amables preguntas. ¿Qué vida hacía? ¿Trabajaba mucho? ¿Estaba bien recompensado? ¿Cuáles eran sus esperanzas?

Ordóñez le enteró de que trabajaba duramente en el bufete de su abogado... El sueldo era reducido, pero adquiría práctica en el ejercicio de la abogacía; esto le había de servir en lo futuro.

—Yo podría quedarme en Granada y esperar que, andando el tiempo, llegase a ser conocido y ponerme en situación de abrir bufete... Pero esto es largo; prefiero prepararme para unas oposiciones a la judicatura o a los registros de la propiedad... Porque, te diré en confianza,

puesto que eres un antiguo amigo, que tengo novia y pienso en el matrimonio.

Aquí se ruborizó un poco el buen Quasimodo.

Alfonso quedó sorprendido. No era fácil imaginar cómo aquel chico sabihondo y contrahecho había podido hallar pareja con quien compartir las dulzuras del amor. Sin embargo, disimuló su sorpresa y abrazándole le dió con toda cordialidad la enhorabuena.

—¡Muy bien, querido Ordóñez, muy bien! Los dos vamos a caer pronto en los brazos de Himeneo. ¿Y cuál es, si se puede saber, la deidad que ha logrado postrar a sus pies a un hombre tan sabio y formal?

Ordóñez se puso otra vez colorado, y después de vacilar unos instantes:

—¿Te acuerdas, Alfonso, de aquella joven que poco antes de terminar nuestra carrera, el día que publicaste en *El Defensor* una poesía, te puso sobre la cabeza una corona de laurel obligada por nosotros delante de la Universidad?

—¡Pues no me he de acordar!... Me acordaré toda la vida.

—Pues esa es mi novia.

—¿Pero chico, qué me dices? ¡Si es una preciosidad! ¡Si no hay niña más hermosa en toda Granada!... Déjame abrazarte, hombre feliz. Todo te lo mereces tú, pero bien puedes llamarte un hombre afortunado... ¿Y desde cuándo datan esas relaciones?

—Pues desde hace bastante tiempo. Aquel día mismo de tu coronación quedé flechado. Averigüé dónde vivía, averigüé el taller donde trabajaba y me puse a seguirla.

—¿Cómo se llama?

—Se llama Concha, pero se la conoce en el barrio por Conchita la *Zapatillera*... No vayas a creer—añadió bajando la voz y ahuecándola—que hace zapatillas.

—Hombre, eso no tiene importancia. Se puede hacer zapatillas y ser una persona muy digna.

—De todos modos, ella no las hace; son sus padres los zapatilleros; ella es modista y muy notable, según dicen... Pero, si Dios quiere, no lo será mucho tiempo. En cuanto yo logre adquirir una posición independiente me daré el gusto de hacerla una señora.

Alfonso asintió con vehemencia a tan sabia y virtuosa intención y Quasimodo desbordó su pecho con interminables y efusivas confidencias. De ellas dedujo el joven poeta, como ya lo había imaginado, que el negocio no había marchado sobre ruedas y que a su amigo no le bastó como a César, llegar, ver y vencer.

En efecto, así que la bella Conchita se dió cuenta de que aquel mancebo contrahecho la seguía con intención de hacerle la corte, experimentó tanta sorpresa como indignación. ¿Cómo? Atreverse un jorobado a requerirla de amores, y pensar que ella, la chica más festejada del barrio, pudiera aceptarlo por novio, era tan inaudito, tan ofensivo, tan monstruoso, que le costaba trabajo creerlo. Naturalmente, el pobre Quasimodo pudo comprobar durante muchos días que sus gracias personales no ejercían impresión alguna sobre la hermosa zapatillera. Miradas despreciativas, pulverizantes, bufidos, rechinamiento de dientes, hasta palabras insultantes volviendo hacia otro lado la cabeza; no le faltaba más que morderle, como hacen las perras con los perros demasiado insinuantes. Pero Ordóñez era lo que se llama «un carácter»; siempre lo había sido, y a esto se debían sus

éxitos universitarios; entereza y tenacidad. No se dió por vencido; la siguió imperturbable esperándola cerca de su casa cuando salía de casa y cerca del taller cuando salía del taller. Los padres de ella, que se dieron cuenta como todo el barrio, de aquella infatigable persecución, se informaron de quién era el joven contrahecho que pretendía a su hija. Y como su categoría era superior a la de ella, pues no procedía de una familia de artesanos, sino que era hijo de un empleado que gastaba levita, y como supieron que aquel muchacho era abogado, que tenía mucho talento y se le auguraba un brillante porvenir, y sobre todo como no eran ellos los que habían de casarse, le tomaron bajo su protección y trabajaron con ahinco para que su hija lo aceptase. Pero ésta se revolvía furiosa contra sus consejos e insinuaciones.

—¡Pero madre!—exclamaba—. ¿Quiere usted casar a su hija con un jorobado?

—Hija mía, ese muchacho no es jorobado, su única falta consiste en que tiene un hombro más alto que el otro.

—¡Tan alto, que le tapa de un lado la cabeza!

—Pero si le miras a la cara no es feo.

—¡Yo no tengo ganas de mirarle a la cara! Me basta ver su figura. ¡Es un *cacaseno!*

Guta cavat lapidem. Tanto machacaron sobre ella los padres, los parientes y los amigos, que lograron ablandarla y por fin vencer del todo su resistencia. La hermosa Conchita, como quien traga una pócima, se avino a ponerle buena cara, a escuchar sus ternezas y a dejarse acompañar por él las tardes de los domingos. A la hora presente las relaciones se habían formalizado y la zapatillera esperaba, sin gran impaciencia, la hora en que

pudieran llamarla señora jueza o señora registradora. *Cacaseno* había vencido.

Alfonso se retiró de la casa sonriendo irónicamente de aquellos grotescos amores. ¡Cuán diferentes los suyos, tan románticos, tan interesantes, tan exquisitos! Y desde allí se fué derechamente a la de su amigo Paco Garrido. La amistad con éste se había enfriado, pero no extinguido. No se buscaban como antes, pero cuando se encontraban en la calle o el paseo se hablaban con afectada amabilidad, tratando de ocultar el montoncito de nieve que entre los dos había caído.

Paco, al verle entrar en su despacho, se apartó vivamente de la mesa en que trabajaba y vino hacia él sorprendido, solícito, estrechándole la mano con gesto afectuoso.

—¿Qué te traes a estas horas por aquí, guapo?

Alfonso le expresó en voz baja, casi al oído, su negocio.

Paco le miró a la cara con asombro.

—¿Pero es que renuncias a casarte con la hija de Sarabia?

—No hay más remedio, querido. Reconociendo todas sus cualidades debo confesarte que no es mi tipo. En esa otra mujer he hallado el ideal con que siempre he soñado.

En los labios de Paco se esbozó una sonrisa donde había un poquito de desprecio, otro poquito de admiración y otro de burla.

—Pues la niña es un bocado exquisito y servido en bandeja de oro—repuso alzando los hombros—. Pero, en fin, si a ti no te gusta ese dulce casero y prefieres otro más fino, no hablemos más del asunto.

Convinieron en que uno de aquellos días se reuniría con Ordóñez y ambos irían a demandar a don Enrique el consentimiento para el matrimonio. Mientras duró su conversación no se le cayó a Paco de los labios aquella sonrisa compleja, y aun después que se hubieron despedido, allí permaneció colgada largo tiempo, hasta que al fin se trasladó a la lengua, que murmuró compasivamente:

—¡Pobre chico, qué majadero es!

Alfonso pidió sin ceremonia la mano de Alicia a su padre el señor Izquierdo, quien con igual franqueza se la otorgó en el acto y con ella un bok de cerveza y emparedados de jamón. Alicia se hizo un poco remilgada, pero fué cosa de un instante.

Don Enrique Aguilar recibió a los emisarios con altanera indiferencia y monosilábicamente otorgó su consentimiento, despidiéndolos después silenciosa y ceremoniosamente.

Veinte días después se celebraba la boda, sin aparato alguno, en una de las iglesias de Granada. Fué madrina la señora de Bermejillo, amiga de la novia, y padrino don Pedro Venegas, tío del novio. Asistieron algunos amigos de éste y pocas amigas de aquélla. Después hubo una comida íntima en el hotel. Asistieron, como es natural, Paco Garrido y Ordóñez.

Alfonso trasladó sus bártulos al hotel. Se escogió la mejor habitación para los novios y allí se instalaron, no hay para qué decir, deliciosamente. ¡Horas de dulce embriaguez, de voluptuosidad y poesía!

Alfonso nadaba en el séptimo cielo. Pero de allí vino a tirarle de las piernas el propietario del hotel, presentándole una cuenta de importancia. Era el hospedaje,

no sólo de él y su esposa, sino el de ésta y su padre antes de celebrarse el matrimonio. El joven poeta quedó estupefacto.

—Pero esta cuenta debe abonarla el señor Izquierdo.

—Así lo pensaba yo y se la he presentado, pero me ha dicho que era usted el encargado de liquidarla.

Guardó silencio unos segundos.

—Bien; en este momento no tengo disponible esa cantidad, pero mañana o pasado podré abonarla.

Dolorido, confuso y avergonzado, sin atreverse a decir una palabra ni a su esposa ni a su suegro, fué a la ciudad dirigiéndose a la casa de un prestamista, con fama bien extendida de usurero, y allí realizó una desastrosa operación mercantil. Se comprometió a entregar el doble de la cantidad recibida más los intereses cuando fuese dueño de la herencia de su padre.

Aquel jarro de agua helada un poco enfrió los ardores de su fiebre amorosa; mas pronto volvió a elevarse la temperatura. Olvidado de todo siguió la dulce embriaguez y el loco entusiasmo.

No fué solamente aquella desagradable sorpresa la que empañó un instante el cristal de su dicha Otros copitos de nieve fueron cayendo sucesivamente sobre el fuego de su pasión. Días antes de realizarse el matrimonio, había visto en la partida de nacimiento de Alicia que ésta no era tan joven como suponía; contaba ya veintisiete años, esto es, cuatro más que él. No fué un descubrimiento agradable. Tampoco lo fué el oirle decir que Paco Garrido era un joven muy simpático. Esto le dejó altamente sorprendido. ¿Era posible que un ser tan refinado y exquisito, tan delicado y romántico como su adorada esposa, hallase simpático a un mozallón ordina-

rio, ignorante, prototipo de la más prosaica vulgaridad? Cuando se lo manifestó no supo qué responder ni se atrevió a poner a ello reparo. Era su amigo de la infancia, le acababa de hacer un servicio señalado y le parecía innoble emitir el desdeñoso concepto que le inspiraba. Pero la extravagante opinión de su esposa le mortificaba tanto como le sorprendía y humillaba.

Paco Garrido, testigo de la boda, comenzó a visitarles a menudo, volvió a ser el camarada del marido y por consiguiente el íntimo también de la familia. Alicia le recibía con agrado, pero su padre con verdadero júbilo, le abrazaba, le invitaba a almorzar, le regalaba cigarros, le hacía beber *champagne* (por supuesto a expensas de su yerno) y se mostraba con él tan alegre y dichoso que era un placer verles reunidos para cualquiera menos para nuestro héroe Alfonso, que tragaba saliva cada vez que los hallaba en gozosa compañía. Izquierdo, que tuvo conocimiento de su fortuna y de la maravillosa habilidad que desplegaba en los negocios, le dedicó tanta admiración como respeto. No se hartaba de mirarle y escucharle con profunda veneración cuando el hijo de don Crispín barajaba, charlando, los miles de duros cual si fuesen papeles de fumar.

El pintor Izquierdo aún no había comenzado su famoso cuadro *Las bodas de Muley Hacem*, pero en breve lo comenzaría; inquiría datos, consultaba archivos, estudiaba paisajes, fumaba buenos cigarros y piropeaba a las lindas muchachas que tropezaba en la calle. Por lo tanto, nadie dudaba que aquel cuadro sería el pasmo de Granada, dejaría completamente oscurecido al de la *Rendición de Granada* que Pradilla acababa de pintar. Pero quien con fe más viva creía en el ruidoso éxito del pro-

yectado lienzo era don Pedro Venegas el *Tornadizo:* no se fatigaba el marroquí caballero de suministrar a su ilustre amigo cuantos datos y noticias pudieran convenirle, tanto materiales como espirituales, pedruscos, esmaltes, vasijas, enseres, leyendas, inscripciones, anécdotas, etc. De todo ello tomaba nota con particular respeto el pintor en su cuaderno de apuntes y con igual unción se bebía después la botella de *amontillado* que Venegas nunca dejaba de ofrecerle en sus visitas arqueológicas.

Alfonso, rebosando de dicha durante aquellos venturosos meses que siguieron a su enlace, ébrio de amor y poesía, olvidando los tristes sucesos que le habían precedido, la cólera irreductible de su padre, el dolor de su novia, la indignación de Sarabia, la hostilidad de todos los conocidos, su conato de suicidio, no quiso aparecer como un hombre vulgar ante los ojos de su adorado dueño y determinó dar un golpe maestro que le alzase no sólo en su concepto, sino en el de toda la población. Se propuso publicar un volumen de poesías. Algunas tenía esparcidas por los periódicos, pero la mayor parte de ellas no le satisfacían. Escogió las que parecieron mejores y se puso a escribir con entusiasmo las que faltaban para completar el libro. Se acordó de aquella profecía de su tío en el *Carmen de los Angeles* la tarde en que se celebraba la fiesta de Ana María. «Tú serás el poeta de los cármenes de Granada» y resolvió poner a su libro este título original y pintoresco: *Los Cármenes de Granada*. Alicia, con quien comunicó inmediatamente su proyecto, lo aplaudió y le alentó calurosamente a llevarlo a término. Por las mañanas, mientras ésta se hallaba dulcemente dormida y su padre roncaba estrepitosamente en el cuarto contiguo, nuestro poeta coloca-

ba una mesita frente a la ventana y escuchando los trinos de los pájaros en la enramada, respirando la brisa matinal y recibiendo la caricia de los primeros rayos solares pedía inspiración a las musas.

De este poético ensueño vino a sacarle por segunda vez un soplo helado de sórdida prosa. El gerente del hotel le presentó nuevamente una nota más crecida que la anterior y con ella otras varias nada leves de modistas, zapateros, perfumistas, etc. Por segunda vez se vió necesitado a apelar al préstamo del usurero. Ahora le costó mucho más trabajo y mayores sacrificios el obtenerlo. Pudo comprender que una tercera vez sería imposible y tembló pensando en lo que entonces sucedería.

Un suceso bien desgraciado vino a sacarle de aquel angustioso apuro. Don Enrique Aguilar, que no se había reconciliado con su hijo, vivió aquellos meses triste y abatido, huía de los amigos, no asistía al casino, paseaba solo por los sitios menos frecuentados, su salud se había resentido. Una tarde, llegando del paseo se sintió indispuesto, se tendió en la cama y ordenó a Angustias que le hiciese una taza de te. Cuando la vieja servidora llegó con ella le encontró muerto. Los médicos certificaron que una angina de pecho le había privado de la vida.

Se avisó inmediatamente a Alfonso. Este, arrebatado, convulso, se abrazó al cadáver de su padre y sollozando perdidamente le besó con frenesí. El corazón comenzó a hablar en aquellos momentos y su voz misteriosa le dijo algo que por un instante le dejó horrorizado. En cuanto a Alicia no se tomó el trabajo de disimular; acogió el suceso con glacial indiferencia, donde se trasparentaba

verdadera satisfacción. Alfonso no pudo menos de advertirlo.

Vinieron los jóvenes esposos a instalarse en la casa solariega de los Aguilar y con ellos el futuro pintor del famoso cuadro *Las Bodas de Muley Hacem,* quien escogió para su estudio la pieza más amplia de la casa, dejando suponer que esto y más necesitaba para las enormes dimensiones que pensaba dar a su lienzo. Y con más tranquilidad que antes, el insigne pintor pudo dedicarse entonces a adquirir datos, a consultar archivos, a estudiar monumentos, a beber cerveza y a fumar aromáticos cigarros. También Alfonso, libre por el momento de cuidados materiales, se dedicó a pergeñar el volumen de poesías que se prometía dar a la estampa.

Alicia, reina y señora de aquella mansión nobiliaria, se mostró desde luego caprichosa y despótica, como una sultana favorita; desterró muebles viejos, compró otros flamantes, tiró tabiques, pintó, tapizó, decoró a su gusto la vetusta morada y la dejó en poco tiempo completamente transformada. Todo esto, como debe suponerse, exigía mucho dinero. Alfonso no lo tenía; para adquirirlo hubo necesidad de vender algunas fincas, hipotecar otras. No se le ocultaba la gravedad de estos pasos, pero se hallaba tan dominado por su bella esposa, que no se atrevió a protestar de sus caprichos ni siquiera a dirigirle observación alguna.

No mucho tiempo después de hallarse instalados en aquella casa, un día en que Alfonso se entregaba a la grata tarea de rimar versos llamó a la puerta de su despacho la vieja Angustias. Alfonso observó con sorpresa sus ojos llorosos y su fisonomía descompuesta.

—¿Qué te pasa, Angustias?

—¡Qué me ha de pasar, Alfonsito!—exclamó su vieja niñera sollozando—. Que la señora acaba de despedirme, de ponerme en la calle.

Alfonso quedó consternado.

—¡Eso no puede ser!

—Sí, puede ser... Verás tú... Ella no me quería, me miraba con malos ojos desde que puso los pies en esta casa. Te juro, Alfonsito, que yo no le di motivo para ello, al contrario, en cuanto aquí vinisteis y fuisteis los señores después que Dios se llevó a tu buen padre... ¡Oh, qué gran caballero perdió el mundo!... Desde que ella fué la señora hice todo cuanto estaba de mi parte por darle gusto, por complacerla, por obedecerla y porque los demás criados la obedecieran. Pues a pesar de ello nunca tuvo para mí una buena palabra, siempre seria, siempre callada. Yo la saludaba, como hacía con tu padre, mi buen señor... ¡Oh, qué gran caballero se llevó Dios!... Yo le decía por la mañana cuando entraba en el comedor: Buenos días, señora, ¿cómo ha descansado la señora? Pero ella volvía la cabeza sin contestarme, hasta que a los pocos días me dijo secamente que no estaba acostumbrada a que los criados le dirigiesen la palabra cuando no les preguntaba... ¡Ya ves tú, Alfonsito, qué mal hay en informarse de la salud de los señores!... Si yo mandaba a la doncella que abriese los balcones, ella mandaba en seguida que los cerrase; si decía al jardinero que recogiese la fruta que había caído, ella le ordenaba que la dejase donde estaba; si yo encargaba a la planchadora que puesiese menos almidón en los embozos de las sábanas, ella le decía en voz alta que no hiciese caso de mí para nada. En fin, querido, que cuanto yo hacía y decía le parecía muy mal y me trataba con el mayor

desprecio... Hace un rato, Marcela, la cocinera, vino de la compra y trajo un gran trozo de carne para *rosbif,* como la señora le había encargado. Pues se puso furiosa, diciendo que ella le había mandado traer solomillo para *bistek*. No era verdad; yo misma le había oído encargarle la carne para el *rosbif*... La pobre Marcela estaba apuradísima; reventaba con la verdad; estaba muy cerca de llorar... Entonces yo me atreví a decir: «—Me parece que la señora está equivocada; lo que le pidió al salir a la compra fué carne para el *rosbif*.» ¡Nunca lo hubiera hecho! Se revolvió contra mí como un basilisco, me trató como a la suela de un zapato, y dijo que ni la cocinera ni yo teníamos vergüenza, que estábamos demás en su casa y en aquel momento las dos estábamos despedidas...

—¿Solamente por eso?

—Nada más que por eso. Te lo puedo jurar por la gloria de tu padre, mi señor.

Alfonso guardó silencio, revelando en su rostro profundo enojo.

—Yo no puedo imponer mi voluntad a la señora en este asunto, Angustias—dijo al cabo sordamente—. Las amas de casa tienen derecho a elegir la servidumbre. Los hombres no podemos ni debemos mezclarnos en estos detalles domésticos que les incumben por completo... Pero lo que sí puedo hacer y lo haré seguramente es impedir que quedes abandonada, después de haber sido tantos años una servidora fiel de nuestra familia. Ve a casa de tu prima Engracia. No tardaré yo en pasar por allí y te dejaré lo suficiente para vivir o te buscaré una colocación adecuada a tus años.

—Gracias, Alfonsito... Dios te lo pague... ¡Pero salir

de esta casa donde entré cuando era una niña!... ¡Dios mío, se me parte el corazón!

La pobre mujer sollozaba sin consuelo. A Alfonso le costaba gran trabajo reprimir la cólera que le agitaba. Pudo, sin embargo, hallar palabras cariñosas de consuelo para su vieja niñera, a quien prometió repetidas veces ir a verla aquella misma tarde.

Cuando la hubo despedido a la puerta del despacho, de nuevo se sentó, apoyó los codos en la mesa y metió la cabeza entre las manos.

VIII

Cuando la fiebre llega a sus mayores extremos, o muere el enfermo o empieza a remitir. La pasión voluptuosa de Alfonso, que él juzgaba ideal y romántica, había llegado a su período álgido, hizo crisis, se detuvo, y lentamente comenzó a descender. La Providencia, actuando de médico, precipitó este descenso, propinándole algunas píldoras de quinina espiritual.

Se paseaban cierta tarde apacible del mes de mayo por el Salón. Paco Garrido se acercó a ellos, y poco después se sentaron los tres en uno de los bancos. No tardó en pararse delante la señora de Bermejillo, la amiga de Alicia, que le había servido de madrina en su matrimonio. Paseaba en compañía de otras damas.

—Si me dejáis un rinconcito me siento a vuestro lado. Estoy cansadísima.

Acomodóse, en efecto, entre ellos y se puso a charlar animadamente con Alfonso, pues era la dama harto locuaz y presumía de graciosa. Se hallaba persuadida de que había representado con aquellos chicos el papel de Providencia, que le debían su felicidad y por ello se sentía orgullosísima. Alfonso no la juzgaba extremadamente ingeniosa ni pensaba tampoco que hubiera jugado

papel tan principal en su enlace, pero hacía figura de creerlo, y realmente le estaba agradecido. Alicia hablaba con Paco.

Como la charla de la Bermejillo no le interesaba, Alfonso hacía signos de asentimiento pensando en otra cosa. Por eso, aun sin proponérselo, pudo escuchar algo de lo que su esposa y Paco Garrido hablaban. Y no dejó de sorprenderle el tema de la conversación. Paco explicaba a Alicia lo que era la deuda flotante y la consolidada, el papel amortizable, las obligaciones de ferrocarriles, las cédulas hipotecarias, etc., en fin, todo el mecanismo rentístico que tan profundamente él conocía. Alicia parecía hallarse interesadísima; le hacía pregunta sobre pregunta, mostrando un afán fervoroso de catecúmeno ávido, bebiendo ansiosamente la ciencia bursátil. Alfonso, con poco disimulo ya, puso el oído atento a aquella extravagante plática y quedó sorprendido, pero más indignado aún que sorprendido. Le acometió un sentimiento de repugnancia, casi de asco. ¡Cómo! ¿Qué significaba aquéllo? No podía imaginar que su esposa se interesara por cosa que él mismo había despreciado siempre, que la bella, la romántica, la exquisita Zoraya se entusiasmase con tal abatida prosa. Guardó, no obstante, en el fondo del pecho aquel desencanto. La temperatura comenzó a bajar.

Otra causa más eficaz había para que descendiese. Los gastos de la sultana eran cada día más excesivos. Las reformas en la casa, los trajes, las excursiones, la abundancia y esplendidez de la mesa, no guardaban relación alguna con la modesta fortuna de su marido. Los apuros económicos de éste, por lo tanto, eran angustiosos. Para subvenir a tales prodigalidades se había visto ya nece-

sitado a hipotecar algunas de sus fincas. Por vergüenza, por timidez y por hallarse todavía preso en las redes de su pasión, no osaba oponerse a los caprichos de su esposa. Su alegre padre de ésta, el gallardo, el amable, el magnífico Muley Hacem, disfrutaba de aquella abundancia con toda holgura y comodidad, gozaba tranquilo de la vida, bebía los mejores vinos, fumaba los mejores cigarros, encargaba sus trajes y camisas a Madrid, se paseaba en coche y hacía frecuentes correrías amorosas por los barrios bajos de Granada. Alfonso estaba seguro de que una gran parte del dinero que Alicia le pedía pasaba pronto, de sus bellas manos, a las del gentil y provecto seductor.

La cólera se iba amontonando poco a poco en su pecho, una rabia furiosa le mordía; no podía ver a su gallardo suegro balanceándose en un coche de alquiler, con un magnífico veguero entre los dientes, sin que los suyos rechinasen y la bilis le subiese a la garganta. Algunas veces le encontraba sentado delante de un café de Puerta Real, con tres o cuatro amigos que se había echado a última hora, alegres y felices compadres, muy contentos, como él, de haber nacido.

—Alfonsito, querido, ¿dónde te vas a esta hora? Atraca, guapo, y echa el ancla... Te convido a una copita de champán... ¡Eh, chico! (sonando las palmas), tráete una botella de la Viuda...

Alfonso sonreía como el conejo, haciendo de tripas corazón, pero con unas tripas tan malas que no sabemos cómo no se le salían por la boca. El espléndido suegro le convidaba con su propio dinero.

Al fin llegó el momento en que la presión hizo estallar la caldera. Los seres débiles no saben emplear a tiempo

la energía, ni conducirla, ni hacerla eficaz. Una cuenta insignificante bastó para producir la explosión. Con el papel en la mano entró en la habitación donde se hallaba su esposa; entró con el rostro tan contraído que ésta le miró sorprendida.

—Deseo saber, Alicia, qué significa esta nueva cuenta de la modista, después de las muchas y crecidas que voy abonando desde hace poco tiempo. Yo no pienso que tú te halles en la persuasión de que podemos vivir sin medida y sin atender a los recursos de que disponemos. ¿Te figuras, quizá, que puedes tirar el dinero a manos llenas?

Alicia le clavó una mirada desdeñosa, tardó unos instantes en responder y al cabo pronunció con grave acento altanero:

—¿Y tú te figuras que yo voy a andar desnuda?

El rostro de Alfonso se contrajo aún más. Su voz salió ronca.

—No puedo figurármelo, porque si salieses desnuda a la calle te llevarían a la cárcel o al manicomio.

Alicia siguió mirándole con el mismo desprecio. Tardó otro poco en contestar.

—Bueno... ¿y qué?

—Pues que no puedo permitir que me arruines y que estoy resuelto a que de aquí en adelante vivas con arreglo a tu categoría.

—Dirás con arreglo a la tuya, porque la mía es más alta.

El orgullo aristocrático salió encendido a la boca del joven y exclamó ciego de cólera:

—¡Cómo! ¿Tu categoría superior a la mía, tú, la hija de un pintamonas y de una bailarina?

Alicia se puso pálida como una muerta; le contempló largo tiempo en silencio. Alfonso sostuvo su mirada. Haciendo un gesto de asco, ella se dirigió a la puerta.

Alfonso saltó frenético y agarrándola por un brazo le gritó:

—¡No, no quiero que te vayas! ¡Escucha!

—¡Me estás haciendo daño, Alfonso! Habla.

El joven aflojó los dedos.

—Es nesario que sepas, que por tu inconsiderada conducta vengo haciendo sacrificios superiores a mis fuerzas, que tú por ligereza y tu padre con malicia, me estais arruinando, que todo ese orgullo que ostentas no tiene fundamento alguno, pues no has aportado al matrimonio más que el orgullo y un padre holgazán y averiado por los vicios, que por tu amor no sólo he renunciado a una alta posición, sino lo que es más triste, he tenido que romper con mi padre y tal vez precipitado su muerte, y que tú, sin corresponder a estos grandes sacrificios, me empujas al abismo tranquilamente, hasta con fruición, como si no fueses mi esposa sino una prostituta que explota alegremente a un viejo banquero; y que estoy resuelto a que esta situación se aclare y los abusos terminen.

Alicia le siguió mirando con la misma insistencia provocativa.

—¿Has concluído?

—¡Sí, he concluído!—pronunció con rabia—. Lo que falta ahora es que tú y tu padre concluyáis de jeringarme.

Sin responder una palabra Alicia abrió la puerta y salió de la habitación.

Fué la cólera intempestiva y exagerada de los neuró-

ticos. Al día siguiente se arrastraba a los pies de su esposa pidiendo perdón. Tardó ésta largo tiempo en concedérselo y se lo hizo pagar caro. La paz se restableció al cabo y la vida prosiguió en el mismo tren de disipación; pero desde entonces entre ambos ya no existió la misma confianza y cordialidad. Alicia estaba recelosa, temiendo una nueva explosión; Alfonso sentía en el fondo del alma que su felicidad había terminado, que doña Isabel de Solís había salido de la tumba con pecas en el rostro.

Todavía vino a hacérselas ver claramente un suceso que tuvo cierta resonancia en el círculo de sus relaciones y buena parte de la población. Corrió la noticia de que Paco Garrido había ganado en una operación de Bolsa, realizada por medio del telégrafo, un millón de pesetas. Amigos y conocidos lo comentaron largamente y no se cansaban de loar la habilidad, la intrepidez y la vista del hijo de don Crispín. Naturalmente, el que sintió con más ardimiento la magnitud del suceso fué Izquierdo, cuya admiración por el joven financiero, que ya era grande, creció algunos palmos al tener conocimiento de aquel nuevo rasgo glorioso. Pero también debió causar notable efecto en su poética hija a juzgar por la inquietud que se apoderó de ella desde que recibió la noticia. Mientras duró el almuerzo miraba con frecuencia al reloj y después de terminado se levantó del asiento dos o tres veces para asomarse al balcón. Era la hora en que todos los días venía Garrido a hacerles un poco de tertulia tomando con ellos el café.

Al fin se presentó el héroe. Alicia saltó de la silla y salió a su encuentro roja de emoción, tendiéndole ambas manos.

—¡Bien, Paco, bien! Que sea muy enhorabuena. No puede usted figurarse cuánto nos alegramos en esta casa con sus triunfos.

Don Rafael quiso asfixiarle entre sus brazos.

—¿Con que un milloncito de pesetas? ¡Bravo, bravo!

—¡Ps! No tanto, don Rafael. La gente exagera siempre en estos asuntos de dinero. No han sido más que ciento treinta mil duros—respondió con afectada modestia el mozo.

Izquierdo pareció un poco desencantado, pero su hija siguió mostrando la misma emoción placentera.

—De todos modos es un rico bocado. Me parece que ya tiene usted bastante para caramelos, ¿verdad, Paco?

Y su sonrisa era tan insinuante y su voz tan acariciadora que Alfonso se sintió profundamente irritado.

Paco siguió balbuciendo palabras modestas de afectada indiferencia, haciendo ver que aquellas exorbitantes ganancias no le causaban impresión. Con esto la admiración de Izquierdo y su hija era cada vez más viva. ¡Qué hombre aquel, a quien ciento treinta mil duros en el bolsillo le dejaban completamente frío!

Cuando al cabo de un rato se retiró el heroico mancebo a quien Izquierdo acompañó llevándole abrazado por la espalda y quedó solo el matrimonio, Alfonso, en cuyo pecho rugía la cólera, dijo sonriendo nerviosamente:

—Querida, aunque Paco llegase de descubrir las fuentes del Nilo, no le habrías felicitado con más entusiasmo.

Alicia levantó la cabeza.

—Si no ha descubierto las fuentes del Nilo, ha sabido descubrir dónde está el dinero y ha sabido apropiárselo.

—¡Oh, portentosa hazaña! Ganar algunas pesetas en una jugada de Bolsa.

Alicia le miró fijamente algún tiempo, como lo hacía siempre que estaba enojada, y profirió al cabo con acento despectivo:

—¿Y por qué no lo haces tú?

Alfonso replicó apretando los dientes:

—Porque yo no soy jugador ni mercachifle... Soy algo más alto, ¿sabes tú?

Ahora le tocó a Alicia sonreír nerviosamente, bajó los ojos y murmuró:

—Tan alto, que el día menos pensado se te pierde de vista.

—¿Es que tú crees que ese rústico tendero, que no sabe siquiera ortografía, puede compararse conmigo?

—Yo no creo nada—replicó Alicia alzando los hombros con gesto desdeñoso.

—Pues debieras creer algo, y es inferirme una ofensa ponerme delante como modelo digno de imitar a un patán ignorante.

—Si los sabios no saben mantener su casa con decoro y proporcionar a su familia las comodidades necesarias, si escatiman a su mujer los trajes y los adornos, si pasan la vida entre las nubes y dejan que la casa se derrumbe, si escriben con ortografía y no saben ganar una peseta, yo me río de su sabiduría.

—Importa poco que rías o llores—profirió exasperado el joven—. Aunque tú le juzgues un ser admirable, ese badulaque no es más que un avaro a quien nadie estima en Granada. Yo sin una peseta valgo mil veces más que él con sus millones.

—No seas ridículo, Alfonso. A Paco Garrido le envidia hoy todo el mundo.

—¡Eso te figuras tú!

—Y tú el primero—añadió ella bajando la voz, alzándose de la silla y dirigiéndose a la puerta.

Alfonso se incorporó para arrojarse sobre la insolente, pero logró reprimirse. La dejó marchar, quedando en tal estado de agitación y rabia que necesitó salir y dar un largo paseo para recobrar su calma.

Tenía motivo para indignarse. Justamente hacía poco más de un mes que había terminado de imprimirse y se había publicado su tomo de versos titulado *Los Cármenes de Granada*. La prensa local le había cubierto de flores, se hablaba de él evocando los nombres de Zorrilla y Gustavo Bécquer. En algunos periódicos de Madrid habían aparecido notas bibliográficas bastante lisonjeras, los amigos y conocidos le felicitaban calurosamente a porfía, su tío Perico quiso volverse loco de entusiasmo y declaró paladinamente que en la corte de los reyes nasiritas no había florecido ningún poeta superior a él.

¡Y a un literato de tal calibre ponerle su misma esposa por debajo de aquel vulgar negociante! Era tanto más indigno y sorprendente cuanto que Alicia se sintió vivamente impresionada cuando le entregó el libro con amorosa dedicatoria y le besó tiernamente dándole las gracias.

Todavía acaeció otra cosa peor. El libro, a pesar de los elogios que le tributaron, no se vendió. En España no es fácil obtener feliz éxito material con los versos. Estos, desde hace tiempo van cayendo en desgracia. El mismo gran poeta don José Zorrilla, vivo todavía en aquella época, necesitaba acudir a la munificencia de los magnates para sostenerse. Era, pues, de esperar que el volumen de versos de un desconocido provinciano permaneciese intacto en los estantes de los libreros madri-

leños. Así sucedió que uno de éstos, a quien Alfonso envió una gran caja repleta de ejemplares, se la devolvió al poco tiempo manifestándole que sólo había podido vender poquísimos, y como le estorbaban en el almacén se veía obligado a remitírselos.

Fué un momento de serio disgusto, de verdadera desolación aquel en que un mozo de la estación se presentó con la caja. La impresión del volumen le había costado bastante dinero, del cual no andaba, como sabemos, sobrado. Pero más que la pérdida de éste le escocía el fracaso moral, la indiferencia del público. Era una humillación que le roía las entrañas. Alicia se encargó de acercar a sus labios la esponja con hiel y vinagre.

—¿Qué es eso?—le preguntó al ver entrar la caja—. ¿Te envían de Madrid una carga de laurel?

Alfonso fingió indiferencia desdeñosa.

—Yo no escribo versos por laureles, sino por divertirme.

—Esas diversiones resultan caras—replicó Alicia. Y al cabo de unos instantes añadió con acento de convicción y como si hablase consigo misma: —La verdad es que en poesía no hay términos medios: el que no es un gran poeta debe callarse.

Alfonso empalideció. Aquellas crueles palabras le atravesaron el corazón, le amargaban tanto más cuanto que tenían apariencia de justas. ¡Pero pronunciarlas su misma esposa! Si ésta no tenía fe en él, no creía en su talento ¿dónde hallar el apoyo y consuelo que necesitaba?

Entre aquella mujer y él se iba abriendo un abismo. Todo se lo podía perdonar, sus prodigalidades, sus caprichos extravagantes, hasta sus frecuentes repulsas y frialdades, pero aquella infame sentencia jamás. Cuanto

más pensaba en ella, cuanto más la rumiaba, más amargor le producía, más aumentaba su indignación y despecho.

Ni aquel día, ni al siguiente volvió a dirigirle la palabra. Y en sus paseos solitarios, un recuerdo, que pocas veces hasta entonces le había asaltado, vino a llamar a las puertas de su alma. ¡Se sentía tan solo, tan triste, tan abandonado! Los viejos conocidos le parecían ahora mejor, les saludaba en la calle con más amable semblante, toda su existencia anterior le parecía más risueña, el café adonde solía asistir, las casas que frecuentaba, las partidas de billar, las meriendas en las afueras con sus amigos, en fin, aquella vida de soltero, que al contraer matrimonio le parecía aburrida y prosaica, ahora se le representaba con deliciosa apariencia.

Y acaeció que saliendo una tarde de casa le acometió el deseo de ir a visitar a Maricruz. Esta Maricruz era una vieja pariente lejana de Sarabia que habitaba en un piso de una casita a espaldas del Zacatín. Lo mismo aquél que sus hijas la trataban con afectuosa intimidad, cual si fuese su deuda cercana. Era pobre, tenía un hijo ya machucho empleado como tenedor de libros en una casa de comercio, el cual ganaba poco y este poco se lo entregaba mermado. La pobre vieja se veía apurada para mantenerle y mantenerse. Pero al llegar Sarabia a Granada y enterarse de sus apuros cambió favorablemente su situación. El rico indiano le pagaba el alquiler del cuarto y la hacía tan frecuentes regalos que su lejana prima vivió desde entonces feliz. A su casita iban Julia y Ana María muchos días, saliendo de la suya por la puerta trasera sin nada en la cabeza y allí se estaban de tertulia horas enteras. Alfonso, en tiempo de su noviazgo había pasado

allí mismo largos ratos con ellas en amable intimidad. La viejecita, que era viva, charlatana y cariñosa, se había prendado de él, le tuteaba como futuro pariente y le llamaba enfáticamente sobrino.

A esta casa enderezó sus pasos el joven poeta. Iba temeroso y avergonzado. Desde su rompimiento con Ana María no había vuelto a ver a Maricruz, pero tenía tal conocimiento de su carácter alegre, dulce y ligero, que esperaba no le había de recibir de mal modo. Y no falló su confianza. La viejecita al verle exclamó sacudiendo la cabeza:

—¡Pero, Alfonsito, qué has hecho! ¡Quién había de pensar de ti semejante comportamiento! No debiera mirarte siquiera a la cara...

—¿Por qué cree usted que he sido yo el causante de la riña y no Ana María?—preguntó ya tranquilo y sonriente Alfonso.

—Porque ella misma me lo ha dicho, malvado.

—Pues le ha dicho a usted una mentira.

—También me lo ha dicho Julia.

—Pues Julia también ha mentido.

—Mira, Alfonsito—replicó la vieja encolerizada—, no quieras meterme los dedos por los ojos. Sé perfectamente, como lo sabe todo el mundo, que has dejado plantada a mi sobrina porque te enamoraste repentinamente de la madrileña con quien te has casado. ¡Cuida sin embargo de que no hayas cambiado las orejas por el rabo!

Era lo mismo que él comenzaba a pensar. Bajó los ojos confuso y balbució algunas palabras ininteligibles. Maricruz dejó escapar el torrente de ellas que tenía siempre en su depósito.

—Cuando me dijeron que la boda se había deshecho

no quise creerlo. Corrí a casa de mi primo. Hacía ya varios días que ni Julia ni Ana María habían pasado por aquí. Ana María no se presentó; estaba en su cuarto con dolor de cabeza. Fué Julia la que me enteró de todo y la pobrecita lloraba al contármelo como si se tratase de ella misma y no de su hermana. Hallé a mi primo Manolo tan serio que no me atreví a hablarle del asunto. Yo me puse tan furiosa, Alfonsito, que si en aquel momento te hubiera echado la vista encima es posible que te hubiera echado también las manos. Aunque desde entonces fuí todos los días a casa de mi primo, no pude hablar con Ana María hasta pasado bastante tiempo; no se presentaba y yo no me atrevía a insistir para verla. Al cabo ella misma vino una tarde a mi casa; estaba pálida, pero tan alegre y bulliciosa como siempre. A mí, sin embargo, no me engañó. Yo veía que aquella alegría era fingida. De vez en cuando se quedaba quietecita con los ojos fijos. «¿Qué tienes Ana María?—le preguntaba—. ¿Qué he de tener? Nada, absolutamente nada». Y volvía a reír y jugar como siempre. ¡Qué criatura encantadora!... Tú eres un buen chico, Alfonsito, y de una gran familia, pero me perdonarás que te diga que Ana María vale más que tú y que es digna de casarse con un infante de España.

—Yo también lo creo—pronunció Alfonso sonriendo melancólicamente.

—Pasado algún tiempo me dijeron que tenía otro novio.

—¿Cómo otro novio?—exclamó el joven vivamente, como si le hubieran pinchado.

—Era mentira. Hasta ahora no se le han conocido otros amores. Yo pienso que ha quedado herida para siempre de los tuyos. El día que te casaste se presentó aquí con

los ojos hinchados y rojos... ¡No debía decirte estas cosas, Alfonso!...

—Dígalas usted, se lo suplico. Hace usted una obra de caridad.

—Al contrario, me parece que estoy haciendo traición a mi sobrina... En fin, que Dios y ella me perdonen... La pobrecita estaba tan triste, que no tenía fuerzas para fingir... Al cabo de un rato se dejó caer en la butaca y rompió a llorar. Después, levantándose repentinamente, fué derecha a esa consola... ¡No, no quiero decirte lo que hizo!

—¡Siga usted!

—Que se apoderó de tu retrato, que como sabes tenía ahí con un marquito, y lo besó diciendo. «¡Adiós, Alfonso, adiós para siempre!»

Alfonso se alzó del asiento y comenzó a dar vueltas por la sala agitado, convulso. Maricruz le contemplaba con maligna sonrisa.

—¡Bah! Todo eso ya pasó. Estás casado y ella no se acuerda de ti, ni tú de ella. Precisamente ha venido de su viaje más hermosa y alegre que nunca. Sólo hace veinte días que están en Granada. Su padre las ha hecho viajar por toda España, han estado en Sevilla, en Madrid, en Barcelona, un viaje que ha durado cerca de tres meses. ¡Si vieras qué retratos suyos tan lindos ha traído! En Sevilla le han hecho uno con mantón de Manila. En Madrid varios en traje de sociedad, uno de ellos descotado... No hay en el mundo descote tan hermoso como el de mi sobrina.

—¿Los tiene usted?

—¡Vaya si los tengo!

—¿No quiere usted enseñármelos?

La vieja vaciló un instante, pero al fin se decidió a ir

a buscarlos a su cuarto, que estaba en el fondo de la casa. Alfonso se había vuelto a sentar y permaneció inmóvil, con los ojos fijos y sombríos.

El corazón le dió un vuelco. Creyó oir una voz que gritaba:

—¡Maricruz, Maricruz!... ¿Donde estás, Maricruz?

Aterrado miró a todas partes ansioso buscando un sitio por donde escapar.

—Maricruz, te traigo una sorpresa.

La voz sonaba ya cerca. De pronto se dibujó en el marco de la puerta la figura espléndida de Ana María. Alfonso se alzó del asiento y permaneció inmóvil, densamente pálido. La niña también quedó clavada en el suelo y su rostro fué en pocos instantes un arco iris. Hizo un movimiento para huir, pero volviendo sobre sí avanzó un paso hacia su antiguo novio y profirió tímidamente:

—Buenas tardes, Alfonso. ¿Sabes dónde está Maricruz?

Alfonso sentía un nudo en la garganta que le impedía hablar.

—Me parece que ha ido a su cuarto, no tardará en volver—articuló al fin trabajosamente.

Entonces la niña, reponiéndose antes que él, le dijo amablemente:

—Sea enhorabuena, Alfonso; has escrito un libro precioso. Julia y yo lo hemos leído estos días y hemos quedado entusiasmadas.

Alfonso se tapó el rostro con las manos y se dejó caer en el sofá murmurando:

—¡Dios mío, qué error, qué error tan profundo!

Ana María le contempló un instante sorprendida, se puso roja como una cereza y salió corriendo.

IX

Corrieron los días, corrieron los meses. La atmósfera de malestar que envolvía al joven matrimonio se iba haciendo cada vez más espesa. Las reyertas menudeaban, no solamente ya por asuntos de dinero, sino por vanos y pueriles motivos. Y a estas reyertas sucedían largos intervalos de feroz silencio; a veces permanecían tres o cuatro días sin dirigirse la palabra. Cierto que en pos de ellos solían llegar momentos de arrebatada pasión, en los cuales los sentidos tomaban más parte que los afectos del alma; pero tales momentos de embriaguez sin alegría fueron cada día más raros.

Alfonso experimentaba la sensación de que su vida estaba truncada, y sin querer confesárselo iba penetrando en su alma la idea de que su esposa ni le estimaba ni le quería. Procuraba con todas sus fuerzas apartarla de la mente, mas a despecho de sus esfuerzos, entraba como una brisa glacial que helaba la flor de su existencia. Y veía con terror que todo aquello no tenía salida, que la dicha de los primeros días se había huído para siempre. Enervado, exasperado, se revolcaba en su miseria sin comprender por qué fatal misterio había caído sobre él y le tenía encadenado.

En aquella ocasión Paco Garrido le prestó valiosa ayuda, se portó como un verdadero amigo. Era su confidente obligado y con afectuosa solicitud procuraba calmarle cuando alguna palabra desagradable de Alicia le ponía desesperado, le alegraba con cualquier chanza jocosa, y cuando les veía seriamente reñidos solía invitarles a cualquier excursión o recreo para darles ocasión de reconciliarse. No sólo hizo esto, sino algo más raro y contrario a su temperamento; le facilitó dinero alguna vez, cuando le veía extremadamente apurado.

Como ya sabemos, casi todos los días venía a tomar café con ellos después de almorzar. Era un rato agradable de expansión en que tomaba parte Izquierdo, bebiendo sendas copitas de cognac y amenizando la tertulia con sabrosas anécdotas de su vida juvenil. Alicia, cuando estaba de buen humor, se ponía al piano y les hacía oir sublime música alemana o cantaba alguna sentimental romanza italiana. Otras veces salían los cuatro de paseo a pie, o tomaban un coche y se iban a merendar en alguno de los encantadores lugarcillos de los alrededores. Un domingo, en que reunidos los cuatro paseaban por el camino de la *Fuente del Avellano*, se encontraron con el amigo Ordóñez, que igualmente venía paseando con su novia, la bella Conchita la *Zapatillera,* y la madre de ésta. Al cruzarse se saludaron cortésmente. Alfonso profesaba cariño a su antiguo condiscípulo y le estaba agradecido por la ayuda que le había prestado en el asunto de su matrimonio.

—¿No recuerdas a uno de esos jóvenes, el más delgadito?—preguntó Ordóñez a su novia cuando hubieron pasado.

—¡Pues ya lo creo! Es Alfonsito Aguilar, el mismo a

quien me hicisteis coronar un día delante de la Universidad.

—En ese día te he conocido, Conchita: debemos estarle agradecidos—dijo Quasimodo con almibarado acento.

—¿Es su mujer la que va con ellos, verdad?

Y al cabo de un instante añadió, riendo maliciosamente:

—Pues el gachó que lleva cerca parece que ahora le corona de un modo menos chistoso.

Quasimodo se paró en firme.

—¿Qué estás diciendo, Conchita?—preguntó con severidad.

—Eso es lo que se corre.

—Pues seguramente es una calumnia.

—No lo parece. Mi prima Guadalupe, que está sirviendo en casa de don Crispín Garrido, me lo ha dicho.

Ordóñez guardó silencio, y al cabo murmuró con tristeza:

—Sería una infamia, porque Paco Garrido ha sido siempre su amigo más íntimo.

Conchita replicó, con desolador escepticismo, riendo:

—Pues de los amigos hay que esperar esos regalos.

Mientras tanto los otros se hacían lenguas de la belleza de la *Zapatillera*.

—Es guapa la novia de tu amigo—dijo Alicia.

—¡Una divinidad!—exclamó su padre—. Es la misma de que os hablé hace tiempo. No sabia que fuese la novia de ese buen mozo amigo tuyo, Alfonso.

Los cuatro rieron. Izquierdo volvió la cabeza repetidas veces, abría mucho los ojos y chasqueaba la lengua como si tuviese delante un *tocinillo de cielo*. ¿La volvió también la hermosa *Zapatillera?* El curso de los acon-

tecimientos que seguirán acaso esclarezca este punto.

—De buena gana haría su retrato.

—¿Desnuda?—preguntó Paco riendo.

—Mejor desnuda que vestida. Debe de ser una Venus esa niña.

—¡Vaya, callarse, libertinos!—exclamó Alicia con fingida severidad.

Alfonso volvió a narrar el suceso de su coronación, y su suegro, con habilidad, le fué sacando acerca de la bella modistilla las noticias que necesitaba. Habitaba la joven en la calle de Mesones y trabajaba en un talier situado en la de San Jerónimo. Salía de él a las doce, volvía a entrar a las dos y al oscurecer terminaba su tarea. Pronto dejaría el taller y la aguja, porque su novio había obtenido un buen número en las oposiciones a la judicatura y esperaba ser colocado de juez en cualquier pueblo de la provincia. Tenía entendido que cuando esto acaeciese se efectuaría la boda.

El viejo Muley Hacem meditó aquella noche, después de la cena, entre un sorbo de café y otro de cognac, proyectos complicados de seducción. Como todos los reyes nasiritas que existieron en Granada, era tan sensible al Arte como a los encantos femeninos. En su juventud, rico, gallardo y con fama de pintor, había tenido sonadas aventuras en el círculo de la aristocracia madrileña. Sus amores con una marquesa tan linda como atolondrada, fueron un tiempo la comidilla de las tertulias y círculos cortesanos. Cuando tanto su fama como su dinero declinaron, pasó sin pena de las marquesas a las burguesas, entre las cuales hizo famosas y fructíferas correrías. No se apagaron con la edad aquellos ímpetus voluptuosos; viejo y pobre, aprovechaba ahora los últimos

resplandores de su figura gallarda y la pericia que había logrado adquirir en su larga carrera de conquistador para entrar a saco en las plazas mal defendidas de las hermosas menestralas. Sabía admirablemente en qué forma atacarlas. Primero la elegancia. Izquierdo seguía vistiendo a la última moda con el mejor sastre de Madrid; camisas aplanchadas por las manos más hábiles, corbatas espléndidas sujetas con alfileres de brillantes, zapatos de charol, calcetines de seda, perfumado como una damisela. Si en toda mujer influye poderosamente el brillante atavío y porte elegante de los hombres, puede calcularse el mágico efecto que debía producir en las pobres obreras. Cuidaba su luenga, sedosa barba, que ya contaba incontables hebras de plata, aquella barba donde tantos ebúrneos dedos habían triscado como blancos corderitos, con el mismo delicado esmero. En estos tiempos de aproximación de los sexos, en que la mujer es menos mujer y el hombre menos hombre, las barbas luengas y sedosas no ejercen ya ninguna clase de fascinación; pero en los tiempos en que se desarrolla esta verídica historia, todavía alcanzaban notable influencia en los destinos del sexo femenino. Trataba a las hijas del pueblo con el mismo respeto y ceremonia que a las damas aristocráticas, les hablaba con la cabeza descubierta, les besaba la mano, desplegaba con ellas una galantería caballeresca, adecuada para fascinar a las chulillas y menestralas de los barrios bajos de Madrid. Gracias a tan complicada máquina de guerra y artificios ingeniosos, este don Juan averiado había logrado rendir más de una plaza en las Vistillas y Lavapiés.

Al día siguiente del encuentro referido se personó, a las doce en punto, frente a la Universidad, esperando el

paso de la bella *Zapatillera*. Presumía, no sin razón, que a esta hora no la esperaría su novio. En efecto, tardó poco Conchita en cruzar, rauda, a su lado, aunque no tan rauda que no pudiera advertir la intensa mirada de admiración que sobre ella clavó aquel gran caballero que había visto la tarde anterior. Al otro día tropezó en el mismo sitio al mismo caballero, que le disparó idéntica mirada. Esta vez las mejillas de la bella Conchita se tiñeron de carmín. Al tercer día, por fin, el maduro seductor se plantó delante de ella con un ramito de flores en la mano, y despojándose del sombrero le dijo, como Fausto en el poema de Goethe:

—¿Señorita, me permite usted ofrecerle estas rosas, que no aspiran, desde luego, a competir con las de sus mejillas?

Conchita respondió, bajando los ojos, ruborizada, con las mismas palabras de Margarita:

—Caballero, yo no soy señorita y no puedo aceptar flores de una persona que no tengo el gusto de conocer.

—Pues figúrese usted, señorita, que soy una maceta y que arranca usted estas flores al pasar cerca de ella.

—Es difícil pensar que es usted una maceta—replicó la joven sonriendo maliciosamente.

—Tiene usted razón, no soy más que un árbol viejo que se empeña todavía en dar algunas flores.

—Ahora es usted demasiado modesto—dijo la modistilla riendo—. No quiero el ramo, deme usted solamente una rosa.

Izquierdo arrancó una del ramillete, la besó y se la entregó.

Repitióse el encuentro varios días, y los breves momentos de conversación fueron cada vez menos bre-

ves, más dulces y familiares. Al cabo, Conchita confesó, sonriendo malignamente a su nuevo adorador, que tenía novio.

—¿Es el jorobadito que paseaba con usted la otra tarde?—preguntó Izquierdo con afectada y cómica inocencia.

Conchita soltó una carcajada.

—¡El mismo, el mismo!

—Pues es usted una mujer de suerte. Cuando se case podrá pasarle la mano por la joroba cuantas veces quiera.

—Es que pienso pasársela ahora, a ver si no me caso... que será la mayor suerte.

—¿Entonces por qué se casa usted?

—Porque soy una sinvergüenza, ¿sabe usted?—repuso vivamente, poniéndose seria—. Porque me han arrancado la palabra a fuerza de repetirme que no trabajaré más, que voy a ser una señora... ¡Como si no fuese preferible dar a la aguja toda la vida a casarse con un corcovado!

—Usted, preciosa, no ha nacido para dar a la aguja, sino para dar flechazos. A mí ya me ha partido usted el corazón.

—Es que lo tiene usted demasiado blando—replicó volviendo a reír—. Mis flechas son de papel.

Con estos dimes y diretes, la amistad entre el provecto galán y la fresca modistilla, se fué haciendo cada día más íntima. Aquél creyó llegado el momento de estrechar el cerco; pidió con humildes y ardorosas palabras una entrevista más larga y más secreta. Conchita tardó en concedérsela, pero al fin vino en ello. Su novio la esperaba todas las tardes a la salida del taller, la acom-

pañaba hasta casa, entraba en ella y allí permanecía de tertulia hasta la hora de cenar. Conchita prometió que cuando todos se retirasen a dormir le hablaría un momentito en el portal.

Izquierdo apretó el cerco con tal fortuna, que en pocos días logró rendir la plaza. Ya no se habló más que de los medios para romper sus relaciones y despedir al empachoso novio. Era extremadamente difícil; sus padres tenían empeño en casarla con aquel muchacho a quien admiraban; las relaciones se hallaban tan avanzadas, que faltaba ya poco tiempo para la boda; si ahora se negase a ella, se armaría tal escándalo, sus padres se pondrían tan furiosos, que le estremecía pensar lo que sucedería.

Entonces Izquierdo, humilde y solapadamente, propuso la fuga. Él era un hombre libre, podía casarse con ella sin obstáculo alguno y así lo haría tan pronto como el escándalo se disipase y sus padres entrasen en razón. Era cuestión de pocos días; se escaparían a Madrid y desde allí podrían parlamentar con la familia. Conchita vaciló algún tiempo en dar tan grave paso, mas al fin con tan fuertes y decisivas razones la atacó el gentil caballero, que cedió cierto día en que éste la trajo una primorosa cajita de bombones envuelta en papel de seda y atada con cinta azul. Pero al día siguiente se volvió atrás y manifestó del modo más terminante que nunca cometería pecado tan grande y daría tal disgusto a sus padres y semejante escándalo en la vecindad. ¿Qué diría el chocolatero del número treinta y dos, cuyo hijo la había pretendido y a quien ella había calabaceado? ¿Qué diría doña Eulalia, la viuda de un magistrado, que vivía frente a ellos y le había regalado el velo, los zapatos y el devocionario cuando hizo la primera comunión? ¿Y

el padre Blanco, que la había preparado para ella? ¿Y las compañeras del taller, que la tenían una envidia loca? De quien no se acordaba era del pobre Quasimodo. No bastó otra cajita de bombones atada con cinta rosa, para endulzarla, ni un frasco de esencia perfumada de gran precio que Izquierdo había traído de Madrid, ni una polverita de oro esmaltada. Fué necesario que un día riñera con su madre a propósito de la limpieza del cuarto y aquélla no sólo la reprendiese ásperamente, sino que la diese una bofetada, para decidirla. Así que vió en el portal al viejo seductor, sus primeras palabras fueron:

—Cuando quieras nos escapamos, ¿sabes? Estoy resuelta.

Izquierdo, que ya había logrado que la modistilla le tuteara, experimentó viva satisfacción, aunque estaba acostumbrado a tales capitulaciones con entrega de las llaves... Había puesto empeño en rendir esta plaza, porque realmente le había seducido la gracia y la belleza de la chiquilla y a la vez porque no podía menos de pensar que no podría ya rendir otras.

Inmediatamente se puso a excogitar los medios de llevar a término aquel rapto delicioso. Vencido el obstáculo sentimental, quedaba el económico, que era más áspero. ¿Cómo procurarse la fuerte cantidad para llevar a Madrid a la bella zapatillera y vivir con ella una temporada? Su yerno andaba siempre apurado de dinero; los alegres compadres, gente perdida como él, viviendo espléndidamente sin saber de qué. Entonces vino a su mente la imagen de don Pedro Venegas. Aquel viejo chiflado no era rico, mas tenía fama de avaro y se suponía que debía guardar un gato rollizo. Izquierdo pensó en la manera de arrebatárselo.

A la mañana siguiente subió por las calzadas del Albaycín hasta la vivienda del famoso arabista, atravesó el lóbrego zaguán, entró en el patio y sorteando los enormes pedruscos históricos que por allí había esparcidos, llegó hasta la escalera de la solana, subió y entró en ella.

El *Tornadizo,* disfrazado como de costumbre con la blanca chilaba, turbante y babuchas, yacía perezosamente reclinado sobre un tapiz tunecino y un almohadón de paño sarraceno de dos matices. No dormía; por el contrario, tenía los ojos muy abiertos y estos ojos se fijaban con extraña severidad en una de sus babuchas. Sobre esta babucha se hallaba en aquel instante una mosca con la cual no vivía en relaciones amistosas desde hacía largo rato. Y había razón para que no la mirase con ojos benignos y aun espiase sus movimientos esperando la ocasión de asesinarla con el manojito de varas que empuñaba, porque aquella mosca aleve había puesto decidido empeño en fijarse a cada instante en su nariz.

Se hallaba, pues, el sabio arabista en esta situación desventajosa, cuando sintió los pasos del futuro pintor de *Las Bodas de Muley Hacem*. Se incorporó vivamente y quiso ponerse en pie, pero aquél acudió pronto al remedio aplicándole las manos sobre los hombros.

—¡Quieto, quieto don Pedro! No puedo consentir que por mí abandone usted esa cómoda postura oriental. Hasta en ella se reconoce al ilustre descendiente de aquellos altos señores que brillaban como estrellas de primera magnitud en el cielo de la corte granadina.

—Gracias, mi querido amigo—repuso Venegas tendiéndose nuevamente y alargándole una mano que el pintor estrechó con señalado respeto. Después de hacerlo tomó una silla y se sentó al lado del prócer.

—¡Cuánto placer experimento, mi buen amigo Izquierdo, en recibir la visita matinal de tan gran artista!

—El mío es infinitamente mayor, respetable don Pedro, al tener el honor de estrechar la mano del sabio profundo que honra a Granada.

—El comercio con los grandes artistas presta a la vida un encanto indecible, nos alza sobre la prosa cotidiana y nos transporta a las regiones etéreas, donde reside la inmortal belleza.

—Al acercarse, mi ilustre amigo, a un sabio de reconocido mérito, no podemos menos de experimentar su influencia bienhechora, cierta sensación de seguridad, como el viajero perdido en un bosque que acierta a ver una luz brillante en la oscuridad.

—El Arte, querido amigo, es lo único que puede endulzar nuestra existencia.

—Pero la ciencia, y particularmente la Historia, que usted cultiva con tanta brillantez, nos enseña, nos dirige, esclarece nuestra inteligencia y nos hace sortear con fortuna los escollos de la vida.

Cuando se hubieron piropeado bastante Izquierdo se levantó de la silla para dar un abrazo al sabio, que a su vez se incorporó para recibirlo.

Izquierdo era un especialista en abrazos. Los sabía dar como nadie, y a esta notable facultad había debido muchos éxitos en el gran mundo y algunas pesetas. ¡Eran tan cordiales, tan espontáneos, tan afectuosos, aquellos abrazos!

Pero inmediatamente sus ojos expresaron una profunda tristeza, se llevó la mano a la frente con abatimiento y dejó escapar un suspiro.

—¡Ay, querido don Pedro! Al venir a su casa acabo

de experimentar la misma triste impresión de siempre que subo las calles feas y tortuosas del Albaycín. ¿Cómo no sentir el corazón apretado al atravesar estas calzadas guarnecidas de sucias viviendas, recordando que en estos mismos parajes se hallaba el barrio aristocrático de Granada, habitado por la gente más principal, cuyos palacios fabricados de ricos mármoles, labrados con labores damasquinas, eran recreo y admiración de los ojos, el orgullo y la dicha de sus habitantes? Yo quisiera, ilustre don Pedro, haber nacido en el siglo de oro de Granada, porque me la represento de tal manera espléndida y suntuosa que me parece que no ha tenido realidad, que sólo ha sido un sueño.

—¡No ha sido un sueño, no!—exclamó con exaltación el *Tornadizo*, incorporándose hasta quedar sentado—. En este barrio se hallaban señoreando los palacios las famosas mezquitas *Acaba* y *Alburriana*, el *Guindeir* y el *Ateibin*, que hoy son la pobre Plaza Larga y la Placeta de la Cruz de Piedra; pero sobre todo la maravillosa, la incomparable *Aljima Alaadama*, de la cual todavía se ven algunos restos en el templo del Salvador. Y hacia el Oriente el barrio *Albaida*, donde estaba el famoso palacio del *Chapiz*. ¡No ha sido un sueño, no!

—¡Todo pasó!—exclamó el pintor sacudiendo la cabeza con desesperación.

—¡Todo pasó!—repitió Venegas hundiendo la barba en el pecho.

Ambos quedaron sumidos en una meditación dolorosa, hasta que Izquierdo, saliendo de ella con un profundo suspiro, manifestó enérgicamente:

—En esta ruina de la gran ciudad que fué la perla del Occidente y en el olvido vergonzoso que hoy la tienen

sus mismos habitantes, es consolador, amigo don Pedro, hallar hombres como usted, que se ocupan en recordarles su pasada grandeza, y como su sobrino, mi amado hijo político, que sabe cantarlas en versos armoniosos.

—Mi sobrino es un gran poeta y lleva en las venas la sangre de los Venegas.

—Todo el mundo lo afirma y yo he tenido honor y alegría en darle la mano de mi hija.

—Honor y alegría ha sido también para mí verle unido a una joven tan esclarecida, alma sublime de artista que además, por su belleza singular, evoca la figura de aquella gran dama que se llamó doña Isabel de Solís, reina de Granada. Yo espero que ambos serán felices, pues se merecen.

—¡Felicísimos! Los dos han hallado su media naranja, tienen los mismos gustos y aspiraciones. La vida para ellos se desliza como un sueño feliz, despegados de la vulgaridad que les rodea. Mi hija ha sido desde su niñez una entusiata, un ser completamente espiritual, y por su parte Alfonso es hombre de gran talento, de una naturaleza exquisita. Ambos destestan lo ramplón, lo adocenado, viven por encima de los intereses materiales... ¡Son dos románticos!

—¡Diga usted más bien poetas!

—¡Eso es, poetas! Alfonso escribe versos, pero mi hija Alicia le inspira.

—Y usted, amigo Izquierdo—dijo Venegas después de contemplarle unos instantes con profunda admiración—, también es un gran artista y tambien va a recordar a mis olvidadizos compatriotas lo que fué en otro tiempo su ciudad, fijando en un lienzo, que ha de ser maravi-

lloso, uno de los momentos más interesantes de nuestra historia.

—Mil gracias, ilustre amigo, por el inmerecido concepto que usted tiene de mi genio pictórico. Precisamente mi visita tenía por objeto hablarle de algo relacionado con mis cuadros.

—Ninguna conversación puede ser para mí más sabrosa.

—El cuadro está poco menos que terminado.

—¿Cómo terminado?—preguntó Venegas con asombro.

—Sí, está terminado dentro de la fantasía, que como usted sabrá es lo interesante y principal en estos casos. Veo ya la composición con perfecta claridad hasta en sus menores detalles y juzgo, por esta vez prescindiendo de la modestia, que es algo grandioso, algo sugestivo que se aparta por completo de lo que se ha pintado en estos últimos tiempos.

—Yo también lo creo, amigo Izquierdo.

—Gracias, don Pedro. Llevo cerca de dos años estudiando la obra, preparándola con asidua atención y verdadera conciencia. La conciencia es lo capital en la pintura. Lo demás, el pincel, la factura vienen detrás de la conciencia. A mí no me queda remordimiento alguno por no haberme tomado el tiempo necesario para que el cuadro salga perfecto. Mañana pienso salir para Madrid a fin de ultimar los preparativos, comprar los colores, confeccionar los trajes, contratar a los modelos de profesión, todo lo que aquí no puedo encontrar... Pero he telegrafiado a mi banquero para que me girase fondos y su esposa me contesta que se halla en Alemania y tardará lo menos quince días en regresar. Como los necesito con urgencia y no quiero pedirlos a mi yerno, pues el

chico acaba de realizar excesivos gastos en la casa, he pensado en usted, mi ilustre amigo. ¿Tendría usted la amabilidad de adelantarme una pequeña cantidad, tres o cuatro mil pesetas por ejemplo? Dentro de quince días, a lo más dentro de veinte, la tendrá usted de nuevo en su poder.

El *Tornadizo* quedó sorprendido y no poco inquieto. ¡Cáspita! La cantidad no era tan corta como el pintor suponía. Permaneció unos instantes indeciso; al fin balbució con trabajo:

—No soy rico, amigo Izquierdo..., pero en fin... dos mil pesetas le podré facilitar si es cuestión de pocos días...

—Ya le he dicho que todo lo más veinte... Pongamos veinticinco. ¿No podría usted esperar veinticinco días?

—En eso no hay inconveniente.

—Pues decidido; veinticinco días justos.

Venegas abandonó su postura oriental sin alegría, fué a su cuarto y al poco rato volvió con dos paquetitos en la mano que debían de contener las dos mil pesetas en centenes de oro. Izquierdo los tomó y los introdujo en uno de los bolsillos del pantalón con displicencia, cual si metiese la fosforera.

—Bueno, don Pedro—profirió al mismo tiempo con acento rudo y campechano—. Agradecido a su amabilidad. No creo que tardaré más de un mes en regresar, pero dentro de veinticinco días o acaso antes, le giraré este dinero.

—Hombre, por tan poco tiempo no merece la pena de girarlos.

—Nada. Está convenido. No hay más que hablar. Los negocios son negocios y a mí me ha gustado siempre

llevarlos con formalidad. Gracias otra vez. Hasta que nos veamos.

Al mismo tiempo le dió uno de sus abrazos más selectos y efusivos.

—Buen viaje—dijo Venegas, y apartándose un poco y mirándole fijamente añadió con grave expresión:

—Voy a pedirle a usted un favor, amigo Izquierdo.

—¡Lo que usted quiera, don Pedro!

—Usted debe saber que los abencerrajes han sido siempre enemigos declarados de nuestra familia, la cual, por alianza, es hoy también la de usted... Pues bien, yo deseo que no figuren en su cuadro.

—Pierda usted cuidado, querido don Pedro—se apresuró a decir Izquierdo—. Ningún abencerraje asistirá a la boda. Todos los caballeros presentes llevarán los colores de zegríes y gomeles.

El rostro de Venegas expresó viva satisfacción. Volvieron a abrazarse y se separaron.

Desde allí, con gran diligencia, se fué al establecimiento de coches de alquiler, donde era estimado parroquiano, y contrató uno para las altas horas de la noche. Y como todavía no había llegado la hora del mediodía se puso a dar vueltas por los alrededores de la Universidad. Cuando sonaron las doce se apostó en sitio adecuado y salió al encuentro de la bella *Zapatillera*. Con breves palabras se apresuró a comunicarle que había llegado el día de abandonar a Granada, y le explicó las prevenciones que había llevado a cabo para efectuar la huída. La joven se puso pálida, pero no hizo objeción alguna; por el contrario, asintió resueltamente a cuantas indicaciones se sirvió hacerle el seductor. Todo quedó convenido.

Después de almorzar, como el día estaba templado aunque ya se había entrado el invierno, salió al jardín con Alicia, Alfonso y su constante amigo Garrido. Con un fútil pretexto los dejó por breves instantes, fué al gabinete de su hija, abrió con la llave que ya había sustraído el armario donde guardaba las joyas, sacó éstas de los estuches, las envolvió en un pañuelo y las llevó a su dormitorio.

Pasearon aquella tarde largamente. Izquierdo procuró cansarles. Después de cenar y de corta sobremesa, Alicia manifestó que tenía sueño y se fué a la cama. Alfonso no tardó en seguirla. El pintor igualmente se retiró a su cuarto y arregló la maleta guardando en ella cuidadosamente las joyas de su hija. Asegurándose luego de que todo el mundo reposaba en la cama fué al salón y descolgó el retrato de uno de los antepasados de su yerno, hecho por el famoso pintor granadino Pedro de Moya, discípulo de Van Dyck y contemporáneo de Murillo. Era un cuadrito del que estuvo siempre orgullosa la familia de los Aguilar, una verdadera joya que se conservaba en la casa con gran veneración. Izquierdo, como pintor, conocía su valor, desclavó el lienzo, lo arrolló y lo metió también en su maleta.

Cargado con ésta salió sigilosamente de la casa al llegar la media noche. El carruaje le esperaba en la *Carrera del Darro*, no lejos del *Paseo de los Tristes*. En *Puerta Real* lo hizo detener, se apeó y fué por la calle de Mesones hasta la casa de Conchita. Esta le esperaba ya en el portal con un hatillo de ropa en la mano. Ambos, con paso rápido, volvieron al coche y montaron en él. Debía conducirlos a una de las próximas estaciones donde se proponían esperar el tren. Conchita había

dejado sobre su cama una carta para sus padres que decía:

«Me marcho de casa porque no puedo aceptar el marido contrahecho que ustedes se empeñan en darme. El caballero con quien me voy es libre, estoy de él enamorada y nos casaremos muy pronto. Perdónenme ustedes y no me persigan, porque nada adelantarían. Estoy resuelta a morir antes de casarme con el jorobado.»

X

La evasión de Muley Hacem produjo transportes de indignación en sus hijos. Alfonso sintió profundamente la desaparición del cuadro de Pedro Moya, que era una gloria de su familia y se propuso escribir a Madrid para que no pudiera venderse. Pero su enojo no podía compararse con la cólera furiosa, delirante, que le acometió a Alicia al verse despojada de sus joyas. Tales dicterios y palabras injuriosas salieron de sus labios, que el mismo Alfonso se sintió avergonzado de escucharlas. Era escupir al cielo, insultar a su padre. Don Pedro Venegas, parecidamente con tanta cólera y rabia como el moro Tarfe cuando envió aquel famoso reto a su enemigo Zaide, afirmaba su propósito irreductible de embargar el cuadro de *Las Bodas de Muley Hacem* una vez pintado figurasen o no figurasen en él abencerrajes.

¿Y el pobre Quasimodo? Alfonso no se atrevió a visitarle. Comprendía que siendo Izquierdo su padre político, la visita no podía serle grata. Mas he aquí que una tarde, varios días después del suceso narrado, al entrar en uno de los cafés de Puerta Real, le atisbó allá en el fondo sentado a una mesa. El encuentro era tan molesto para ambos que dió un paso atrás con intención de salirse, mas como advirtió que Ordóñez le había visto se con-

tuvo y fué derecho hacia él. Al acercarse, pudo observar el cambio que se había operado en su rostro; estaba pálido, ojeroso, descompuesto; semejaba haber envejecido algunos años. Le saludó con la efusión de siempre, como si nada hubiera ocurrido, fingiéndose indiferente y alegre. Ordóñez le respondió gravemente sin dignarse sonreír. Un poco acortado por la fría acogida, para deshacer aquel hielo le preguntó con afectado interés por sus oposiciones, cuántos eran los aspirantes, qué preguntas le habían tocado, el número que había conseguido y qué probabilidades tenía de venir a la provincia de Granada de juez. Ordóñez respondía con tal sequedad y displicencia que Alfonso, enojado, se decidió a abordar el magno asunto para que de una vez quedasen afianzadas o rotas las relaciones con aquel muchacho. Después de una larga pausa le dijo:

—Comprenderás, Ordóñez, que lo que ha sucedido lo mismo a mi esposa que a mí nos ha causado un profundo disgusto. Aunque no pueda compararse al tuyo no dudes que ha sido bien grave. Mi mujer se halla aún más indignada que yo. La conducta de ese hombre es bochornosa. Yo sabía que era un calavera, un vividor y holgazán, pero nunca le tuve por un pícaro. El lazo de parentesco que nos une, para mí está roto y si no fuese por consideración a mi pobre esposa le perseguiría en justicia... Porque ya sabrás que no se ha contentado con llevarse las joyas de su hija, sino también el cuadro de Pedro Moya, perteneciente a mi familia...

Ordóñez hizo un gesto despectivo encogiéndose de hombros.

—No sé nada.

A Alfonso le hirió aquel gesto y guardó silencio. Hubo

una larga pausa. Al cabo, Quasimodo comenzó a decir con voz ronca:

—Se tiene miedo a un pobre diablo que, instigado por la necesidad, entra en una casa y descerraja un armario y se apodera de alguna ropa, y más aún al timador que nos lleva la cartera y al estafador que falsifica una firma. La justicia pone sobre estos hombres su mano pesada y los envía al presidio. Pero aquellos otros bandidos que a mansalva, no sólo roban dinero sino también el honor de las familias, que hacen la desgracia de personas honradas, que desgarran el corazón de seres que ningún daño les han hecho, que saltan por encima de lo más sagrado y pisotean la honra y la dicha de sus semejantes, a esos bandidos de guante blanco y botas de charol, en vez de enviarles a presidio el mundo les ríe la gracia...

Calló después de soltar esta andanada. Alfonso no osó poner reparo a lo que decía porque en el fondo se hallaba de acuerdo. Hubo un largo silencio. Pero Quasimodo necesitaba escupir la hiel que se amontonaba en su garganta. Y la escupió:

—Quedamos, Alfonsito—profirió al cabo con amargo y sarcástico acento—en que tu señor suegro es un ilustre granuja, un canalla de cuerpo entero.—Y bajando la voz añadió: —Y su hija no vale mucho más que él.

Alfonso se puso horriblemente pálido.

—¿Qué es lo que acabas de decir, Ordóñez?—le gritó más que le dijo apretándole la muñeca ferozmente.

Quasimodo se puso pálido también y asustado balbució:

—Es lo que se dice.

—¿Pero qué es lo que se dice y quién lo dice?—profirió

rabiosamente el joven apretándole cada vez más la muñeca.

—Perdona, Alfonso...

—No se trata de perdón. ¡Habla o te estrangulo!

—Se dice que tu mujer te hace cornudo con tu amigo Paco Garrido.

Los dedos crispados de Alfonso se aflojaron repentinamente. Por uno de esos relámpagos que descubren hasta los confines del horizonte la verdad iluminó su cerebro. Quedó yerto, paralizado, rígido como los niños a la vista de un fantasma. Permaneció así algunos instantes, y luego, alzándose bruscamente se lanzó a la puerta del café sin pronunciar una palabra.

Dió algunos pasos aturdido, vacilante, como quien recibe un golpe en la cabeza. Los ojos no veían, las piernas temblaban, el corazón le palpitaba fuertemente. Y sin saber por dónde iba, al poco tiempo se encontró fuera de Granada. Marchó largo rato, quizá una hora, quizá dos, no viendo nada, no sintiendo más que el martilleo de su pensamiento. «¿Cómo no he visto, cómo no he observado, cómo no he advertido?», se preguntaba sin cesar. Y entraban como un torrente en su cerebro todos los pormenores de la estrecha relación que en aquellos últimos meses Paco Garrido mantenía con ellos, sus diarias visitas, la confianza y el interés que Alicia le mostraba, sus regalos valiosos, los préstamos que le había hecho, tan contrarios a su temperamento sórdido, su afectada solicitud para reconciliarlos... ¡Pero qué idiota! ¡Pero qué loco he sido!

¿Y si fuese una calumnia? La maledicencia anda suelta, la envidia se atreve a las mayores vilezas.

Sólo un instante brillaba aquella luz. Presto se apaga-

ba y nuevamente quedaba sumido en la tristeza y convicción de su miseria.

Al cabo se dió cuenta dónde estaba. Volvió sobre sus pasos. Se sentía aniquilado, deshecho, mas su pensamiento ardía con actividad febril. ¿Qué hacer? Era necesario cerciorarse. Después... ¡ya se vería! La idea de la venganza le entraba como bálsamo refrigerante que le tranquilizaba. Y así llegó a su casa cuando cerraba la noche. Se dirigió a su cuarto, se lavó el rostro y las manos, y se vistió de nuevo para ir al teatro. Era necesario ocultar su turbación, obrar con cautela, fingir hasta el fin. Después... ¡ya se vería!

Aquella noche estaban convidados al teatro por Pepita Bermejillo, su madrina. Cuando entró en el comedor, Alicia le esperaba ya, vestida para cenar. Por gran esfuerzo de la voluntad, sostenido por un ardiente deseo de venganza, se mostró más alegre y locuaz que de costumbre durante la cena. Comió poco, sin embargo, alegando que había merendado con los amigos en uno de los hoteles de la Alhambra. Al terminar la cena, Alicia se sintió repentinamente indispuesta; el alimento le había caído mal, quizá por hallarse demasiado oprimida. Vino la doncella para aflojarle el corsé, le hicieron una taza de tila, pero el malestar no desaparecía. Al fin declaró que le era imposible ir al teatro.

—¡Cuánto lo siento, Alfonso! Ya sé que no es más que una ligera indisposición del estómago; pero si voy al teatro podría hacer allí un paso ridículo. Di a Pepita que me dispense... Lo siento, porque ese drama que hoy ponen ha hecho mucho ruido en Madrid, dicen que es muy interesante. Tú me contarás mañana el argumento, ¿verdad?

Alfonso, a quien el disimulo de su turbación costaba gran esfuerzo, no insistió demasiado, y se dispuso, con íntima satisfacción, a partir solo. Alicia dió orden a la doncella para que le preparase la cama, pues iba a acostarse.

—A Pepita muchos recuerdos, y que iré a verla mañana—repitió, mientras apoyada en la doncella se retiraba.

Alfonso quiso mostrarse afectuoso, prodigarle algunas caricias y acompañarla a su cuarto; pero las palabras no le salían de la garganta y los pies se negaban a seguirla.

—¿Piensas que tu malestar pasará pronto?

—Desde luego, no te preocupes. Ya sabes que otras veces me ha pasado lo mismo. Adiós, adiós... recuerdos.

El teatro estaba ya lleno cuando Alfonso entró en él. Subió al palco de la Bermejillo. La ausencia de Alicia causó disgusto en ésta y en la sobrina, que la acompañaba; se enteraron, con vivo interés, de la indisposición.

—De todos modos, aunque no sea nada, usted le dirá, de mi parte, que no venga mañana a casa; yo iré a verla, y si ya está bien, como es seguro, saldremos a dar una vuelta en coche.

El primer acto de la obra lo vió Alfonso en el palco de la madrina. Cuando bajó el telón se despidió de ella y bajó a la platea de proscenio, que de largo tiempo, cuando venía una compañía a Granada, tenía abonada con unos cuantos amigos. No había en aquel momento más que dos de ellos, pues los demás se habían salido a fumar. Uno era Paco Garrido, que le preguntó por Alicia, sorprendido de no verla en el palco de la Bermejillo. Alfonso le explicó lo que había ocurrido, sin darle importancia. Paco tampoco se la dió, y departieron unos

instantes solos, pues el amigo que allí estaba también se fué. Comentaron el primer acto de la obra, se burló Paco de la levita de uno de los amigos, murmuraron del gobernador de la provincia, que, según se aseguraba, tomaba dinero de las casas de mal vivir por dejarlas vivir, hablaron de una bailarina que cierto hacendado rural se había echado de querida. De pronto, Paco se interrumpió para decirle:

—¿Sabes una cosa, Alfonsito? La semana que entra voy a Madrid. Un viajecito de ocho días, para negocios. ¿Quieres que eche mano a tu suegro y te lo traiga por los pelos?

—¡Valiente regalo! Tráeme las joyas de Alicia y el cuadro de Moya y déjale a él en paz.

—¿Pero habrá vendido el cuadro?

—Espero que no. Hice anunciar en los periódicos que había sido robado y nadie se atreverá a comprarlo.

Terminado el entreacto entraron de nuevo los amigos y se pusieron a escuchar el segundo acto. Alfonso, agotado por los esfuerzos que había hecho para mostrarse alegre, dejó los músculos de su cara en reposo, como un resorte que se suelta, y quedó excesivamente serio y triste. No escuchaba a los cómicos; seguía pensando en lo mismo. Su rostro estaba tan sombrío y trágico que Paco Garrido, al dirigirle por casualidad una mirada, sintió viva sorpresa. Él veía a Paco sin mirarle, le sentía, le adivinaba, estaba pendiente de él. Otra vez volvió Paco la cabeza: los ojos de los dos amigos chocaron: en los de Alfonso brilló un relámpago de aversión, y en los de Paco de recelo.

—¡Qué serio estás, Alfonsito!—le dijo en voz baja, riendo.

—No me gustan los dramas espeluznantes—respondió.

—Mañana creo que ponen una comedia de risa.

Cuando terminó el segundo acto Alfonso quiso subir al palco de la madrina, pero al volver la cabeza desde la escalera vió a Paco que, con el abrigo puesto, se disponía a salir del teatro. Entonces retrocedió vivamente, bajó la escalera y le siguió.

Cuando traspasó la puerta y se encontró en la calle, Paco ya había desaparecido. La noche estaba oscura; fuera del radio de los faroles se veía muy poco. Sin embargo, Alfonso, olfateando la presa como un perro de caza, se puso a caminar casi a la carrera en dirección a su casa. No tardó en percibir la silueta de su amigo, que atravesaba de prisa el Campillo y daba la vuelta a la acera del Casino. Imaginó que tal vez podría entrar en éste, mas pasó por delante, dejó Puerta Real y continuó por la calle de los Reyes Católicos. Su paso era cada vez más vivo. Alfonso le seguía a bastante distancia. Por un momento concibió la esperanza de que iría a su casa y ansiosamente con los ojos clavados en su silueta avanzaba tembloroso, anhelante, cual si de aquel momento pendiese su vida toda. Pero Garrido cruzó por delante de la puerta de su casa con igual rapidez. Alfonso se detuvo y se llevó las manos al pecho, donde palpitaba furiosamente su corazón. Luego emprendió de nuevo la persecución, no dudando ya del sitio adonde aquel amigo traidor se dirigía.

Paco atravesó la Plaza Nueva y entró por la Carrera del Darro. Antes de llegar al Paseo de los Tristes penetró por la estrecha calle que conducía a la casa de los Aguilar. La oscuridad era allí más espesa. Alfonso cerró la distancia que los seperaba cuidando que fuese lo su-

ficiente para que Paco no advirtiese su presencia. Cuando éste se acercaba ya a la casa apretó aún más el paso y se deslizó pegado a los muros. Garrido dió vuelta a la esquina y entró en la callejuela donde miraba una de las fachadas laterales. Entonces, en cuatro saltos se acercó a la puerta de su casa y oyó el chirrido de un balcón. Sigilosamente abrió con la pequeña llave de cerradura inglesa que no hacía mucho tiempo había puesto, y dentro del portal se detuvo. Para no hacer ruido se sentó en la escalera y se quitó las botas. Subió la escalera. Al penetrar en el pasillo observó que la puerta del salón estaba abierta; se acercó; uno de los balcones también estaba abierto y en él se dibujaba, a la escasa claridad de fuera, la silueta de su esposa. Oyó leve rumor de voces. Penetró en la estancia sin hacer el menor ruido y se fué aproximando. Alicia tenía a su lado una sillita baja. Alfonso, deslizándose como una sombra en silencio, se sentó en ella y escuchó:

—La puerta del jardín está abierta. También he dejado la del servicio.

—Hay poco tiempo. Quiero volverme pronto al teatro. Pudiera antojársele venir. Hoy he observado en él algo extraño.

—Son aprensiones. Precisamente ha estado más alegre que nunca.

—Sin embargo, es necesario la prudencia sobre todo, faltando ya tan pocos días. Le he anunciado mi viaje para la próxima semana.

—¿Qué día piensas irte?

—El miércoles.

—Quedamos en que me esperas en el Hotel de París.

—¿Cómo piensas arreglarte para escapar?

—¡Oh! Perfectamente. Diré que quiero ir a Madrid a buscar a mi padre y recuperar las joyas; pero si el pretexto no bastase, me iré de todos modos. Estoy resuelta absolutamente a todo, incluso al escándalo. Tú no sabes la gana que tengo de perder de vista esta casa fúnebre y a este hombre tacaño que me discute los guantes y las cajas de polvos.

—No te sorprenda. Anda apurado de metálico.

—¡Ya, ya! No necesitas decírmelo. He tenido la dicha de casarme con un pordiosero.

Alfonso escuchó la risa de Paco. Se hallaba tan cerca de Alicia que casi tocaba con ella. Ésta, al fin, por una de esas atracciones magnéticas que los ojos ejercen, volvió la cabeza y chocó con los de su esposo.

Un grito estridente, horrible, sonó en el silencio de la noche.

Alfonso saltó sobre ella, la alzó en peso por la cintura con fuerza centuplicada por la ira y quiso arrojarla a la calle. Pero ella se agarró a la barandilla del balcón con tal fuerza también que era imposible arrancarla.

—¡Socorro! ¡Que me matan!

Alfonso, con frenesí de rabia, trataba de despegar aquellas manos delicadas que el terror había convertido en tenazas de hierro; luchaba rugiendo de cólera. Alicia seguía gritando. La repugnante escena se prolongaba. Vino a terminarla la presencia de la cocinera y la doncella que, medio desnudas, hicieron irrupción en la estancia y se precipitaron a sujetar a Alfonso. Con mucho trabajo lo consiguieron. Al verse salva Alicia se revolvió como una víbora pisada.

—¡Quería matarme el asesino!—chillaba—. ¡Si no es por vosotras me asesina el infame!

Alfonso permanecía mudo.

—¡Asesino! ¡Infame!—le escupía con creciente rabia—. ¡Si no es por vosotras ese malvado me asesina!

Le parecía cosa monstruosa que su marido quisiera matarla. Al fin, desprendiéndose de las manos de las criadas, salió corriendo del salón y se precipitó a la escalera, que bajó repitiendo el mismo estribillo. ¡Quería asesinarme el malvado! ¡El infame, el asesino!

En el salón, casi en tinieblas, Alfonso seguía inmóvil, jadeando, sin pronunciar una palabra. Las criadas, aterradas y comprendiendo lo que significaba aquella terrible escena, le preguntaron solícitas:

—¿Señorito, desea usted algo? ¿Qué quiere usted que hagamos?

—Nada; no necesito nada. Bajen ustedes, cierren la puerta y retírense a su cuarto.

Entonces en la calle se oyó el grito de su esposa.

—¡Paco! ¡Paco!

Las criadas guardaron silencio y más indignadas ahora que aterradas, salieron dejándole solo.

Alfonso se acercó al balcón para cerrarlo. Al hacerlo oyó todavía el grito lejano de Alicia.

—¡Paco! ¡Paco!

Salió del salón y subió la escalera de la torre en completa oscuridad. Al entrar buscó a tientas la mesa donde acostumbraba a escribir cuando quería aislarse de los ruidos de la casa, sacó una cerilla y encendió la lámpara de petróleo que allí había. Se dejó caer de bruces sobre el vetusto sofá y así permaneció largo rato.

Al fin, levantándose, buscó algo con la vista, se puso a registrar los rincones. Detrás de uno de los baúles halló la cuerda con que en otro tiempo quiso ahor-

carse. La tomó, hizo el nudo corredizo, se subió en una silla y la sujetó a la viga. Después, bajándose, comenzó a dar vueltas por el espacioso y lúgubre camaranchón.

Se acercó al balcón y lo abrió. La noche era fría y oscura. La cortina del tajo de la Alhambra aparecía como masa informe donde no se distinguían los árboles. Sonaba claramente el rumor de los arroyos. Apenas se percibían allá arriba los tejados del palacio.

Puso los codos sobre el antepecho y aspiró el fresco de la noche. Sentía en aquellos instantes asco de la vida, asco de aquella fementida mujer, pero sobre todo asco de sí mismo, que es el asco más difícil de soportar. Del fondo de su pecho subía un deseo inmenso de morir. Toda su existencia se le representó como un monstruoso error, un negro abismo donde la fatalidad le había empujado. Y la muerte le pareció no sólo rescate, sino también justicia: —Puesto que lo he hecho—se dijo—debo pagarlo. Soy el reo, pero al mismo tiempo seré el verdugo.

Sin vacilar se dirigió al improvisado patíbulo, mas antes de llegar se detuvo. Volvió a la mesa, tomó un papel y escribió:

«Ana María, si tu grandeza de alma llega a tanto, perdona a este miserable que muere pronunciando tu nombre.»

La cerró bajo un sobre y puso la dirección. Luego con perfecta calma, sin que las manos le temblasen, como quien se arregla la corbata, se pasó al cuello el lazo corredizo. Un pensamiento, que hizo asomar a sus

labios una sonrisa siniestra, le acudió en aquel instante a la mente:

«Antes me mataba porque no podía casarme. Ahora me mato porque me he casado. ¡Bah!»

Dió un puntapié a la silla y quedó colgado.

Ninguna mano piadosa vino esta vez a levantarle.

FIN

EPÍLOGO DE JUAN PABLO RICHTER

Dichoso aquel cuyo corazón no pide más que un corazón y que no desea ni parque a la inglesa, ni ópera seria, ni música de Mozart, ni cuadros de Rafael, ni eclipses de luna, ni aun claros de luna, ni escenas de novela, ni su realización en la vida.

TRADUCCIONES DE PALACIO VALDÉS

Marta y María.

Traducida al francés, por Mme. Devismes de Saint-Maurice.—Publicada en *Le Monde Moderne*.

Traducida al ingiés, por Mr. Haskell Dole.—Un tomo.—New-York.

Traducida al ruso, por M. Pawlosky.—Publicada en el *Diario de San Petersburgo*.

Traducida al sueco, por A. Hillman.—Un tomo.—Estocolmo.

Traducida al tchèque, por O. S. Vetti.—Un tomo.—Praga.

Traducida al portugués, por Rafael Leal.—Un tomo.—Porto.

El idilio de un enfermo.

Traducida al francés, por M. Albert Savine.—Publicada en *Les Heures du Salon et de l'Atelier*.

Traducida al tchèque, por M. A. Pikhart.—Un tomo.—Praga.

Aguas fuertes.

Traducidas y publicadas la mayor parte de estas novelitas por *La Independencia Belga*, *El Diario de Ginebra*, *El Correo de Hannover*, *Hlas Národa*, *Lumir* y otros periódicos y revistas.

Edición española con introducción y notas en inglés para el estudio del español en Inglaterra y Estados Unidos, por W. T. Faulkner.—Un tomo.—New-York.

José.

Traducida al francés, por Mlle. Sara Oquendo.—Publicada en la *Revue de la Mode*.—París.

Traducida al inglés, por C. Smith.—Un tomo.—New-York.

Traducida al alemán y publicada en *Furs Haus*.—Berlín.

Traducida al holandés, por M. Hora Adema, y publicada en *Het Nienws van den Dag*.—Amsterdam.

Traducida al sueco, por A. Hillman.—Un tomo.—Estocolmo.

Traducida al tchèque, por A. Pikhart.—Un tomo.—Praga.

Traducida al portugués, por Cunha e Costa.—Publicada en *Revista da Semana*.—Río de Janeiro.

Traducida al danés, por Oskar V. Andersen.—Un tomo.—Copenhague y Cristiania.

Edición española con prefacio y notas en inglés para el estudio del español en Inglaterra y Estados Unidos, por el profesor Mr. Davidson.—Un tomo.—New-York.—London.

Riverita.

Traducida al francés, por M. Julien Lugol.—Publicada en la *Revue Internationale*.

Traducida al portugués, por Thomas Ribeiro Colaço.—Un tomo.—Porto.

Maximina.

Traducida al inglés, por Mr. Haskell Dole.—Un tomo.—New-York.

El cuarto Poder.

Traducida al francés, por B. d'Etroyat.—Publicada en *Le Temps*.—París.

Traducida al inglés, por Miss Rachel Challice.—Un tomo.—New-York.—London.

Traducida al holandés, por M. Hora Adema.—Un tomo.—Amsterdam.

La Hermana San Sulpicio.

Traducida al francés, por Mme. Huc, con prefacio de Emile Faguet, de la Academie Française.—Un tomo.—París.

Traducida al inglés, por Mr. Haskell Dole.—Un tomo.—New-York.

Traducida al holandés y publicada en *El Correo de Rotterdam*.

Traducida al sueco, por A. Hillman.—Un tomo.—Estocolmo.

Traducida al ruso, por Mme. Karminvi.—Un tomo.—San Petersburgo.

Traducida al italiano, por Angelo Norsa.—Un tomo.—Milán.

Edición española con notas en inglés y vocabulario para el estudio del español en Inglaterra y E. U. A., por el profesor J. M. Pittaro.—Un tomo.—Boston.

La espuma.

Traducida al inglés, por Clara Bell.—Un tomo.—London.

La Fe.

Traducida al francés, por M. Jules Laborde.—Un tomo.—París.

Traducida al inglés, por I. Hapgood.—Un tomo.—New-York.

Traducida al alemán, por Albert Cronan.—Un tomo.—Leipzig.

El maestrante.

Traducida al francés, por J. Gaure, con estudio preliminar de M. Bordes.—Un tomo.—París.

Traducida al inglés, por Miss Challice.—Un tomo.—London.

El origen del pensamiento.

Traducida al francés, por M. Dax Delime.—Publicada en la *Revue Britannique*.

Traducida al inglés, por I. Hapgood.—Publicada en *The Cosmopolitan*, con ilustraciones de Cabrinety.

Los majos de Cádiz.

Traducida al francés, por M. A. Glorget.—Publicada en el *Journal des Debats*.

Traducida al holandés, por Mary Hora Adema. —Un tomo.—Amsterdam.

Traducida al noruego, por Mr. Magnus Grönvold.—Un tomo.—Oslo.

Traducida al portugués, por Thomas Ribeiro Colaço.—Un tomo.—Porto.

La alegría del capitán Ribot.

Traducida al francés, por C. Du Val Asselin.—Un tomo.—París.

Traducida al inglés, por Minna C. Smith —Un tomo.—New-York.

Traducida al holandés, por A. Fokker. – Un tomo.—Amsterdam.

Traducida al italiano, por Angelo Norsa.—Publicada en *Il Sécolo XIX*.—Génova.

Troducida al portugués, por Campos Monteiro. — Un tomo.—Porto.

Edición española con notas en inglés y vocabulario para el estudio del español, por los profesores Morrison y Churchman.—Un tomo.—New-York.—London.

Tristán.

Traducida al inglés, por Jane B. Reid.—Un tomo.—Boston.

Traducida al francés, por Mme. Berthe Bridré.—Un tomo.—París.

Papeles del Doctor Angélico.

Traducidos al alemán, por Mr. Franz Hartman.—Un tomo.

La Novela de un novelista.

Traducida al francés, por Mme. H. Tissier de Mallerais.—Un tomo.—París.

LIBRARY
UNIVERSITY OF MIAMI

Date Due

8 MAR 1948			
DEC 7 '50			
Apr 10 '52			
27 Feb '63 W			
22 Mar '63 F			
27 Nov 67 M			

LIBRARY
UNIVERSITY OF MIAMI

UNIVERSITY OF MIAMI
3 5051 11935 6162